

SPIRITUAL GIFTS

VOLUME 3

ELLEN G. WHITE

Dones Espirituales. Volumen 3

Elena de White

1864

**Copyright © 2017
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Visión general

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Está incluido en los [libros en línea](#) gratuitos más grandes. colección en el sitio web de Ellen G. White Estate.

Sobre el Autor

Elena G. de White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, sus obras se han publicado en más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como base de la fe.

Más enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)
[Acerca del patrimonio de Elena G. de White](#)

Acuerdo de licencia de usuario final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga solo una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso exclusivo y personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas u otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro rescinde la licencia otorgada por el presente.

Más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores o cómo puede apoyar este servicio, comuníquese con Ellen G. White Estate en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.

Prefacio a la edición facsímil

Los volúmenes III y IV de *Spiritual Gifts* se publicaron en 1864, completando esta serie de cuatro volúmenes. Excepto por la última mitad del Volumen IV, estas dos pequeñas obras están dedicadas a un registro de la historia de la humanidad desde la creación hasta los días de Salomón, el primer escrito detallado de la Sra. White sobre este tema.

Siguiendo el relato histórico, hay en el Volumen IV un artículo extenso titulado "Salud", en el que la Sra. White presenta por primera vez una declaración completa de la trascendental visión de la reforma pro salud del 6 de junio de 1863. En esto, el autor pasa rápidamente de una fase de la gran cuestión de la salud a otra, estableciendo los principios básicos que forman la base de la enseñanza de la salud del Espíritu de profecía.

El Volumen IV se cierra con una agrupación de artículos de "Testimonio" seleccionados por la Sra. White del folleto impreso originalmente *Testimonios para la Iglesia*, Nos. 1 a 10. Sus razones para reimprimir los artículos en esta forma las declaró en la apertura de este último apartado a continuación de la página 156.

Al estar aquí reproducidas fotográficamente, las páginas contienen, por supuesto, errores tipográficos como los que ocurrieron en la primera impresión. Un caso destacado de este tipo se notará en el Volumen III, página 301, en la línea 4 del último párrafo, donde, por omisión inadvertida, creando una aparente discrepancia histórica en una referencia incidental, que ha dado a algunos lectores descuidados, que totalmente ignoró la clara enseñanza de los capítulos anteriores, una oportunidad para declarar que el libro enseña que la torre de Babel es anterior al diluvio. Este error tipográfico pronto se descubrió y se corrigió en la próxima impresión del asunto en 1870 en *Spirit of Prophecy*, Volumen I. Como se corrigió en esta segunda impresión, la oración en cuestión, que se refiere al sistema de sacrificios establecido en la puerta del Edén, dice: "Este sistema fue corrompido antes del diluvio, y por aquellos que se separaron de los fieles seguidores de Dios y se dedicaron a la construcción de la torre de Babel".

También se debe mencionar la relación de los Dones Espirituales, Volúmenes III y IV, con las ediciones actuales de los libros de EG White. Los escritos posteriores y mucho más completos del Espíritu de profecía sobre la historia bíblica temprana y sobre la salud se han distribuido ampliamente no solo a la Iglesia Adventista del Séptimo Día sino al público en general en Patriarcas y profetas (1890) y Ministerio de curación (1905). En estos libros posteriores, los temas tratados con tanta concisión en los relatos iniciales dados para la iglesia en Dones espirituales, se han ampliado enormemente a medida que muchas visiones repetidas abrieron ante el autor información más detallada.

Sin embargo, como los grupos de lectura se ampliaron mucho para incluir a muchos que no estaban familiarizados con la fuente de su información, la autora, de acuerdo con su responsabilidad, omitió en estos trabajos posteriores destinados ahora al lector general, algunos puntos tratados en el pequeños volúmenes que fueron escritos solo para la iglesia. Un ejemplo de esto es la declaración de que Adán, creado, era “más del doble de alto que los hombres que ahora viven sobre la tierra”. (Volumen III, p. 34). Esta declaración es interesante y está en plena armonía con la declaración de Génesis 6:4 de que “había gigantes en la tierra en aquellos días”. Sin embargo, al ser tan específica en sus detalles, la autora, para evitar perjudicar innecesariamente al lector no informado con respecto a su llamado y obra, eliminó del relato posterior este punto que no es vital para la recepción de la declaración general de la verdad presentada.

En esta edición facsímil de Spiritual Gifts, los Volúmenes III y IV están encuadernados en un solo libro, como solía ser el caso con la primera impresión, y el sello de la cubierta original se reprodujo para hacer de este volumen facsímil una copia exacta de la edición original tan atesorada.

Fideicomisarios de la

Publicaciones de Elena de White

Prefacio

[iii]

[iv]

Al presentar este, mi tercer pequeño volumen, al público, estoy [v] consolado con la convicción de que el Señor me ha hecho su humilde instrumento para derramar algunos rayos de luz preciosa sobre el pasado. La Historia Sagrada, relacionada con los hombres santos de la antigüedad, es breve. La inspiración se ha ocupado con moderación de la alabanza de las obras nobles y la vida santa de los fieles. Por ejemplo, la vida del justo Enoc se resume en estas palabras: “Y Enoc caminó con Dios, y desapareció, porque Dios se lo llevó”.

Por otro lado, los errores, pecados y viles apostasías de algunos, que habían sido los siervos consagrados y predilectos de Dios, son tratados extensamente en la Historia Sagrada, como una advertencia para las generaciones posteriores.

La infidelidad se ha apoderado de la triste historia de la apostasía, que ocupa tanto espacio en el Antiguo Testamento, y ha engañado a muchos con la vil insinuación de que los hombres de la Biblia, sin distinción, eran malos hombres, y hasta ha afirmado blasfemamente que la Sagrada Las Escrituras sancionan el crimen.

Dado que los grandes hechos de la fe, relacionados con la historia de los hombres santos de la antigüedad, me han sido revelados en visión; Además, el importante hecho de que Dios en ninguna parte ha considerado a la ligera el pecado del apóstata, yo [vi] he estado más convencido que nunca de que la ignorancia en cuanto a estos hechos, y el astuto aprovechamiento de esta ignorancia por parte de algunos que saben mejor, son los grandes baluartes de la infidelidad. Si lo que he escrito sobre estos puntos ayuda a alguna mente, sea alabado Dios.

Cuando comencé a escribir, esperaba incluir todo en este volumen, pero me veo obligado a cerrar la historia de los hebreos, tomar los casos de Saúl, David, Salomón y otros, y tratar el tema de la Salud en otro volumen. .

EGW

Battle Creek,

julio de 1864.

Contenido

Información sobre este libro	i
Prefacio a la edición facsímil	iii
Prefacio Dones.espirituales.....	v
.	viii
Hechos de Fe	XXIII
Capítulo 1—La Creación	24
Capítulo 2—La tentación y la caída	26
Capítulo 3—Caín y Abel Capítulo 4—	33
La vida de Adán Capítulo 5—Set y	36
Enoc Capítulo 6—Crimen antes del	38
diluvio Capítulo 7—El diluvio Capítulo 8	43
—Después del diluvio Capítulo 9—	46
Infidelidad encubierta	54
.	62
Capítulo 10—Torre de Babel	66
Capítulo 11—Abraham Capítulo	68
12—Isaac Capítulo 13—Jacob	74
y Esaú Capítulo 14—Jacob y	77
el ángel	86
Capítulo 15: José y sus hermanos	92
Capítulo 16: Moisés	117
Capítulo 17—Las plagas en Egipto	130
Capítulo 18—La Pascua	142
Capítulo 19—Israel sale de Egipto	146
Capítulo 20—Sus viajes	158
Capítulo 21—La Ley de Dios	166

Dones Espirituales

[vii]

Presentamos como base de la doctrina bíblica de la perpetuidad de los dones espirituales, la comisión original.

Marcos 16:15-20. “Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado, será salvo; Mas el que no creyere, será condenado. Y estas señales seguirán a los que creen; En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño. Sobre los enfermos impondrán las manos y sanarán. Entonces, después que el Señor les habló, fue recibido arriba en el cielo y se sentó a la diestra de Dios. Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor, y confirmando la palabra con las señales que la seguían. Amén.”

Mateo 28:18-20. “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado, y he aquí, yo estoy con vosotros todos los días. , hasta el fin del mundo. Amén.”

Esta alta comisión se relaciona con el evangelio, con la fe, con el bautismo, [10] a la salvación ya los dones espirituales. El evangelio debía ser predicado mientras hubiera pecadores para escucharlo. La fe es igualmente un requisito a lo largo de la era cristiana. El bautismo es una ordenanza perpetua en la iglesia, y los ministros del siglo XIX bautizan “En el nombre del padre, y del hijo, y del Espíritu Santo,” Porque la comisión original lo requiere. Los términos de la salvación declarados en esta comisión se mantendrían mientras los pecadores pudieran ser salvos. En paralelo con todos estos, encontramos en la misma comisión los dones espirituales. En ausencia de prueba de que los dones debían restringirse a una época particular de la Iglesia cristiana, esta sola comisión es evidencia suficiente de su perpetuidad.

Algunos hacen una distinción entre los apóstoles y aquellos que deberían creer en su palabra, de esta manera: los apóstoles tenían los dones,

los creyentes no debían tenerlos; y creen ver esta distinción entre las dos clases en la oración de nuestro Señor. [Juan 17](#).

Respondemos a esto citando las palabras de nuestro Señor en la comisión original, como sigue; “Y estas señales seguirán a los que creen”. o, como el Dr. Geo. Campbell traduce: “Estos poderes milagrosos asistirán a los creyentes”. o, como lo traduce Wakefield, “Estas señales acompañarán a los creyentes”. cuando se puede demostrar que creer se requería de los primeros cristianos solamente, entonces se puede demostrar que los dones eran solo para ellos.

La misericordiosa promesa de nuestro Señor en esta comisión, cuando dice: “Y he aquí, yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”, es la prueba más fuerte de la perpetuidad de los dones. Él [11] no debía estar personalmente con Su pueblo, no; pero ¿cómo iba a estar con ellos? El registro inspirado declara que después que el Señor fue recibido arriba en el cielo, “saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor, y confirmando la palabra con las señales que la seguían”.

Esta promesa no puede restringirse a la vida de los doce escogidos, ni a los cristianos del primer siglo, porque se extiende hasta el fin de la era del mundo [aion]. “He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”, hasta el fin de la era cristiana. Si se dice que se refiere a la edad judía, respondemos que la dispensación terminó con la muerte de Cristo, cuarenta y dos días antes de que se diera esta comisión. Damos dos pasajes como prueba. [Colosenses 2:14](#). “Anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, y quitándola de en medio, clavándola en su cruz”.

[Daniel 9:27](#). “A la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda”.

Esta profecía se cumplió a la muerte del Mesías, a la mitad de la última de las setenta semanas. Allí dejaron de tener virtud los sacrificios típicos judíos, cuando se ofreció el gran sacrificio antitípico. Cristo dio esta comisión justo antes de su ascensión, [Marcos 16:19](#), que fue por lo menos cuarenta y dos días después de Su crucifixión.

De nuevo, suponer que el fin del mundo aquí significa el fin de la era judía, sería llevar el evangelio, con todas las demás especificaciones de la comisión, a la era judía, cerrar con esa dispensación y dejar la presente sin ella. Este punto de vista es demasiado absurdo para necesitar más comentarios.

[12] Ahora llegamos al testimonio de Pablo. [Efesios 4:4-13](#). “Ahí

es un solo cuerpo y un solo Espíritu, como también fuisteis llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. Pero a cada uno de nosotros es dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo. Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres... y a unos los constituyó apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros . , para la perfección de los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto para la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.”

El apóstol presenta primero el tema de la unidad, en la declaración de que hay un cuerpo, un Espíritu, una esperanza, un Señor, una fe; un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos. Luego presenta los dones como los medios por los cuales Dios diseñó para asegurar la unidad de la iglesia. Se refiere a la ascensión de Cristo, cuando llevó al cielo a una multitud de cautivos de sus tumbas, como el momento en que se concedieron los dones. Luego menciona algunos de los regalos, dados al mismo tiempo, para los mismos objetos, y todos para extenderse al mismo punto de tiempo.

Se admitirá que los evangelistas, pastores y maestros se extenderían hasta el final de la era cristiana. Entonces, ¿por qué no los demás? Si se dice que el estado de unidad y perfección descrito por el apóstol está en la historia pasada de la iglesia, entonces respondemos que los evangelistas, pastores y maestros, cesaron con ese feliz estado de cosas. Pero el [13] que admite la perpetuidad de éstos, debe reconocer la perpetuidad de los otros.

Es digno de notar que la carta de Pablo a los Efesios fue escrita en el año 64 d.C., y que desde ese punto mira hacia el futuro para que esa unidad y perfección de la iglesia se lleve a cabo por medio de los dones, “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe”, dice el apóstol. Si Pablo no pudo ver esta unidad y perfección en su día, o en el pasado, ciertamente nosotros no podemos verla en la historia pasada de la iglesia; de ahí la perpetuidad de los dones, y su reavivamiento en los últimos días con gran poder para unir y perfeccionar a la iglesia lista para ser trasladada al cielo en la segunda venida de Jesucristo.

Pablo, en su carta a los Corintios, ha hablado muy definidamente sobre el tema de los dones espirituales. En [1 Corintios 12:1](#), dice: “En cuanto a los dones espirituales, hermanos, no quiero que

ignorante." Consideró este tema como uno de la mayor importancia, e insta a que se lo comprenda. Pero en todo lo que ha dicho en relación con él, no ha insinuado ni una sola vez que los dones cesarían antes de que llegara el día perfecto de gloria. El apóstol propone instruir a los corintios sobre el tema. Él no los dejaría ignorantes al respecto. Por lo tanto, si los dones fueron diseñados solo para los primeros cristianos, podríamos esperar encontrar en alguna parte de sus epístolas a ellos, alguna instrucción sobre el punto. Afirmamos que no hay una indicación de ese tipo que se encuentre en sus cartas a ellos. Pero Pablo lo hace

señalar claramente el momento en que cesarán los dones. 1

Corintios 13:8-12. "La caridad [ágape, amor,] nunca deja de ser; sea que haya lenguas, cesarán; si hay conocimiento, se desvanecerá. Porque en parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, entendía como niño, pensaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé las cosas de niño. Porque ahora vemos a través de un espejo oscuramente, pero entonces veremos cara a cara; ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como también soy o

El apóstol contrasta aquí el estado mortal con el inmortal; el presente imperfecto, con el que será perfecto; el presente nublado mientras caminamos por fe, con la gloria abierta de la vida venidera. Aquí, solo conocemos en parte, profetizamos en parte; allí, lo que es en parte se acabará. Aquí, vemos a través de un espejo oscuramente; allí, cara a cara. Aquí, sabemos en parte; allí conoceremos, como somos conocidos. La caridad, o el amor, nunca terminará. Aquí, es la más alta gracia cristiana; allí, será la gloria suprema de los inmortales por los siglos de los siglos. En este sentido, el amor nunca. Pero las profecías fallarán, las lenguas cesarán y el conocimiento se desvanecerá. La luz del cielo a través del tenue medio de estos y los otros dones del Espíritu Santo, se representa como siendo solo en parte, y debe ser reemplazada por el día perfecto de gloria cuando podamos hablar cara a cara con Dios, Cristo, y ángeles, como nuestros primeros padres hablaron con Dios en el Edén antes de que entrara el pecado. ¿Pero cuando? Esta es la pregunta vital. ¿Cuándo iban a desaparecer los regalos? Que Pablo [15] responda: "Pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará". "Y que todo el pueblo dig

El apóstol presenta los dones más plenamente en [1 Corintios 12:28](#). “Y a unos puso Dios en la iglesia; primero, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en tercer lugar, maestros; después de eso, milagros, luego dones de sanidades, ayudas, gobiernos, diversidad de lenguas.”

Dios los puso en la iglesia. ¿Y dónde está el texto que declara que han sido puestos fuera de la iglesia? Aquí se mencionan ocho dones, y se dan en su orden de importancia. Que "primero", "en segundo lugar", "en tercer lugar", y así sucesivamente, se refieren a la importancia, y no al tiempo, es evidente por el hecho de que Pablo, en este sentido, se detiene en gran medida en el valor relativo de algunos de los dones, y en [verso 31](#) dice: “Codiciad los mejores dones”.

[1 Corintios 1:4-8](#). “Doy gracias a mi Dios siempre por vosotros, por la gracia de Dios que os es dada por medio de Jesucristo; Que en todo sois enriquecidos por él, en toda palabra y en todo conocimiento; Así como el testimonio de Cristo fue confirmado en vosotros; para que no os retraséis en ningún don, esperando la venida de nuestro Señor Jesucristo, el cual también os confirmará hasta el fin, para que seáis irreprehensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. Fiel es Dios, por quien fuisteis llamados a la comunión con su hijo Jesucristo nuestro Señor. Ahora bien, os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya divisiones entre vosotros; sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo juicio.”

Los dones fueron plantados en la iglesia cristiana. Dios los puso [16] allá. Y juzgamos que los corintios participaban en gran parte de sus beneficios, por el hecho de que Pablo en sus epístolas a ellos, ocupa mucho espacio en hablar definitivamente con respecto a su debido ejercicio. En la cita anterior, el apóstol agradece a Dios en nombre de ellos por la gracia que les ha concedido Jesucristo; que fueron enriquecidos en toda palabra y conocimiento, así como el testimonio de Cristo fue confirmado en ellos. Si vamos a [Apocalipsis 19:10](#), para una definición inspirada del testimonio de Jesús, leemos: “Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía”. Por esto se enriquecieron en conocimiento y expresión.

Por muy aplicable que pudiera haber sido este testimonio a la iglesia de Corinto en la época en que escribió el apóstol, o a los cristianos desde ese día hasta hoy, ciertamente se hace una referencia especial a los últimos días en las expresiones, “esperando la venida de nuestro Señor Jesús”. Cristo,

“el fin”, “el día de nuestro Señor Jesucristo”. Por lo tanto , el [versículo 7](#), “De modo que no os atraséis en ningún don esperando la venida de nuestro Señor Jesucristo”, enseña la perpetuidad de los dones, y el privilegio de los que esperan de disfrutarlos todos. El fin aquí mencionado es evidentemente el fin de la era.

Aquí, en esta misma conexión, se introduce el tema de la unidad perfecta . Lea [el versículo 19](#). Pablo enseñó [Efesios 4:11-14](#), que los dones fueron dados “para perfeccionar a los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos llegemos a la unidad de la fe”. Él exhorta a los corintios a “hablar todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que [17] estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo juicio”; y esto, también, en conexión con la declaración, “que no os atraséis en ningún regalo, esperando la venida de nuestro Señor Jesucristo”. Entonces aquí mismo viene la restitución de los dones para unir y preparar a los que esperan para la segunda venida de Jesucristo.

Si se hace un esfuerzo por llevar este testimonio y restringirlo a los mismos miembros de la iglesia de Corinto que vivían cuando Pablo escribió, entonces nos preguntamos, ¿fue eso lo que el apóstol llama el día de nuestro Señor Jesucristo? ¿Esperaron bíblicamente la venida de nuestro Señor Jesucristo? ¿Llegó entonces “el fin”? Todos los adventistas bien instruidos responderán negativamente a estas preguntas. El presente es el tiempo para esperar bíblicamente la segunda venida de Cristo, cuyo evento está asociado en el Nuevo Testamento con “el fin”.

Las epístolas a los corintios fueron escritas para el beneficio de la iglesia cristiana, no solo para los cristianos que entonces vivían en Corinto, sino para la iglesia, y algunas porciones tienen una aplicación especial para el tiempo presente. Llamaremos la atención sobre dos pasajes en los que el apóstol aparentemente, mediante el uso de la palabra nosotros, se dirige sólo a aquellos que vivían en ese momento, y sin embargo, los eventos de los que habla están en el futuro. En [el capítulo 15:51, 52](#), Pablo dice: “He aquí, os muestro un misterio. No todos dormiremos, pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la trompeta final; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados.” ¿Diremos que la palabra “nosotros”, usada tres veces en esta [18] cita, abarca solo a Pablo y a los miembros de la Iglesia en Corinto que vivían entonces? Las circunstancias no admitirán una aplicación tan estrecha. Pablo y sus hermanos en Corinto durmieron—murieron. los

la última trompeta no sonó entonces. Y ninguno de ellos fue cambiado a la inmortalidad en un abrir y cerrar de ojos. Por lo tanto, este testimonio tiene una aplicación especial para los cristianos que están vivos en la tierra en la segunda venida de Cristo.

El apóstol dice, [1 Tesalonicenses 4:16, 17](#), “Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; entonces nosotros, los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, consolaos unos a otros con estas palabras.” Aquí él nuevamente usa la palabra nosotros, pero los eventos mencionados no ocurrieron en los días de Pablo. Él y sus hermanos en Tesalónica no fueron trasladados al cielo sin ver la muerte. El capítulo se cierra con la cita anterior y el siguiente se abre con la continuación del mismo tema.

[Capítulo 5:1-4](#). “Mas de los tiempos y las sazones, hermanos, no tenéis necesidad de que os escriba. Porque vosotros mismos sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche. Porque cuando digan paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán. Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón.” El día del Señor es el día de “destrucción repentina”. Es el día de la ira que está en el Antiguo y el Nuevo [\[19\]](#) Testamentos asociados con la segunda venida de Cristo. Este día no pertenece al pasado, por lo que el lenguaje no es aplicable a los cristianos de generaciones pasadas. Los cristianos de la última generación, los mismos hombres y mujeres que vivirán en la tierra cuando llegue el día del Señor, son abordados aquí. Por lo tanto, todos los verdaderos adventistas se considerarán a sí mismos como los "hermanos" a los que se dirige Pablo, y su lenguaje es especialmente aplicable al tiempo presente. Continúa en este capítulo sin cambios, exponiendo deberes prácticos aplicables a aquellos que velan por la llegada del día del Señor, y en los [versículos 19-21](#), dice: “No apaguéis el Espíritu. No desprecies las profecías. Probad todas las cosas; retén lo que es bueno.” Aquí hay tres mandatos muy importantes.

1. “No apaguéis el Espíritu”. Apagamos el fuego con agua. Y prominente entre los medios para apagar el Espíritu de Dios está la incredulidad. Jesús, en su propia tierra, no hizo muchos milagros porque

de su incredulidad. Hay en la actualidad un estado casi universal de incredulidad con respecto a las operaciones del Espíritu Santo, especialmente en la manifestación de los dones. La incredulidad aleja al Espíritu de Dios de la mente. Apaga el Espíritu y deja a las masas expuestas a los engaños de estos últimos días.

Nuevamente, aquellos que por la incredulidad apagan el Espíritu en estos últimos días estarán mal preparados para compartir las grandes bendiciones que Dios promete por medio del profeta Joel, citado por Pedro, [Hechos 2:17, 18](#). “Y acontecerá en los postreros días, dice Dios, derramaré [20] de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñará sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré en aquellos días de mi Espíritu, y profetizarán.” La “Lluvia Temprana” fue dada en el día de Pentecostés, y disfrutada por los primeros cristianos, para hacer germinar y echar raíces la semilla del Evangelio. La “Lluvia Tardía” viene a madurar la cosecha dorada para el granero de Dios. Cuídate, querido lector, de que la incredulidad en ti no apague el Espíritu y te aleje de esta gran bendición destinada a “los que creen”.

2. “No menospreciéis las profecías”. Estamos aquí advertidos de uno de los peligros de los últimos días. Las pretensiones de Ann Lee, la madre de los Shakers, los profetas corruptos del mormonismo y los mil y un profetas medios de Satanás, dedicados a la causa del espiritismo, con toda su bajeza, han golpeado al mundo con repugnancia ante cualquier cosa como el supernatural. El diablo inventó estas cosas no solo para destruir muchas almas con ellas, sino para disgustar y llevar a otros lo más lejos posible a la incredulidad en cuanto a los dones del Espíritu Santo. De ahí el peligro de despreciar indiscriminadamente todas las profecías.

3. “Examinad todas las cosas; retén lo que es bueno.” Las tres declaraciones, “No apaguéis el Espíritu; no despreciéis las profecías; probadlo todo, retened lo bueno”, tienen una estrecha relación entre sí. Por lo tanto, “todas las cosas” a ser probadas, no significan todas las cosas en el ancho mundo, porque esto sería imponer un impuesto irrazonable sobre los creyentes; por lo tanto, la expresión debe limitarse al sujeto [21] de profetizar. No despreciéis las profecías, sino probadlas, y separad la moneda genuina de la falsa del diablo; y lo que es bueno, lo que es del Espíritu de Dios, lo que resistirá la

prueba, aguanta. Aquí daremos tres reglas por las cuales se pueden conocer las profecías verdaderas y falsas:

1. [Mateo 7:15-20](#). “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis . ¿Se recogen uvas de los espinos, o higos de los cardos? Así todo buen árbol da buenos frutos; mas el árbol malo da malos frutos. No puede el árbol bueno dar frutos malos, ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, se corta y se echa en el fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis.”

2. [Isaías 8:19, 20](#). “Y cuando os digan: Buscad a los que tienen espíritus familiares, ya los magos que miran furtivamente y que murmuran, ¿no debería un pueblo buscar a su Dios? por los vivos a los muertos? A la ley y al testimonio; si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.”

3. Los falsos profetas hablan cosas suaves, profetizan mentiras y claman, Paz y seguridad, que siempre ha sido del agrado de los profesantes no consagrados; de ahí el amor a la paz y la seguridad en la ilusión del espiritismo. [Jeremías 14:14](#). “Entonces el Señor me dijo: Mentira profetizan los profetas en mi nombre. Yo no los envié, ni les mandé, ni les hablé. Visión falsa y adivinación os profetizan , y vanidad, y el engaño [22] de su corazón.” [Capítulo 23:16, 17](#). “Así dice el Señor de los ejércitos: No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan. Te hacen vanidoso. Hablan visión de su propio corazón, y no de la boca del Señor. Todavía dicen a los que me desprecian: El Señor ha dicho: Paz tendréis; y dicen a cualquiera que anda tras la imaginación de su propio corazón, ningún mal vendrá sobre vosotros.” [Capítulo 8:10, 11](#). “Porque todos, desde el más pequeño hasta el más grande, son dados a la avaricia. Desde el profeta hasta el sacerdote, todos hacen mentira. Porque curaron con liviandad la herida de la hija de mi pueblo, diciendo: Paz, paz, cuando no hay paz.

[Capítulo 5:30, 31](#). “Algo maravilloso y horrible se ha cometido en la tierra: los profetas profetizan mentira, y los sacerdotes gobiernan por medio de ellos, ya mi pueblo le gusta que así sea; y ¿qué haréis al final de esto?

[Isaías 30:8-11](#). “Ve ahora, escríbelo delante de ellos en una tabla, y anótalo en un libro, para que sea por los siglos de los siglos, que este es un pueblo rebelde, hijos mentirosos, hijos que no oyen la ley de El Señor; que dicen a los videntes: No veáis; ya los profetas: No nos profeticéis cosas rectas, habladnos cosas suaves, profetizad engaños; apartaos del camino, apartaos del camino, haced cesar de delante de nosotros el Santo de Israel.

Por otro lado, los profetas de Dios han reprobado fielmente [23] el pecado, y han dado un testimonio que ha hecho descender sobre sus cabezas la ira de los farisaicos engañados.

[Joel 2:28-32](#), siguiente reclama nuestra atención. “Y acontecerá después que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones; y también sobre los siervos y sobre las siervas en aquellos días derramaré mi Espíritu. Y daré prodigios en el cielo y en la tierra, sangre y fuego y columnas de humo. El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso del Señor. Y acontecerá que todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo; porque en el monte Sión y en Jerusalén habrá liberación, como ha dicho el Señor, y en el remanente que el Señor llame.”

Llamamos la atención a los siguientes puntos de esta profecía: 1. Las manifestaciones del Espíritu Santo notadas en esta profecía, están en relación con las señales de la proximidad del día grande y terrible del Señor. De hecho, constituyen uno de esos signos.

2. La invocación del nombre del Señor y la liberación del remanente, de las que se habla en estrecha relación con el gran día del Señor, evidentemente se refieren a las escenas finales de la historia de la iglesia en este estado mortal. El pueblo oprimido de Dios aún debe elevar al cielo un clamor unido de día y noche por liberación. [Lucas](#) Esto está simbolizado por el mensaje de oración del cuarto ángel de [Apocalipsis 14:15](#). Y en respuesta a esta oración, el remanente que [24] guarda los mandamientos de Dios y tiene el testimonio de Jesús, encontrará liberación.

3. Nos oponemos a esa teología de alma estrecha que no permitirá que las ancianas tengan sueños porque la profecía dice: “Tu vieja

los hombres soñarán sueños; Y eso no permitirá que las mujeres jóvenes tengan visiones porque la profecía dice: "Tus jóvenes verán visiones". Estos críticos tacaños parecen olvidar que "hombre" y "hombres" en las Escrituras, generalmente significan tanto hombres como mujeres, el libro dice que está "establecido para que los hombres mueran una sola vez". ¿Las mujeres no mueren? "A ti, oh hombre, clamo, y mi voz es a los hijos de los hombres". ¿No llama el Señor a las mujeres? Pero la profecía sí dice: "Tus hijos y tus hijas profetizarán".

El día de Pentecostés los creyentes fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, con gran asombro de la multitud. Algunos, no familiarizados con las operaciones del Espíritu Santo, dijeron: "Estos hombres están llenos de vino nuevo". Pedro respondió: "Estos hombres no están borrachos, como vosotros suponéis, puesto que es la hora tercera del día. Pero esto es lo que fue dicho por el profeta Joel, y sucederá en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu," &C.

La profecía de Joel se aplica a la era cristiana. Y no nos oponemos a aplicar el término "últimos días", aquí usado por Pedro, a toda esta era, aunque puede tener un significado más limitado. Pero tengamos presente este hecho, que los grandes acontecimientos de la profecía están en estrecha relación con el grande y notable día del Señor, y son señales del mismo. El Espíritu fue dado el día de Pentecostés; por lo tanto, Pedro, [25] señalando su influencia sobre los creyentes en esa ocasión, pudo decir: "Esto es lo dicho por el profeta Joel". Esa fue la Lluvia Temprana. Desde entonces, los creyentes han disfrutado de un grado del Espíritu Santo, y de vez en cuando Dios ha manifestado maravillosamente su poder. Pero, para el cierre de la dispensación, está reservada la Lluvia Tardía, el derramamiento del Espíritu. Aquí está el cumplimiento de la carga de la profecía de Joel.

Nos oponemos a esa estúpida ceguera que tiene toda la profecía cumplida en el día de Pentecostés, y por lo tanto, los "últimos días" pasaron hace más de mil ochocientos años. Encontramos en el registro sólo el ejercicio del don de lenguas. No hay relato de sueños o visiones en ese día. Ciertamente, los forasteros bien podrían haberse asombrado al contemplar a los ancianos dormidos, soñando en medio de la agitación y el alboroto de la ocasión. Y bien podrían haber supuesto que estaban borrachos como una piedra. De nuevo, ¿se convirtió el sol en tinieblas, y la luna en sangre, en el día de Pentecostés? Y

¿Fue ése el día grande y terrible del Señor? ¡No! ¡No! Los “últimos días” deben abarcar el último día. Si dijéramos que las hojas del Nuevo Testamento fueron las últimas hojas de nuestra Biblia, deberíamos hablar correctamente; sin embargo, abrazarían la última hoja. Sería igualmente correcto llamar al libro de Apocalipsis, oa las dos últimas hojas de la Biblia, las últimas hojas. Pero en cada caso, las últimas hojas abrazan a la última hoja. Así con los últimos días. Si llamamos a toda la era cristiana, o al último siglo, o a los últimos treinta años, los últimos días, en cada [26] caso los últimos días deben abarcar hasta el último día. Con esta visión del tema leemos con deleite la descripción profética, [Joel 2:28-32](#), de la terminación de la era presente con misericordiosas bendiciones sobre el pueblo de Dios. La era cristiana terminará con gloria para los justos; sin embargo, se avecina un grave conflicto con la hueste de dragones .

[Apocalipsis 12:17](#). “Y el dragón se enojó contra la mujer, y se fue a hacer guerra contra el remanente de la simiente de ella, los que guardan los mandamientos de Dios, y tienen el testimonio de Jesucristo.”

La mujer es un símbolo de la iglesia, y el remanente de la iglesia representa a los cristianos de la última generación de hombres, que vivían justo antes de la segunda venida. A éstos hace guerra el dragón por guardar los mandamientos de Dios, sábado y todo, y por tener el testimonio de Jesucristo, el cual, según la definición inspirada del [capítulo 19:10](#), “es el espíritu de profecía.” Aquí, entonces, están las causas de la guerra del dragón contra el remanente. Enseñan la observancia de los Diez Mandamientos, y la reactivación de los dones, y reconocen entre ellos el don de profecía. Cuando el diablo puso un pie sobre el cuarto mandamiento, y el otro sobre los dones plantados en la iglesia cristiana por Jesucristo, entonces su majestad satánica se llenó de deleite vengativo. Pero cuando el remanente, a quien Dios designa apto para ser trasladado al cielo sin ver la muerte, “pregunta por las sendas antiguas, cuál es el buen camino, y anda por él”, entonces el dragón se enoja y les hace la guerra.

El verdadero espíritu de la hueste dracónica, que ya se está desarrollando, se describe vívidamente en [Isaías 30:8-13](#), como [27] manifestado justo antes de la destrucción repentina de aquellos que aborrecen el testimonio puro y aman las cosas engañosas y engañosas.

“Ve ahora, escríbelo delante de ellos en una tabla, y anótalo en un libro, para que sea para el tiempo venidero por los siglos de los siglos [margen, “el

época moderna"]; que este es un pueblo rebelde, hijos mentirosos, hijos que no oyen la ley del Señor; que dicen a los videntes: No veáis, ya los profetas: No nos profeticéis cosas rectas, habladnos cosas suaves, profetizad engaños; quítense de en medio, quítense de en medio de la senda, hagan cesar de delante de nosotros al santo de Israel. Por tanto, así dice el Santo de Israel, porque despreciáis esta palabra, y confiáis en la opresión y la perversidad, y permanecéis en ella; por tanto, esta iniquidad os será como brecha a punto de caer, que se ensancha en un alto muro, cuya ruptura viene de repente en un instante.”

Pero el objetor escéptico pregunta: “¿Dónde están los regalos? Si su posición es correcta, ¿por qué no se han manifestado en la iglesia desde que Dios las puso en la iglesia? ¿Por qué los enfermos no son sanados por la fe ahora?” Somos conscientes de que esta es la principal objeción presentada contra la doctrina bíblica de la perpetuidad de los dones, por lo que exige especial atención. Respondemos a esto de la siguiente manera: 1. Los enfermos no siempre fueron sanados por la fe en los días de Pablo.

Él dice, [2 Timoteo 4:20](#), “Trophimus he dejado en Mileto enfermo.” Nuevamente le dice a Timoteo, [1 Timoteo 5:23](#), “No bebas más agua, sino usa un poco de vino por causa de tu estómago y de tus muchas enfermedades”.

Dios podría haber contestado las oraciones de su siervo Pablo, resucitado a Trófimo y sanado las enfermedades de Timoteo, si esto hubiera sido lo mejor. Concluimos que Dios no ha diseñado en ninguna época de la iglesia manifestar Su poder hasta el punto de que no haya enfermos entre los cristianos. Pero en los casos en que sería para el bien de los afligidos y para Su propia gloria, Él ha manifestado Su poder y lo manifestará.

2. La incredulidad de los profesos seguidores de Cristo en la manifestación de los dones espirituales es razón suficiente para que no se manifiesten más plenamente. Se dice de Cristo: “Y no hizo allí muchos milagros a causa de la incredulidad de ellos”. [Mateo 13:58](#).

Hay una incredulidad impía en muchos en este día que profesan tomar la Biblia como su guía, que se asemeja a la de aquellos que, burlonamente, dijeron de Cristo mientras colgaba de la cruz: “Que Cristo, el Rey de Israel, descienda ahora. de la cruz, para que veamos y creamos”. A veces se dice en respuesta a las evidencias bíblicas de la perpetuidad de los dones espirituales: “Simplemente haz unos pocos milagros, y o

doctrina." No es el plan de Dios complacer a tales espíritus; porque si vieran manifestaciones tan poderosas como las que se vieron en los días de Cristo, de Pablo y de Pedro, burlonamente lo atribuirían al poder de Satanás o a alguna otra causa además del poder de Dios.

Es la fe humilde y confiada la que mueve la omnipotencia. Sólo aquellos que tienen esta fe pueden esperar la manifestación de los dones. [Marcos 2:5](#). "Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al parálítico: Hijo, tus pecados te son perdonados". [Capítulo 9:23](#). "Jesús le dijo: Si puedes creer, al que [29] cree todo le es posible". [Mateo 9:21, 22](#). "Porque ella dijo dentro de sí misma: Si puedo tocar su manto, seré sana. Pero Jesús le dio la vuelta, y cuando la vio, dijo: Hija, ten confianza, tu fe te ha salvado. Y la mujer fue sanada desde aquella hora." [Capítulo 15:28](#). "Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres. Y su hija fue sanada desde esa misma hora."

3. Los dones han sido superados en las iglesias populares por los credos humanos. El objeto de los dones, como lo declara Pablo, era "para la perfección de los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe". Estos fueron los medios señalados por el cielo para asegurar la unidad de la iglesia. Cristo oró para que su pueblo fuera uno, como él era uno con su padre. Lea [Juan 17](#). Pablo exhortó a los corintios en el nombre de Cristo a estar perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo juicio. Lea [1 Corintios 2:10](#); [Romanos 15:5](#); [filipenses 2:1, 2](#); [1 Pedro 3:8](#); V, 5. Los dones fueron dados para asegurar este estado de unidad.

Pero las iglesias populares han introducido otro medio de preservar la unidad, a saber, los credos humanos. Estos credos aseguran una especie de unidad a cada denominación; pero todas han resultado ineficaces, como se desprende de las "nuevas escuelas" y "reformadas" de casi todas las denominaciones ligadas a credos bajo el cielo. De ahí las muchas clases de bautistas, presbiterianos y metodistas, &C., &C. No hay excusa para este estado de cosas en ninguna parte del libro [30] de Dios. Estas sectas no se basan en el fundamento de unidad establecido por Jesucristo y enseñado por Pablo, el sabio Maestro Constructor. Y las sectas más pequeñas que rechazan los credos humanos, profesando tomar la Biblia como su regla de fe y práctica, pero rechazan los dones, no son ni un áp

apagado. En estos tiempos peligrosos se estremecen hasta convertirse en fragmentos, pero claman: ¡La Biblia! ¡La Biblia! Nosotros también exaltaríamos la Biblia, y diríamos a aquellos que nos representan como tomando los regalos en lugar de la Biblia, que no estamos satisfechos con una parte del volumen sagrado, sino que reclamamos como nuestra la Biblia, y todo el Biblia, regalos y todo.

Todas las denominaciones no pueden estar en lo cierto, y puede que no esté mal suponer que ninguna de ellas tiene razón en todos los puntos de la fe. Para mostrar que no pueden tener sus credos y los dones también, que los credos excluyen los dones, supondremos que Dios, a través de instrumentos escogidos tomados de cada secta, comienza a mostrar los errores en los credos de estas diferentes denominaciones. Si reciben el testimonio como del cielo, arruinaría sus credos. Pero, ¿los desecharían y saldrían a la plataforma de unidad enseñada por Cristo, Pablo y Pedro? ¡Nunca! ¡Nunca! Preferirían mil veces pisotear hasta el polvo los humildes instrumentos elegidos por Dios. Es evidente que si se recibieran los dones, destruirían los credos humanos, y que si se recibieran los credos, excluirían los dones. El mensaje del segundo ángel trajo a los adventistas de las iglesias sujetas a credos, donde podían ser alcanzados por los dones, estar unidos y preparados para la venida del Señor.

4. Cuando consideramos la gran apostasía de la iglesia, el [31] corrupción de sus doctrinas puras, y su permanencia de 1260 años en el desierto, no nos sorprende que no encontremos en las páginas de su triste historia ningún registro más claro de la manifestación de los dones espirituales. Llamariamos aquí la atención sobre una obra recopilada por Eld. METRO. E. Cornell, titulado "Poderes milagrosos", en el que se pueden encontrar testimonios no solo de los eminentemente piadosos, sino de muchos eruditos y de algunos de los historiadores más confiables, que representan fielmente la fe de la iglesia sobre el tema de dones espirituales. No confiamos en el testimonio de los hombres como prueba de nuestra posición; pero después de haber sido establecidos en la doctrina de la perpetuidad de los dones espirituales del claro testimonio de la palabra de Dios, es motivo de un gozo indecible encontrar que en esta doctrina vital nuestra fe está en armonía con los buenos, los humildes y los prudentes. , desde que Cristo dijo a sus primeros ministros: "Estas señales seguirán a los que creen".

Sin duda, la sabiduría infinita los ha retenido en gran medida para que no Satanás se aprovecha de la ignorancia y debilidad del pueblo de

Dios, y empujarlos al fanatismo. Muchos de los que han supuesto que fueron favorecidos con manifestaciones del espíritu de Dios, se han considerado completamente fuera de peligro. Pronto se enorgullecieron de las cosas espirituales y fueron presa fácil de Satanás.

Si era necesario que Pablo tuviera un aguijón en la carne, el mensajero de Satanás, para abofetearlo, para que no se exaltara por la abundancia de revelaciones con las que fue favorecido, es una conclusión razonable que todos los que buscan caminar con Dios y compartir todas las bendiciones espirituales de la era cristiana, también corren el peligro de la exaltación y las asechanzas del diablo. Si puede empujar a uno de ellos a los extremos y al fanatismo, deshonor la parte vital del cristianismo y obtiene una victoria mayor que la de mantener a cien almas en fría formalidad. La historia de Lutero, los Wesley y otros, que por el poder de una fe viva condujeron a la iglesia de las sombras oscuras del error y la formalidad a una luz más clara, prueba la necesidad de que la mente esté bien equilibrada con la cautela. Y el que no ve necesidad de cautela aquí, no está lejos de alguna trampa engañosa de Satanás. Pero al andar suave y humildemente ante Dios, en estricta vigilancia y oración ferviente para ser guardados por el poder de Dios de las asechanzas de Satanás, hay seguridad. Dios tiene grandes bendiciones reservadas para su pueblo, y las otorgará tan pronto como puedan hacer un uso correcto de ellas para su bien y su gloria. Amén.

hechos de fe

[33]

Capítulo 1—La creación

Cuando Dios hubo formado la tierra, había montañas, colinas y llanuras, y esparcidas entre ellas había ríos y cuerpos de agua. La tierra no era una llanura extensa, pero la monotonía del paisaje estaba rota por colinas y montañas, no altas y desiguales como ahora, sino de forma regular y hermosa. Las rocas desnudas y altas nunca se veían sobre ellos, sino que yacían bajo la superficie, respondiendo como huesos a la tierra. Las aguas se dispersaron regularmente. Los cerros, montañas y llanuras muy hermosas estaban adornadas con plantas y flores, y árboles altos y majestuosos de todo tipo, que eran muchas veces más grandes y mucho más hermosos que los árboles que ahora son. El aire era puro y saludable, y la tierra parecía un palacio noble. Los ángeles contemplaron y se regocijaron por las maravillosas y hermosas obras de Dios.

Después de que la tierra fue creada y las bestias sobre ella, el Padre y el Hijo llevaron a cabo su propósito, que fue diseñado antes de la caída de [34] Satanás, para hacer al hombre a su propia imagen. Ellos habían trabajado juntos en la creación de la tierra y todo ser viviente sobre ella. Y ahora Dios le dice a su Hijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen”. Como Adán salió de la mano de su Creador, era de noble estatura y de hermosa simetría. Era más del doble de alto que los hombres que ahora viven sobre la tierra, y estaba bien proporcionado. Sus rasgos eran perfectos y hermosos. Su tez no era blanca ni cetrina, sino rojiza, resplandeciente con el rico matiz de la salud. Eva no era tan alta como Adán. Su cabeza llegó un poco por encima de sus hombros. Ella también era noble, perfecta en simetría y muy hermosa.

Esta pareja sin pecado no vestía prendas artificiales. Estaban vestidos con un manto de luz y gloria, como el que visten los ángeles. Mientras vivían en obediencia a Dios, este círculo de luz los envolvía. Aunque todo lo que Dios había hecho estaba en la perfección de la belleza, y nada parecía faltar en la tierra que Dios había creado para hacer felices a Adán y Eva, sin embargo, manifestó su gran amor por ellos al plantar un jardín especialmente para ellos. Una porción de

su tiempo había de ser ocupado en la feliz ocupación de arreglar el jardín, y una parte en recibir las visitas de los ángeles, escuchando sus instrucciones y en feliz meditación. Su labor no era tediosa, sino placentera y vigorizante. Este hermoso jardín iba a ser su hogar, su residencia especial.

En este jardín el Señor colocó árboles frutales de toda clase, [35] por utilidad y belleza, también hermosas flores que llenaban el aire de fragancia. Todo estaba arreglado con buen gusto y gloriosamente. En medio del jardín estaba el árbol de la vida, cuya gloria superaba a todos los demás árboles. Su fruto parecía manzanas de oro y plata, y debía perpetuar la inmortalidad. Las hojas contenían propiedades curativas.

Muy felices fueron la santa pareja en el Edén. Se les dio control ilimitado sobre todos los seres vivos. El león y el cordero jugaban juntos en paz y sin causar daño a su alrededor, o dormitaban a sus pies. Aves de toda variedad de colores y plumajes revoloteaban entre los árboles y las flores, y alrededor de Adán y Eva, mientras su suave música resonaba entre los árboles en un dulce acuerdo de alabanzas a su Creador.

En medio del jardín, cerca del árbol de la vida, estaba el árbol del conocimiento del bien y del mal. De este árbol mandó el Señor a nuestros primeros padres que no comieran, ni lo tocaran, para que no murieran. Les dijo que podían comer libremente de todos los árboles del jardín excepto uno; pero si comieran de ese árbol, ciertamente morirían.

[36]

Capítulo 2—La tentación y la caída

Antes de la caída de Satanás, el Padre consultó a su Hijo acerca de la formación del hombre. Se propusieron hacer este mundo, y crear bestias y seres vivos en él, y hacer al hombre a la imagen de Dios, para reinar como monarca gobernante sobre todo ser vivo que Dios crearía. Cuando Satanás supo el propósito de Dios, tuvo envidia de Cristo y celo porque el Padre no lo había consultado con respecto a la creación del hombre. Satanás era del más alto orden de los ángeles; pero Cristo estaba sobre todo. Él era el comandante de todo el Cielo. El impartió a la familia angélica los altos mandatos de su Padre. La envidia y los celos de Satanás aumentaron. Hasta su rebelión todo el Cielo estaba en armonía y perfecta sujeción al gobierno de Dios. Satanás comenzó a insinuar sus sentimientos de insatisfacción a otros ángeles, y algunos accedieron a ayudarlo en su rebelión. Satanás estaba insatisfecho con su posición. Aunque muy exaltado, aspira a ser igual a Dios; ya menos que el Señor satisfaga su ambición, determine rebelarse y rehusar la sumisión. Él desea, pero no se atreve a aventurarse de inmediato a dar a conocer sus sentimientos de envidia y odio. Pero se contenta con ganar todo lo que puede para simpatizar con él, como si estuviera profundamente agraviado. Les relata sus pensamientos de guerrear contra Jehová.

[37]

Es cierto que los ángeles fieles, escuchando, escuchan las terribles amenazas de Satanás e inmediatamente informan a su gran comandante. Cristo les dice que él y el Padre están familiarizados con los propósitos de Satanás, y que sólo se están absteniendo de ver cuántos se unirán a él para rebelarse contra el gobierno de Dios. Él les dice que todos los propósitos de Satanás se entienden. Rebelarse contra el gobierno de Dios era el crimen más alto. Todo el Cielo parecía en conmoción. Los ángeles estaban ordenados en compañías, cada uno con un ángel de mayor mando a la cabeza. Todos los ángeles estaban en movimiento. Satanás estaba en guerra contra el gobierno de Dios, porque tenía la ambición de exaltarse a sí mismo y no estaba dispuesto a someterse a la autoridad del Hijo de Dios, el gran comandante del cielo.

Mientras que algunos de los ángeles se unieron a Satanás en su rebelión, otros razonaron con él para disuadirlo de sus propósitos, compitiendo por el honor y la sabiduría de Dios al dar autoridad a su Hijo. Satanás instó, ¿por qué razón fue Cristo dotado de un poder ilimitado y un mando tan alto por encima de sí mismo? Se levantó con orgullo e instó a ser igual a Dios. Se jacta ante sus simpatizantes de que no se someterá a la autoridad de Cristo.

Finalmente, todos los ángeles son llamados a comparecer ante el Padre, para que se decida cada caso. Satanás, sin sonrojarse, da a conocer a toda la familia celestial su descontento de que se debe preferir a Cristo antes que a él, para estar en tan estrecha conferencia con Dios, y él no está informado en cuanto al resultado de sus frecuentes consultas. Dios le informa a Satanás que esto nunca lo podrá saber. Que a su Hijo le revelará sus propósitos secretos, y que toda la familia del Cielo, sin excepción de Satanás, estaba obligada a rendir obediencia implícita. Satanás habla audazmente de su rebelión y señala a una gran multitud que piensa que Dios es injusto al no exaltarlo para que sea igual a Dios y al no darle el mando por encima de Cristo. Declara que no puede someterse a estar bajo el mandato de Cristo, que sólo obedecerá los mandatos de Dios. Los ángeles buenos lloran al oír las palabras de Satanás, y al ver cómo desprecia seguir la dirección de Cristo, su excelso y amoroso comandante.

El Padre decide el caso de Satanás, y declara que debe ser expulsado del Cielo por su atrevida rebelión, y que todos los que se unieron a él en su rebelión, deben ser expulsados con él. Entonces hubo guerra en el Cielo. Cristo y sus ángeles lucharon contra Satanás y sus ángeles, porque estaban decididos a permanecer en el Cielo con toda su rebelión. Pero no prevalecieron. Cristo y los ángeles leales triunfaron y expulsaron a Satanás y sus simpatizantes rebeldes del cielo.

Cuando Adán y Eva fueron colocados en el hermoso jardín, tenían todo lo que podían desear para su felicidad. Pero escogió en sus sabios arreglos poner a prueba su lealtad antes de que [39] pudieran estar eternamente seguros. Ellos debían tener su favor, y él conversar con ellos, y ellos con él. Sin embargo, no puso el mal fuera de su alcance. A Satanás se le permitió tentarlos. Si soportaban la prueba, tendrían el favor perpetuo de Dios y de los ángeles celestiales.

Los ángeles de Dios visitaron a Adán y Eva, les hablaron de la caída de Satanás y les advirtieron que estuvieran en guardia. Les advirtieron que no se separaran unos de otros en su trabajo, porque podrían ponerse en contacto con este enemigo caído. Si uno de ellos estuviera solo, estarían en mayor peligro que si ambos estuvieran juntos.

Los ángeles les ordenaron que siguieran estrictamente las instrucciones que Dios les había dado, porque en perfecta obediencia estaban a salvo, y este enemigo caído no podría entonces tener poder para engañarlos. Dios no permitiría que Satanás siguiera a la santa pareja con continuas tentaciones. Él podía tener acceso a ellos solo en el árbol del conocimiento del bien y del mal.

Eva se alejó del lado de su esposo y miraba con una mezcla de curiosidad y admiración el fruto del árbol prohibido. Satanás, en forma de serpiente, conversa con Eva.

La serpiente no tenía el poder del habla, pero Satanás la usó como un medio. Fue Satanás quien habló, no la serpiente. Eva fue engañada y pensó que era la serpiente. Esta serpiente era una criatura muy hermosa

[40] con alas; y mientras volaba por el aire su aspecto era muy brillante, asemejándose al color del oro bruñido. No caminó por tierra, sino que anduvo de un lugar a otro por el aire, y comió frutos como el hombre.

La curiosidad de Eve se despertó. En lugar de huir del lugar, escuchó hablar a una serpiente. Esa extraña voz debería haberla llevado al lado de su marido para preguntarle por qué otro se dirigía a ella con tanta libertad. Pero ella entra en controversia con la serpiente. Y él dijo a la mujer: "Sí, ¿ha dicho Dios que no comeréis de todo árbol del jardín?" Comienza su polémica en forma de pregunta. Eva responde: "Podemos comer del fruto de los árboles del jardín. Pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis." La serpiente responde: "Ciertamente no moriréis; porque sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses conocedores del bien y del mal."

Satanás transmitiría la idea de que al comer del árbol prohibido, recibirían un tipo de conocimiento nuevo y más noble que el que habían obtenido hasta entonces. Esta ha sido su obra especial con gran éxito desde su caída, inducir a los hombres a entrometerse en los secretos del Todopoderoso, y no estar satisfechos con lo que Dios ha revelado, y

sin cuidado de obedecer lo que ha mandado. Los induciría a desobedecer los mandamientos de Dios, y luego les haría creer que [41] están entrando en un maravilloso campo de conocimiento, que es pura suposición y un miserable engaño. No entienden lo que Dios ha revelado, y hacen caso omiso de sus mandamientos explícitos, y aspiran a la sabiduría, independientemente de Dios, y tratan de entender lo que a Él le ha placido ocultar a los mortales. Están eufóricos con sus ideas de progresión y encantados con su propia vana filosofía; pero anda a tientas en la oscuridad de la medianoche en relación con el verdadero conocimiento. Siempre están aprendiendo, y nunca son capaces de llegar al conocimiento de la verdad.

No era la voluntad de Dios que esta pareja sin pecado tuviera conocimiento alguno del mal. Él les había dado libremente el bien, pero retuvo el mal. Eva pensó que las palabras de la serpiente eran sabias, y recibió la amplia afirmación: "Ciertamente no moriréis; porque sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses que saben el bien y el mal", haciendo de Dios un mentiroso. Satanás insinúa audazmente que Dios los había engañado para evitar que fueran exaltados en un conocimiento igual al suyo. Dios dijo: Si coméis, "ciertamente moriréis". La serpiente dice: Si coméis, "no moriréis". Ella comió y se deleitó con la fruta. Le pareció delicioso a su paladar, e imaginó que se percataba en sí misma de los maravillosos efectos de la fruta. Ella tomó la fruta y encontró a su esposo y le contó las palabras dichas por la serpiente, y le dijo [42] que al comer la fruta había sentido, en lugar de la muerte, una influencia agradable. Tan pronto como Eva desobedeció, se convirtió en un medio poderoso a través del cual ocasionó la caída de su esposo.

Vi una tristeza en el semblante de Adán. Parecía asustado y asombrado. Una lucha parecía estar ocurriendo en su mente. Le dijo a Eve que estaba bastante seguro de que este era el enemigo contra el que habían sido advertidos. Si es así, que ella debe morir. Ella le aseguró que no sentía efectos nocivos, sino más bien una influencia muy agradable, y le suplicó que comiera. Adán lamentó que Eva se hubiera ido de su lado, pero ahora el acto estaba hecho. Debía estar separado de aquella cuya sociedad había amado tanto. ¿Cómo podría tenerlo así? Su amor por Eva era fuerte. Y completamente desalentado, resolvió compartir su destino. Agarró la fruta y rápidamente la comió, y como Eva no sintió inmediatamente sus efectos nocivos. Adán desobedeció y cayó.

Eve se creía capaz de decidir entre el bien y el mal.

La halagadora esperanza de entrar en un estado superior de conocimiento la llevó a pensar que la serpiente era su amiga especial, poseyendo un gran interés en su bienestar. Si ella hubiera buscado a su esposo, y ellos le hubieran contado a su Hacedor las palabras de la serpiente, habrían sido librados de inmediato de su astuta tentación.

[43]

Dios instruyó a nuestros primeros padres con respecto al árbol del conocimiento, y fueron plenamente informados con respecto a la caída de Satanás y el peligro de escuchar sus sugerencias. Dios no les privó del poder de comer del fruto prohibido. Los dejó como agentes morales libres para creer en su palabra, obedecer sus mandamientos y vivir; o creer al tentador, desobedecer y perecer. Ambos comieron, y la gran sabiduría que obtuvieron fue el conocimiento del pecado y un sentimiento de culpa. Inmediatamente desapareció la cubierta de luz que los rodeaba, y bajo un sentimiento de culpa y pérdida de su cubierta divina, un escalofrío se apoderó de ellos y trataron de cubrir sus formas expuestas. El Señor no les permitiría investigar el fruto del árbol del conocimiento, porque entonces estarían expuestos a Satanás enmascarado. Sabía que estarían perfectamente a salvo si no tocaban la fruta.

Nuestros primeros padres optaron por creer las palabras, como pensaban, de una serpiente, pero él no les había dado muestras de su amor. No había hecho nada por su felicidad y beneficio; mientras que Dios les había dado todas las cosas buenas para comer y agradables a la vista. Dondequiera que se posaba la vista había abundancia y belleza; sin embargo, Eva fue engañada por la serpiente al pensar que había algo retenido que los haría sabios, incluso como Dios. En lugar de creer y confiar en Dios, desconfió vilmente de su bondad y amó las palabras de Satanás.

[44]

Su crimen está ahora ante ellos en su verdadero y terrible carácter.

Adán censuró la locura de Eva al apartarse de su lado y ser engañada por la serpiente. Ambos se jactaban de que Dios, que les había dado todo para hacerlos felices, pudiera aún perdonar su desobediencia, por su gran amor por ellos, y que su castigo no sería tan terrible después de todo.

Satanás se regocijó en su éxito. Ahora había tentado a la mujer a desconfiar de Dios, a cuestionar su sabiduría y a buscar penetrar en sus sabios planes. Y a través de ella también había causado el derrocamiento

de Adán, quien por su amor a Eva, desobedeció el mandato de Dios y cayó con ella.

La noticia de la caída del hombre se propagó por el Cielo: todas las arpas se silenciaron. Los ángeles arrojaron sus coronas de sus cabezas con dolor. Todo el Cielo estaba en agitación. Los ángeles se entristecieron por la vil ingratitud del hombre, a cambio de las ricas dádivas que Dios había provisto. Se llevó a cabo un consejo para decidir qué se debe hacer con la pareja culpable. Los ángeles temían extender la mano y comer del árbol de la vida, perpetuando así una vida de pecado.

Había sido el plan de Satanás llevar a Adán y Eva a desobedecer a Dios, recibir su ceño fruncido, con la esperanza de que luego comieran del árbol de la vida y vivieran en pecado. Pero Dios dijo que expulsaría a los transgresores del jardín. Inmediatamente se comisionó a los ángeles para que guardaran el camino del árbol de la vida, para que no tuvieran acceso a él. A medida que Adán [45] y Eva escuchan el sonido del majestuoso acercamiento de Dios, buscan esconderse de su inspección, a quien se deleitaron en su inocencia y santidad para encontrarse.

Dios maldijo la tierra a causa de su pecado al comer del árbol del conocimiento, y declaró: "Con dolor comerás de él todos los días de tu vida". Les había repartido el bien, pero retenido el mal. Ahora Dios declara que comerán de él, es decir, deberán estar familiarizados con el mal todos los días de su vida.

La carrera desde ese momento en adelante sería afligida por las tentaciones de Satanás. Se le asignó a Adán una vida de trabajo y ansiedad perpetuos, en lugar del trabajo feliz y alegre que hasta entonces había disfrutado. Le dijo a Adán: "Espinos y cardos te producirá; y comerás de la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra; porque de ella fuiste tomado, pues polvo eres, y al polvo volverás."

Dios nuevamente pone ante ellos la pena de muerte, y declara que deben sufrirla. Se enviaron santos ángeles para expulsar a la pareja desobediente del jardín, mientras que otros ángeles guardaban el camino hacia el árbol de la vida. Cada uno de estos ángeles poderosos tenía en su mano derecha una espada reluciente.

Adán fue expulsado de ese hermoso jardín para labrar la tierra de donde vino. Y Dios guardó el árbol de la vida con espadas encendidas que se revolvían en todos los sentidos, para que el hombre no comiera de él y [46] perpetuara una vida de pecado.

Con humildad e inexpressable tristeza, Adán y Eva abandonaron el hermoso jardín en el que habían sido tan felices hasta que desobedecieron el mandato de Dios. La atmósfera cambió, y ya no era invariable como antes de la transgresión. Dios los vistió con túnicas de pieles para protegerlos de la sensación de frío y luego de calor a la que están expuestos.

Todo el Cielo se lamentó a causa de la desobediencia y caída de Adán y Eva, que trajo la ira de Dios sobre toda la raza humana. Fueron privados de la comunión con Dios y sumidos en una miseria sin esperanza. La ley de Dios no podía cambiarse para satisfacer la necesidad del hombre, porque en el arreglo de Dios nunca había de perder su fuerza, ni renunciar a la más mínima parte de sus derechos.

El Hijo de Dios se compadece del hombre caído. Él sabe que la ley de su Padre es tan inmutable como él mismo. Solo puede ver una vía de escape para el transgresor. Se ofrece a sí mismo a su Padre como sacrificio por los hombres, para tomar sobre sí su culpa y su castigo, y redimirlos de la muerte muriendo en su lugar, y así pagar el rescate. El Padre consiente en dar a su amadísimo Hijo para salvar a la raza caída; y por sus méritos e intercesión promete recibir de nuevo al hombre en su favor, y restaurar la santidad a cuantos [47] estén dispuestos a aceptar la expiación así misericordiosamente ofrecida, y obedecer su ley. Por causa de su amado Hijo, el Padre abstiene por un tiempo la ejecución de la muerte, y a Cristo encomienda a los caídos

la raza.

* * * * *

Capítulo 3—Caín y Abel

Caín y Abel, los hijos de Adán, eran de carácter muy diferente. Abel temía a Dios. Caín albergó sentimientos de rebeldía y murmuró contra Dios por la maldición pronunciada sobre Adán, y porque la tierra fue maldecida por su pecado. Estos hermanos habían sido instruidos con respecto a la provisión hecha para la salvación de la raza humana. Se les pidió que llevaran a cabo un sistema de humilde obediencia, mostrando su reverencia a Dios, y su fe y dependencia en el Redentor prometido, sacrificando las primicias del rebaño y presentándolo solemnemente con la sangre, como un holocausto. ferir a Dios. Este sacrificio los llevaría a tener presente continuamente su pecado y el Redentor que vendría, quien sería el gran sacrificio para el hombre.

Caín trajo su ofrenda al Señor con murmuración e infidelidad en su corazón con respecto al Sacrificio prometido. No estaba dispuesto a seguir estrictamente el plan de la obediencia, y procurar un [48] cordero y ofrecerlo con el fruto de la tierra. Simplemente tomó del fruto de la tierra y no tuvo en cuenta el requisito de Dios. Dios le había hecho saber a Adán que sin derramamiento de sangre no podía haber remisión del pecado. Caín no fue particular en traer incluso lo mejor de los frutos. Abel aconsejó a su hermano que no se presentara ante el Señor sin la sangre de un sacrificio. Caín siendo el mayor, no quiso escuchar a su hermano. Despreció su consejo, y con dudas y murmuraciones en cuanto a la necesidad de las ofrendas ceremoniales, presentó su ofrenda. Pero Dios no lo aceptó.

Abel trajo de las primicias de su rebaño, y de la grosura, como Dios le había mandado; y con plena fe en el Mesías venidero, y con humilde reverencia, presentó la ofrenda. Dios tuvo respeto a su ofrenda. Una luz resplandece del Cielo y consume la ofrenda de Abel. Caín no ve ninguna manifestación de que la suya sea aceptada. Está enojado con el Señor y con su hermano. Dios se digna enviar un ángel a Caín para conversar con él.

El ángel le pregunta la razón de su ira y le informa que si lo hace bien y sigue las instrucciones que Dios le ha dado, lo aceptará y respetará su ofrenda. Pero si no se somete humildemente a los arreglos de Dios, y le cree y obedece, no puede aceptar su ofrenda. El ángel le dice a Caín que no fue una injusticia de parte de Dios, ni parcialidad hacia Abel; sino que fue por [49] su propio pecado, y la desobediencia del mandato expreso de Dios, por lo que no pudo respetar su ofrenda; y si hacía bien, sería aceptado por Dios, y su hermano debería escucharlo, y él debía llevar la delantera, porque era el mayor. Pero incluso después de haber sido fielmente instruido, Caín no se arrepintió. En lugar de censurarse y aborrecerse a sí mismo por su incredulidad, todavía se queja de la injusticia y la parcialidad de Dios. Y en su celo y odio contienda con Abel y lo reprocha. Abel señala dócilmente el error de su hermano y le muestra que el mal está en él mismo. Pero Caín odia a su hermano desde el momento en que Dios le manifiesta las señales de su aceptación. Su hermano Abel busca apaciguar su ira conteniendo por la compasión de Dios para salvar la vida de sus padres, cuando podría haberles acarreado la muerte inmediata. Le dice a Caín que Dios los amaba, o no hubiera dado a su Hijo, inocente y santo, para sufrir la ira que el hombre merecía sufrir por su desobediencia. Mientras Abel justifica el plan de Dios, Caín se enfurece y su ira aumenta y se enciende contra Abel, hasta que en su ira lo mata. Dios le pregunta a Caín por su hermano, y Caín dice una mentira culpable: "No sé; ¿Soy yo el guardián de mi hermano? Dios le informa a Caín que él sabía con respecto a su pecado, que estaba al corriente de cada uno de sus actos, e incluso de los [50] pensamientos de su corazón, y le dice: "La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Y ahora, maldito seas tú de la tierra que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza. Fugitivo y vagabundo serás en la tierra."

La maldición sobre el suelo al principio se había sentido pero ligeramente; pero ahora pesaba sobre él una doble maldición. Caín y Abel representan las dos clases, los justos y los malvados, los creyentes y los incrédulos, que deberían existir desde la caída del hombre hasta la segunda venida de Cristo. Caín matando a su hermano Abel representa a los malvados o

tendrá envidia de los justos y los odiará porque son mejores que ellos mismos. Estarán celosos de los justos, y los perseguirán y matarán porque su rectitud condena su conducta pecaminosa.

* * * * *

Capítulo 4—La vida de Adán

La vida de Adán fue de tristeza, humildad y continuo arrepentimiento. Mientras enseñaba a sus hijos y nietos el temor del Señor, a menudo se le reprochaba amargamente por su pecado que resultó en tanta miseria para su posteridad. Cuando dejó el hermoso Edén, [51] el pensamiento de que debía morir lo estremeció con horror. Consideró la muerte como una terrible calamidad. Primero se familiarizó con la terrible realidad de la muerte en la familia humana por su propio hijo Caín que mató a su hermano Abel. Lleno del más amargo remordimiento por su propia transgresión, y privado de su hijo Abel, y considerando a Caín como su asesino, y sabiendo la maldición que Dios pronunció sobre él, el corazón de Adán se inclinó con dolor. Más amargamente se reprochó a sí mismo por su primera gran transgresión. Pidió el perdón de Dios a través del Sacrificio prometido. Profundamente había sentido la ira de Dios por su crimen cometido en el Paraíso. Fue testigo de la corrupción general que después finalmente provocó que Dios destruyera a los habitantes de la tierra por medio de un diluvio. La sentencia de muerte pronunciada sobre él por su Hacedor, que al principio le pareció tan terrible, después de haber vivido algunos cientos de años, pareció justa y misericordiosa en Dios, para poner fin a una vida miserable.

A sus hijos, y a los hijos de ellos, hasta la novena generación, delineó las perfecciones de su hogar edénico; y también su caída y sus terribles resultados, y la carga de dolor que le trajo a causa de la ruptura en su familia, que terminó con la muerte de Abel. Les contó los sufrimientos por los que Dios le había hecho pasar, para enseñarle la necesidad de adherirse estrictamente a su ley. Les declaró que el pecado sería castigado en cualquier forma que existiera. Les rogó [52] que obedecieran a Dios, quien los trataría con misericordia si le amaban y le temían.

Los ángeles mantuvieron comunicación con Adán después de su caída, y le informaron del plan de salvación, y que la raza humana no estaba más allá de la redención. Aunque se había producido una terrible separación entre Dios y el hombre, se había hecho provisión por medio de la

ofrenda de su Hijo amado por la cual el hombre puede ser salvo. Pero su única esperanza era a través de una vida de humilde arrepentimiento y fe en la provisión hecha. Todos aquellos que pudieran así aceptar a Cristo como su único Salvador, deberían volver a ser favorecidos por Dios por los méritos de su Hijo.

Adán recibió el mandato de enseñar a sus descendientes el temor del Señor, y por su ejemplo y humilde obediencia enseñarles a tener en gran estima las ofrendas que tipificaban a un Salvador venidero. Adán atesoró cuidadosamente lo que Dios le había revelado y lo transmitió de boca en boca a sus hijos y a los hijos de sus hijos. Por este medio se preservó el conocimiento de Dios. Había algunos justos sobre la tierra que conocían y temían a Dios incluso en los días de Adán. El sábado se observaba antes de la caída. Debido a que Adán y Eva desobedecieron el mandato de Dios y comieron del fruto prohibido, fueron expulsados del Edén; pero observaron el sábado después de su caída. Habían experimentado los amargos frutos de la desobediencia y aprendido que todo transgresor de los mandamientos de Dios tarde o temprano aprenderá que Dios quiere decir exactamente lo que dice, y que seguramente [53] castigará al transgresor.

Los que se atreven a estimar a la ligera el día en que Jehová descansó, el día que santificó y bendijo, el día que ordenó que se santificara, sabrán sin embargo que la muerte es la recompensa del transgresor. A causa de los honores especiales que Dios concedió al séptimo día, pidió a su pueblo que se contara de siete en siete para que no se olvidara de su Creador que hizo los cielos y la tierra en seis días y descansó en el séptimo.

Los descendientes de Caín no tuvieron cuidado de respetar el día en que Dios descansó. Eligieron su propio tiempo para trabajar y descansar, sin importar el mandato especial de Jehová. Había dos clases distintas sobre la tierra. Una clase estaba en rebelión abierta contra la ley de Dios; mientras que la otra clase obedecía sus mandamientos y reverenciaba su sábado.

Capítulo 5—Set y Enoc

Set era un personaje digno, y debía tomar el lugar de Abel al hacer el bien. Sin embargo, era un hijo de Adán como el pecador Caín, y no heredó de la naturaleza de Adán más bondad natural que Caín.

[54] Nació en pecado, pero por la gracia de Dios, al recibir las instrucciones fieles de su padre Adán, honró a Dios haciendo su voluntad.

Se separó de los corruptos descendientes de Caín y se esforzó, como lo hubiera hecho Abel si hubiera vivido, para hacer que la mente de los hombres pecadores reverenciara y obedeciera a Dios.

Enoc fue un hombre santo. Sirvió a Dios con sencillez de corazón. Se dio cuenta de las corrupciones de la familia humana, y se separó de los descendientes de Caín, y los reprendió por su gran maldad. Había en la tierra aquellos que reconocían a Dios, que lo temían y lo adoraban. Sin embargo, el justo Enoc estaba tan angustiado con la creciente maldad de los impíos, que no se relacionaba con ellos diariamente, temiendo ser afectado por su infidelidad, y que sus pensamientos nunca considerarían a Dios con la santa reverencia que se le debía . su carácter exaltado. Su alma estaba afligida al presenciar diariamente cómo pisoteaban la autoridad de Dios. Eligió estar separado de ellos y pasó gran parte de su tiempo en soledad, que dedicó a la reflexión y la oración. Esperó delante de Dios y oró para conocer más perfectamente su voluntad, a fin de poder cumplirla. Dios se comunicó con Enoc a través de sus ángeles y le dio instrucciones divinas. Le hizo saber que no siempre toleraría al hombre en su rebelión, que su propósito era destruir la raza pecadora trayendo un diluvio de aguas sobre la tierra.

[55] El puro y hermoso jardín del Edén, del cual fueron expulsados nuestros primeros padres , permaneció hasta que Dios se propuso destruir la tierra con un diluvio. Dios había plantado ese jardín y lo había bendecido especialmente, y en su maravillosa providencia lo retiró de la tierra y lo devolverá a la tierra nuevamente, más gloriosamente adornado que antes de que fuera removido de la tierra. Dios se propuso preservar un espécimen

de su perfecta obra de creación libre de la maldición con que había maldecido la tierra.

El Señor abrió más plenamente a Enoc el plan de salvación, y por el espíritu de profecía lo llevó a través de las generaciones que vivirían después del diluvio, y le mostró los grandes acontecimientos relacionados con la segunda venida de Cristo y el fin del mundo . .

Enoc estaba preocupado por los muertos. Le parecía que los justos y los malvados irían juntos al polvo, y ese sería su fin. No podía ver claramente la vida del justo más allá de la tumba. En visión profética se le instruyó con respecto al Hijo de Dios, que iba a morir en sacrificio de hombre, y se le mostró la venida de Cristo en las nubes del cielo, asistido por la hueste angélica, para dar vida a los justos muertos y rescate. ellos de sus tumbas. También vio el estado corrupto del mundo en el momento en que Cristo aparecería por segunda vez: que habría una generación jactanciosa, presuntuosa y obstinada, vestida en rebelión contra la ley de Dios, y negando al único Señor Dios y [56] nuestro Señor Jesucristo, y pisoteando su sangre, y despreciando su expiación. Vio a los justos coronados de gloria y honra, mientras que los impíos fueron apartados de la presencia del Señor y consumidos por el fuego.

Enoc refirió fielmente al pueblo todo lo que Dios le había revelado por medio del espíritu de profecía. Algunos creyeron sus palabras, y se volvieron de su maldad para temer y adorar a Dios. Los tales buscaban a menudo a Enoc en sus lugares de retiro, y él los instruía y oraba por ellos, para que Dios les diera conocimiento de su voluntad. Finalmente eligió ciertos períodos para su retiro y no permitió que la gente lo encontrara, porque interrumpían su santa meditación y comunión con Dios. No se excluyó en todo momento de la sociedad de quienes lo amaban y escuchaban sus sabias palabras; tampoco se separó totalmente de los corrompidos. Se reunió con los buenos y los malos en tiempos determinados, y trabajó para hacer volver a los impíos de su mal camino e instruirlos en el conocimiento y el temor de Dios. Enseñó a los que tenían el conocimiento de Dios a servirle más perfectamente. Permanecería con ellos mientras pudiera beneficiarlos con su conversación piadosa y su santo ejemplo, y luego se retiraría de toda sociedad, de los justos, los burlones y los idólatras, para permanecer en la soledad hambrientos y sedientos

[57] para la comunión con Dios, y ese conocimiento divino que sólo él podía darle.

Enoc continuó creciendo más celestialmente mientras se comunicaba con Dios. Su rostro resplandecía con una luz sagrada que permanecería sobre su semblante mientras instruía a aquellos que escucharían sus palabras de sabiduría. Su apariencia celestial y digna asombró a la gente. El Señor amó a Enoc porque lo siguió con firmeza, aborreció la iniquidad y buscó fervientemente el conocimiento celestial para poder hacer su voluntad a la perfección. Anhelaba unirse aún más estrechamente a Dios, a quien temía, reverenciaba y adoraba. Dios no permitió que Enoc muriera como los demás hombres, sino que envió a sus ángeles para llevarlo al Cielo sin ver la muerte. En presencia de los justos y los impíos, Enoc fue apartado de ellos.

Los que lo amaban pensaron que Dios podría haberlo dejado en alguno de sus lugares de retiro; pero después de buscarlo diligentemente, y no poder encontrarlo, informó que no estaba, porque Dios se lo lle

El Señor enseña aquí una lección de la mayor importancia por la traslación de Enoc, un descendiente del Adán caído, que todos serían recompensados, quienes por fe confiarían en el Sacrificio prometido y obedecerían fielmente sus mandamientos. Aquí se representan nuevamente dos clases que habrían de existir hasta la segunda venida de Cristo : [58] los justos y los malvados, los rebeldes y los leales. Dios se acordará de los justos que le temen. Por causa de su amado Hijo los respetará y honrará, y les dará vida eterna.

Pero a los impíos que pisotean su autoridad, los cortará y destruirá de sobre la tierra, y serán como si no hubieran existido.

Después de la caída de Adán de un estado de felicidad perfecta a un estado de miseria y pecado, hubo peligro de que el hombre se desanimara y se preguntara: "¿De qué sirve que guardemos sus ordenanzas y andemos tristes delante del Señor?" pesada maldición recae sobre la raza humana, y la muerte es la porción de todos nosotros? Pero las instrucciones que Dios le dio a Adán, que fueron repetidas por Set y ejemplificadas plenamente por Enoc, despejaron la oscuridad y la oscuridad, y dieron esperanza al hombre de que así como por medio de Adán vino la muerte, por medio de Jesús, el Redentor prometido, vendría venga la vida y la inmortalidad.

En el caso de Enoc, a los fieles abatidos se les enseñó que aunque vivían entre un pueblo corrupto y pecador, que estaba en abierta

y desafiando la rebelión contra Dios, su Creador, sin embargo, si le obedecían y tenían fe en el Redentor prometido, podrían obrar justicia como el fiel Enoc, ser aceptados por Dios y finalmente exaltados a su trono celestial.

Enoc, al separarse del mundo y pasar gran parte de su tiempo en oración y en comunión con Dios, representa al pueblo leal de Dios en los últimos días que estará separado del mundo. [59] La injusticia prevalecerá en un grado terrible sobre la tierra.

Los hombres se entregarán a sí mismos para seguir cada imaginación de sus corazones corruptos, y llevarán a cabo su filosofía engañosa, y se rebelarán contra la autoridad del alto Cielo.

El pueblo de Dios se apartará de las prácticas injustas de quienes lo rodean y buscará la pureza de pensamiento y la santa conformidad a su voluntad, hasta que su imagen divina se refleje en ellos. Al igual que Enoc, serán aptos para ser trasladados al Cielo. Mientras se esfuerzan por instruir y advertir al mundo, no se ajustarán al espíritu y las costumbres de los incrédulos, sino que los condenarán por su santa conversación y piadoso ejemplo. El traslado de Enoc al cielo justo antes de la destrucción del mundo por un diluvio, representa el traslado de todos los justos vivientes de la tierra antes de su destrucción por fuego. Los santos serán glorificados en presencia de aquellos que los han odiado por su obediencia leal a los justos mandamientos de Dios.

Enoch instruyó a su familia con respecto al diluvio. Matusalén, el hijo de Enoc, escuchó la predicación de su nieto Noé, quien fielmente advirtió a los habitantes del mundo antiguo que un diluvio de aguas vendría sobre la tierra. Matusalén y sus hijos y nietos vivieron en la época de la construcción del arca. Ellos, junto con algunos otros, recibieron instrucción de Noé y lo ayudaron a [60] construir el arca.

Set era de una estatura más noble que Caín o Abel, y se parecía más a Adán que a cualquiera de sus otros hijos. Los descendientes de Set se habían separado de los malvados descendientes de Caín. Apreciaban el conocimiento de la voluntad de Dios, mientras que la raza impía de Caín no tenía respeto por Dios y sus sagrados mandamientos. Pero cuando los hombres se multiplicaron sobre la tierra, los descendientes de Set vieron que las hijas de los descendientes de Caín eran muy hermosas,

y se apartaron de Dios y lo desagradaron tomando esposas a su elección de la raza idólatra de Caín.

* * * * *

Capítulo 6—Crimen antes del Diluvio

Aquellos que honraron y temieron ofender a Dios, al principio sintieron la maldición pero levemente; mientras que aquellos que se apartaron de Dios y pisotearon su autoridad, sintieron los efectos de la maldición con más fuerza, especialmente en estatura y nobleza de forma. Los descendientes de Set fueron llamados hijos de Dios, los descendientes de Caín, los hijos de los hombres. Al mezclarse los hijos de Dios con los hijos de los hombres, se corrompieron, y al casarse con ellos, perdieron, por la influencia de sus esposas, su carácter peculiar y santo, y se unieron con los hijos de Caín en su idolatría. Muchos desecharon el temor de Dios, y [61] pisotearon sus mandamientos. Pero hubo unos pocos que hicieron justicia, que temieron y honraron a su Creador. Noé y su familia estaban entre los pocos justos.

La maldad del hombre era tan grande y aumentaba hasta un grado tan terrible, que Dios se arrepintió de haber hecho al hombre sobre la tierra; porque vio que la maldad de los hombres era mucha, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal.

La maldición no cambió de inmediato la apariencia de la tierra. Todavía era rico en la generosidad que Dios había provisto para él. Había oro y plata en abundancia. La raza de los hombres que vivían entonces eran de gran estatura y poseían una fuerza maravillosa. Los árboles eran mucho más grandes y superaban con creces en belleza y proporciones perfectas cualquier cosa que los mortales puedan contemplar ahora. La madera de estos árboles era de grano fino y sustancia dura, en este sentido más parecida a la piedra. Se requirió mucho más tiempo y trabajo, incluso de esa raza poderosa, para preparar la madera para la construcción, que lo que se requiere en esta era degenerada para preparar los árboles que ahora crecen sobre la tierra, incluso con la fuerza presente más débil que ahora poseen los hombres. Estos árboles eran de gran durabilidad y no sabrían nada de la descomposición durante muchos años.

Una pesada maldición doble, primero como consecuencia de la transgresión de Adán, y segundo, a causa del asesinato cometido por Caín, [62] descansaba sobre la tierra; sin embargo, las montañas y las colinas estaban todavía

hermoso. Sobre las elevaciones más altas crecían árboles majestuosos, elevándose a una gran altura, sus ramas se extendían a gran distancia por todos lados, mientras que las llanuras estaban cubiertas de verdor y parecían un vasto jardín de flores. Algunas de las colinas estaban cubiertas de hermosos árboles, y las enredaderas que subían a los majestuosos árboles estaban cargadas de uvas, mientras hermosas flores llenaban el aire con su fragancia. Pero a pesar de la riqueza y belleza de la tierra, cuando se compara con su estado antes de que se pronunciara la maldición sobre ella, había evidencia aparente de una decadencia segura y segura.

El pueblo usó el oro, la plata, las piedras preciosas y la madera selecta para construir casas para sí mismos, cada uno esforzándose por superar al otro. Embellecieron y adornaron sus casas y tierras con las obras más ingeniosas, y provocaron a Dios con sus malas acciones.

Formaron imágenes para adorar, y enseñaron a sus hijos a considerar estas obras de arte hechas con sus propias manos, como dioses, y a adorarlos. No eligieron pensar en Dios, el Creador de los cielos y la tierra, y no dieron gracias a Aquel que les había provisto todas las cosas que poseían.

Incluso negaron la existencia del Dios del cielo, y se gloriaron y adoraron las obras de sus propias manos. Se corrompieron [63] con aquellas cosas que Dios había puesto sobre la tierra para el beneficio del hombre. Se prepararon hermosos paseos coronados por árboles frutales de todo tipo. Bajo estos majestuosos y hermosos árboles de anchas ramas, que estaban verdes desde el principio del año hasta su fin, ponían sus ídolos de adoración. Bosques enteros, debido al refugio de sus ramas, fueron dedicados a sus dioses ídolos, y se hicieron atractivos para que la gente recurriera a su adoración idólatra. Se corrompieron con aquellas cosas que Dios había puesto sobre la tierra para el beneficio del hombre.

En lugar de hacer justicia a sus vecinos, llevaron a cabo sus propios deseos ilegales. Tenían una pluralidad de esposas, lo cual era contrario al sabio arreglo de Dios. En el principio, Dios le dio a Adán una esposa, mostrando a todos los que debían vivir sobre la tierra, su orden y ley al respecto. La transgresión y caída de Adán y Eva trajo el pecado y la miseria sobre la raza humana, y el hombre siguió sus propios deseos carnales y cambió el orden de Dios. Cuanto más se multiplicaban las esposas de los hombres, más aumentaban

en la maldad y la infelicidad. Si alguno optaba por tomar las mujeres, o el ganado, o cualquier cosa perteneciente a su prójimo, no tenía en cuenta la justicia ni el derecho, pero si podía prevalecer sobre su prójimo por causa de la fuerza, o matándolo, así lo hacía, y se regocijó en sus actos de violencia. Les encantaba destruir la vida de los animales. Los [64] usaban como alimento, y esto aumentaba su ferocidad y violencia, y les hacía mirar la sangre de los seres humanos con asombrosa indiferencia.

Pero si hubo un pecado sobre otro que requirió la destrucción de la raza por el diluvio, fue el vil crimen de la amalgama del hombre y la bestia lo que desfiguró la imagen de Dios y causó confusión en todas partes. Dios se propuso destruir mediante un diluvio a esa raza poderosa y longeva que había corrompido sus caminos antes que él. No les permitiría vivir los días de su vida natural, que serían cientos de años. Fue sólo unas pocas generaciones atrás cuando Adán tuvo acceso a ese árbol que iba a prolongar la vida. Después de su desobediencia, no se le permitió comer del árbol de la vida y perpetuar una vida de pecado. Para que el hombre posea una vida eterna, debe continuar comiendo del fruto del árbol de la vida.

Privado de ese árbol, su vida se desgastaría gradualmente.

* * * * *

Capítulo 7—El Diluvio

Más de cien años antes del diluvio, el Señor envió un ángel al fiel Noé para hacerle saber que ya no tendría misericordia de la raza corrupta. Pero él no quiere que [65] ellos ignoren su diseño. Él instruiría a Noé y lo convertiría en un predicador fiel para advertir al mundo de su destrucción venidera, para que los habitantes de la tierra pudieran quedar sin excusa. Noé debía predicar a la gente, y también preparar un arca según Dios lo dirigiera para su salvación y la de su familia. No solo debía predicar, sino que su ejemplo al construir el arca fue para convencer a todos de que creía lo que predicaba.

Noé y su familia no estaban solos en el temor y la obediencia a Dios. Pero Noé fue el más piadoso y santo de todos sobre la tierra, y fue aquel cuya vida Dios preservó para llevar a cabo su voluntad al construir el arca y advertir al mundo de su ruina venidera. Matusalén, el abuelo de Noé, vivió hasta el mismo año del diluvio, y hubo otros que creyeron en la predicación de Noé y lo ayudaron a construir el arca, quienes murieron antes de que el diluvio de las aguas cayera sobre la tierra. Noé, por su predicación y ejemplo en la construcción del arca, condenó al mundo. Dios dio una oportunidad a todos los que optaron por arrepentirse y volverse a él. Pero ellos no creyeron la predicación de Noé. Se burlaron de sus advertencias y ridiculizaron la construcción de ese inmenso barco en tierra firme. Los esfuerzos de Noé por reformar a sus semejantes no tuvieron éxito. Pero durante más de cien años perseveró en sus esfuerzos por llevar a los hombres al arrepentimiento ya Dios. Cada golpe que recibió el arca fue una predicación para la gente. Noé dirigió, [66] predicó, trabajó, mientras la gente miraba con asombro y lo consideraba un fanático.

Dios le dio a Noé las dimensiones exactas del arca e instrucciones explícitas con respecto a la construcción de la misma en cada detalle. En muchos aspectos no se hizo como un barco, sino que se preparó como una casa, los cimientos como un bote que flotaría sobre el agua. No había ventanas a los lados del arca. eran tres historias

de altura, y la luz que recibían era de una ventana en la parte superior. La puerta estaba en el costado. Los diferentes apartamentos preparados para la recepción de diferentes animales estaban hechos de tal manera que la ventana en la parte superior daba luz a todos. El arca estaba hecha de madera de ciprés o tuza , que no conocería la descomposición durante cientos de años. Era un edificio de gran durabilidad que ninguna sabiduría del hombre podría inventar. Dios fue el diseñador y Noé su maestro de obras.

Después de que Noé hubo hecho todo lo que estuvo a su alcance para corregir cada parte de la obra, fue imposible que pudiera resistir por sí misma la violencia de la tormenta que Dios en su furiosa ira iba a traer sobre la tierra. El trabajo de completar el edificio fue un proceso lento. Cada pieza de madera estaba bien ajustada y cada costura cubierta con brea. Todo lo que los hombres podían hacer era para que la obra fuera perfecta; sin embargo, después de todo, solo Dios podía preservar el edificio sobre las olas furiosas y agitadas, por su poder milagroso.

Al principio, una multitud aparentemente recibió la advertencia de Noé, [67] sin embargo, no se volvió completamente a Dios con verdadero arrepentimiento. Se les dio algún tiempo antes de que viniera el diluvio, en el cual serían puestos a prueba, para ser probados y probados. No aguantaron la prueba. La degeneración prevaleciente los venció, y finalmente se unieron a otros que eran corruptos, para burlarse y burlarse del fiel Noé. No quisieron abandonar sus pecados, sino que continuaron en la poligamia y en la complacencia de sus pasiones corruptas.

El período de su prueba estaba llegando a su fin. Los habitantes incrédulos y burlones del mundo iban a tener una señal especial del poder divino de Dios. Noé había seguido fielmente las instrucciones que Dios le había dado. El arca se terminó exactamente como Dios lo había ordenado. Había almacenado inmensas cantidades de comida para hombres y bestias. Y después de que esto se cumplió, Dios ordenó al fiel Noé: “Entra tú y toda tu casa en el arca, porque a ti he visto justo delante de mí”. Se enviaron ángeles para recoger del bosque y del campo las bestias que Dios había creado. Los ángeles iban delante de estos animales y ellos los seguían, de dos en dos, macho y hembra, y las bestias limpias de siete en siete. Estas bestias, desde las más feroces hasta las más mansas e inofensivas, entraron pacífica y solemnemente en el arca. El cielo parecía nublado con pájaros de todo tipo. Vinieron volando al arca, de dos en dos, macho y hembra, y las aves limpias de siete en siete. el mundo [68]

miraban con asombro, algunos con temor, pero se habían vuelto tan endurecidos por la rebelión que esta manifestación tan notable del poder de Dios tuvo una influencia momentánea sobre ellos. Durante siete días estos animales entraron en el arca, y Noé los dispuso en los lugares preparados para ellos.

Y mientras la raza condenada contemplaba el sol brillando en su gloria, y la tierra vestida casi con su belleza edénica, ahuyentó sus crecientes temores con una bulliciosa alegría; y por sus actos de violencia parecían alentar sobre sí mismos la visitación de la ira de Dios ya despierta.

Todo estaba ahora listo para el cierre del arca, lo que Noé no pudo haber hecho desde adentro. Un ángel es visto por la multitud burlona que desciende del cielo, revestido de un brillo como el relámpago. Cierra esa enorme puerta exterior, y luego toma su rumbo hacia el cielo de nuevo. Siete días estuvo la familia de Noé en el arca antes de que la lluvia comenzara a descender sobre la tierra. En este tiempo estaban haciendo arreglos para su larga estadía mientras las aguas estarían sobre la tierra. Y estos fueron días de alegría blasfema por parte de la multitud incrédula. Ellos pensaron que debido a que la profecía de Noé no se cumplió inmediatamente después de que entró en el arca, él fue engañado y que era imposible que el mundo pudiera ser destruido por un diluvio. Antes de esto no había habido [69] lluvia sobre la tierra, una niebla se había levantado de las aguas, la cual Dios hizo descender en la noche como rocío, reviviendo la vegetación y haciéndola florecer.

A pesar de la exhibición solemne que habían presenciado del poder de Dios, de la ocurrencia antinatural de las bestias dejando los bosques y los campos, y entrando en el arca, y el ángel de Dios revestido de resplandor, y terrible en majestad, descendiendo del cielo y cerrando la puerta; sin embargo, endurecieron sus corazones y continuaron deleitándose y divirtiéndose con las manifestaciones señaladas del poder divino. Pero al octavo día los cielos se oscurecieron. El murmullo de los truenos y los vívidos relámpagos comenzaron a aterrorizar a hombres y bestias. La lluvia descendía de las nubes sobre ellos. Esto era algo que nunca habían presenciado, y sus corazones comenzaron a desfallecer de miedo. Las bestias vagaban con el terror más salvaje, y sus variadas voces parecían lamentar su propio destino y el destino del hombre. La tormenta aumentó en violencia.

para venir del cielo como poderosas cataratas. Los límites de los ríos se rompieron, y las aguas se precipitaron a los valles. También se rompieron los cimientos del gran abismo. Chorros de agua brotarían de la tierra con una fuerza indescriptible, arrojando enormes rocas cientos de pies en el aire, y luego se enterrarían profundamente en la tierra.

El pueblo vio la destrucción, primero de las obras de sus manos. Sus espléndidos edificios, sus hermosos jardines [70] y sus arboledas, donde habían puesto sus ídolos, fueron destruidos por un rayo del cielo. Sus ruinas estaban esparcidas por todas partes. Habían erigido altares en arboledas, y los consagraban a sus ídolos, sobre los cuales ofrecían sacrificios humanos. Estos que Dios aborreció fueron derribados en su ira delante de ellos, y se hicieron temblar ante el poder del Dios viviente, el Hacedor de los cielos y la tierra, y se les hizo saber que eran sus abominaciones y horribles, sacrificios idólatras, que habían llamado a su destrucción.

La violencia de la tormenta aumentó, y se mezclaron con la guerra de los elementos, los lamentos del pueblo que había despreciado la autoridad de Dios. Árboles, edificios, rocas y tierra fueron arrojados en todas direcciones. El terror del hombre y la bestia estaba más allá de toda descripción. E incluso el mismo Satanás, que se vio obligado a estar en medio de los elementos en guerra, temió por su propia existencia. Se había deleitado en controlar una raza tan poderosa y deseaba que vivieran para practicar sus abominaciones y aumentar su rebelión contra el Dios del Cielo. Pronunció imprecaciones contra Dios, acusándolo de injusticia y crueldad. Muchos del pueblo, como Satanás, blasfemaron contra Dios, y si hubieran podido llevar a cabo su rebelión, lo habrían desgarrado del trono de la justicia. Mientras muchos blasfemaban y maldecían a su Creador, otros estaban frenéticos de miedo, [71] extendiendo sus manos hacia el arca, suplicando que se les permitiera entrar. Pero esto era imposible. Dios había cerrado la puerta, la única entrada, y encerrado a Noé y afuera a los impíos. Solo él podía abrir la puerta.

Su temor y arrepentimiento llegaron demasiado tarde. Se vieron obligados a saber que había un Dios viviente que era más poderoso que el hombre, a quien habían desafiado y blasfemado. Lo invocaron con fervor, pero su oído no estuvo atento a su clamor. Algunos en su desesperación buscaron forzar la entrada al arca, pero aquella embarcación de firme fabricación resistió todos sus esfuerzos.

Algunos se aferraron al arca hasta que se los llevó el furioso oleaje de las aguas, o su sujeción fue rota por rocas y árboles que fueron arrojados en todas direcciones. Los que despreciaron la advertencia de Noé y ridiculizaron a ese fiel predicador de la justicia, se arrepintieron demasiado tarde de su incredulidad. El arca fue severamente mecida y sacudida. Las bestias adentro expresaron con sus variados ruidos el terror más salvaje, sin embargo, en medio de toda la guerra de los elementos, el oleaje de las aguas y el revuelo de árboles y rocas, el arca cabalgó con seguridad. Ángeles que sobresalen en fuerza guiaron el arca y la preservaron de cualquier daño. Cada momento durante esa espantosa tormenta de cuarenta días y cuarenta noches, la preservación del arca fue un milagro del poder todopoderoso.

Los animales expuestos a la tempestad se precipitaron hacia el hombre, eligiendo la sociedad de los seres humanos, como esperando su ayuda.

[72] Algunas personas ataban a sus hijos ya sí mismos a poderosas bestias sabiendo que serían tenaces de por vida; y escalaría los puntos más altos para escapar del agua creciente. La tempestad no amaina su furor, las aguas aumentan más rápido que al principio. Algunos se sujetan a árboles elevados en los puntos más altos de la tierra, pero estos árboles son arrancados de raíz y llevados con violencia por el aire, y parecen como si hubieran sido arrojados furiosamente, con piedras y tierra, a las olas hinchadas y hirvientes. En las alturas más altas, los seres humanos y las bestias se esforzarían por mantener su posición hasta que todos fueran arrojados juntos a las aguas espumosas que casi alcanzaban los puntos más altos de la tierra. Las alturas más elevadas finalmente se alcanzan, y tanto hombres como bestias perecen en las aguas del diluvio.

Ansiosamente Noé y su familia vieron la disminución de las aguas. Él deseaba salir a la tierra otra vez. Envió un cuervo que volaba de un lado a otro hacia y desde el arca. No recibió la información que deseaba y envió una paloma que, al no encontrar reposo, volvió al arca de nuevo. Después de siete días, la paloma fue enviada de nuevo, y cuando se vio la hoja de olivo en su boca, esta familia de ocho personas que había estado encerrada en el arca por tanto tiempo se regocijó mucho. De nuevo descende un ángel y abre la puerta del arca. Noé pudo quitar la tapa, pero no pudo abrir la [73] puerta que Dios había cerrado. Dios le habló a Noé a través del ángel que abrió la puerta e invitó a la familia de Noé a salir del arca y sacar con ellos todo ser viviente.

Noé no se olvidó de Dios, que tan misericordiosamente los había preservado, sino que inmediatamente erigió un altar y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocaustos en el altar, mostrando su fe en Cristo, el gran sacrificio, y manifestando su gratitud a Dios por su maravillosa conservación. La ofrenda de Noé subió ante Dios como un olor grato. Aceptó la ofrenda y bendijo a Noé y su familia. Aquí se enseña una lección a todos los que deben vivir sobre la tierra, que por cada manifestación de la misericordia y el amor de Dios hacia ellos, el primer acto de todos los demás debe ser rendirle gracias agradecidas y adoración humilde.

Y para que el hombre no se aterrorice con las nubes que se acumulan y las lluvias que caen, y que esté en un temor continuo temiendo otro diluvio, Dios en su gracia alienta a la familia de Noé mediante una promesa. “Y estableceré mi pacto con vosotros; ni toda carne será exterminada más con aguas de diluvio; ni habrá más diluvio para destruir la tierra. Y dijo Dios: Esta es la señal del pacto que hago entre mí y vosotros, y todo ser viviente que está con vosotros, por generaciones perpetuas. Pondré mi arco en las nubes, y será por señal del pacto entre mí y la tierra. Y acontecerá que cuando yo traiga una nube sobre [74] la tierra, se verá el arco en la nube. Y el arco estará en la nube; y lo miraré, para acordarme del pacto sempiterno entre Dios y todo ser viviente, de toda carne que hay sobre la tierra.”

Que condescendencia de parte de Dios. ¡ Qué compasión por el hombre descarriado, poner el hermoso y abigarrado arco iris en las nubes, una señal del pacto del gran Dios con el hombre! Este arco iris debía evidenciar el hecho a todas las generaciones de que Dios destruyó a los habitantes de la tierra con un diluvio, a causa de su gran maldad. Fue su designio que así como los hijos de las generaciones venideras verían el arco en la nube, y averiguarían la razón de este glorioso círculo que rodea la tierra, que sus padres pudieran explicarles la destrucción del viejo mundo por un diluvio, porque el pueblo se entregó a toda maldad, y que las manos del Altísimo habían entesado el arco, y puesto en las nubes, en señal de que no traería más diluvio de aguas sobre la tierra. Este símbolo en las nubes era para confirmar la creencia de todos y establecer su confianza en Dios, porque era una muestra de la voluntad divina.

misericordia y bondad para el hombre. Que aunque Dios había sido provocado para destruir la tierra por el diluvio, su misericordia aún abarca la tierra. Dios dice que cuando mire el arco en la nube [75] se acordará. No quiere que entendamos que jamás olvidará; pero habla al hombre en su propia lengua, para que el hombre le entienda mejor.

Un arco iris está representado en el Cielo alrededor del trono, también sobre la cabeza de Cristo, como símbolo de la misericordia de Dios que abarca la tierra. Cuando el hombre por su gran maldad provoca la ira de Dios, Cristo, el intercesor del hombre, intercede por él, y señala el arco iris en la nube, como evidencia de la gran misericordia y compasión de Dios por el hombre descarriado; también el arco iris sobre el trono y sobre su cabeza, emblema de la gloria y misericordia de Dios que descansa allí para el beneficio del hombre arrepentido.

Todas las especies de animales que Dios había creado fueron preservadas en el arca. Las especies confusas que Dios no creó, que fueron el resultado de la amalgama, fueron destruidas por el diluvio. Desde el diluvio ha habido amalgama de hombres y bestias, como se puede ver en las casi infinitas variedades de especies de animales y en ciertas razas de hombres.

Después de que Noé salió del arca, miró a su alrededor a las poderosas y feroces bestias que había sacado del arca, y luego a su familia de ocho miembros, y tuvo mucho miedo de que fueran destruidos por las bestias. Pero el Señor envió a su ángel a decirle a Noé: Tu temor y tu espanto estarán sobre todos los animales de la tierra, y sobre todas las aves de los cielos, sobre [76] todo lo que se mueve sobre la tierra. , y sobre todos los peces del mar; en vuestras manos son entregados. Todo lo que se mueve y tiene vida os será [carne]; así como la hierba verde os he dado todas las cosas.”

Antes de este tiempo, Dios no le había dado al hombre permiso para comer alimentos de origen animal. Toda sustancia viva sobre la faz de la tierra sobre la cual el hombre podía subsistir había sido destruida, por lo tanto, Dios le dio permiso a Noé para comer de las bestias limpias que había llevado consigo al arca. Dios le dijo a Noé: “Todo lo que se mueve y tiene vida, os será para comer, así como la hierba verde os he dado todas las cosas”. Como antes Dios les había dado la hierba de la tierra y el fruto del campo, ahora, en las peculiares circunstancias

se colocan les permite comer alimentos de origen animal. Sin embargo, vi que la carne de los animales no era el alimento más saludable para el hombre.

* * * * *

Capítulo 8—Después del Diluvio

Toda la superficie de la tierra fue cambiada en el diluvio. Una tercera maldición espantosa ahora descansaba sobre él como consecuencia de la transgresión del hombre. Los hermosos árboles y arbustos que daban flores fueron destruidos, pero Noé preservó semillas y las llevó consigo en [77] el arca, y Dios, por su poder milagroso, preservó vivos algunos de los diferentes tipos de árboles y arbustos para las generaciones futuras. Poco después de la inundación, los árboles y las plantas parecieron brotar de las mismas rocas. En la providencia de Dios, las semillas fueron esparcidas y conducidas a las grietas de las rocas y allí escondidas de forma segura para el uso futuro de hombre.

Las aguas habían estado quince codos por encima de las montañas más altas. El Señor se acordó de Noé, y cuando las aguas disminuyeron, hizo que el arca descansara sobre la cima de un grupo de montañas, que Dios en su poder había preservado y las había hecho firmes durante toda esa violenta tormenta. Estas montañas estaban separadas por una pequeña distancia, y el arca se movió y descansó sobre una, luego sobre otra de estas montañas, y ya no fue empujada sobre el océano ilimitado. Esto le dio un gran alivio a Noé y a todos los que estaban dentro del arca. A medida que aparecían las montañas y las colinas, se encontraban en una condición quebrada y áspera, y alrededor de ellas parecía un mar de agua turbulenta o lodo blando.

En el tiempo del diluvio, la gente y las bestias también se reunieron en los puntos más altos de la tierra, y cuando las aguas se retiraron de sobre la tierra, los cadáveres quedaron sobre las altas montañas, y sobre las colinas, así como sobre las llanuras. Sobre la superficie de la tierra estaban los cuerpos de hombres y bestias. Pero Dios no quiso que estos permanecieran sobre la faz de la tierra para descomponerse y contaminar la atmósfera, por lo tanto [78] hizo de la tierra un vasto cementerio. Hizo pasar un viento poderoso sobre la tierra con el propósito de secar las aguas, que las movía con gran fuerza; en algunos casos arrastró las cimas de las montañas como poderosas avalanchas, formando grandes colinas y altas montañas donde no las había . ser vistos antes, y enterrando los cadáveres con árboles, piedras y tierra. Estas

las montañas y las colinas aumentaron de tamaño y adquirieron una forma más irregular debido a la acumulación de piedras, cornisas, árboles y tierra que se colocaron sobre ellas y alrededor de ellas. La madera preciosa, la piedra, la plata y el oro que habían enriquecido y adornado el mundo antes del diluvio, que los habitantes habían idolatrado, se hundieron bajo la superficie de la tierra. Las aguas que se habían desatado con tan gran poder, habían movido la tierra y las rocas, y las habían amontonado sobre los tesoros de la tierra, y en muchos casos formaron montañas sobre ellas para ocultarlas de la vista y la búsqueda de los hombres.

Dios vio que cuanto más enriquecía y prosperaba al hombre pecador, más corrompía su camino delante de él. Estos tesoros, que deberían haber llevado al hombre a glorificar al generoso dador, habían sido adorados en lugar de Dios, mientras que el dador había sido rechazado.

Las hermosas montañas de forma regular habían desaparecido. Piedras, cornisas y rocas irregulares aparecieron sobre algunas partes de la tierra que antes estaban fuera de la vista. Donde había habido colinas y montañas, no se veían rastros de ellas. Donde había habido hermosas llanuras cubiertas de verdor y hermosas plantas, se formaron colinas y montañas de piedras, árboles y tierra, sobre los cuerpos de hombres y bestias. Toda la superficie de la tierra presentaba una apariencia de desorden. Algunas partes de la tierra estaban más desfiguradas que otras. Donde una vez estuvieron los tesoros más ricos de la tierra en oro, plata y piedras preciosas, se vieron las marcas más graves de la maldición. Y los países que no estaban habitados, y aquellas porciones de la tierra donde había habido el menor crimen, la maldición descansaba más levemente.

Antes del diluvio había inmensos bosques. Los árboles eran muchas veces más grandes que cualquier árbol que vemos ahora. Eran de gran durabilidad. No sabrían nada de la decadencia durante cientos de años. En el momento del diluvio, estos bosques fueron arrancados o destruidos y enterrados en la tierra. En algunos lugares gran cantidad de estos inmensos árboles fueron amontonados y cubiertos de piedras y tierra por las conmociones de la inundación. Desde entonces, se han petrificado y convertido en carbón, lo que explica los grandes lechos de carbón que ahora se encuentran. Este carbón ha producido petróleo. Dios hace que grandes cantidades de carbón y aceite se enciendan y se quemem. Las rocas se calientan intensamente, la piedra caliza se quema y el mineral de hierro se derrite. El agua y el fuego bajo la superficie de la tierra se encuentran. La acción del agua sobre la piedra caliza añade furor al intenso calor, y provoca terremotos, v

[80] cuestiones. La acción del fuego y el agua sobre los salientes de rocas y minerales provoca fuertes explosiones que suenan como un trueno sordo. Estas maravillosas exhibiciones serán más numerosas y terribles justo antes de la venida de Cristo y el fin del mundo, como signos de su pronta destrucción.

El carbón y el petróleo generalmente se encuentran donde no hay montañas ardientes o emisiones de fuego. Cuando el fuego y el agua debajo de la superficie de la tierra se encuentran, los elementos ardientes no pueden dar suficiente salida a los elementos calientes que se encuentran debajo. La tierra está convulsionada: el suelo tiembla, se agita y se eleva en oleajes u olas, y hay fuertes sonidos como truenos bajo tierra. El aire es caliente y sofocante. La tierra se abre rápidamente, y vi aldeas, ciudades y montañas ardientes arrastradas juntas hacia la tierra.

Dios controla todos estos elementos; son sus instrumentos para hacer su voluntad; los llama a la acción para servir a su propósito. Estos brotes de fuego han sido y serán sus agentes para borrar de la tierra las ciudades muy inicuas. Como Coré, Datán y Abiram, descienden vivos a la fosa. Estas son evidencias del poder de Dios. Aquellos que han contemplado estas montañas en llamas han quedado aterrorizados por la grandeza de la escena: arrojan fuego, llamas y una gran cantidad de mineral derretido, secando los ríos y haciéndolos desaparecer. Se han llenado de asombro como si estuvieran contemplando el poder infinito de Dios.

[81] Estas manifestaciones llevan las marcas especiales del poder de Dios, y están diseñadas para hacer que la gente de la tierra tiemble ante él, y para silenciar a aquellos que, como Faraón, dirían con orgullo: "¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz?" Isaías se refiere a estas exhibiciones del poder de Dios cuando exclama: "¡Oh, si rasgaras los cielos, y descendieras, y los montes se desplomaran ante tu presencia como cuando arde el fuego que derrite! El fuego hace hervir las aguas, para dar a conocer tu nombre a tus adversarios, para que las naciones tiemblen ante tu presencia.

Cuando hiciste cosas terribles que no esperábamos, descendiste, los montes se desplomaron ante tu presencia.

"Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y de ninguna manera tendrá por inocente al impío. El Señor tiene su camino en el torbellino y en la tormenta, y las nubes son el polvo de sus pies. Él reprende al mar, y lo seca y seca todos los ríos. Basán

languidece, y el Carmelo, y la flor del Líbano languidece. Las montañas tiemblan ante él, y las colinas se derriten, y la tierra se quema ante su presencia, sí, el mundo y todo lo que en él habita. ¿Quién puede estar de pie ante su indignación? ¿Y quién podrá permanecer en el furor de su ira? Su furor se derrama como fuego, y las rocas son derribadas por él.

“Inclina tus cielos, oh Señor, y desciende. Toca la montaña [82] y humearán. Lanza relámpagos y dispérsalos. Dispara tus flechas y destrúyelos.”

Mayores prodigios de los que se han visto hasta ahora serán presenciados por aquellos sobre la tierra un breve período antes de la venida de Cristo. “Y daré prodigios arriba en el cielo, y señales abajo en la tierra, sangre y fuego y vapor de humo”. “Y hubo voces y truenos y relámpagos, y se produjo un gran terremoto, cual no lo hubo desde que los hombres existen sobre la tierra, un terremoto tan poderoso y tan grande. Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados. Y cayó del cielo sobre los hombres un gran granizo, cada piedra del peso de un talento; y los hombres blasfemaron de Dios por la plaga del granizo, porque su plaga fue muy grande.”

Las entrañas de la tierra fueron el arsenal del Señor, del cual sacó las armas que empleó en la destrucción del viejo mundo. Las aguas de las entrañas de la tierra brotaron y se unieron con las aguas del Cielo para llevar a cabo la obra de destrucción. Desde el diluvio, Dios ha usado agua y fuego en la tierra como sus agentes para destruir las ciudades inicuas.

En el día del Señor, justo antes de la venida de Cristo, Dios enviará relámpagos del Cielo en su ira, los cuales se unirán con fuego en la tierra. Las montañas arderán como un horno, y arrojarán [83] terribles corrientes de lava, destruyendo jardines y campos, aldeas y ciudades; y mientras vierten su mineral derretido, rocas y lodo caliente en los ríos, los harán hervir como una olla, y arrojarán rocas masivas y esparcirán sus fragmentos rotos sobre la tierra con una violencia indescriptible. Ríos enteros se secarán. La tierra será convulsionada, y habrá terribles erupciones y terremotos por todas partes. Dios plagará a los malvados habitantes de la tierra hasta que sean destruidos de sobre ella.

Los santos son preservados en la tierra en medio de estas terribles conmociones, como Noé fue preservado en el arca en el momento del diluvio. Cristo aparece en su gloria y llama a los muertos justos. Los santos vivos son transformados y, con los muertos resucitados, son llevados de la tierra por ángeles para encontrarse con su Señor en el aire. La tierra queda como un desierto desolado.

Al cabo de mil años, Jesús, el rey de la gloria, desciende de la ciudad santa, revestido de un resplandor como el relámpago, sobre el monte de los olivos, el mismo monte del que descendió después de su resurrección. Cuando sus pies tocan la montaña, se parte y se convierte en una llanura muy grande, y está preparada para la recepción de la ciudad santa en la que está el paraíso de Dios, el jardín de Edén, que fue tomado después de la transgresión del hombre. Ahora [84] desciende con la ciudad, más hermosa y gloriosamente adornada que cuando fue quitada de la tierra. La ciudad de Dios desciende y se asienta sobre la poderosa llanura preparada para ella. Entonces Jesús sale de la ciudad rodeado por la hueste redimida, y es escoltado en su camino por la multitud angélica. Con terrible majestad llama a los impíos muertos. Se despiertan de su largo sueño. ¡Qué espantoso despertar! Ellos contemplan al Hijo de Dios en su severa majestad y gloria resplandeciente. Todos, en cuanto lo contemplan, saben que él es el crucificado que murió para salvarlos, a quien habían despreciado y desechado. Son en número como la arena a la orilla del mar. En la primera resurrección, todos florecen inmortalmente, pero en la segunda, las marcas de la maldición son visibles sobre todos. Todos subieron como bajaron a sus tumbas. Los que vivieron antes del diluvio, salen con su estatura de gigantes, más del doble de altos que los hombres que ahora viven sobre la tierra, y bien proporcionados. Las generaciones posteriores al diluvio fueron de menor estatura. Hubo una disminución continua a través de generaciones sucesivas, hasta el último que vivió sobre la tierra. El contraste entre los primeros hombres malvados que vivieron sobre la tierra y los de la última generación fue muy grande. Los primeros eran de gran estatura y bien proporcionados; los últimos subían a medida que bajaban, una raza enana, débil, deforme. Una poderosa hueste de reyes, guerreros, estadistas y nobles, hasta los más degradados, [85] se unieron sobre la tierra desolada. Cuando contemplan a Jesús en su gloria, se asustan y buscan esconderse de su terrible presencia. Están abrumados con su extraordinaria gloria, y con

unánimes se ven obligados a exclamar con angustia: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

Jesús y los santos regresan a la ciudad. Satanás sale entre la gran multitud de malvados resucitados, y fortalece a los débiles. Luego les señala los incontables millones que han resucitado y les hace creer que él, con su poder, los había sacado de [sus] tumbas. Señala a la raza poderosa que vivió antes del diluvio, y a los reyes y guerreros que eran muy hábiles en la batalla, y halaga a sus súbditos diciéndoles que su número es mucho mayor que el de la ciudad, que pueden hacer la guerra con ellos y destronarlos. Dios y su Hijo Jesucristo, y tomen el trono y ocupen la ciudad, y disfruten de su riqueza y gloria. A medida que los impíos salen de sus tumbas, reanudan la corriente de sus pensamientos donde cesó en la muerte. La raza antediluviana pereció blasfemando. Muchos perecieron en la batalla; cayeron sedientos de conquistar; se levantan con el mismo espíritu de guerra que poseían cuando cayeron. Aceptan a Satanás como su general, ya sus ángeles como sus oficiales. Satanás y sus ángeles fueron una vez habitantes de la ciudad; y profesan saber cómo atacar la ciudad y tomar posesión de ella. Con Satanás a la cabeza, subieron sobre la anchura de la tierra, [86] y rodearon el campamento de los santos y la ciudad amada; y fuego descende de Dios del cielo y los devora.

Jesús y sus leales súbditos ascienden a lo alto de la ciudad. El ejército malvado contempla el esplendor de la ciudad, y la feliz compañía redimida sobre sus muros, y se asombra ante la escena. Contemplan a Jesús en su majestad real, su semblante sobrepasando el brillo del sol, rodeado por la multitud angélica. Cuando los inicuos miran a los redimidos y ven sus rostros radiantes de gloria y coronas resplandecientes sobre sus cabezas, su valor falla y gimen angustiados al darse cuenta de que eligieron una vida de rebelión contra Dios y Jesucristo su Salvador. , y por su deslealtad han perdido la vida eterna, y un tesoro imperecedero. Entonces muchos que habían profesado ser seguidores de Cristo, pero que no habían honrado a Dios en sus vidas, enumeran sus buenas obras realizadas cuando vivían en la tierra, y suplican ser admitidos en la ciudad. Alegaron que sus nombres estaban en los libros de la iglesia, y que habían profetizado en el nombre de Cristo, y en su nombre echaban fuera demonios, y habían hecho muchas obras maravillosas. Cristo responde: Tus

decidió. Vuestros nombres no se encuentran inscritos en el libro de la vida. Ustedes profesaron creer en mi nombre, pero pisotearon la ley de [87] Dios. No os conozco, apartaos de mí, hacedores de iniquidad. Satanás y sus ángeles tratan de animar a la multitud malvada a actuar; pero el fuego desciende del Cielo, y se une con el fuego en la tierra, y ayuda en la conflagración general.

Esos majestuosos árboles que Dios había hecho crecer sobre la tierra, para beneficio de los habitantes del mundo antiguo, y que ellos habían usado para convertirlos en ídolos y corromperse con ellos, Dios los ha reservado en la tierra, en la forma de carbón y petróleo para utilizarlos como agentes en su destrucción final. Así como invocó las aguas de la tierra en el momento del diluvio, como armas de su arsenal para llevar a cabo la destrucción de la raza antediluviana, así al final de los mil años invocará los fuegos de la tierra como su armas que ha reservado para la destrucción final, no sólo de las sucesivas generaciones desde el diluvio, sino también de la raza antediluviana que pereció por el diluvio.

Cuando el diluvio de las aguas estaba en su apogeo sobre la tierra, tenía la apariencia de un lago de agua sin límites. Cuando Dios finalmente purifique la tierra, aparecerá como un lago de fuego sin límites. Así como Dios preservó el arca en medio de las conmociones del diluvio, porque contenía ocho personas justas, preservará la Nueva Jerusalén, que contiene a los fieles de todas las edades, desde el justo Abel hasta el último santo que vivió. Aunque toda la tierra, con la excepción [88] de la parte donde descansa la ciudad, será envuelta en un mar de fuego líquido, sin embargo, la ciudad se conserva como lo fue el arca, por un milagro del poder Todopoderoso. Se mantiene ileso en medio de los elementos devoradores. "Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas."

Al transgredir los mandamientos de Dios, una maldición cayó sobre Adán y Eva, y fueron privados de todo derecho al árbol de la vida. Cristo murió para salvar al hombre y, sin embargo, preservar el honor de la ley de Dios. Él dice: "Bienaventurados los que cumplen sus mandamientos para que tengan derecho al árbol de la vida, y puedan entrar por las puertas de la ciudad". El Hijo de Dios presenta aquí el cumplimiento de los mandamientos de Dios como la condición del derecho al árbol de la vida. la transgresión

de los mandamientos de Dios privó al hombre de todo derecho al árbol de la vida. Cristo murió para que, en virtud de su sangre, la obediencia a la ley de Dios hiciera al hombre digno de la bendición celestial y le concediera de nuevo el derecho al árbol de la vida.

Cuando los muertos fieles sean resucitados, y el rey de gloria les abra las puertas de la ciudad de Dios, y entren las naciones que han guardado la verdad, ¡qué belleza y qué gloria encontrarán los asombrados ojos de los que han visto no hay mayores bellezas en la tierra que las que contemplaron en la naturaleza en descomposición después de que la [89] triple maldición cayera sobre la tierra.

Es imposible describir los transportes de alegría de Adán cuando contempla de nuevo el Paraíso, el jardín del Edén, su hogar una vez feliz, del cual, debido a su transgresión, había estado separado por tanto tiempo. Contempla las hermosas flores y árboles, de toda clase de frutos y belleza, cada uno de los cuales, para designarlos, los había nombrado mientras era inocente. Ve las enredaderas exuberantes, que una vez había sido su deleite plantar sobre emparrados y árboles. Pero cuando vuelve a contemplar el árbol de la vida ampliamente extendido con sus ramas extendidas y su fruto resplandeciente, y se le concede de nuevo acceso a sus frutos y hojas, su gratitud es ilimitada. Primero se inclina en adoración a los pies del Rey de la gloria, y luego con la hueste redimida se eleva el canto: Digno, digno es el Cordero que fue inmolado. Adán había perdido el Edén por desobedecer los mandamientos de Dios. Ahora ha recuperado ese hermoso jardín por el arrepentimiento y la obediencia. La maldición cayó sobre él por su desobediencia, la bendición ahora por su obediencia.

[90]

Capítulo 9—La infidelidad encubierta

Luego fui llevado de vuelta a la creación y se me mostró que el
La primera semana, en la que Dios realizó la obra de la creación en seis días y descansó el séptimo día, fue como cualquier otra semana. El gran Dios en sus días de creación y día de descanso, midió el primer ciclo como muestra para las semanas sucesivas hasta el fin del tiempo. “Estas son las generaciones de los cielos y de la tierra cuando fueron creados”. Dios nos da los productos de su obra al final de cada día literal. Cada día se contaba de él como una generación, porque cada día generaba o producía alguna nueva porción de su obra. En el séptimo día de la primera semana Dios descansó de su trabajo, y luego bendijo el día de su descanso, y lo apartó para el uso del hombre. El ciclo semanal de siete días literales, seis de trabajo y el séptimo de descanso, que ha sido preservado y traído a través de la historia bíblica, se originó en los grandes hechos de los primeros siete días.

Cuando Dios pronunció su ley con una voz audible desde el Sinaí, introdujo el sábado diciendo: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. Luego declara definitivamente lo que se hará en los seis días, y lo que no se hará en el séptimo. Luego, al [91] dar la razón para observar así la semana, les señala su ejemplo en los primeros siete días de tiempo. “Porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y descansó el séptimo día, por lo cual el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó”. Esta razón parece hermosa y contundente cuando entendemos que el registro de la creación significa días literales. Los primeros seis días de cada semana le son dados al hombre para trabajar, porque Dios empleó el mismo período de la primera semana en la obra de la creación. El séptimo día Dios lo ha reservado como día de descanso, en conmemoración de su descanso durante el mismo período de tiempo después de haber realizado la obra de la creación en seis días.

Pero la suposición incrédula de que los eventos de la primera semana requirieron siete vastos períodos indefinidos para su realización,

ataca directamente el fundamento del sábado del cuarto mandamiento. Hace indefinido y oscuro lo que Dios ha hecho muy claro. Es la peor clase de infidelidad; porque para muchos que profesan creer en el registro de la creación, es una infidelidad disfrazada. Acusa a Dios de ordenar a los hombres que observen la semana de siete días literales en conmemoración de siete períodos indefinidos, lo cual es diferente a su trato con los mortales, y es una acusación de su sabiduría.

Los geólogos incrédulos afirman que el mundo es mucho más antiguo de lo que dice el registro bíblico. Rechazan el registro bíblico, debido a aquellas cosas que para ellos son evidencias de la tierra misma, [92] de que el mundo ha existido por decenas de miles de años. Y muchos que profesan creer en el registro bíblico no pueden dar cuenta de las cosas maravillosas que se encuentran en la tierra, con el punto de vista de que la semana de la creación fue solo de siete días literales, y que el mundo ahora tiene solo unos seis mil años. Éstos, para librarse de las dificultades que los geólogos incrédulos arrojan en su camino, adoptan la opinión de que los seis días de la creación fueron seis períodos vastos e indefinidos, y el día del reposo de Dios fue otro período indefinido; dejando sin sentido el cuarto mandamiento de la santa ley de Dios. Algunos reciben con entusiasmo esta posición, porque destruye la fuerza del cuarto mandamiento, y se sienten libres de sus demandas sobre ellos. Tienen ideas limitadas del tamaño de los hombres, animales y árboles antes del diluvio, y de los grandes cambios que entonces tuvieron lugar en la tierra.

Huesos de hombres y animales se encuentran en la tierra, en las montañas y en los valles, lo que demuestra que hombres y bestias mucho más grandes alguna vez vivieron sobre la tierra. Se me mostró que existían animales muy grandes y poderosos antes del diluvio que ahora no existen. A veces se encuentran instrumentos de guerra; también madera petrificada. Debido a que los huesos de los seres humanos y de los animales que se encuentran en la tierra son mucho más grandes que los de los hombres y los animales que viven ahora, o que han existido durante muchas generaciones pasadas, algunos concluyen que el mundo es más antiguo de lo que tenemos registro bíblico, y estuvo poblada mucho antes del [93] registro de la creación, por una raza de seres muy superiores en tamaño a los hombres ahora sobre la tierra.

Se me ha mostrado que sin la historia bíblica, la geología no puede probar nada. Las reliquias encontradas en la tierra dan evidencia de un estado de cosas que difiere en muchos aspectos del presente. pero el tiempo

de su existencia, y cuánto tiempo han estado estas cosas en la tierra, solo se pueden entender por la historia bíblica. Puede ser inocente hacer conjeturas más allá de la historia bíblica, si nuestras suposiciones no contradicen los hechos que se encuentran en las Sagradas Escrituras. Pero cuando los hombres dejan la palabra de Dios con respecto a la historia de la creación y buscan dar cuenta de las obras creativas de Dios sobre principios naturales, se encuentran en un océano ilimitado de incertidumbre. Cómo Dios llevó a cabo la obra de la creación en seis días literales nunca lo ha revelado a los mortales. Sus obras creativas son tan incomprensibles como su existencia.

“Grande es el Señor, y muy digno de alabanza, y su grandeza es inescrutable”.

“Que hace grandes cosas, inescrutables; sí, y prodigios sin número.”

“Que hace cosas grandes e inescrutables; cosas maravillosas sin número.”

Dios truena maravillosamente con su voz. Grandes cosas hace él, que nosotros no podemos comprender.”

“¡Oh profundidad de las riquezas, tanto de la sabiduría como del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios, e inescrutables sus caminos ! Porque ¿quién ha conocido la mente del Señor? o quien tiene sido su consejero?

La palabra de Dios es dada como lámpara a nuestros pies, y lumbre a nuestro camino. Los que echan su palabra detrás de sí, y buscan con su propia filosofía ciega desentrañar los maravillosos misterios de Jehová tropezarán en la oscuridad. Se ha dado una guía a los mortales mediante la cual pueden rastrear a Jehová y sus obras hasta donde sea para su bien. La inspiración, al darnos la historia del diluvio, ha explicado misterios maravillosos que la geología, independientemente de la inspiración, nunca podría.

Ha sido obra especial de Satanás inducir al hombre caído a rebelarse contra el gobierno de Dios, y ha tenido demasiado éxito en sus esfuerzos. Ha tratado de oscurecer la ley de Dios, que en sí misma es muy clara. Ha manifestado un odio especial contra el cuarto precepto del decálogo, porque define al Dios vivo, Creador de los cielos y de la tierra. Se apartan de los más claros preceptos de Jehová , para recibir fábulas incrédulas.

El hombre se quedará sin excusa. Dios ha dado suficiente evidencia sobre la cual basar la fe si desea creer. En los últimos días la tierra estará casi desprovista de verdadera fe. Con el más mínimo pretexto, la palabra de Dios se considerará poco confiable, mientras que se aceptará el razonamiento humano, aunque esté en oposición a los hechos claros de las Escrituras. Los hombres se esforzarán por explicar por causas naturales la obra de la creación, que Dios nunca ha revelado. Pero la ciencia humana [95] no puede investigar los secretos del Dios del Cielo y explicar las estupendas obras de la creación, que fueron un milagro del poder Todopoderoso, antes de que pueda mostrar cómo llegó a existir Dios.

“Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios; pero las cosas que son reveladas nos pertenecen a nosotros y a nuestros hijos para siempre.” Hombres que profesan ser ministros de Dios levantan la voz contra la investigación de la profecía y le dicen a la gente que las profecías, especialmente las de Daniel y Juan, son oscuras y que no podemos entenderlas. Pero algunos de los mismos hombres que se oponen a la investigación de la profecía porque es oscura, reciben con entusiasmo las suposiciones de los geólogos, que cuestionan el registro mosaico. Pero si la voluntad revelada de Dios es tan difícil de entender, ciertamente los hombres no deberían basar su fe en meras suposiciones con respecto a lo que Él no ha revelado. Los caminos de Dios no son como los nuestros, ni sus pensamientos como los nuestros. La ciencia humana nunca podrá dar cuenta de sus obras maravillosas. Dios ordenó que los hombres, las bestias y los árboles, muchas veces más grandes que los que ahora están sobre la tierra, y otras cosas, fueran enterrados en la tierra en el momento del diluvio, y allí fueran preservados como evidencia para el hombre de que los habitantes de el viejo mundo pereció por una inundación. Dios dispuso que el descubrimiento de estas cosas en la tierra estableciera la fe de los hombres en la historia inspirada. Pero los hombres, con sus vanos razonamientos, hacen un mal uso de estas cosas [96] que Dios dispuso que los indujeran a exaltarlos. Caen en el mismo error que el pueblo antes del diluvio: aquellas cosas que Dios les dio como un beneficio, las convirtieron en maldición, al hacer un mal uso de ellas.

Capítulo 10—La Torre de Babel

Algunos de los descendientes de Noé pronto comenzaron a apostatar. Una porción siguió el ejemplo de Noé y obedeció los mandamientos de Dios ; otros eran incrédulos y rebeldes, y aun estos no creían lo mismo con respecto al diluvio. Algunos no creían en la existencia de Dios, y en sus propias mentes daban cuenta del diluvio por causas naturales. Otros creían que Dios existía y que destruyó la raza antediluviana con un diluvio; y sus sentimientos, como Caín, se rebelaron contra Dios, porque él destruyó a la gente de la tierra y maldijo la tierra por tercera vez con un diluvio.

Los que eran enemigos de Dios se sentían diariamente reprendidos por la conversación recta y la vida piadosa de los que amaban, obedecían y exaltaban a Dios. Los incrédulos consultaron entre sí y acordaron separarse de los fieles, cuyas vidas justas eran [97] un freno continuo a su conducta perversa. Viajaron lejos de ellos y eligieron una gran llanura donde morar.

Les construyeron una ciudad, y luego concibieron la idea de construir una gran torre para llegar hasta las nubes, para que pudieran habitar juntos en la ciudad y la torre, y no estar más dispersos. Pensaron que se asegurarían en caso de otro diluvio, porque construirían su torre a una altura mucho mayor que las aguas que prevalecían en el tiempo del diluvio, y todo el mundo los honraría, y serían como dioses, y dominar al pueblo. Esta torre fue calculada para exaltar a sus constructores, y fue diseñada para desviar la atención de Dios de otros que deberían vivir sobre la tierra para unirse a ellos en su idolatría. Antes de que se terminara el trabajo de construcción, la gente vivía en la torre. Las habitaciones estaban espléndidamente amuebladas, decoradas y dedicadas a sus ídolos. Los que no creían en Dios, imaginaban que si su torre llegaba hasta las nubes podrían descubrir las razones del diluvio.

Se exaltaron contra Dios. Pero no les permitió completar su obra. Habían edificado su torre a una gran altura, cuando el Señor envió dos ángeles para avergonzarlos en su

trabajar. Se habían designado hombres con el propósito de recibir palabra de los obreros en la parte superior de la torre, pidiendo material para su trabajo, que el primero comunicaría al segundo, y él al tercero, hasta que la palabra llegara a los que estaban en el suelo. . Como [98] la palabra iba pasando de unos a otros en su descenso, los ángeles confundieron su lenguaje, y cuando la palabra llegó a los hombres de la obra en la tierra, se pidió material para el cual no se había requerido. Y después del laborioso proceso de hacer llegar el material a los trabajadores en lo alto de la torre, no era lo que deseaban. Desilusionados y enfurecidos reprochaban a los que suponían culpables. Después de esto no hubo armonía en su trabajo. Enojados unos con otros, e incapaces de explicar el malentendido y las palabras extrañas entre ellos, abandonaron el trabajo y se separaron unos de otros, y se esparcieron por la tierra. Hasta ese momento los hombres habían hablado un solo idioma. Un relámpago del cielo , como señal de la ira de Dios, rompió la parte superior de su torre, arrojándola al suelo. Así Dios mostraría al hombre rebelde que él es supremo.

* * * * *

Capítulo 11—Abraham

El Señor escogió a Abraham para que hiciera su voluntad. Se le ordenó dejar su nación idólatra y separarse de su parentela. El Señor se había revelado a Abraham en su juventud, y le dio [99] entendimiento, y lo preservó de la idolatría. Él se propuso hacer de él un ejemplo de fe y verdadera devoción para su pueblo que después viviría sobre la tierra. Su carácter estuvo marcado por la integridad, la generosidad y la hospitalidad. Imponía respeto como un príncipe poderoso entre la gente. Su reverencia y amor por Dios, y su estricta obediencia en el cumplimiento de su voluntad, le granjearon el respeto de sus siervos y vecinos. Su ejemplo piadoso y conducta justa, junto con sus instrucciones fieles a sus siervos y toda su casa, los indujeron a temer, amar y reverenciar al Dios de Abraham. El Señor se apareció a Abraham y le prometió que su simiente sería como las estrellas del cielo en número. También le hizo saber, a través de la figura del horror de las grandes tinieblas que le sobrevinieron, la larga servidumbre de sus descendientes en Egipto.

En el principio, Dios le dio a Adán una esposa, mostrando así su orden. Él nunca diseñó que el hombre tuviera una pluralidad de esposas. Lamec fue el primero que se apartó en este respecto del sabio arreglo de Dios. Tenía dos esposas, lo que creó discordia en su familia. La envidia y los celos de ambos hicieron infeliz a Lamec. Cuando los hombres comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, tomaron por esposas a todas las que escogieron. Este fue uno de los grandes pecados de los habitantes del mundo antiguo, que trajo la ira de Dios sobre ellos. Esta costumbre se practicó [100] después del diluvio, y se hizo tan común que incluso los hombres justos cayeron en la práctica y tuvieron una pluralidad de esposas. Sin embargo, no fue menos pecado porque se corrompieron y se apartaron en esto del orden de Dios.

El Señor dijo de Noé y su familia que se salvaron en el arca: “Porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación”. Noé

tenían una sola esposa, y su disciplina familiar unida fue bendecida por Dios. Debido a que los hijos de Noé eran justos, fueron preservados en el arca con su padre justo. Dios no ha sancionado la poligamia en un solo caso. Era contrario a su voluntad. Sabía que la felicidad del hombre sería destruida por ello.

La paz de Abraham se vio muy afectada por su infeliz matrimonio con Agar. “Y el Señor le dijo a Abram: Alza ahora tus ojos y mira desde el lugar donde estás hacia el norte, el sur, el este y el oeste, porque todo lo que ves te lo daré a ti y a tu descendencia para siempre. . Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra, de modo que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada”. “Vino palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram, yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande. Y Abram dijo: He aquí, no me has dado simiente, y he aquí, uno nacido en mi casa es mi heredero

Como Abram no tenía hijo, al principio pensó que su fiel servidor, Eliezer, sería su hijo por adopción y su heredero. Pero Dios [101] le informa a Abram que su siervo no será su hijo y heredero, sino que realmente debe tener un hijo. “Y sacándolo fuera, le dijo: Mira ahora hacia el cielo, y dime las estrellas, si las puedes contar ; y él le dijo: Así será tu simiente.”

Si Abraham y Sara hubieran esperado con fe confiada el cumplimiento de la promesa de que tendrían un hijo, se habrían evitado muchas infelicidades. Ellos creían que sería tal como Dios lo había prometido, pero no podían creer que Sara, en su vejez, tendría un hijo. Sarah sugirió un plan por el cual pensó que la promesa de Dios podría cumplirse. Ella le rogó a Abraham que tomara a Agar como su esposa. En esto ambos carecieron de fe y de una perfecta confianza en el poder de Dios. Al escuchar la voz de Sara y tomar a Agar como su esposa, Abraham fracasó en soportar la prueba de su fe en el poder ilimitado de Dios, y trajo sobre sí mismo y sobre Sara mucha infelicidad. El Señor tenía la intención de probar la fe firme y la confianza de Abram en las promesas que le h

Agar era orgullosa y jactanciosa, y se comportaba con altivez ante Sara. Se jactaba de que sería la madre de la gran nación que Dios había prometido hacer de Abraham. Y Abraham se vio obligado a escuchar las quejas de Sara con respecto a la conducta de Agar, acusando a Abraham de maldad en el asunto. [102]

Abraham se entristece y le dice a Sara que Agar es su sierva y que ella puede controlarla, pero se niega a despedirla, porque ella será la madre de su hijo a través de quien él cree que se cumplirá la promesa. . Le informa a Sarah que no debería haber tomado a Agar por esposa si no hubiera sido por su pedido especial. Abraham también se vio obligado a escuchar las quejas de Agar sobre el abuso de Sara. Abraham está perplejo. Si busca reparar los errores de Agar, aumenta los celos y la infelicidad de Sara, su primera y muy amada esposa. Agar huyó de delante de Sara. Un ángel de Dios se encuentra con ella y la consuela, y también la reprende por su conducta altiva al ordenarle que regrese a su ama y se someta a sus manos.

Después del nacimiento de Ismael, el Señor se manifestó de nuevo a Abraham y le dijo: “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti, en sus generaciones, por pacto perpetuo”. Nuevamente el Señor repitió por medio de su ángel su promesa de darle a Sara un hijo, y que ella sería madre de muchas naciones. Abraham aún no entendía la promesa de Dios. Su mente descansa inmediatamente en Ismael, como si a través de él [103] vendrían las muchas naciones prometidas, y exclama, en su afecto por su hijo: “¡Oh, que Ismael viva delante de ti!”.

Una vez más, la promesa se repite más definidamente a Abraham. “Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac, y estableceré mi pacto con él por pacto perpetuo, y con su descendencia después de él.” Los ángeles son enviados por segunda vez a Abraham en su camino para destruir a Sodoma, y repiten más claramente la promesa de que Sara tendrá un hijo.

Después del nacimiento de Isaac, la gran alegría manifestada por Abraham y Sara, hizo que Agar se pusiera muy celosa. Ismael había sido instruido por su madre que iba a ser especialmente bendecido por Dios, como hijo de Abraham, y heredero de lo que le había sido prometido. Ismael compartió los sentimientos de su madre y se enojó por el gozo manifestado por el nacimiento de Isaac. Despreció a Isaac porque pensó que era preferido antes que él. Sara vio la disposición manifestada por Ismael contra su hijo Isaac, y se conmovió mucho. Ella le contó a Abraham la falta de respeto de Ismael hacia ella y hacia su hijo Isaac, y le dijo: “Echa fuera este

sierva y su hijo, porque el hijo de esta sierva no será heredero con mi hijo, incluso con Isaac”.

Abraham estaba muy angustiado. Ismael era su hijo, amado por él. ¿Cómo puede enviarlo lejos? Ora a Dios en su perplejidad, [104] porque no sabe qué camino tomar. El Señor le informa a Abraham, a través de sus ángeles, que escuche la voz de Sara, su esposa, y que no debe permitir que sus afectos por su hijo, o por Agar, le impidan cumplir con los deseos de ella. Porque este era el único camino que podía seguir para restaurar de nuevo la armonía y la felicidad en su familia.

Abraham tiene la consoladora promesa del ángel, que Ismael, aunque separado de la casa de su padre, no moriría, ni sería desamparado de Dios; que debe ser preservado porque él era el hijo de Abraham. Dios también promete hacer de Ismael una gran nación.

Abraham era de carácter noble y benévolo, lo cual se manifestó en su súplica tan ferviente por el pueblo de Sodoma.

Su fuerte espíritu sufrió mucho. Se inclinó por el dolor, y sus sentimientos paternos se conmovieron profundamente cuando envió a Agar y a su hijo Ismael a vagar como extraños en una tierra extraña.

Si Dios hubiera sancionado la poligamia, no le habría ordenado a Abraham que despidiera a Agar y a su hijo. Enseñaría a todos una lección en esto, que los derechos y la felicidad de la relación matrimonial deben ser siempre respetados y guardados, incluso a un gran sacrificio. Sara fue la primera y única verdadera esposa de Abraham. Tenía derechos, como esposa y madre, que ningún otro miembro de la familia podía tener. Reverenció a su marido, llamándolo señor; pero ella estaba celosa de que sus afectos se dividieran con Agar. Dios no reprendió [105] Sarah por el curso que siguió. Abraham fue reprendido por los ángeles por desconfiar del poder de Dios, lo que lo había llevado a tomar a Agar por esposa, ya pensar que a través de ella se cumpliría la promesa .

Nuevamente el Señor consideró apropiado probar la fe de Abraham con una prueba terrible. Si hubiera soportado la primera prueba, y hubiera esperado pacientemente a que la promesa se cumpliera en Sara, y no hubiera tomado a Agar como esposa, no habría estado sujeto a la prueba más dura que jamás se haya requerido del hombre. El Señor le dijo a Abraham: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a la tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré. ”

Abraham no descreyó a Dios, ni vaciló, pero temprano en la mañana tomó a dos de sus siervos, ya Isaac su hijo, y la leña para el holocausto, y fue al lugar que Dios le había dicho. Él no le reveló la verdadera naturaleza de su viaje a Sara, sabiendo que su afecto por Isaac la llevaría a desconfiar de Dios y a retener a su hijo. Abraham no sufrió sentimientos paternales para controlarlo y llevarlo a rebelarse contra Dios. El mandato de Dios fue calculado para agitar las profundidades de su alma. "Toma ahora a tu hijo".

Luego, como para sondear un poco más el corazón, añade: "[106] único hijo a quien amas". Es decir, el único hijo de la promesa, "y ofrécelo en holocausto".

Tres días viajó este padre con su hijo, teniendo tiempo suficiente para razonar, y dudar de Dios si estaba dispuesto a dudar. Pero no desconfió de Dios. No razonó ahora que la promesa se cumpliría a través de Ismael; porque Dios claramente le dijo que a través de Isaac se cumpliría la promesa.

Abraham creía que Isaac era el hijo de la promesa. También creía que Dios quiso decir exactamente lo que dijo cuando le pidió que fuera a ofrecerlo como holocausto. No titubeó ante la promesa de Dios; pero creyeron que Dios, quien en su providencia le había dado a Sara un hijo en su vejez, y quien le había requerido que quitara la vida de ese hijo, también podía dar vida nuevamente y resucitar a Isaac de entre los muertos.

Abraham dejó a los sirvientes en el camino y se propuso ir solo con su hijo a adorar a cierta distancia de ellos. No permitió que sus sirvientes los acompañaran, no fuera que su amor por Isaac los indujera a impedir que hiciera lo que Dios le había mandado hacer. Tomó la leña de manos de sus siervos y la puso sobre los hombros de su hijo. También tomó el fuego y el cuchillo. Estaba preparado para ejecutar la terrible misión que Dios le había encomendado. Padre e hijo caminaron juntos.

"E Isaac habló a Abraham su padre, y dijo: Mi padre, y él dijo: Heme aquí, mi hijo. Y dijo: He aquí el fuego y [107] la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto? Y Abraham dijo: Hijo mío, Dios se proveerá de un cordero para el holocausto, así que fueron los dos juntos". Caminó con firmeza ese padre severo, amoroso y sufriente al lado de su hijo. Cuando llegaron al lugar que Dios le había señalado a Abraham, él construye allí un altar, y pone la leña en orden, lista para el sacrificio, y

luego informa a Isaac del mandato de Dios de ofrecerlo en holocausto . Le repite la promesa que Dios le hizo varias veces de que por medio de Isaac llegaría a ser una gran nación, y que cumpliendo el mandato de Dios de matarlo, Dios cumpliría su promesa; porque pudo resucitarlo de entre los muertos.

Isaac creía en Dios. Le habían enseñado obediencia implícita a su padre, y amaba y reverenciaba al Dios de su padre. Podría haberse resistido a su padre si hubiera elegido hacerlo. Pero después de abrazar cariñosamente a su padre, se sometió a ser atado y tendido sobre la leña. Y cuando la mano de su padre se levanta para matar a su hijo, un ángel de Dios que había observado toda la fidelidad de Abraham en el camino a Moriah, lo llama desde el cielo y le dice: “¡Abrahán! Y él dijo: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ahora conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único hijo.

“Y alzando Abraham sus ojos, miró, y he aquí, detrás [108] él, un carnero enredado en un matorral por los cuernos; y Abraham fue y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo.”

Abraham ahora ha soportado plena y noblemente la prueba, y por su fidelidad redimió su falta de perfecta confianza en Dios, la cual lo llevó a tomar a Agar como su esposa. Después de la exhibición de fe y confianza de Abraham, Dios le renueva su promesa. “Y el ángel del Señor llamó a Abraham desde el cielo por segunda vez, y dijo: Por mí mismo he jurado, dice el Señor, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo, que bendiciendo te bendeciré, y multiplicando multiplicaré tu simiente como las estrellas del cielo, y como la arena que está a la orilla del mar; y tu simiente poseerá la puerta de sus enemigos. Y en tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra; porque obedeciste mi voz.”

Capítulo 12—Isaac

Los cananeos eran idólatras, y el Señor había ordenado que su pueblo no se casara con ellos, para que no fueran llevados a la idolatría. Abraham era viejo y esperaba morir pronto. Isaac aún no estaba casado. Abraham tenía miedo de la influencia corruptora que rodeaba a Isaac, y estaba ansioso de que le eligieran una esposa que no lo apartara de Dios. Encomendó este asunto a su siervo fiel y experimentado que gobernaba sobre todo lo que tenía. Abraham requirió a su siervo que le hiciera un juramento solemne ante el Señor, que no tomaría esposa para Isaac de los cananeos, sino que iría a la familia de Abraham, que creían en el Dios verdadero, y escogería una esposa para Isaac. . Le encargó que se cuidara y no llevara a Isaac al país de donde había venido, porque casi todos estaban afectados por la idolatría. Si no podía encontrar una esposa para Isaac que dejara a su familia y viniera donde él estaba, entonces debería estar libre del juramento que había hecho.

Este importante asunto no se le dejó a Isaac, para que él lo seleccionara por sí mismo, independientemente de su padre. Abraham le dice a su siervo que Dios enviará a su ángel delante de él para guiarlo en su elección. El siervo, a quien se encomendó esta misión, emprendió su largo viaje. Al entrar en la ciudad, donde vivían los parientes de Abraham, oró fervientemente a Dios para que lo guiara en la elección de una esposa para Isaac. Pidió que se le dieran ciertas pruebas para que no se equivocara en el asunto. Descansó junto a un pozo que era un lugar de la mayor reunión. Aquí notó particularmente [110] los modales atractivos y la conducta cortés de Rebeca, y toda la evidencia que le ha pedido a Dios que recibe de que Rebeca es la que Dios se ha complacido en seleccionar para ser la esposa de Isaac. Ella invita al sirviente a la casa de su padre. Luego relata al padre de Rebeca y a su hermano las pruebas que ha recibido del Señor, de que Rebeca debe ser la esposa del hijo de su amo, Isaac. Entonces el siervo de Abraham les dijo: “Y ahora, si queréis tratar a mi señor con bondad y verdad, decidme; y si no, dímelo;

para que me desvíe a la derecha o a la izquierda.” El padre y el hijo respondieron: “Esto procede del Señor. No podemos hablarte mal o bien. He aquí, Rebeca está delante de ti; tómala, y vete, y sea mujer del hijo de tu amo, como ha dicho Jehová.

Y aconteció que cuando el criado de Abraham oyó sus palabras, adoró al Señor, inclinándose a tierra.”

Después de que todo estuvo arreglado, se obtuvo el consentimiento del padre y del hermano, entonces se consultó a Rebeca si iría con el siervo de Abraham a una gran distancia de la familia de su padre, para convertirse en la esposa de Isaac. Ella creyó por las circunstancias que habían ocurrido, que la mano de Dios la había elegido para ser la esposa de Isaac, “y ella dijo: Iré”.

En ese entonces, los contratos de matrimonio generalmente los hacían los padres, pero no se usaba la compulsión para obligarlos a casarse con aquellos a quienes no podían amar. Pero los niños tenían confianza en el juicio de sus [111] padres, y siguieron su consejo, y otorgaron sus afectos a aquellos que sus padres experimentados y temerosos de Dios escogieron para ellos. Se consideraba un delito seguir un curso contrario a este.

¡Qué contraste con el proceder que ahora siguen muchos niños! En lugar de mostrar reverencia y el debido honor a sus padres, consultándolos y teniendo las ventajas de su juicio experimentado al elegir por ellos, se apresuran en el asunto y están controlados por impulso más que por el juicio de sus padres, y el temor de Dios. Suele ocurrir que contraen matrimonio sin siquiera el conocimiento de sus padres. Y en muchos casos sus vidas están amargadas por matrimonios apresurados, porque el yerno o la nuera no se sienten obligados a hacer felices a sus padres.

Los hombres y las mujeres jóvenes a veces manifiestan una gran independencia sobre el tema del matrimonio, como si el Señor no tuviera nada que ver con ellos, o ellos con el Señor, en ese asunto, y que fuera puramente un asunto propio, que ni Dios, ni Dios. ni sus padres deben controlar de ninguna manera. Parecen pensar que la entrega de sus afectos es un asunto en el que solo se debe consultar a uno mismo. Los tales cometen un grave error, y unos pocos años de experiencia matrimonial generalmente les enseñan que es un error lamentable. Esta es la gran razón de tantos matrimonios infelices, en los que hay tan poco [112] amor verdadero y generoso el uno para con el otro, y tan poco ejercicio de la nobleza.

tolerancia hacia los demás. Éstos a menudo se comportan en sus propios hogares más como niños insignificantes que como marido y mujer dignos y afectuosos.

Isaac había sido entrenado en el temor de Dios para una vida de obediencia. Y cuando tenía cuarenta años, se sometió a que su siervo temeroso de Dios y experimentado padre escogiera por él. Creía que Dios lo ordenaría con respecto a la obtención de una esposa.

Los niños ahora de quince a veinte, generalmente se consideran competentes para hacer su propia elección, sin el consentimiento de sus padres. ¡Y mirarían con asombro si se les propusiera moverse en el temor de Dios y hacer del asunto un tema de oración! Se deja constancia del caso de Isaac, como ejemplo a imitar por los hijos de las generaciones venideras, especialmente de los que profesan temer a Dios.

El curso que siguió Abraham en la educación de Isaac, que lo llevó a amar una vida de noble obediencia, se registra para el beneficio de los padres, y debe inducirlos a dirigir sus hogares después de ellos. Deben instruir a sus hijos a ceder y respetar su autoridad. Y deben sentir que recae sobre ellos la responsabilidad de guiar los afectos de sus hijos, para que puedan ser asignados a personas que su juicio les enseñaría que serían compañeros adecuados para sus hijos e hijas.

Es un hecho triste que Satanás controle en gran medida los afectos de los jóvenes. Y algunos padres sienten que los afectos no deben ser guiados o restringidos. El curso seguido por Abraham, es una reprensión para todos los tales.

* * * * *

Capítulo 13—Jacob y Esaú

Dios conoce el fin desde el principio. Él sabía antes del nacimiento de Jacob y Esaú, qué caracteres desarrollarían ambos. Sabía que Esaú no tendría corazón para obedecerle. Respondió a la oración preocupada de Rebeca y le informó que tendría dos hijos y que el mayor serviría al menor. Presentó ante ella la historia futura de sus dos hijos, que serían dos naciones, una mayor que la otra, y el mayor serviría al menor. El primogénito tenía derecho a ventajas peculiares y privilegios especiales, que no pertenecían a ningún otro miembro de la familia.

Isaac amaba a Esaú más que a Jacob, porque Esaú le proporcionó carne de venado. Estaba complacido con su espíritu audaz y valiente manifestado en la caza de bestias salvajes. Jacob era el hijo favorito de su madre, porque su disposición era apacible y mejor calculada para hacer [114] feliz a su madre. Jacob había aprendido de su madre lo que Dios le había enseñado, que “el mayor debe servir al menor”, y su razonamiento juvenil lo llevó a concluir que esta promesa no podía cumplirse, mientras que Esaú tenía los privilegios que le fueron conferidos al primero. nacido. Y cuando Esaú volvió del campo, desmayado por el hambre, Jacob aprovechó la oportunidad para convertir la necesidad de Esaú en su propia ventaja, y propuso alimentarlo con lentejas, si renunciaba a todo derecho a su primogenitura, y Esaú vendió su primogenitura a Jacob

Esaú tomó dos esposas idólatras, lo cual fue un gran dolor para Isaac y Rebeca. A pesar de esto, Isaac amaba a Esaú más que a Jacob. Y cuando pensó que estaba a punto de morir, le pidió a Esaú que le preparara comida para que pudiera bendecirlo antes de morir. Esaú no le dijo a su padre que había vendido su primogenitura a Jacob, y lo confirmó con un juramento. Rebeca escuchó las palabras de Isaac y se acordó de las palabras del Señor: “El mayor servirá al menor”, y supo que Esaú había mirado a la ligera su primogenitura y se la había vendido a Jacob. Ella persuadió a Jacob para que engañara a su padre, y

por fraude recibió la bendición de su padre, que ella pensó que no podía obtener de otra manera. Jacob al principio no estaba dispuesto a practicar este engaño, pero finalmente accedió a los planes de su madre.

[115] Rebeca estaba enterada de la preferencia de Isaac por Esaú y estaba satisfecha de que el razonamiento no cambiaría su propósito. En lugar de confiar en Dios, el que dispone los acontecimientos, manifestó su falta de fe al persuadir a Jacob para que engañara a su padre. El proceder de Jacob en esto no fue aprobado por Dios. Rebeca y Jacob debieron haber esperado que Dios realizara sus propios propósitos, a su manera y en su propio tiempo, en lugar de tratar de realizar los eventos predichos con la ayuda del engaño. Si Esaú hubiera recibido la bendición de su padre, que se otorgaba al primogénito, su prosperidad podría haber venido solo de Dios; y lo hubiera bendecido con prosperidad; o trajo sobre él adversidad, según su curso de acción. Si amara y reverenciara a Dios, como el justo Abel, sería aceptado y bendecido por Dios. Si, como el malvado Caín, no tuviera respeto por Dios ni por sus mandamientos, sino que siguiera su propia conducta corrupta, no recibiría una bendición de Dios, sino que sería rechazado por Dios como lo fue Caín. Si el curso de Jacob debe ser justo; si amara y temiera a Dios, sería bendecido por Dios, y la mano próspera de Dios estaría con él, incluso si no obtuviera las bendiciones y los privilegios generalmente otorgados a los primogénitos.

Rebeca se arrepintió con amargura por el mal consejo que le dio a Jacob, porque era el medio para separarlo de ella [116] para siempre. Se vio obligado a huir para salvar su vida de la ira de Esaú, y su madre nunca volvió a ver su rostro. Isaac vivió muchos años después de que le dio la bendición a Jacob, y estaba convencido, por el proceder de Esaú y Jacob, que la bendición le pertenecía a Jacob.

Las circunstancias de la venta de Esaú de su primogenitura representan a los injustos, que consideran que la redención comprada para ellos por Cristo es de poco valor, y sacrifican su herencia al Cielo por tesoros perecederos. Muchos están controlados por su apetito, y en lugar de negar un apetito malsano, sacrificarán consideraciones elevadas y valiosas. Si uno debe ceder, la gratificación de un apetito depravado, o las bendiciones elevadas y celestiales que Dios promete solo a los abnegados y temerosos de Dios, los clamores del apetito, como en el caso de Esaú, generalmente prevalecerán, y por

gratificación propia, Dios y el Cielo serán virtualmente despreciados. Incluso los cristianos profesos usarán té, café, rapé, tabaco y licores, todo lo cual adormece las sensibilidades más finas del alma. Si les decís que no pueden tener el cielo, y estas indulgencias dañinas, y que deben negar sus apetitos, y limpiarse de toda inmundicia de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor del Señor, se ofenden, mira tristes, y concluyen que si el camino es tan angosto que no pueden complacer sus groseros [117] apetitos, no caminarán más por él.

Especialmente las pasiones corruptas controlarán la mente de aquellos que valoran el cielo de tan poco valor. Se sacrificará la salud, se debilitarán las facultades mentales y se venderá el cielo por estos placeres, como Esaú vendió su primogenitura. Esaú era una persona imprudente. Hizo un juramento solemne de que Jacob tendría su primogenitura. Este caso se deja registrado como una advertencia para los demás. Cuando Esaú se enteró de que Jacob había obtenido la bendición que le habría pertenecido, si no la hubiera vendido precipitadamente, se angustió mucho. Se arrepintió de su acto precipitado, cuando ya era demasiado tarde para remediar el asunto. Así será con los pecadores en el día de Dios, que han trocado su herencia del cielo por gratificaciones egoístas y concupiscencias dañinas. Entonces no encontrarán lugar para el arrepentimiento, aunque lo busquen, como Esaú, cuidadosamente y con lágrimas.

Jacob no era feliz en su relación matrimonial, aunque sus esposas eran hermanas. Formó el contrato de matrimonio con Labán para su hija Raquel a quien amaba. Después de haber servido siete años por Raquel, Labán lo engañó y le dio a Lea. Cuando Jacob se dio cuenta del engaño que se había practicado sobre él, y que Lea había hecho su parte al engañarlo, no pudo amar a Lea. Labán deseaba conservar los fieles servicios de Jacob por más tiempo, por lo que lo engañó dándole a Lea, en lugar de [118] Raquel. Jacob reprendió a Labán por jugar así con sus afectos al darle a Lea, a quien no había amado. Labán le rogó a Jacob que no repudiara a Lea, porque esto se consideraba una gran desgracia, no solo para la esposa, sino para toda la familia. Jacob fue colocado en una posición muy difícil, pero decidió retener a Leah y también casarse con su hermana. Leah fue amada en un grado mucho menor que Rachel. Labán fue egoísta en su trato con Jacob. Solo pensó en beneficiarse a sí mismo con las labores fieles de Jacob. Habría dejado el arte

Labán mucho antes, pero tenía miedo de encontrarse con Esaú. Él escuchó la queja de los hijos de Labán, diciendo: “Jacob ha quitado todo lo que era de nuestro padre, y de lo que era de nuestro padre ha obtenido toda esta gloria. Y Jacob miró el semblante de Labán y he aquí, no era hacia él como antes.”

Jacob estaba angustiado. No sabía qué camino tomar. Lleva su caso a Dios e intercede para que él lo dirija. El Señor responde misericordiosamente a su oración angustiada. “Y Jehová dijo a Jacob: Vuélvete a la tierra de tus padres ya tu parentela, y yo estaré contigo. Y Jacob envió y llamó a Raquel ya Lea al campo con su rebaño, y les dijo: Veo el semblante de vuestro padre, que no es para conmigo como antes; mas el Dios de mi padre ha estado conmigo. Y sabéis que con todas mis fuerzas he [119] servido a vuestro padre. Y vuestro padre me ha engañado, y cambiado mi salario diez veces; pero Dios le permitió no hacerme daño.” Jacob les contó el sueño que Dios le había dado de dejar a Labán e ir a su parentela. Rachel y Leah expresaron su descontento con los procedimientos de su padre. Mientras Jacob les relataba sus agravios y se proponía dejar a Labán, Raquel y Lea le dijeron a Jacob: “¿ Nos queda todavía parte o herencia en la casa de nuestro padre? ¿ No somos contados de él como extraños? porque nos ha vendido, y también ha consumido nuestro dinero. Porque todas las riquezas que Dios ha quitado a nuestro padre, son nuestras y de nuestros hijos; ahora pues, todo lo que Dios te ha dicho, hazlo”.

Antiguamente era costumbre que el novio pagara una suma de dinero de acuerdo a sus circunstancias, al padre de su esposa.

Si no tenía dinero ni nada de valor, su trabajo era aceptado por un período de tiempo determinado antes de que pudiera obtener a la hija como esposa. Esta costumbre se consideraba una salvaguardia del contrato de matrimonio. Los padres no consideraban seguro confiar la felicidad de sus hijas a hombres que no habían hecho suficientes provisiones para cuidar de una familia. Si no tenían capacidad para administrar negocios, adquirir ganado o tierras, temían que sus vidas no valdrían nada. Pero para que los verdaderamente dignos no se desanimen, se hizo una provisión para probar el valor de aquellos que no tenían nada [120] de valor para pagar por una esposa. Se les permitió trabajar para el padre cuya hija amaban. Sus trabajos estaban comprometidos por un cierto período de tiempo, regulado por el valor de la dote req

hija. Al hacer esto, los matrimonios no se precipitaron y hubo oportunidad de probar la profundidad de los afectos del pretendiente. Si era fiel en sus servicios, y por lo demás se le consideraba digno, la hija le era dada por esposa. Y generalmente toda la dote que había recibido el padre se la daba a su hija en su matrimonio.

¡ Qué contraste con el proceder que ahora siguen padres e hijos! Hay muchos matrimonios infelices por tanta prisa.

Dos unen su interés en el altar del matrimonio, por solemnísimos votos ante Dios, sin sopesar previamente el asunto, y dedicando tiempo a la sobria reflexión y ferviente oración. Muchos se mueven por impulso. No tienen un conocimiento profundo de las disposiciones de los demás. No se dan cuenta de que está en juego la felicidad de toda su vida. Si se equivocan en este asunto y su vida matrimonial resulta infeliz, no se puede retractar. Si descubren que no están calculados para hacerse felices el uno al otro, deben soportarlo lo mejor que puedan. En algunos casos, el esposo demuestra ser demasiado indolente para mantener una familia, y su esposa e hijos sufren. Si se hubiera probado la habilidad de tales, como era la costumbre antiguamente antes del matrimonio, se habría evitado mucha miseria. En Lea, Labán se quedó egoístamente con la dote que debería haberles dado . Hacen referencia a esto cuando dicen: “Él nos ha vendido , y también ha consumido nuestro dinero”.

En ausencia de Labán, Jacob tomó a su familia y todo lo que tenía, y dejó a Labán. Después de haber proseguido su viaje por tres días, Labán se enteró de que lo había dejado y se enojó mucho. Y lo persiguió, decidido a traerlo de vuelta por la fuerza. Pero el Señor tuvo piedad de Jacob, y cuando Labán estaba a punto de alcanzarlo , le dio un sueño para que no hablara bien ni mal a Jacob. Es decir, no debe forzarlo a que regrese, ni instarlo con incentivos halagadores. Cuando Labán se encontró con Jacob, le preguntó por qué se había escapado desprevenido y llevado cautivas a sus hijas tomadas a espada. Labán le dice: “Tengo poder en mi mano para hacerte daño, pero el Dios de tus padres me habló anoche, diciendo: Guárdate que no hables a Jacob ni bien ni mal”. Entonces Jacob le refirió a Labán el proceder poco generoso que había seguido hacia él, que solo había estudiado su propio beneficio. Apela a Labán en cuanto a la rectitud de su conducta mientras estuvo con él, y dice: “Lo que fue arrebatado por las fieras lo traje

no a ti; soporto la pérdida de ello; de mi mano lo demandaste, sea robado de día, sea robado de noche. Así estaba yo, de día me consumiÓ la sequía, y de noche la escarcha, y se me fue el sueño. de mis ojos.”

La vida de un pastor era una vida de diligencia. Estaba obligado a vigilar sus rebaños día y noche. Las bestias salvajes eran comunes y, a menudo, audaces, y harían mucho daño a los rebaños de ovejas y ganado que no estaban protegidos por un pastor fiel. Aunque Jacob tenía varios sirvientes para ayudarlo a cuidar los rebaños de él y de Labán, la responsabilidad de todo el asunto recaía sobre él.

Y en algunas estaciones del año estaba obligado a estar él mismo con los rebaños, día y noche, para protegerlos en la estación más seca del año, para que no perecieran de sed; y en la parte más fría de la estación, para evitar que se enfríen con las fuertes heladas nocturnas. Sus rebaños también estaban en peligro de ser robados por pastores sin escrúpulos, que querían enriquecerse robando el ganado de sus vecinos.

La vida de un pastor era una de constante cuidado. No estaba calificado para pastor a menos que fuera misericordioso, y poseyera valor y perseverancia. Jacob era el pastor principal y tenía pastores debajo de él que se llamaban siervos. El pastor principal llamó a estos sirvientes, a quienes confiÓ el cuidado del rebaño, a estricta cuenta si no se encontraban en una condición floreciente. Si faltaba algo del ganado, el pastor principal sufría la pérdida.

[123] La relación de Cristo con su pueblo se compara con la de un pastor. Vio, después de la caída, a sus ovejas en una condición lamentable, expuestas a una destrucción segura. Dejó los honores y la gloria de la casa de su Padre para convertirse en pastor, para salvar a las ovejas miserables y descarriadas que estaban a punto de perecer. Su voz ganadora se escuchó llamándolos a su redil, un retiro seguro y seguro de la mano de los ladrones; también un refugio contra el calor abrasador, y una protección contra las ráfagas heladas. Su cuidado se ejercía continuamente por el bien de sus ovejas. Fortaleció a los débiles, alimentó a los que sufrían, y recogió en sus brazos a los corderos del rebaño, y los llevó en su seno. Sus ovejas lo aman. Él va delante de sus ovejas, y ellas oyen su voz y lo siguen. “Y al extraño no seguirán, sino que huirán de él; porque no conocen la voz de los extraños.” Cristo dice: “Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor da su vida por la

oveja. Pero el asalariado, y no el pastor, de quien no son propias las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye; y el lobo las arrebató, y avienta las ovejas. El asalariado huye, porque es asalariado, y no se preocupa por las ovejas.

Yo soy el buen Pastor, y conozco mis ovejas, y las mías me conocen”.

Cristo es el pastor principal. Ha confiado el cuidado de su rebaño a subpastores. Él requiere que estos pastores tengan el mismo interés por sus ovejas que él siempre ha manifestado, y que [124] siempre sientan la responsabilidad del cargo que les ha confiado.

Los ministros, que son llamados por Dios para trabajar en palabra y doctrina, son los pastores de Cristo. Él los ha designado debajo de sí mismo para supervisar y cuidar su rebaño. Les ha mandado solemnemente que sean pastores fieles, que apacienten el rebaño con diligencia, que sigan su ejemplo, que fortalezcan a los débiles, alimenten a los desfallecidos y los protejan de las fieras devoradoras. Les señala su ejemplo de amor por sus ovejas. Para asegurar su liberación, dio su vida por ellos. Si imitan su ejemplo de abnegación, el rebaño prosperará bajo su cuidado. Ellos manifestarán un interés más profundo que el de Jacob, quien fue un fiel pastor de las ovejas y el ganado de Labán. Estarán constantemente trabajando por el bienestar del rebaño. No serán meros asalariados, de los que habla Jesús, que no tienen ningún interés particular en las ovejas, que en tiempo de peligro, o prueba, huyen y abandonan las ovejas. Un pastor que trabaja meramente por el salario que obtiene, sólo se preocupa por sí mismo y está continuamente estudiando su propio interés y comodidad, en lugar del bienestar de su rebaño.

Pablo dice: “Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por dinero sucio, sino de una mente lista. ni como teniendo señorío sobre la herencia de Dios, sino siendo ejemplos del rebaño. Mirad, pues, por vosotros, y por todo el rebaño sobre el cual el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia de Dios, la cual él ganó con su propia sangre.”

Todos los que profesan ser pastores, que sienten que ministrar en palabra y doctrina, y llevar las cargas, y tener el cuidado que todo pastor fiel debe tener, es una tarea desagradable, son reprendidos por el fiel Pablo: “No por fuerza, sino de buena gana, no por ganancias deshonestas, sino de ánimo dispuesto”. Todos esos pastores infieles, los

el jefe Shepherd soltaría de buena gana. La iglesia de Dios es comprada con la sangre de Cristo, y todo pastor debe darse cuenta de que las ovejas bajo su cuidado cuestan una suma invaluable. Deben ser diligentes en su trabajo y perseverantes en sus esfuerzos por mantener al rebaño en una condición saludable y floreciente. Deben considerar del más alto valor a las ovejas confiadas a su cuidado, y darse cuenta de que serán llamadas a rendir estricta cuenta de su ministerio. Y si son hallados fieles, recibirán una rica recompensa. “Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, recibiréis una corona de gloria que no se desvanecerá”.

Jacob dice: “Así he estado veinte años en tu casa. Te serví catorce años por tus dos hijas, y seis años por tu ganado, y has cambiado mi salario diez veces. Si el Dios de mi padre, el Dios de Abraham, y el temor de Isaac no hubiera estado conmigo, [126] ciertamente me habrías enviado ahora vacío. Dios ha visto mi aflicción y el trabajo de mis manos, y te reprendió anoche.”

Labán luego le asegura a Jacob que tiene interés por sus hijas y sus hijos, que no podría hacerles daño. Propone hacer un pacto entre ellos. Y Labán dijo: Ahora, pues, ven tú, hagamos un pacto, yo y tú; y sea por testimonio entre tú y yo. Y Jacob tomó una piedra y la levantó por señal. Y Jacob dijo a sus hermanos, juntad piedras; y tomaron piedras e hicieron un montón, y comieron allí sobre el montón.”

Labán comprendió el mal de la poligamia, aunque fue solo a través de su artificio que Jacob había tomado dos esposas. Sabía bien que fueron los celos de Lea y Raquel los que las llevaron a dar sus criadas a Jacob, lo que confundió la relación familiar y aumentó la infelicidad de sus hijas. Y ahora que sus hijas están viajando lejos de él, y su interés debe estar completamente separado del suyo, él protegerá en lo posible su felicidad. Labán no quiso que Jacob trajera mayor infelicidad sobre sí mismo y sobre Lea y Raquel, al tomar otras esposas. Y Labán dijo: “Cuide el Señor entre tú y yo, cuando estemos ausentes el uno del otro. Si afligieres a mis [127] hijas, o si tomares otras mujeres además de mis hijas; nadie está con nosotros; mira Dios es testigo entre tú y yo.”

Jacob hizo un pacto solemne ante el Señor de que no tomaría otras esposas. “Y Labán dijo a Jacob: Mira este majano, y mira esta columna, que he puesto entre tú y yo; testigo sea este majano, y testigo sea este pilar, de que yo no pasaré de este majano hacia ti, y tú no pasarás de este majano y este pilar hacia mí, para mal. El Dios de Abraham, y el Dios de Nacor, el Dios de sus padres, juzgue entre nosotros. Y Jacob juró por el temor de su padre Isaac.”

Mientras Jacob proseguía su camino, los ángeles de Dios le salieron al encuentro. Y cuando los vio, dijo: “Este es el ejército de Dios”. Vio a los ángeles de Dios, en un sueño, acampando alrededor de él. Jacob envió un humilde mensaje conciliador a su hermano Esaú. “Y los mensajeros volvieron a Jacob, diciendo: Vinimos a tu hermano Esaú, y él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres con él. Entonces Jacob tuvo mucho miedo y se angustió; y dividió el pueblo que estaba con él, y las ovejas, y las vacas, y los camellos, en dos partidas; y dijo: Si Esaú viene a una compañía y la golpea, entonces la otra compañía que quede escapará.

“Y Jacob dijo: Oh Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, el Señor que me dijo: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y te trataré bien. No soy digno [128] de la menor de todas las misericordias, y de toda la verdad, que has mostrado a tu siervo; porque con mi vara pasé este Jordán, y ahora estoy sobre dos bandas. Líbrame, te ruego, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú; porque le temo, no sea que venga y me hiera a mí, ya la madre con los niños. Y tú dijiste: De cierto te haré bien, y haré tu descendencia como la arena del mar, que por su multitud no se puede contar.”

* * * * *

Capítulo 14—Jacob y el ángel

El error de Jacob, al recibir la bendición de su hermano por medio del fraude, se presenta de nuevo a la fuerza ante él, y teme que Dios permita que Esaú le quite la vida. En su angustia oró a Dios toda la noche. Se le representó un ángel de pie ante Jacob, presentándole su mal en su verdadero carácter. Cuando el ángel se vuelve para dejarlo, Jacob lo agarra y no lo deja ir. Él hace súplicas con lágrimas. Alega que se ha arrepentido profundamente de sus pecados y de los agravios contra su hermano, que han sido el medio para separarlo de la casa de su padre durante veinte años. Se aventura a invocar las promesas de Dios y las muestras de su favor hacia él de vez en cuando, en su ausencia de la casa de su padre. Toda la noche Jacob luchó con el ángel, suplicando por una bendición. El ángel parecía estar resistiendo su oración, recordando continuamente sus pecados, al mismo tiempo que se esforzaba por romper con él. Jacob estaba decidido a retener al ángel, no solo por la fuerza física, sino por el poder de la fe viva. En su angustia Jacob se refirió al arrepentimiento de su alma, la profunda humildad que había sentido por sus errores. El ángel consideró su oración con aparente indiferencia, continuamente haciendo esfuerzos para liberarse de las garras de Jacob. Pudo haber ejercido su poder sobrenatural y forzado a sí mismo de las garras de Jacob, pero no eligió hacer esto. Pero cuando vio que no prevalecía contra Jacob, para convencerlo de su poder sobrenatural, tocó su muslo, que inmediatamente se dislocó. Pero Jacob no renunciaría a sus fervientes esfuerzos por el dolor corporal. Su objeto era obtener una bendición, y el dolor del cuerpo no era suficiente para desviar su mente de su objeto. Su determinación fue más fuerte en los últimos momentos del conflicto que al principio. Su fe se hizo más ferviente y perseverante, hasta el final, incluso hasta el amanecer. No soltaría al ángel hasta que lo bendijera. “Y él dijo: Déjame ir, porque amanece. Y él dijo: No te dejaré ir si no me bendices. Entonces el ángel preguntó: ¿Cuál es tu

¿nombre? “Y él dijo: Jacob. Y él dijo: No se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel, porque como príncipe tienes poder con Dios y con los hombres, y has vencido”.

La fe perseverante de Jacob prevaleció. Retuvo al ángel hasta que obtuvo la bendición que deseaba y la seguridad del perdón de sus pecados. Entonces su nombre fue cambiado de Jacob, el suplantador, a Israel, que significaba príncipe de Dios. “Y Jacob le preguntó, y dijo: Dime, te ruego, tu nombre. Y él dijo: ¿Por qué preguntas por mi nombre? Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar Peniel; porque he visto a Dios cara a cara, y mi vida ha sido preservada.” Fue Cristo quien estuvo con Jacob esa noche, con quien luchó y a quien sostuvo con perseverancia hasta que lo bendijo.

El Señor escuchó las súplicas de Jacob y cambió los propósitos del corazón de Esaú. No sancionó ningún proceder erróneo que siguió Jacob. Su vida fue una vida de duda, perplejidad y remordimiento a causa de su pecado, hasta su ferviente lucha con el ángel, y la evidencia que obtuvo allí de que Dios había perdonado sus pecados.

“Sí, tuvo poder sobre el ángel, y prevaleció. Él lloró y le hizo súplicas. Lo encontró en Betel, y allí habló con nosotros, el Señor Dios de los ejércitos. El Señor es su memorial”.

Esaú marchaba contra Jacob con un ejército con el propósito [131] de matar a su hermano. Pero mientras Jacob luchaba con el ángel esa noche, otro ángel fue enviado para tocar el corazón de Esaú en sus horas de sueño. En su sueño vio a Jacob desterrado de la casa de su padre por veinte años, porque temía por su vida. Y marcó su pena al encontrar muerta a su madre. Vio en su Sueña la humildad de Jacob, y los ángeles de Dios alrededor de él. Soñó que cuando se conocieron, no tenía intención de hacerle daño. Cuando Esaú despertó, contó su sueño a sus cuatrocientos hombres y les dijo que no debían dañar a Jacob, porque el Dios de su padre estaba con él. Y cuando se encontraran con Jacob, ninguno de ellos debería hacerle daño. “Y alzó Jacob sus ojos, y miró, y he aquí venía Esaú, y con él cuatrocientos hombres.” “Y pasó delante de ellos, y se inclinó a tierra siete veces, hasta que llegó cerca de su hermano. Y Esaú corrió a su encuentro, y lo abrazó

él, y se echó sobre su cuello, y lo besó, y lloraron.” Jacob le rogó a Esaú que aceptara una ofrenda de paz, que Esaú rechazó, pero Jacob lo instó. “Toma, te ruego, mi bendición que te es traída; porque Dios me ha hecho misericordia, y porque tengo bastante. Y él lo instó, y él lo tomó”.

Jacob y Esaú representan dos clases; Jacob el justo, y Esaú el impío. La angustia de Jacob cuando se enteró de que Esaú [132] marchaba contra él con cuatrocientos hombres, representa la angustia de los justos cuando sale el decreto para matarlos, justo antes de la venida del Señor. A medida que los inicuos se reúnan a su alrededor, se llenarán de angustia, porque, como Jacob, no verán escapatoria para sus vidas. El ángel se colocó delante de Jacob, y él agarró al ángel y lo abrazó, y luchó con él toda la noche. Así también los justos, en su tiempo de angustia y angustia, lucharán en oración con Dios, como luchó Jacob con el ángel. Jacob en su angustia oró toda la noche por la liberación de la mano de Esaú. Los justos en su angustia mental clamarán a Dios día y noche por liberación de la mano de los malvados que los rodean.

Jacob confesó su indignidad. “No soy digno de la menor de todas tus misericordias, y de toda la verdad que has mostrado a tu siervo.” Los justos, en su angustia, tendrán un profundo sentido de su indignidad, y con muchas lágrimas reconocerán su total indignidad, y como Jacob, alegarán las promesas de Dios por medio de Cristo, hechas precisamente a esos pecadores dependientes, indefensos y arrepentidos.

Jacob se aferró al ángel en su angustia y no lo dejó ir. Mientras suplicaba con lágrimas, el ángel le recordó sus errores pasados y se esforzó por escapar de Jacob, para probarlo y probarlo. Así los justos, en el día de su [133] angustia, serán probados, examinados y probados, para manifestar su fuerza de fe, su perseverancia y su confianza inquebrantable en el poder de Dios para librarlos.

Jacob no sería rechazado. Sabía que Dios era misericordioso y apeló a su misericordia. Señaló su dolor pasado y el arrepentimiento de sus errores, e instó a su petición de liberación de la mano de Esaú. Así continuó su insistencia durante toda la noche.

Mientras revisaba sus errores pasados, casi se desesperó.

Pero sabía que debía tener la ayuda de Dios o perecer. Él ocupó

ayunó el ángel, e insistió en su petición con gritos agonizantes y fervientes, hasta que prevaleció. Así será con los justos. Mientras revisan los eventos de su vida pasada, sus esperanzas casi se desvanecerán. Pero cuando se den cuenta de que se trata de un caso de vida o muerte, clamarán fervientemente a Dios y le suplicarán con respecto a su dolor pasado y al arrepentimiento humilde de sus muchos pecados, y luego se referirán a su promesa: toma mi fuerza y haz conmigo la paz, y él hará la paz conmigo". Así sus fervientes peticiones serán ofrecidas a Dios día y noche.

Dios no hubiera escuchado la oración de Jacob, y misericordiosamente salvado su vida, si no se hubiera arrepentido previamente de sus errores al obtener la bendición por medio del fraude.

Los justos, como Jacob, manifestarán una fe inquebrantable y una determinación ferviente, que no se negará. Sentirán [134] su indignidad, pero no tendrán errores ocultos que revelar. Si tuvieran pecados, no confesados y de los que no se arrepintieran, para presentarse ante ellos, mientras están torturados por el miedo y la angustia, con un vivo sentido de toda su indignidad, se sentirían abrumados. La desesperación cortaría su fe sincera, y no podrían tener la confianza para rogar a Dios, pidiendo así fervientemente la liberación, y pasarían sus preciosos momentos confesando pecados ocultos y lamentando su condición desesperanzada.

Esos creyentes profesos que llegan al momento de la angustia sin estar preparados, en su desesperación, confesarán sus pecados delante de todos con palabras de ardiente angustia, mientras que los inicuos se regocijarán por su angustia. El caso de todos los tales es desesperado. Cuando Cristo se levante y abandone el lugar santísimo, entonces comenzará el tiempo de angustia, y se decidirá el caso de cada alma, y no habrá sangre expiatoria para limpiar del pecado y la contaminación. Cuando Jesús deja el lugar santísimo, habla en tono de decisión y autoridad real: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. Y he aquí, yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra".

Los que han retrasado una preparación para el día de Dios no pueden [135] obtenerlo en el tiempo de angustia, o en cualquier período futuro. Los justos no cesarán en sus gritos fervientes y agonizantes de liberación. No pueden recordar ningún pecado en particular, pero en toda su vida

pueden ver pero poco bueno. Sus pecados habían ido de antemano a juicio, y el perdón había sido escrito. Sus pecados habían sido llevados a la tierra del olvido, y no podían recordarlos. Cierta destrucción los amenaza, y como Jacob, no permitirán que su fe se debilite, porque sus oraciones no son respondidas de inmediato. Aunque sufran los dolores del hambre, no dejarán de interceder. Se aferran a la fuerza de Dios como Jacob se aferró al ángel, y el lenguaje de su alma es: "No te dejaré ir si no me bendices". Los santos finalmente prevalecen como Jacob, y son liberados gloriosamente por la voz de Dios.

Esa temporada de aflicción y angustia requerirá un esfuerzo de fervor y una fe resuelta que pueda soportar la demora y el hambre, y que no desfallezca bajo la debilidad, aunque sea severamente probada. El período de prueba es el tiempo concedido a todos para prepararse para el día de Dios. Si alguno descuida la preparación y no presta atención a las advertencias fieles dadas, no tendrá excusa. La lucha ferviente y perseverante de Jacob con el ángel debe ser un ejemplo para los cristianos. Jacob prevaleció, porque fue perseverante y decidido. Todos los que [136] deseen la bendición de Dios, como lo hizo Jacob, y se aferren a las promesas, como lo hizo él, y sean tan fervientes y perseverantes como lo fue él, tendrán éxito, como él tuvo éxito. Por qué hay tan poco ejercicio de la fe verdadera, y tan poco del peso de la verdad que descansa sobre muchos creyentes profesos es porque son indolentes en las cosas espirituales. No están dispuestos a esforzarse, a negarse a sí mismos, a agonizar ante Dios, a orar larga y fervientemente por la bendición, y por lo tanto no la obtienen. Esa fe que vivirá durante el tiempo de angustia debe estar en ejercicio diario ahora. Los que no hagan grandes esfuerzos ahora para ejercer una fe perseverante no estarán en absoluto preparados para ejercer esa fe que los capacitará para estar firmes en el día de la angustia.

Los hijos de Jacob no eran todos justos. Fueron afectados en algún grado por la idolatría. Dios no sancionó la conducta cruel y vengativa de los hijos de Jacob hacia los siquemitas. Jacob ignoraba su propósito, hasta que se cumplió su obra de crueldad. Reprendió a sus hijos, y les dijo que lo habían turbado para hacerlo menospreciado entre los habitantes de la tierra. Y debido a este su mal, las naciones vecinas manifestarían su indignación destruyéndolo a él y a su casa. En su angustia, Jacob vuelve a invocar a Dios. "Y dijo Dios a Jacob: Levántate, sube a

Beth-el, y habita allí, y haz allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú . Entonces Jacob dijo a su casa y a todos los que estaban con él: Quitad los dioses extraños que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudaos de ropa, y levantémonos y subamos a Beth-el, y yo os haz allí un altar a Dios, el cual me respondió en el día de mi angustia, y estuvo conmigo en el camino que anduve. Y le dieron a Jacob todos los dioses extraños que estaban en sus manos, y todos sus pendientes que estaban en sus orejas, y Jacob los escondió debajo de la encina que estaba junto a Siquem”. Y la familia de Jacob nunca más los encontró. “Y partieron, y el terror de Dios estaba sobre las ciudades que estaban alrededor de ellos, y no persiguieron a los hijos de Jacob”.

Jacob se humilló y exigió a su familia que se humillara y se despojara de todos sus ornamentos, porque él iba a hacer expiación por sus pecados, ofreciendo un sacrificio a Dios, para que pudiera ser tratado por ellos y no dejarlos. para que sean destruidos por otras naciones. Dios aceptó los esfuerzos de Jacob para quitar el mal de su familia, y se le apareció, lo bendijo y renovó la promesa que le había hecho, porque su temor estaba delante de él. “Y Jacob erigió una columna en el lugar donde había hablado con él, sí, una columna de piedra”.

[138]

Capítulo 15—José y sus hermanos

José escuchó las instrucciones de su padre y temió al Señor. Fue más obediente a las justas enseñanzas de su padre que cualquiera de sus hermanos. Atesoraba sus instrucciones y con integridad de corazón amaba obedecer a Dios. Se entristeció por la mala conducta de algunos de sus hermanos, y mansamente les rogó que siguieran un proceder recto y dejaran de cometer actos inicuos. Esto sólo los enfureció contra él. Su odio por el pecado era tal que no podía soportar ver a sus hermanos pecar contra Dios. Expuso el asunto ante su padre, con la esperanza de que su autoridad pudiera reformarlos. Esta exposición de sus errores enfureció a sus hermanos contra él. Habían observado el gran amor de su padre por José y le tenían envidia. Su envidia se convirtió en odio y finalmente en asesinato.

El ángel de Dios instruyó a José en sueños que inocentemente relató a sus hermanos. “Porque he aquí, estábamos atando gavillas en el campo, y he aquí mi gavilla se levantó y también se puso derecha; y he aquí, vuestras gavillas estaban alrededor, e hicieron reverencia a mi gavilla. Y sus hermanos le dijeron: ¿En verdad reinarás tú sobre nosotros? ¿O en verdad te enseñorearás de nosotros? Y lo odiaban aún más por sus sueños y por sus palabras.

[139]

“Y soñó aún otro sueño, y lo contó a sus hermanos, y dijo: He aquí he soñado un sueño más; y he aquí, el sol, la luna y las once estrellas me rindieron homenaje. Y lo contó a su padre y a sus hermanos, y su padre lo reprendió, y le dijo: ¿Qué sueño es este que has soñado?

¿Hemos de venir yo, tu madre y tus hermanos a inclinarnos a tierra ante ti? Y sus hermanos le tenían envidia; pero su padre observó el dicho.”

Jacob parecía considerar los sueños de su hijo con indiferencia. Pero él mismo había sido instruido a menudo por el Señor en sueños, y creía que el Señor le estaba enseñando a José de la misma manera. Reprendió a José para que sus hermanos envidiosos no descubrieran sus verdaderos sentimientos.

Los hijos de Jacob eran pastores y alimentaban sus rebaños donde podían encontrar los mejores pastos. Al viajar de un lugar a otro con su ganado, a menudo se alejaban bastante de la casa de su padre, de modo que no veían a su padre durante varios meses seguidos. Angustiado por ellos, envió a José a ver si estaban todos bien. Con el verdadero interés de un hermano, José buscó a sus hermanos, donde su padre supuso que los encontraría, pero no estaban allí. Cierta hombre lo encontró vagando por el campo en busca de sus hermanos, y lo dirigió a Dotán. Este fue un largo viaje para José. Pero lo hizo con alegría, porque amaba a sus hermanos, y también deseaba aliviar la ansiedad de su padre. Pero fue mal recompensado por su amor a ellos, y la obediencia a su p

“Y cuando lo vieron de lejos, aun antes de que se les acercara, conspiraron contra él para matarlo. Y se decían el uno al otro: He aquí, viene este soñador. Venid, pues, ahora, matémosle y echémosle en un pozo, y diremos: Alguna mala bestia lo devoró; y veremos qué será de sus sueños. Y Rubén lo oyó, y lo libró de sus manos y dijo: No lo matemos. Y Rubén les dijo: No derramáis sangre, sino echadlo en esta cisterna que está en el desierto, y no pongáis mano sobre él, para librarlo de sus manos y entregarlo de nuevo a su padre.”

José, sin sospechar lo que le iba a ocurrir, se acercó a sus hermanos con alegría de corazón para saludarlos después de su largo y fatigoso viaje. Sus hermanos lo rechazaron groseramente. Les dijo su encargo, pero no le respondieron. Joseph estaba alarmado por sus miradas de enojo. El miedo ocupó el lugar de la alegría, e instintivamente se encogió de miedo ante su presencia. Luego lo agarraron violentamente. Se burlaron de él con las advertencias que les había dado en el pasado, lo acusaron de relatar sus sueños para exaltarse por encima de ellos en la mente de su padre, para que pudiera amarlo más que a ellos mismos. Lo acusaron de hipocresía. Mientras expresaban [141] sus sentimientos de envidia, Satanás controlaba sus mentes, y no tenían ningún sentido de piedad ni sentimientos de amor por su hermano. Lo despojaron de la túnica de muchos colores que vestía, que era muestra del amor de su padre, y que había excitado sus sentimientos de envidia.

José estaba cansado y hambriento, pero no le dieron descanso ni comida. “Y lo tomaron, y lo echaron en un pozo; y el pozo estaba vacío, no había agua en él.” Mientras Judá pensaba en José muriendo en el pozo, sufriendo una muerte prolongada por inanición, estaba preocupado. Por un corto tiempo, él con otros de sus hermanos, pareció poseer un frenesí satánico. Pero después de que habían comenzado a cumplir sus malvados propósitos con el inocente e indefenso José, algunos de ellos se sintieron incómodos. No sintieron esa satisfacción que pensaron que deberían tener al ver morir a José. Judá fue el primero en expresar sus sentimientos. “Él dijo a sus hermanos: ¿De qué aprovechamos si matamos a nuestro hermano y ocultamos su sangre? Venid, y vendámoslo a los ismaelitas, y no sea nuestra mano sobre él; porque es nuestro hermano y nuestra carne; y sus hermanos estaban contentos. Luego pasaron los madianitas, barcos mercantes; y sacaron y sacaron a José del pozo, y vendieron a José a los ismaelitas por veinte piezas de plata, y llevaron a José a Egipto.”

[142] La idea de ser vendido como esclavo era más terrible para José que la de morir. Manifestó la más profunda angustia y apeló primero a uno de sus hermanos, luego a otro, por compasión. Algunos de sus corazones se conmovieron con piedad, pero por temor a las burlas de los demás, se mantuvieron en silencio. Todos pensaron que habían ido demasiado lejos para arrepentirse de sus actos, porque José podría exponerlos ante su padre, y él estaría muy enojado con ellos por el trato que habían dado a su amado José. Ellos endurecieron sus corazones contra su angustia, y no quisieron escuchar sus súplicas por el bien de su padre para que lo dejara ir, sino que lo vendieron como esclavo.

Rubén se alejó de sus hermanos para que no supieran su propósito con respecto a José. Les aconsejó que lo pusieran en el pozo, y se dispuso a regresar y llevarlo a su padre. “Y Rubén volvió al pozo, y he aquí, José no estaba en el pozo, y rasgó sus vestidos. Y volvió a sus hermanos, y dijo: El niño no es; y yo, ¿adónde iré? Sus hermanos le dijeron que habían vendido a José.

“Y tomaron la túnica de José, y mataron un cabrito, y mojaron la túnica en la sangre, y enviaron la túnica de muchos colores, y la trajeron a su padre, y dijeron: Esto hemos hallado; conoce ahora si es la túnica de tu hijo o no.” Causaron a su padre una intensa angustia, al imaginarse la muerte violenta

su hijo debe haber sufrido al ser despedazado por las fieras. [143] Sus hijos no habían imaginado que el dolor de su padre sería tan profundo. Todos sus hijos trataron de consolarlo, pero él se negó a contener su dolor. Declaró a sus hijos que descendería a su sepultura de luto.

Los hermanos de José se jactaban de que estaban tomando un rumbo seguro para evitar el cumplimiento de los extraños sueños de José. Pero el Señor controló los acontecimientos e hizo que la conducta cruel de los hermanos de José trajera el cumplimiento de los sueños que estaban trabajando para frustrar.

José estaba muy afligido por estar separado de su padre, y su dolor más amargo fue al reflexionar sobre el dolor de su padre. Pero Dios no dejó que José fuera solo a Egipto. Los ángeles prepararon el camino para su recepción. Potifar, oficial de Faraón, capitán de la guardia, lo compró de los ismaelitas. Y el Señor estaba con José, y lo prosperó, y le dio favor con su amo, de modo que todo lo que poseía lo confió al cuidado de José. “Y dejó todo lo que tenía en la mano de José; y no sabía que debía tener, sino el pan que comía.” Se consideraba una abominación que un hebreo preparara comida para un egipcio.

Cuando José fue tentado a desviarse del camino correcto, transgredir la ley de Dios y ser infiel a su amo, resistió firmemente y dio evidencia del poder elevador del temor de Dios en su respuesta a la esposa de su amo. Después de hablar de la gran [144] confianza de su amo en él, al confiarle todo lo que tenía, exclama: “¿Cómo, pues, puedo hacer yo esta gran maldad y pecar contra Dios?”. No sería persuadido a desviarse del camino de la rectitud y pisotear la ley de Dios, por ningún incentivo o amenaza. Y cuando fue acusado, y se le imputaba falsamente un delito vil, no se hundió en la desesperación. En la conciencia de la inocencia y la rectitud, todavía confiaba en Dios. Y Dios, que hasta entonces lo había sostenido, no lo abandonó. Lo ataron con grillos y lo mantuvieron en una prisión tenebrosa. Sin embargo, Dios convirtió incluso esta desgracia en una bendición. Le dio favor con los guardianes de la prisión, y pronto se encomendó a José el cargo de todos los presos. He aquí un ejemplo para todas las generaciones que deben vivir sobre la tierra. Aunque puedan estar expuestos a tentaciones, deben darse cuenta de que hay una defensa a la mano, y será

ser su propia culpa si no se conservan. Dios será una ayuda presente, y su Espíritu un escudo. Aunque están rodeados de las tentaciones más severas, hay una fuente de fortaleza a la que pueden aplicar y resistirlas. Cuán feroz fue el asalto a la moral de José. Procedía de uno de influencia, el más propenso a descarriar. Sin embargo, con qué prontitud y firmeza fue resistido. Sufrió por su virtud e integridad, porque ella, que lo desviaría, se vengó de la virtud que no podía subvertir, y por su influencia hizo que lo encarcelaran, acusándolo de un mal infame. Aquí José sufrió porque no cedió su integridad. Había puesto su reputación e interés en las manos de Dios. Y aunque se le permitió ser afligido por un tiempo, a fin de prepararlo para ocupar un puesto importante, Dios guardó con seguridad esa reputación que fue ennegrecida por un acusador inicuo, y después, en su propio tiempo, la hizo brillar. Dios hizo hasta la prisión el camino a su elevación. Con el tiempo, la virtud traerá su propia recompensa. El escudo que cubría el corazón de José era el temor de Dios, que le hizo ser fiel y justo con su amo, y leal a Dios. Despreciaba esa ingratitud que lo llevaría a abusar de la confianza de su amo, aunque su amo nunca se enteraría del hecho. Llamó a la gracia de Dios en su ayuda, y luego luchó con el tentador. Él dice con nobleza: “¿Cómo puedo hacer yo esta gran maldad y pecar contra Dios?”. Salió vencedor.

En medio de las trampas a las que todos están expuestos, necesitan defensas fuertes y confiables en las que confiar. Muchos en esta era corrupta tienen una provisión tan pequeña de la gracia de Dios, que en muchos casos su defensa es quebrantada por el primer asalto, y feroces tentaciones los toman cautivos. El escudo de la gracia puede preservar a todos los invictos [146] de las tentaciones del enemigo, aunque rodeados de las influencias más corruptoras. Mediante un principio firme y una confianza inquebrantable en Dios, su virtud y nobleza de carácter pueden brillar y, aunque estén rodeados de maldad, no es necesario dejar ninguna mancha en su virtud e integridad. Y si, como José, sufren calumnias y falsas acusaciones, la Providencia anulará para bien todas las artimañas del enemigo, y Dios, a su debido tiempo, los exaltará tanto más alto, como por un tiempo fueron degradados por la perversa venganza.

El papel que actuó José en relación con las escenas de la sombría prisión fue el que finalmente lo elevó a la prosperidad y el honor. Dios dispuso que él obtuviera una experiencia por

tentaciones, adversidades y penalidades, a fin de prepararlo para ocupar una posición exaltada.

Mientras estaba encarcelado, Faraón se ofendió con dos de sus oficiales, el jefe de los panaderos y el jefe de los coperos, y los metieron en la prisión donde estaba atado José. “Y el capitán de la guardia encargó a José con ellos, y él los sirvió, y estuvieron un tiempo en la cárcel.” José hizo que su vida fuera útil incluso mientras estaba en prisión. Su conducta ejemplar, porte humilde y fidelidad le granjearon la confianza de todos en la prisión y de los que estaban relacionados con ella. No dedicó su tiempo al duelo por la injusticia de sus acusadores, que lo habían privado de su libertad. Una mañana, mientras José les llevaba comida a los oficiales del rey, observó que se veían muy tristes. Amablemente [147] preguntó: “¿Por qué estáis hoy tan tristes? Y ellos le dijeron: Hemos soñado un sueño, y no hay intérprete de él. Y José les dijo: ¿No son de Dios las interpretaciones? Dímelos, por favor.” Entonces el copero le contó a José su sueño, el cual interpretó, que el copero sería restaurado al favor del rey, y entregaría la copa de Faraón en su mano como lo había hecho antes. El mayordomo quedó satisfecho con la interpretación y su mente se sintió aliviada de inmediato.

José le dijo al jefe de los coperos que en tres días ya no sería más un prisionero. Se sintió muy agradecido con José por el interés que había manifestado por él, y el trato amable que había recibido de sus manos y, sobre todo, por haberlo ayudado cuando estaba muy angustiado, interpretándole su sueño. Entonces José, de una manera muy conmovedora, aludió a su cautiverio y le suplicó: “Pero piensa en mí cuando te vaya bien, y sé bondadoso, te ruego, conmigo, y haz mención de mí ante Faraón, y sácame de esta casa; porque a la verdad fui raptado de la tierra de los hebreos, y aquí tampoco he hecho nada para que me pusieran en la mazmorra. Cuando el jefe de los panaderos vio que la interpretación era buena, se animó y dio a conocer su sueño. Tan pronto como contó su sueño, Joseph se puso triste. Comprendió su terrible significado. José poseía un corazón bondadoso y compasivo, pero su alto [148] sentido del deber lo llevó a dar la interpretación verdadera, aunque triste, del sueño del jefe de los panaderos. Le dijo que las tres canastas sobre su cabeza significaban tres días. Y que, como en su sueño, los pájaros comían

las carnes asadas de la canasta superior, para que comieran su carne colgada de un árbol.

“Y aconteció que al tercer día, que era el cumpleaños de Faraón, hizo banquete a todos sus siervos; y alzó la cabeza del jefe de los coperos y del jefe de los panaderos entre sus siervos. Y restituyó al jefe de los coperos a su cargo de mayordomo, y entregó la copa en manos de Faraón; pero ahorcó al jefe de los panaderos, como les había interpretado José. Sin embargo, el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que lo olvidó.” El mayordomo era culpable del pecado de ingratitud. Después de haber obtenido alivio de su ansiedad, por la interpretación alentadora de José, pensó que, si se le volvía a ganar el favor del rey, ciertamente recordaría al cautivo José y hablaría en su favor al rey. Había visto exactamente cumplida la interpretación del sueño, pero en su prosperidad se olvidó de José en su aflicción y encierro. El Señor considera la ingratitud como uno de los pecados más graves. Y aunque aborrecido por Dios y el hombre, sin embargo, es de ocurrencia diaria.

José permaneció dos años más en su sombría prisión. El [149] Señor le dio a Faraón sueños extraordinarios. Por la mañana el rey se turbó porque no podía entenderlos. Llamó a los magos de Egipto ya los sabios. El rey pensó que pronto lo ayudarían a comprender estos sueños, ya que tenían fama de resolver dificultades. El rey les contó su sueño, pero se desilusionó mucho al descubrir que con toda su magia y su sabiduría, no podían explicárselo. La perplejidad y la angustia del rey aumentaron. Cuando el jefe de los coperos vio su angustia, de repente José vino a su mente, y al mismo tiempo una convicción de su olvido e ingratitud, “Entonces habló el jefe de los coperos a Faraón, diciendo: Me acuerdo de mis faltas hoy”. Entonces contó al rey los sueños que habían tenido él y el jefe de los panaderos, los cuales los turbaban como los sueños que ahora turbaban al rey, y dijo: “Y estaba allí con nosotros un joven, un siervo hebreo del capitán del guardia, y se lo dijimos, y él nos interpretó nuestros sueños, a cada uno según su sueño que interpretó. Y aconteció, como él nos lo interpretó, así fue. A mí me restauró en mi cargo, y a él lo colgó”.

Fue humillante para Faraón alejarse de los magos y sabios de su reino a un siervo hebreo. Pero su aprendizaje

y los sabios le fallaron, y ahora se dignará a aceptar los humildes servicios de un esclavo si su mente atribulada puede obtener alivio.

“Entonces Faraón envió y llamó a José, y lo trajeron [150] apresuradamente fuera de la mazmorra; y se afeitó, y se cambió de ropa, y vino a Faraón. Y dijo Faraón a José: He soñado un sueño, y no hay quien lo interprete ; y he oído decir de ti, que puedes entender un sueño para interpretarlo. Y José respondió a Faraón, diciendo: No está en mí; Dios le dará a Faraón una respuesta de paz”.

La respuesta de José al rey muestra su fuerte fe y humilde confianza en Dios. Renuncia modestamente a todo honor de poseer en sí mismo una sabiduría superior para interpretar. Le dice al rey que su conocimiento no es mayor que el de aquellos a quienes ha consultado. “No está en mí”. Sólo Dios puede explicar estos misterios. “Y Faraón dijo a José: En mi sueño, he aquí, yo estaba de pie en la orilla del río, y he aquí, salieron del río siete vacas, de carne gorda y de buen aspecto; y pastaron en un prado; y he aquí otras siete vacas que subían tras ellas, pobres y muy feas y flacas de carne, cual nunca vi en toda la tierra de Egipto por maldad. Y las vacas flacas y feas se comieron las primeras siete vacas gordas, y cuando se las hubieron comido, no se pudo saber que se las habían comido; pero todavía estaban mal favorecidos, como al principio. Así que me desperté.

“Y miré en mi sueño, y he aquí siete espigas en un tallo, llenas y buenas; y he aquí, siete espigas, secas, delgadas y [151] azotadas por el viento solano, brotaron tras ellas; y las espigas flacas devoraron las siete espigas buenas: y dije esto a los magos; pero no hubo quien me lo pudiera declarar.

“Y José dijo a Faraón: El sueño de Faraón es uno. Dios ha mostrado a Faraón lo que está a punto de hacer. Las siete buenas vacas son siete años; y las siete buenas espigas son siete años; el sueño es uno. Y las siete vacas flacas y feas que subieron tras ellas, son de siete años; y las siete espigas vacías, azotadas por el solano, serán siete años de hambre.

José le dijo al rey que habría siete años de gran abundancia. Todo crecería en gran abundancia. Los campos y los jardines producirían más abundantemente que antes. Las frutas y el grano producirían abundantemente. Y estos siete años de abundancia fueron

seguida de siete años de hambre. Los años de abundancia le serían dados para que pudiera prepararse para los próximos años de hambre. “Y no se conocerá la abundancia en la tierra a causa de la siguiente hambre, porque será muy grave. Y porque el sueño se duplicó a Faraón dos veces, es porque la cosa está establecida por Dios, y Dios pronto hará que suceda. Busque, pues, ahora Faraón un hombre prudente y sabio, y póngalo sobre la tierra de Egipto.

El rey creyó todo lo que dijo José. Creía que Dios [152] estaba con él, y estaba impresionado con el hecho de que él era el hombre más adecuado para ser colocado en autoridad al frente de los asuntos. No lo despreció porque era un esclavo hebreo. Vio que poseía un espíritu excelente. “Y Faraón dijo a sus siervos: ¿Podemos hallar uno como éste, un hombre en quien esté el Espíritu de Dios? Y Faraón dijo a José: Por cuanto Dios te ha hecho saber todo esto, no hay nadie tan discreto y sabio como tú. Tú estarás sobre mi casa, y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo, solamente en el trono seré yo mayor que tú.”

Aunque José fue exaltado como gobernante sobre toda la tierra, no se olvidó de Dios. Sabía que era un extraño en tierra extraña, separado de su padre y de sus hermanos, lo que muchas veces le causaba tristeza, pero creía firmemente que la mano de Dios había torcido su rumbo, para colocarlo en una posición importante. Y dependiendo continuamente de Dios, cumplió todos los deberes de su oficio, como gobernante sobre la tierra de Egipto con fidelidad. “Y en los siete años de abundancia la tierra produjo a puñados. Y recogió toda la comida de los siete años que había en la tierra de Egipto, y guardó la comida en las ciudades, la comida del campo que estaba alrededor de cada ciudad, la guardó en las mismas. Y recogió José grano como la arena del mar, mucho, hasta que dejó de contar, porque no tenía número.”

[153] José viajó por toda la tierra de Egipto, dando órdenes para construir inmensos almacenes, y usando su mente clara y su excelente juicio para ayudar en los preparativos para asegurar el alimento, necesario para los largos años de hambre. Por fin terminaron los siete años de abundancia en la tierra de Egipto. “Y empezaron a venir los siete años de escasez, como había dicho José, y había escasez en todas las tierras, pero en toda la tierra de Egipto había

cuando toda la tierra de Egipto pasó hambre, el pueblo clamó a Faraón por pan. Y dijo Faraón a todos los egipcios: Id a José; lo que él te diga que hagas. Y había hambre sobre toda la faz de la tierra, y abrió José todos los almacenes, y vendió a los egipcios; y el hambre se agravó en la tierra de Egipto.”

El hambre era severa en la tierra de Canaán. Jacob y su

hijos estaban preocupados. Su suministro de alimentos estaba casi agotado y miraban hacia el futuro con perplejidad. Hablaban desalentados unos a otros con respecto a poder proporcionar alimentos a sus familias. La necesidad y el hambre los miraban a la cara. Finalmente, Jacob se enteró de las maravillosas provisiones que había hecho el rey de Egipto; que fue instruido por Dios en un sueño siete años antes de la hambruna para acumular grandes provisiones para los siete años de hambruna que iban a seguir, y que todos los países viajaron a Egipto para comprar maíz. Dijo a sus hijos: “¿Por qué miráis [154] los unos a los otros? Y él dijo: He aquí, he oído que hay grano en Egipto. Desciende allá, y cómpranos de allí, para que vivamos, y no muramos. Y los diez hermanos de José bajaron a comprar grano en Egipto. Pero Jacob no envió a Benjamín, hermano de José, con sus hermanos, porque dijo: No sea que le acontezca algún mal”.

Los hijos de Jacob vinieron con la multitud de compradores para comprar el grano de José, y “se postraron rostro a tierra delante de él”. Y José conocía a sus hermanos, pero parecía no conocerlos, y les habló ásperamente. “Y él les dijo: ¿De dónde venís? Y dijeron: De la tierra de Canaán, a comprar alimentos. Y se acordó José de los sueños que había tenido con ellos, y les dijo: Vosotros sois espías. A ver la desnudez de la tierra habéis venido.”

Le aseguraron a José que su única misión en Egipto era comprar comida. José nuevamente los acusa de ser espías. Deseaba saber si poseían el mismo espíritu altivo que tenían cuando estaba con ellos, y estaba ansioso por obtener de ellos alguna información con respecto a su padre y Benjamín. Se sienten humillados en su adversidad y manifiestan dolor, en lugar de ira, ante las sospechas de José. Le aseguran que no son espías, sino hijos de un solo hombre; que son doce hermanos; que el menor está entonces con su padre, y el otro no. Su padre y Benjamín son los mismos [155] sobre los que José desea aprender. Profesa dudar de la

veracidad de su historia, y les dice que los probará, y que no saldrán de Egipto hasta que su hermano menor venga acá. Él propone mantenerlos en confinamiento hasta que uno vaya y traiga a su hermano, para probar sus palabras, si había algo de verdad en ellas. Si no consintieran en esto, los consideraría espías.

Los hijos de Jacob no estaban dispuestos a consentir este arreglo. Requería algún tiempo para que uno fuera a su padre, para conseguir a Benjamín, y sus familias sufrirían por comida. Y luego otra vez, quién de ellos emprendería el viaje solo, dejando a sus hermanos en una prisión. ¿Cómo podría ese conocer a su padre? Vieron su angustia por la supuesta muerte de José, y se sentiría privado de todos sus hijos. Mientras conversaban entre ellos de esta manera, José los escuchó. Dijeron además: Puede ser que perdamos la vida o seamos hechos esclavos. Y si alguno vuelve a nuestro padre por Benjamín, y lo trae acá, él también puede ser hecho esclavo, y nuestro padre ciertamente morirá. Decidieron quedarse todos y sufrir juntos, en lugar de traer mayor dolor a su padre por la pérdida de su muy amado Benjamín.

Los tres días de encierro fueron días de amarga tristeza para [156] los hijos de Jacob. Reflexionaron sobre su proceder erróneo del pasado, especialmente su crueldad hacia José. Sabían que si eran condenados por ser espías y no podían presentar pruebas para aclararse, todos tendrían que morir o convertirse en esclavos. Dudaban si cualquier esfuerzo que alguno de ellos pudiera hacer haría que su padre consintiera en que Benjamín se fuera de él, después de la cruel muerte que, según él pensaba, había sufrido José. Vendieron a José como esclavo, y temían que Dios los castigara al permitir que se convirtieran en esclavos. José considera que su padre y las familias de sus hermanos pueden estar sufriendo por la comida, y está convencido de que sus hermanos se han arrepentido de su trato cruel hacia él, y que en ningún caso tratarían a Benjamín c

José hace otra propuesta a sus hermanos. Y les dijo al tercer día: Haced esto, y vivid; porque temo a Dios. Si sois hombres honrados, quede preso en la casa de vuestra cárcel uno de vuestros hermanos. Id, llevad grano para el hambre de vuestras casas. Pero tráeme a tu hermano menor; así serán verificadas vuestras palabras, y no moriréis." Están de acuerdo en aceptar esta proposición de José; pero

expresarse unos a otros pocas esperanzas de que su padre permita que Benjamín regrese con ellos. Se acusan a sí mismos, y unos a otros, con respecto al trato que dieron a José. “Y se decían unos a otros : Verdaderamente somos culpables de nuestro hermano, porque vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba, y no quisimos oír; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia. Y Rubén les respondió, diciendo: No os hablé diciendo: No pequéis contra el niño; ¿y no quisisteis oír? por tanto, he aquí, también se requiere su sangre.

Y no sabían que José los entendía; porque les habló por medio de un intérprete. Y se apartó de ellos, y lloró, y volvió a ellos otra vez, y habló con ellos, y tomó de ellos a Simeón, y lo ató delante de sus ojos.”

José seleccionó a Simeón para ser atado, porque él era el instigador y actor principal en la crueldad de sus hermanos hacia él. Luego ordenó que sus hermanos fueran abastecidos generosamente con provisiones, y que el dinero de cada hombre fuera puesto en su saco. Prosiguieron su viaje de regreso a casa con tristeza. Cuando uno de ellos abrió su saco para alimentar a su bestia con forraje, encontró su dinero, tal como se lo había llevado a José. Lo dijo a sus hermanos, y ellos consideraron que un nuevo mal se levantaría, y tuvieron miedo, y se decían unos a otros: ¿Qué es esto que Dios ha hecho con nosotros? ¿Consideraremos esto como una señal del bien del Señor, o ha permitido que ocurra para castigarnos por nuestros pecados y hundirnos aún más en la aflicción? Reconocen que Dios ha visto sus pecados y ha notado sus errores, y que ahora los está visitando por sus transgresiones.

Cuando llegaron a su padre Jacob, le contaron todo lo que [158] había ocurrido, y dijo: “El hombre que es el Señor de la tierra, nos habló ásperamente, y nos tomó por espías del país. Y le dijimos: Hombres verdaderos somos; no somos espías. Somos doce hermanos, hijos de nuestro padre; uno no está, y el menor está hoy con nuestro padre en la tierra de Canaán”. Dijeron a su padre que no creería en su palabra, y dijeron: Si no sois espías, dejad conmigo a uno de vuestros hermanos, y llevad alimento para vuestras casas; y cuando volváis, traed a vuestro hermano menor, y entonces os soltaré a vuestro hermano que está atado, y tendréis libertad para comerciar en la tierra.

Mientras vaciaban sus costales, el dinero de cada uno fue encontrado en su saco, y todos tuvieron miedo. Jacob se angustió y les dijo: “Me habéis privado de mis hijos; No está José, ni Simeón, y os llevaréis a Benjamín. Todas estas cosas están en mi contra”. Rubén le aseguró a su padre que si confiaba a Benjamín a su cuidado, seguramente lo traería de nuevo a su padre; si no, podría matar a sus dos hijos. Este discurso precipitado no alivió la mente de Jacob. Él dijo: “Mi hijo no descenderá contigo; porque su hermano ha muerto, y él ha quedado solo. Si le sobreviniere algún mal en el camino por donde vais, entonces haréis descender mis canas con dolor al sepulcro.”

[159] Los afectos de Jacob se aferran a Benjamín con toda la fuerza del amor de una madre. Muestra cuán profundamente ha sentido la pérdida de José. Pero la necesidad apremia a Jacob y a sus hijos, y sus familias piden alimento. Jacob pide a sus hijos que vuelvan a Egipto y compren alimentos. Judá dice a su padre que no puede descender si Benjamín no está con ellos; porque “el hombre nos protestó solemnemente, diciendo: No veréis mi rostro, a menos que vuestro hermano esté con vosotros”. Judá le asegura a su padre que él será fiador de su hermano, que si lo envía con ellos se irán, y si no trae de vuelta a Benjamín, él cargará con la culpa para siempre.

Le dice a su padre que mientras se habían demorado, debido a que él no estaba dispuesto a enviar a Benjamín, podrían haber viajado a Egipto y regresar nuevamente. Jacob se siente obligado a permitir que su hijo Benjamín vaya con sus hermanos. También envió un presente al gobernante, con la esperanza de obtener su favor. También ordenó a sus hijos que tomaran el doble de dinero y devolvieran el dinero que encontraron en sus costales; porque podría haber sido colocado allí por error. Él les dice: “Tomad también a vuestro hermano, y levantaos, id de nuevo al hombre”.

Cuando sus hijos estaban a punto de dejarlo para emprender su dudoso viaje, su anciano padre se levantó y, estando en medio de ellos, levantó las manos al cielo, y rogó al Señor que fuera con ellos, y [160] pronunció sobre ellos una graciosa bendición. “Y Dios Todopoderoso te dé misericordia delante de ese hombre, para que pueda despedir a tu otro hermano, ya Benjamín. Si me quedo privado de mis hijos, seré privado”.

“Y los hombres tomaron ese presente, y tomaron doble dinero en su mano, y a Benjamín, y se levantaron y descendieron a Egipto,

y se puso delante de José.” Y cuando José vio a Benjamín con ellos, apenas pudo reprimir sus sentimientos de amor fraternal. Dio instrucciones para hacer los preparativos para que sus hermanos comieran con él. Cuando los llevaron a la casa de José, temieron que fuera para pedirles cuentas, por el dinero que encontraron en sus costales. Y pensaron que podría haber sido colocado allí intencionalmente con el propósito de encontrar ocasión contra ellos para hacerlos esclavos, y que fueron llevados a la casa del gobernante para lograr mejor este objeto. Procuraron entablar amistad con el mayordomo de la casa, y le hicieron saber que habían encontrado su dinero en la boca de sus costales, temiendo que el gobernante que los había tratado con tanta dureza los acusara de maldad en cuanto al asunto . . Informaron al mayordomo que habían traído el dinero encontrado en sus costales, en su peso completo; también otro dinero para comprar comida, y agregó: “No podemos decir quién puso el dinero en nuestros costales”.

“Y él dijo: Paz a vosotros, no temáis; vuestro Dios y el Dios de vuestro padre os ha dado tesoro en vuestros costales. Tenía tu dinero. Y les sacó a Simeón”. Las palabras del [161] mayordomo aliviaron su ansiedad, y pensaron que Dios en verdad era misericordioso con ellos, como su padre había suplicado que lo fuera.

Cuando José llegó a casa, sus hermanos le dieron el regalo en nombre de su padre, “y se postraron ante él en tierra”. “Y él les preguntó por su bienestar, y dijo: ¿Está bien vuestro padre, el anciano de quien habéis hablado? ¿Todavía está vivo? Y ellos respondieron: Tu siervo nuestro padre goza de buena salud, aún vive. E inclinaron sus cabezas e hicieron reverencias. Y alzando sus ojos, vio a su hermano Benjamín, hijo de su madre, y dijo: ¿Es éste vuestro hermano menor, de quien me hablasteis? Y él dijo: Dios tenga piedad de ti, hijo mío. Y José se apresuró; porque sus entrañas se conmovieron por su hermano, y buscó dónde llorar, y entró en su cámara, y lloró allí.

Y se lavó la cara, y salió, y se contuvo, y dijo: Poned pan”.

José no comía en la misma mesa con sus hermanos, porque los egipcios consideraban una abominación para ellos comer pan con los hebreos. José puso a sus hermanos a la mesa, como era costumbre cuando se conocían sus edades, comenzando por el mayor, según

a su primogenitura, ordenándolos hasta el más joven, como si conociera perfectamente sus edades. Sus hermanos estaban asombrados [162] de este acto de José, de quien pensaban que no podía tener conocimiento de sus edades.

Como envió una porción de comida a cada uno de sus hermanos, envió a Ben Jamin cinco veces más que a los demás. Hizo esto no solo para mostrar su particular consideración por su hermano Benjamín, sino para probarlos, y ver si ellos miraban a Benjamín con los mismos sentimientos de envidia que tenían hacia él. Pensaron que José no entendía su idioma y que eran libres de conversar entre ellos en su presencia; por lo tanto, José tuvo una buena oportunidad de conocer el verdadero estado de sus sentimientos sin que ellos lo supieran. José mandó otra vez que proveyeran de alimentos a sus hermanos, tanto como pudieran llevar, y que pusieran el dinero de cada uno en la boca de su costal, y que pusieran su copa de plata en el costal del menor. Cuando sus hermanos salieron de la ciudad, José envió a su mayordomo para que los alcanzara y les preguntara por qué habían pagado mal por bien, tomando la copa de plata que pertenecía al rey, con la cual, en verdad, él adivina.

Los reyes y gobernantes tenían una copa de la que bebían, que se consideraba un detective seguro si se colocaba alguna sustancia venenosa en su bebida. “Y ellos le dijeron: ¿Por qué dice mi Señor estas palabras? Quiera Dios que tus siervos hagan conforme a esto . He aquí, el dinero que encontramos en la boca de nuestros costales, te lo volvimos a traer de la tierra de Canaán. ¿Cómo, pues, robaremos de la casa de tu señor plata u oro? Aquel de tus siervos en quien se halle, que muera, y también nosotros seremos siervos de mi señor. Y él dijo: También ahora sea conforme a vuestras palabras. Aquel en quien se halle será mi siervo, y vosotros seréis irrepreensibles. Entonces rápidamente bajaron cada uno su saco al suelo, y cada uno abrió su saco. Y buscó, y comenzó por el mayor, y se fue por el menor; y la copa fue hallada en el saco de Benjamín.”

De este descubrimiento quedaron todos muy sorprendidos, y para expresar su gran angustia, se rasgaron las vestiduras, como era costumbre cuando estaban en gran aflicción. Benjamín estaba más asombrado y confundido que sus hermanos. Regresaron a la ciudad tristes y temerosos. Pensaron que la mano de Dios estaba contra ellos por su maldad pasada. Por su propia promesa, Benjamín fue designado para un

la vida de la esclavitud. Y pensaron que los temores de su padre se realizarían por completo. La travesura había caído sobre su amado Benjamín.

Judá se había comprometido a ser fiador de Benjamín. “Y Judá y sus hermanos vinieron a la casa de José; porque aún estaba allí, y cayeron delante de él en tierra. Y José les dijo: ¿Qué obra es esta que habéis hecho? ¿No sabéis que un hombre como yo puedo ciertamente adivinar? José hizo esta pregunta para sacar de sus hermanos un reconocimiento de su mala conducta pasada, para que sus verdaderos sentimientos pudieran ser revelados más plenamente. No pretendía [164] ningún poder de adivinación, pero deseaba que sus hermanos creyeran que podía leer los actos secretos de sus vidas. “Y Judá dijo: ¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos? o ¿cómo nos limpiaremos? Dios ha descubierto la iniquidad de tus siervos. He aquí, somos siervos de mi señor, tanto nosotros como aquel en cuyo poder se halla la copa. Judá les dijo a sus hermanos que Dios había descubierto su iniquidad por haber vendido a su hermano en Egipto, y ahora les estaba devolviendo sus transgresiones, permitiéndoles convertirse también en esclavos.

José rehusó aceptarlos a todos, según la palabra de Judá, como siervos. “Y él dijo: Guárdeme Dios de hacerlo así; mas el hombre en cuya mano fuere hallada la copa, ése será mi siervo; y en cuanto a vosotros, subid en paz a vuestro padre. Judá habló con José aparte de los demás, y le relató la renuencia de su padre a dejar que Benjamín fuera con ellos a Egipto, y que se comprometió a hacerse fiador de Benjamín, que si no lo traía a su padre, él daría a luz . la culpa para siempre. Abogó elocuentemente en favor de su padre, relatando su gran dolor por la pérdida de José, y que Benjamín era todo lo que quedaba de la madre que su padre amaba, y que si Benjamín se separaba de su padre, él moriría, porque su vida estaba ligada a la vida del muchacho. Entonces Judá se ofreció noblemente a convertirse en esclavo en lugar de su hermano, porque no podía encontrarse con su padre sin que Benjamín estuviera con él. Dijo Judá: “Ahora pues, te ruego que quede tu siervo en lugar del muchacho como siervo de mi señor, y que suba el muchacho con sus hermanos”.

José estaba satisfecho. Había probado a sus hermanos y había visto en ellos los frutos del verdadero arrepentimiento por sus pecados, y estaba tan profundamente afectado que no pudo ocultar más sus sentimientos y pidió que lo dejaran solo con sus hermanos. Luego dio rienda suelta a su

sentimientos largamente reprimidos y lloró en voz alta. “Y José dijo a sus hermanos: Yo soy José. ¿Vive todavía mi padre? Y sus hermanos no pudieron responderle; porque se turbaron en su presencia.”

Sus hermanos no pudieron responderle por el asombro. Realmente no podían creer que el gobernante de Egipto era su hermano José, a quien habían envidiado y habrían asesinado, pero finalmente se conformaron con venderlo como esclavo. Todos los malos tratos a su hermano pasaron dolorosamente ante ellos, y especialmente sus sueños, que habían despreciado y habían trabajado para evitar que se cumplieran. Habían hecho su parte en el cumplimiento de estos sueños. Repetidamente habían reverenciado a José, según su sueño. Y ahora estaban ante él condenados y asombrados.

Al ver José la confusión de sus hermanos, les dijo: [166] “Os ruego que os acerquéis a mí. Y se acercaron. Y él dijo: Yo soy José vuestro hermano, a quien vendisteis para Egipto. Procuró noblemente hacer que esta ocasión fuera lo más fácil posible para sus hermanos. No tenía ningún deseo de aumentar su vergüenza censurándolos. Sintió que habían sufrido suficiente por su crueldad hacia él, y se esforzó por consolarlos. Él les dijo: “Ahora, pues, no os entristezcáis ni os enfadéis por haberme vendido acá, porque para preservación de vida me envió Dios delante de vosotros. Porque estos dos años ha habido hambre en la tierra, y aún quedan cinco años en los cuales no habrá arada ni siega. Y Dios me envió delante de vosotros para preservaros una posteridad en la tierra, y para salvar vuestras vidas mediante una gran liberación. Así que ahora no fuisteis vosotros los que me enviasteis aquí, sino Dios; y me ha puesto por padre de Faraón, y señor de toda su casa, y príncipe en toda la tierra de Egipto. Apresuraos, subid a mi padre y decidle: Así ha dicho tu hijo José: Dios me ha puesto por Señor de todo Egipto. Desciende a mí, no te demores. Y habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí, tú y tus hijos, y los hijos de tus hijos, y tus ovejas y tus vacas, y todo lo que tienes. y allí te alimentaré; porque aún quedan cinco años de hambre; no sea que tú y tu casa, y todo lo que tienes, se empobrezcan. Y he aquí, vuestros ojos ven, y los ojos de mi hermano Benjamín, que es mi boca [167] la que os habla. Y le contaréis a mi padre toda mi gloria en Egipto, y todo lo que habéis visto; y os daréis prisa y haréis bajar a mi padre acá. Y se echó sobre el cuello de su hermano Benjamín, y

lloró, y Benjamín lloró sobre su cuello. Además, besó a todos sus hermanos, y lloró sobre ellos, y después de eso sus hermanos hablaron con él”.

Confesaron humildemente las ofensas que habían cometido contra José, y suplicaron su perdón, y se regocijaron mucho al saber que estaba vivo; porque habían sufrido remordimiento y gran angustia mental desde su crueldad hacia él. Y ahora que sabían que no eran culpables de su sangre, sus mentes atribuladas se sintieron aliviadas.

José perdonó gustosamente a sus hermanos y los envió abundantemente provistos de provisiones, carruajes y todo lo necesario para el traslado de la familia de su padre y la suya propia a Egipto. José le dio a su hermano Benjamín regalos más valiosos que a sus otros hermanos. Cuando los despidió, les mandó: “Mirad que no os desviéis del camino”. Tenía miedo de que pudieran entrar en una disputa y acusarse uno al otro de la causa de su culpa con respecto al trato cruel que le habían dado a él. Volvieron con gozo a su padre, y le contaron, diciendo: Aún vive José, y es gobernador sobre toda la tierra de Egipto. Y el corazón de Jacob se desmayó, porque no les creía, y le contaron todas las palabras de José. que les había dicho; y cuando vio los carros [168] que José había enviado para llevarlo, el espíritu de Jacob su padre revivió. E Israel dijo: Basta. José mi hijo aún vive. Iré a verlo antes de morir.

Los hijos de Jacob entonces hicieron sus confesiones humillantes a su padre, de su mal trato a José, y suplicaron su perdón. Jacob no sospechaba que sus hijos fueran culpables de tal crueldad. Pero vio que Dios había anulado todo para bien, y perdonó y bendijo a sus hijos descarriados. Comenzó su viaje con alegría de corazón, y cuando llegó a Beerseba ofreció sacrificios agradecidos y rogó a Dios que lo bendijera y le hiciera saber si estaba complacido con su traslado a Egipto. Jacob quería una evidencia de Dios de que iría con ellos. “Y habló Dios a Israel en visiones de la noche, y dijo: Jacob, Jacob. Y él dijo: Heme aquí. Y él dijo: Yo soy Dios, el Dios de tus padres. No temas descender a Egipto, porque allí haré de ti una gran nación. Descenderé contigo a Egipto, y ciertamente también te haré subir, y José pondrá su mano sobre tus ojos”.

El encuentro de José y su padre fue muy emotivo. José dejó su carro y corrió a encontrarse con su padre a pie, lo abrazó y lloraron el uno al otro. Jacob expresó entonces su voluntad [169] de morir, ya que había vuelto a ver a su hijo José, por quien había llorado tanto tiempo como muerto.

José aconsejó a sus hermanos que cuando Faraón preguntara por su ocupación, le dijeran francamente que eran pastores, aunque los egipcios consideraban tal ocupación como degradante. José amaba la justicia y temía a Dios. No deseaba que sus hermanos estuvieran expuestos a la tentación, por lo tanto, no los quería en los servicios especiales del rey, en medio de la corruptora influencia idólatra en la corte. Si le dijeran al rey que eran pastores, él no buscaría emplearlos en su servicio, ni los exaltaría a alguna posición honorable por causa de José. Cuando el rey supo que eran pastores, le dio permiso a José para que estableciera a su padre y a sus hermanos en la mejor parte del país de Egipto. José seleccionó a Gosén como un lugar adecuado provisto de buenos pastos, bien regados. Aquí también podían adorar a Dios sin ser molestados con las ceremonias que asistían al culto idólatra de los egipcios. La tierra alrededor de Gosén estaba habitada por los israelitas, hasta que Dios sacó a su pueblo de Egipto con poder y grandes señales y prodigios.

José llevó a Jacob ante Faraón y presentó a su muy honrado padre al rey. Jacob bendijo a Faraón por su bondad hacia su hijo José. “Y Faraón dijo a Jacob: ¿Cuántos años tienes?

[170] Y Jacob dijo a Faraón: Los días de los años de mi peregrinaje son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida, y no han llegado a los días de los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinaje.”

Jacob le dijo al rey que sus años habían sido pocos y malos. Es decir, había visto muchos problemas y sufrido mucha perplejidad, lo que había acortado sus años. La vida de Jacob no había sido tranquila ni pacífica. Los celos de sus esposas habían traído una serie de males. Algunos de sus hijos lo habían entristecido y amargado mucho su vida. Pero los últimos años de la vida de Jacob fueron más pacíficos. Sus hijos se habían reformado.

Cuando Jacob estaba a punto de morir, sus hijos se reunieron a su alrededor para recibir su bendición y escuchar sus últimas palabras de consejo para ellos. Perdonó a sus hijos por toda su conducta infiel, y por su

maltrato de José, que le había causado muchos años de dolor mientras reflexionaba sobre su supuesta muerte espantosa. Mientras hablaba con sus hijos por última vez, el Espíritu del Señor descansó sobre él, y pronunció profecías concernientes a ellos que llegaban a un futuro lejano. Mientras estaba bajo el espíritu de inspiración, les expuso su vida pasada y su historia futura, revelándoles los propósitos de Dios con respecto a ellos. Les mostró que Dios de ninguna manera aprobaría la crueldad o la maldad. Comenzó con el mayor. Aunque Rubén no participó en la venta de José, [171] antes de esa transacción había pecado gravemente. Su proceder fue corrupto, porque había transgredido la ley de Dios. Jacob pronunció su profecía con respecto a él. "Rubén, tú eres mi primogénito, mi fuerza y el principio de mi fuerza, la excelencia de la dignidad y la excelencia del poder, inestable como el agua, no serás superior".

Luego profetizó con respecto a Simeón y Leví, quienes engañaron a los siquemitas y luego los destruyeron de la manera más cruel y vengativa. Ellos también fueron los más culpables en el caso de José. "Simeón y Leví son hermanos, instrumentos de crueldad en sus moradas. Oh alma mía, no entres en su secreto; a su asamblea, mi honor, no te unas; porque en su ira mataron a un hombre, y en su obstinación derribaron un muro. Maldita sea su ira, porque fue feroz, y su ira, porque fue cruel. Los dividiré en Jacob, y los esparciré en Israel".

Jacob pronunció así las palabras de inspiración a sus afligidos hijos, presentándoles la luz bajo la cual Dios veía sus hechos de violencia, y que los visitaría por sus pecados. Sus palabras proféticas con respecto a sus otros hijos no fueron tan sombrías.

Con respecto a Judá, las palabras de inspiración de Jacob fueron más alegres. Su ojo profético miró cientos de años en el futuro hacia el nacimiento de Cristo, y dijo: "No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh, y a él [172] se congregarán . del pueblo sea."

Jacob predijo un futuro feliz para la mayoría de sus hijos. Especialmente de José pronunció palabras de elocuencia de carácter feliz. Rama fructífera es José, Rama fructífera junto a un pozo, Cuyas ramas se extienden sobre el muro. Los arqueros lo entristecieron mucho, y le dispararon, y lo aborrecieron; pero su arco permaneció en fuerza, y

los brazos de sus manos fueron fortalecidos por las manos del Dios fuerte de Jacob. De allí es el pastor, la piedra de Israel. Las bendiciones de tu padre han prevalecido sobre las bendiciones de mis progenitores, hasta el límite de las colinas eternas. Estarán sobre la cabeza de José, y sobre la coronilla del que fue separado de sus hermanos.”

Jacob era un padre afectuoso. Las palabras que pronunció a sus hijos no eran suyas, dichas porque había conservado un espíritu que no perdonaba a causa de sus errores. Los había perdonado. Los había amado hasta el final. Lamentó profundamente la pérdida de José, y cuando Simeón fue retenido en Egipto, manifestó dolor y expresó su ansioso deseo de que sus hijos regresaran a salvo de Egipto con su hermano Simeón. No tenía ningún sentimiento de resentimiento hacia sus hijos afligidos. Pero Dios, por el espíritu de profecía, elevó la mente de Jacob por encima de sus sentimientos naturales. En sus últimas [173] horas los ángeles lo rodearon, y el poder de la gracia de Dios brilló sobre él. Sus sentimientos paternos lo habrían llevado a proferir en su testimonio de muerte sólo expresiones de amor y ternura. Pero bajo la influencia de la inspiración pronunció la verdad, aunque

Después de la muerte de Jacob, los hermanos de José se llenaron de tristeza y angustia. Pensaron que José había ocultado su resentimiento, por respeto a su padre, y ahora que estaba muerto, sería vengado por los malos tratos que había sufrido a manos de ellos. “Y cuando los hermanos de José vieron que su padre había muerto, dijeron: Quizá José nos aborrecerá, y ciertamente nos pagará todo el mal que le hicimos. Y enviaron un mensajero a José, diciendo: Tu padre mandó antes de morir, diciendo: Así diréis a José: Perdona, te ruego ahora, la transgresión de tus hermanos y su pecado, porque te hicieron mal. ; y ahora te rogamos que perdones la transgresión de los siervos del Dios. Y José lloró cuando le hablaron. Y fueron también sus hermanos, y se postraron delante de él, y dijeron: He aquí, somos tus siervos. Y José les dijo: No temáis, porque ¿estoy yo en el lugar de Dios? Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para dar vida a mucho pueblo. Ahora pues, no temáis, yo os sustentaré a vosotros y a vuestros pequeños. Y él los consoló, y les habló con bondad.”

[174] José no podía soportar la idea de que sus hermanos pensarán

que albergaba un espíritu de venganza hacia aquellos a quienes amaba cordialmente.

José ilustra a Cristo. Jesús vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron. Fue rechazado y despreciado porque sus actos eran justos, y su vida consistente y abnegada era una reprensión continua para aquellos que profesaban la piedad, pero cuyas vidas eran corruptas.

La integridad y la virtud de José fueron atacadas ferozmente, y la que lo desviaría no podía prevalecer, por lo tanto, su odio era fuerte contra la virtud y la integridad que no podía corromper, y testificó falsamente contra él. El inocente sufrió a causa de su justicia. Fue echado en prisión a causa de su virtud.

José fue vendido a sus enemigos por sus propios hermanos por una pequeña suma de dinero. El Hijo de Dios fue vendido a sus más acérrimos enemigos por uno de sus propios discípulos. Jesús era manso y santo. La suya fue una vida de abnegación, bondad y santidad sin precedentes. No era culpable de ningún mal. Sin embargo, se contrataron falsos testigos para testificar en su contra. Fue odiado porque había sido un fiel reprobador del pecado y la corrupción. Los hermanos de José lo despojaron de su túnica de muchos colores. Los verdugos de Jesús echaron suertes por su túnica sin costuras.

Los hermanos de José se propusieron matarlo, pero finalmente se contentaron con venderlo como esclavo, para evitar que llegara a ser más grande que ellos. Pensaron que lo habían colocado donde ya no estarían más preocupados por sus sueños, y donde no habría posibilidad de que se cumplieran. Pero el mismo curso que siguieron, Dios anuló para lograr lo que ellos diseñaron que nunca sucedería: que él tendría dominio sobre ellos.

Los principales sacerdotes y los ancianos estaban celosos de Cristo, de que él desviaría la atención de la gente de sí mismos, hacia él. Sabían que él estaba haciendo obras más grandes de las que jamás habían hecho o podrían realizar; y sabían que si se le permitía continuar con sus enseñanzas, sería superior en autoridad a ellos, y podría llegar a ser rey de los judíos. Acordaron juntos evitar esto tomándolo en privado y contratando testigos para que testificaran falsamente contra él, para que pudieran condenarlo y darle muerte.

No lo aceptaron como su rey, sino que gritaron: ¡Crucifícalo! ¡crucifícalo! Los judíos pensaron que al quitarle la vida a Cristo, podrían evitar que se convirtiera en rey. Pero al asesinar al Hijo de Dios, estaban provocando precisamente lo que buscaban evitar.

José, al ser vendido por sus hermanos a Egipto, se convirtió en el salvador de la familia de su padre. Sin embargo, este hecho no disminuyó la culpa de sus hermanos. La crucifixión de Cristo por sus enemigos lo convirtió en el Redentor de la humanidad, el Salvador de la raza caída y gobernante sobre [176] el mundo entero. El crimen de sus enemigos fue igualmente atroz, como si la mano providencial de Dios no hubiera controlado los acontecimientos para su propia gloria y el bien del hombre.

José caminó con Dios. No sería persuadido a desviarse del camino de la rectitud y transgredir la ley de Dios, por ningún incentivo o amenaza. Y cuando fue encarcelado y sufrió a causa de su inocencia, lo soportó mansamente sin murmurar. Su dominio propio, su paciencia en la adversidad y su fidelidad inquebrantable quedan registrados para el beneficio de todos los que vivirán después en la tierra. Cuando los hermanos de José reconocieron su pecado ante él, él los perdonó generosamente y mostró con sus actos de benevolencia y amor que no albergaba resentimientos por su antigua conducta cruel hacia él. La vida de Jesús, el Salvador del mundo, fue un modelo de benevolencia, bondad y santidad. Sin embargo, fue despreciado e insultado, burlado y escarnecido por la única razón de su vida justa, que era una reprensión constante al pecado. Sus enemigos no estarían satisfechos hasta que él fuera entregado en sus manos, para que pudieran darle una muerte vergonzosa. Murió por la raza culpable y, mientras sufría las torturas más crueles, perdonó dócilmente a sus asesinos. Resucitó de entre los muertos, ascendió a su Padre y recibió todo poder y autoridad, y volvió a la tierra para impartirla a sus discípulos. Dio dones a los hombres. Y a todos los que alguna vez han venido a él arrepentidos, confesando sus pecados, él los ha recibido en su favor y los ha perdonado gratuitamente. Y si se mantienen fieles a él, él los exaltará a su trono, y los hará sus herederos de la herencia que ha adquirido con

Los hijos de Israel no eran esclavos. Nunca habían vendido su ganado, sus tierras y ellos mismos a Faraón por comida, como lo habían hecho muchos de los egipcios. A ellos se les había concedido una porción de tierra donde morar, con sus rebaños y ganado, a causa del servicio que José había prestado al reino. Faraón apreció su sabiduría en el manejo de todas las cosas relacionadas con el reino, especialmente en los preparativos para los largos años de hambre que azotaron la tierra de Egipto. Sintió que todo el r

estaba en deuda por su prosperidad con la sabia gestión de José; y como muestra de su gratitud le dijo a José: “La tierra de Egipto está delante de ti. En lo mejor de la tierra haz habitar a tu padre y a tus hermanos. Que moren en la tierra de Gosén. Y si conoces a algunos hombres de actividad entre ellos, entonces hazlos príncipes sobre mi ganado. Y José colocó a su padre y a sus hermanos, y les dio posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramsés, como Faraón había mandado. Y José sustentó a su padre y a sus hermanos, y a toda la casa de su padre, con pan según sus familias”.

El rey no exigió impuestos al padre y a los hermanos de José [178] de Egipto, y a José se le permitió el privilegio de proporcionarles abundante comida. El rey dijo a sus gobernantes: ¿No estamos en deuda con el Dios de José, y con él, por esta abundante provisión de alimentos? ¿No fue por su sabiduría que depositamos tan abundantemente? Mientras otras tierras perecen, ¿tenemos suficiente! Su gestión ha enriquecido enormemente al reino.

“Y murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación. Y los hijos de Israel fueron fecundos, y crecieron abundantemente, y se multiplicaron, y se fortalecieron en gran manera, y la tierra se llenó de ellos. Ahora se levantó un nuevo rey sobre Egipto, que no conocía a José. Y dijo a su pueblo: He aquí, el pueblo de los hijos de Israel es más y más poderoso que nosotros. Vamos, tratémoslos sabiamente, no sea que se multipliquen, y acontezca que, cuando estalle alguna guerra, se unan también a nuestros enemigos, y peleen contra nosotros, y así los saquen de la tierra. .”

Este nuevo rey de Egipto, supo que los hijos de Israel eran de gran servicio para el reino. Muchos de ellos eran obreros capaces y comprensivos, y él no estaba dispuesto a perder su trabajo. Este nuevo rey clasificó a los hijos de Israel con esa clase de esclavos que habían vendido sus rebaños, sus vacas, sus tierras ya sí mismos al reino. “Por tanto, pusieron sobre ellos capataces, para [179] que los afligieran con sus cargas. Y construyeron para Faraón ciudades del tesoro, Pitom y Ramsés. Pero cuanto más los afligían, más se multiplicaban y crecían. Y se entristecieron a causa de los hijos de Israel. Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con rigor. Y amargaron su vida con dura servidumbre, en lodo y en ladrillo, y en todo servicio

en el campo. Todo su servicio en que les hicieron servir fue con rigor.” Obligaron a sus mujeres a trabajar en los campos, como si fueran esclavas. Sin embargo, su número no disminuyó. Como el rey y sus gobernantes vieron que aumentaban continuamente, consultaron entre sí para obligarlos a lograr una cierta cantidad cada día. Pensaron en someterlos con trabajos forzados y se enojaron porque no pudieron disminuir su número y aplastar su espíritu independiente.

Y debido a que no lograron cumplir su propósito, endurecieron sus corazones para ir aún más lejos. El rey ordenó que se matara a los niños varones tan pronto como nacieran. Satanás fue el motor en estos asuntos. Sabía que se levantaría un libertador entre los hebreos para rescatarlos de la opresión. Pensó que si podía mover al rey a destruir a los niños varones, el propósito de Dios sería frustrado. Las mujeres temieron a Dios, y [180] no hicieron como el rey de Egipto les había mandado, sino que dieron vida a los niños varones. Las mujeres no se atrevieron a asesinar a los niños hebreos, y porque no obedecieron el mandato del rey, el Señor las prosperó. Cuando se le informó al rey de Egipto que su orden no había sido obedecida, se enojó mucho. Luego hizo su mando más urgente y extenso. Encargó a todo su pueblo que mantuviera una estricta vigilancia, diciendo: “Todo hijo que nazca lo echaréis en el río, y toda hija la dejaréis con vida”.

* * * * *

Capítulo 16—Moisés

Cuando este cruel decreto estaba en plena vigencia, nació Moisés. Su madre lo escondió todo el tiempo que pudo con alguna seguridad, y luego preparó una pequeña vasija de juncos, asegurándola con brea, para que no entrara agua en la arca pequeña, y la colocó a la orilla del agua, mientras su hermana debería estar rondando el agua, con aparente indiferencia. Ella miraba ansiosamente para ver qué pasaría con su hermano pequeño. Los ángeles también velaban para que ningún daño sucediera al niño indefenso, que había sido colocado allí por una madre afectuosa y encomendado al cuidado de Dios por sus fervientes oraciones mezcladas con lágrimas. Y estos ángeles dirigieron los pasos [181] de la hija de Faraón hacia el río, cerca del mismo lugar donde yacía el pequeño extraño inocente. Su atención fue atraída por el pequeño y extraño recipiente, y envió a una de sus doncellas a buscarlo. Y cuando hubo quitado la tapa de esta pequeña vasija singularmente construida, vio a un hermoso niño, “y he aquí, el niño lloraba, y tuvo compasión de él”. Ella sabía que una tierna madre hebrea había tomado este singular medio para preservar la vida de su muy amado bebé, y decidió de inmediato que debería ser su hijo. La hermana de Moisés inmediatamente se adelantó y preguntó: “¿Iré y te llamaré una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño? Y la hija de Faraón le dijo: Ve.

Llevó a toda prisa a la hermana a su madre, y le contó la feliz noticia, y la condujo a toda prisa a la hija de Faraón, donde el niño fue encomendado a la madre para que lo amamantara, y se le pagó generosamente por la crianza de su propio hijo. . Afortunadamente esta madre emprendió su ahora segura y feliz tarea. Ella creía que Dios había preservado su vida. Fielmente aprovechó la preciosa oportunidad de educar a su hijo en referencia a una vida. Ella era más particular en su instrucción que en la de sus otros hijos; porque estaba segura de que él estaba reservado para alguna gran obra. Con sus fieles enseñanzas inculcó en su mente joven la [18

temor de Dios, y amor por la verdad y la justicia. Ella no descansó aquí en sus esfuerzos, sino que oró fervientemente a Dios por su hijo para que pudiera ser preservado de toda influencia corruptora. Ella le enseñó a inclinarse y orar a Dios, el Dios vivo, porque solo él podía escucharlo y ayudarlo en cualquier emergencia. Ella trató de impresionar su mente con la pecaminosidad de la idolatría. Ella sabía que él pronto sería separado de su influencia y entregado a su real madre adoptiva, para ser rodeado de influencias calculadas para hacerlo no creer en la existencia del Hacedor de los cielos y de la tierra.

Las instrucciones que recibió de sus padres fueron tales que fortalecieron su mente y lo protegieron de ser exaltado y corrompido por el pecado, y de enorgullecerse en medio del esplendor y la extravagancia de la vida cortesana. Tenía una mente clara y un corazón comprensivo, y nunca perdió las impresiones piadosas que recibió en su juventud. Su madre lo mantuvo todo el tiempo que pudo, pero se vio obligada a separarse de él cuando tenía unos doce años, y entonces se convirtió en hijo de la hija del faraón.

Aquí Satanás fue derrotado. Al mover a Faraón a destruir a los niños varones, pensó desviar el propósito de Dios y destruir a aquel a quien Dios levantaría para liberar a su pueblo. Pero [183] ese mismo decreto, condenando a muerte a los niños hebreos, fue el medio que Dios anuló para colocar a Moisés en la familia real, donde tenía ventajas para convertirse en un hombre erudito y eminentemente calificado para sacar a su pueblo de Egipto. Faraón esperaba exaltar a su nieto adoptivo al trono. Lo educó para estar a la cabeza de los ejércitos de Egipto y llevarlos a la batalla. Moisés era un gran favorito entre el ejército de Faraón y fue honrado porque condujo la guerra con habilidad y sabiduría superiores. “Y Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y fue poderoso en palabras y en obras”. Los egipcios consideraban a Moisés como un personaje notable.

Los ángeles instruyeron a Moisés que Dios lo había elegido para liberar a los hijos de Israel. Los ángeles también enseñaron a los gobernantes entre los hijos de Israel que el tiempo de su liberación estaba cerca, y que Moisés era el hombre a quien Dios usaría para llevar a cabo esta obra. Moisés pensó que los hijos de Israel serían librados por la guerra, y que él estaría a la cabeza del ejército hebreo, para conducir la guerra contra los ejércitos egipcios y librar a sus hermanos del yugo de la opresión. Teniendo esto en cuenta, Moisés

guardó sus afectos, para que no se depositaran fuertemente sobre su madre adoptiva, o sobre Faraón, para que no le fuera más difícil permanecer libre para hacer la voluntad de Dios.

El esplendor y el orgullo desplegados en la corte egipcia, y los halagos que recibió, no pudieron hacerle olvidar a sus despreciados hermanos [184] en la esclavitud. No sería inducido, ni siquiera con la promesa de llevar la corona de Egipto, a identificarse con los egipcios y comprometerse con ellos en su adoración idólatra. No abandonaría a sus hermanos oprimidos, de quienes sabía que eran el pueblo escogido de Dios. El rey se interesó por Moisés y ordenó que se le instruyera en el culto de los egipcios. Esta obra estaba encomendada a los sacerdotes, quienes oficiaban en las fiestas idolátricas observadas por el pueblo en honor de sus dioses ídolos. Pero no pudieron, por medio de amenazas o promesas de recompensas, persuadir a Moisés para que participara con ellos en sus ceremonias paganas. Fue amenazado con la pérdida de la corona y con que la hija del faraón lo repudiara, a menos que renunciara a su fe hebrea. Pero él no renunciaría a su fe. Estaba firme en no rendir homenaje a ningún objeto sino a Dios, el creador de los cielos y de la tierra, a quien solo se debe reverencia y honor. Incluso discutió con los sacerdotes y los adoradores idólatras acerca de su adoración ceremonial supersticiosa de objetos sin sentido. No pudieron responderle. Su firmeza a este respecto fue tolerada, porque era nieto adoptivo del rey, y favorito universal de los más influyentes del reino.

El Señor preservó a Moisés de ser dañado por las influencias corruptoras que lo rodeaban. Los principios de la verdad, recibidos en su juventud de padres temerosos de Dios, nunca fueron olvidados por él. Y [185] cuando más necesitaba protegerse de las influencias corruptoras que acompañaban una vida en la corte, entonces las lecciones de su juventud dieron sus frutos. El temor de Dios estaba delante de él. Y tan fuerte era su amor por sus hermanos, y tan grande era su respeto por la fe hebrea, que no ocultaría su filiación por el honor de ser heredero de la familia real.

Cuando Moisés tenía cuarenta años “salió a sus hermanos, y miró sus cargas, y vio a un egipcio que golpeaba a un hebreo, uno de sus hermanos. Y miró a uno y otro lado, y cuando vio que no había nadie, mató al egipcio y lo escondió en la arena. Y cuando salió el segundo día, he aquí,

dos hombres de los hebreos lucharon juntos; y dijo al que hizo el mal: ¿Por qué hieres a tu prójimo? Y él dijo: ¿Quién te ha puesto por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio? Y Moisés tuvo miedo, y dijo: Ciertamente esto es sabido. Ahora bien, cuando Faraón oyó esto, trató de matar a Moisés. Pero Moisés huyó de delante de Faraón, y habitó en la tierra de Madián”.

El hecho de que Moisés matara al egipcio les fue dado a conocer a los egipcios por el hebreo envidioso a quien Moisés reprendió.

Y cuando llegó a Faraón, fue muy exagerado. Y los [186] egipcios le dijeron a Faraón que Moisés tenía la intención de hacer la guerra contra los egipcios, y vencerlos, y gobernarse a sí mismo como rey. Faraón estaba muy enojado. Pensó que esta conducta de Moisés significaba mucho y que no había seguridad para su reino mientras viviera. Él ordenó que Moisés fuera asesinado. Pero no ignoraba el designio de Faraón, y en secreto salió de Egipto. El Señor dirigió su curso, y encontró un hogar con Jetro, un hombre que adoraba a Dios. Era pastor, también sacerdote de Madián. Sus hijas cuidaban sus rebaños. Pero los rebaños de Jetro pronto fueron puestos bajo el cuidado de Moisés, quien se casó con la hija de Jetro y permaneció en Madián cuarenta años.

Moisés fue demasiado rápido en matar al egipcio. Supuso que el pueblo de Israel entendió que la providencia especial de Dios lo había levantado para liberarlos. Pero Dios no se propuso librar a los hijos de Israel por medio de la guerra, como pensó Moisés; sino por su propio poderío, para que la gloria le fuera atribuida a él solo.

Dios anuló el acto de Moisés al matar al egipcio para lograr su propósito. En su providencia, había traído a Moisés a la familia real de Egipto, donde había recibido una educación completa; y, sin embargo, no estaba preparado para que Dios le confiara la gran obra para la que lo había levantado. Moisés no podía abandonar inmediatamente [187] la corte del rey, y las indulgencias le concedían como nieto del rey, para realizar la obra especial de Dios. Debe tener tiempo para obtener una experiencia y ser educado en la escuela de la adversidad y la pobreza. Su suegro temía a Dios, y era especialmente honrado por todas las personas que lo rodeaban por su juicio perspicaz. Su influencia con Moisés fue grande.

Mientras Moisés vivía retirado, el Señor envió a sus ángeles para instruirlo especialmente con respecto al futuro. Aquí aprendió más plenamente la gran lección del dominio propio y la humildad. Cuidaba los rebaños de Jetro, y mientras cumplía con sus humildes deberes de pastor, Dios lo preparaba para convertirse en pastor espiritual de sus ovejas, de su pueblo Israel. Había sido completamente calificado como general, para estar a la cabeza de los ejércitos, y ahora el Señor quería que aprendiera los deberes y desempeñara los oficios de un pastor fiel de su pueblo, para cuidar tiernamente de sus ovejas descarriadas y descarriadas. Mientras Moisés conducía el rebaño al desierto, y llegó a la montaña de Dios, a Horeb, “el ángel del Señor se le apareció en una llama de fuego, en medio de una zarza. Y miró, y he aquí, la zarza ardía con fuego, y la zarza no se consumía. Y dijo Moisés : Ahora me desviaré, y veré este gran espectáculo, por qué la zarza no se quema. Y cuando el Señor vio que se había vuelto para ver, lo llamó Dios de en medio de la zarza, y le dijo: ¡Moisés, Moisés! Y él dijo: Heme aquí. Y él dijo: No os acerquéis. Quítate [188] el calzado de tus pies, porque el lugar que pisas es tierra sagrada. Además dijo: Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Y Moisés ocultó su rostro, porque tenía miedo de mirar a Dios. Y dijo el Señor: Ciertamente he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus capataces; porque yo conozco sus dolores; y he descendido para librarlos de mano de los egipcios, y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha, a una tierra que mana leche y miel; al lugar del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo. Ahora pues, he aquí, el clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí; y también he visto la opresión con que los egipcios los oprimen.—Ven , pues, ahora, y te enviaré a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel.”

Había llegado plenamente el tiempo en que Dios haría que Moisés cambiara la vara del pastor por la vara de Dios, a la que haría poderosa para realizar señales y prodigios, para liberar a su pueblo de la opresión y para preservarlo cuando lo persiguieran sus enemigos. “Y Moisés dijo a Dios: ¿Quién soy yo para ir a Faraón y sacar a los hijos de Israel

[189] fuera de Egipto? Y él dijo: Ciertamente yo estaré contigo, y esto te será por señal de que yo te he enviado. Cuando hayas sacado al pueblo de Egipto, serviréis a Dios sobre este monte. Y Moisés dijo a Dios: He aquí cuando vengo a los hijos de Israel, y les digo: El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros, y me dirán: ¿Cuál es su nombre? ¿Qué les diré? Y dijo Dios a Moisés Yo Soy El Que Yo Soy. Y él dijo: Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me ha enviado a vosotros. Y dijo además Dios a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, me ha enviado a vosotros. Este es mi nombre para siempre, y este es mi memorial por todas las generaciones”.

Moisés no esperaba que esta fuera la manera en que el Señor lo usaría para liberar a Israel de Egipto. Pensó que sería por la guerra. Y cuando el Señor le hizo saber que debía presentarse ante Faraón, y en su nombre exigirle que dejara ir a Israel , se rehusó a la tarea.

El Faraón ante el cual iba a comparecer, no era el que había decretado que debía ser muerto. Ese rey estaba muerto, y otro había tomado las riendas del gobierno. Casi todos los reyes egipcios fueron llamados por el nombre de Faraón. Moisés hubiera preferido estar a la cabeza de los hijos de Israel como su general y hacer la guerra a los egipcios. Pero este no era el plan de Dios . Él sería magnificado delante de su pueblo, y enseñaría no solo a ellos, sino también a los egipcios, que hay un Dios viviente, que tiene poder para salvar y destruir. Moisés recibió la orden de reunir primero a los ancianos de Israel, a los más nobles y justos entre ellos, que habían sufrido mucho tiempo a causa de su servidumbre, y decirles: “El Señor, el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isaac y de de Jacob, se me apareció, diciendo: Ciertamente te he visitado, y he visto lo que te han hecho en Egipto. Y he dicho: Os sacaré de la aflicción de Egipto, a la tierra del cananeo, del heteo, del amorreo, del ferezeo, del heveo y del jebuseo, a una tierra que mana leche. y miel Y oirán tu voz, y vendrás, tú y los ancianos de Israel, al rey de Egipto, y le diréis: El Señor Dios de los hebreos nos ha salido al encuentro, y ahora vamos,

Te rogamos, camino de tres días por el desierto, para que podamos ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios”.

El Señor también le aseguró a Moisés que Faraón no dejaría ir a Israel. Sin embargo, su valor no debería fallar, porque haría de esta la ocasión de manifestar sus señales y prodigios ante los egipcios y ante su pueblo. “Y estoy seguro de que el rey de Egipto no los dejará ir, no, no por una mano poderosa. Y extenderé mi [191] mano y heriré a Egipto con todas mis maravillas que haré en medio de él, y después de eso os dejará ir”.

Las obras poderosas de Dios, que realizó ante los egipcios para la liberación de los hebreos, les darían favor a los ojos de los egipcios, para que cuando salieran de Egipto no lo hicieran con las manos vacías. “Sino que cada mujer pedirá prestado a su prójimo, y al huésped de su casa, alhajas de plata y alhajas de oro, y vestidos, y los pondréis sobre vuestros hijos y sobre vuestras hijas, y despojaréis el egipcios.”

Los egipcios habían hecho esclavos a los hijos de Israel, cuando no eran esclavos, y los egipcios no tenían derecho a su trabajo. Sólo habían permitido a los hijos de Israel un sustento, y se habían enriquecido con el trabajo que les habían extorsionado. Los habían oprimido y atado bajo pesadas cargas, hasta que Dios intervino a favor de ellos. Y como iban a alejarse de sus opresores, necesitarían para su largo viaje algo que pudieran cambiar por pan, y usar según sus circunstancias lo requirieran. Por lo tanto, Dios les ordenó que tomaran prestado de sus vecinos y del extranjero que residía con ellos. Es decir, el egipcio que había sido designado sobre ellos para ver que hicieran una cierta cantidad de trabajo cada día. Aunque podrían [192] pedir prestada una cantidad considerable, no sería más que una pequeña recompensa por el duro trabajo que habían realizado, que había enriquecido a los egipcios

Moisés rogó al Señor y dijo: “Pero he aquí, no me creerán ni escucharán mi voz; porque dirán: El Señor no se te ha aparecido.” Entonces el Señor le aseguró por el milagro de que la vara se convirtió en serpiente, y la mano se volvió leprosa, que con tales señales y maravillas haría temer a los egipcios y al faraón, para que no se atrevieran a hacerle daño. Por estas señales le aseguró a Moisés que convencería al rey y a su pueblo de que alguien más grande que él se estaba manifestando.

su poder ante ellos. Y sin embargo, después de haber hecho muchos milagros delante de Faraón a la vista del pueblo, no dejaron ir a Israel. Moisés deseaba ser excusado de la laboriosa tarea. Él alegó la falta de un discurso rápido como excusa. Es decir, había estado tan lejos de los egipcios que no tenía un conocimiento tan claro ni un uso rápido de su idioma como cuando estaba entre ellos.

El Señor reprendió a Moisés por su temor, como si el Dios que lo eligió para realizar su gran obra no pudiera calificarlo para ella, o como si Dios se hubiera equivocado al seleccionar al hombre. “Y el Señor le dijo: ¿Quién dio la boca al hombre? ¿O quién hace al mudo, al sordo, al vidente o al ciego? ¿No tengo [193] yo, el Señor?” ¡Qué atractivo! ¡Qué reprensión para los desconfiados!

“Ahora, pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que has de decir. Y él dijo: Oh, mi Señor, envía, te ruego, por mano de aquel a quien has de enviar”. Le rogó al Señor que seleccionara a una persona más adecuada. El atraso de Moisés procedía al principio de la humildad, de una timidez modesta. Pero después de que Dios prometió eliminar sus dificultades, y estar con su boca, y enseñarle qué decir, y finalmente darle éxito en su misión, entonces que él todavía manifestara reticencia era desagradable para Dios. Su falta de voluntad para ejecutar la misión que Dios le había preservado en vida para cumplir, y lo había calificado para realizar, después de la seguridad de que Dios estaría con él, mostró incredulidad y abatimiento criminal, y desconfianza en Dios mismo. El Señor lo reprendió por esta causa. La liberación de Israel de Egipto, en la forma en que Dios se proponía hacer la obra, le parecía imposible que la misión tuviera éxito.

Moisés sobresalió en sabiduría en la conducción de los asuntos. Aarón, el hermano mayor de Moisés, había estado en el uso diario de la lengua de los egipcios y la entendía perfectamente. Era elocuente.

“Y la ira del Señor se encendió contra Moisés; y él dijo: ¿No es Aarón el levita tu hermano? Sé que puede hablar bien. Y también: He aquí, él sale a tu encuentro, y cuando te vea, se alegrará en su corazón. Y le hablarás, y pondrás palabras en su boca. Y yo estaré con tu boca y con su boca, y te enseñaré lo que has de hacer. y él será tu portavoz ante el pueblo. Y él será, él será para ti en lugar de boca, y tú serás para él en lugar de Dios.

Y tomarás esta vara en tu mano, con la cual harás señales.”

Moisés consintió en realizar la misión. Primero visitó a su suegro y obtuvo su consentimiento para él y su familia para regresar a Egipto. No se atrevió a decirle a Jetro su mensaje a Faraón, por temor a que no estuviera dispuesto a dejar que su esposa e hijos lo acompañaran en una misión tan peligrosa. El Señor lo fortaleció y quitó sus temores diciéndole: “Regresa a Egipto; porque han muerto todos los hombres que buscaban tu vida.”

“Y el Señor dijo a Moisés: Cuando vayas para volver a Egipto, mira que hagas delante de Faraón todas estas maravillas que he puesto en tu mano; pero yo endureceré su corazón, para que no deje ir al pueblo. Es decir, la exhibición del poder todopoderoso ante Faraón, al ser rechazado por él, lo haría más duro y firme en su rebelión. Su dureza de corazón aumentaría por una resistencia continua del poder de Dios. Pero prevalecería sobre la dureza del corazón de Faraón, de modo que su negativa a dejar ir a Israel engrandecería su nombre ante los egipcios y también ante su pueblo.

El Señor ordenó a Moisés que le dijera a Faraón: “Así dice el [195] Señor, Israel es mi hijo, mi primogénito. Y yo te digo: Deja ir a mi hijo para que me sirva. Y si rehúas dejarlo ir, he aquí, mataré a tu hijo, aun a tu primogénito”. El Señor llamó a Israel su primogénito, porque los había escogido entre todos los pueblos para ser los depositarios de su ley, cuya obediencia los preservaría puros en medio de las naciones idólatras. Les confirió privilegios especiales, como los que generalmente se concedían al hijo primogénito.

Mientras Moisés viajaba a Egipto, el ángel del Señor lo encontró y asumió una postura amenazadora, como si fuera a matarlo. Temía por su vida. Había cedido a la negativa de su esposa de circuncidar a su hijo y, de acuerdo con los deseos de ella, había descuidado obedecer a Dios. Su esposa, temerosa de que su esposo pudiera ser asesinado, superó sus sentimientos de afecto indebido por su hijo y realizó el acto ella misma. Después de esto, el ángel dejó ir a Moisés. En su misión ante el Faraón, iba a ser colocado en una posición peligrosa, donde su vida estaría expuesta a la voluntad del rey, si Dios no lo preservaba con su poder, a través de la presencia de sus áng

a él. Mientras Moisés vivía descuidando uno de los mandamientos positivos de Dios, su vida no estaría segura, porque los ángeles de Dios no podrían protegerlo mientras estuviera en desobediencia. Por eso, el ángel le salió al encuentro en [196] el camino y amenazó su vida. No le explicó a Moisés por qué asumió ese aspecto amenazante. Moisés sabía que había una causa. Iba a Egipto de acuerdo con el mandato expreso de Dios, por lo tanto, el viaje fue correcto. Inmediatamente recordó que no había obedecido a Dios al realizar la ordenanza de la circuncisión de su hijo menor, y había cedido a las súplicas de su esposa de posponer la ceremonia. Después de haber obedecido el mandato de Dios, era libre de ir ante Faraón, y no había nada en el camino que obstaculizara el ministerio de los ángeles en relación con su obra.

En el tiempo de angustia, justo antes de la venida de Cristo, la vida de los justos será preservada mediante el ministerio de los santos ángeles. Aquellos que lleguen a ese tiempo de prueba, descuidando la obediencia a los mandamientos de Dios, no tendrán seguridad en sus vidas. Los ángeles no pueden protegerlos de la ira de sus enemigos mientras viven descuidando cualquier deber conocido o mandato expreso de Jehová.

El Señor le había dicho a Moisés que Aarón, su hermano, tres años mayor que él, saldría a su encuentro, y cuando lo viera, se alegraría. Llevaban muchos años separados. Los ángeles de Dios habían instruido a Moisés con respecto a la obra que debía realizar. También fueron enviados ángeles para enseñar a Aarón a salir y encontrarse con Moisés, porque el Señor lo había elegido para estar con Moisés, y cuando se encontrara con su hermano para escuchar sus palabras, porque Dios le había dado a Moisés palabras para hablar con él. él en cuanto a la parte que debe desempeñar en relación con la liberación de Israel. “Y el Señor dijo a Aarón: Ve al desierto a encontrarte con Moisés. Y él fue, y lo encontró en el monte de Dios, y lo besó. Y Moisés contó a Aarón todas las palabras del Señor que le había enviado, y todas las señales que le había mandado. Y Moisés y Aarón fueron y reunieron a todos los ancianos de los hijos de Israel. Y habló Aarón todas las palabras que Jehová había dicho a Moisés, e hizo las señales a la vista del pueblo. Y la gente oyeron que el Señor había visitado a los hijos de Israel, y que había mirado su aflicción, se inclinaron y adoraron”.

Los hebreos esperaban ser librados de su esclavitud sin ninguna prueba particular de su fe o sufrimiento de su parte. Muchos de ellos estaban listos para salir de Egipto, pero no todos. Los hábitos de algunos se habían vuelto tan parecidos a los de los egipcios que preferían quedarse con ellos. “Y después, Moisés y Aarón entraron y dijeron a Faraón: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Deja ir a mi pueblo, para que me celebre fiesta en el desierto. Y dijo Faraón : ¿Quién es Jehová, para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel. Y dijeron: El Dios de los hebreos nos ha salido al encuentro; vamos, te rogamos, tres [198] días de camino por el desierto, y sacrifiquemos al Señor nuestro Dios, para que no caiga sobre nosotros con pestilencia o con espada.” La petición de Moisés y Aarón fue muy modesta. Pidieron ir sólo tres días de viaje. Pero Faraón rehusó esto con altivez, y profesó ser completamente ignorante del Dios de Israel. Pero el Señor se propuso hacerle saber a Faraón que su voz debe ser obedecida; que él está por encima de todo, y obligará a los gobernantes orgullosos a inclinarse ante su autoridad. “Y el rey de Egipto les dijo: ¿Por qué vosotros, Moisés y Aarón, dejáis al pueblo de sus obras? Llevaos a vuestras cargas. Y Faraón dijo: He aquí, el pueblo de la tierra ya es mucho, y vosotros les hacéis descansar de sus cargas. Y mandó Faraón aquel mismo día a los capataces del pueblo y a sus oficiales, diciendo: No daréis más paja al pueblo para hacer ladrillo, como antes.

Que vayan y recojan paja para sí mismos. Y sobre ellos pondréis la cola de los ladrillos que hacían antes. No disminuiréis nada de ellos, porque están ociosos; por eso claman, diciendo: Vayamos y sacrifiquemos a nuestro Dios.”

El corazón de Faraón se estaba volviendo más insensible hacia los hijos de Israel. Él aumentó grandemente su trabajo. Los capataces colocados sobre los hebreos eran egipcios. Tenían oficiales debajo de ellos que supervisaban el trabajo y dirigían a la gente. Estos oficiales eran hebreos, y eran responsables del trabajo de [199] la gente bajo su mando. Y cuando se les dio el requisito injusto de que recogieran la paja y el rastrojo esparcidos que se encontraban en los campos para sus ladrillos, la gente no pudo realizar su cantidad habitual de trabajo. “Así que el pueblo se esparció por toda la tierra de Egipto para recoger hojarasca en lugar de paja. Y los capataces les dieron prisa, diciendo: Cumplid vuestras obras, vuestro día a día.

tareas, como cuando había paja. Y los oficiales de los hijos de Israel, que los capataces de Faraón habían puesto sobre ellos, fueron azotados, y les preguntaron: ¿Por qué no habéis cumplido vuestra tarea de hacer ladrillos, ni ayer ni hoy, como hasta ahora?

Debido a que no se cumplió la cantidad total de trabajo, los capataces egipcios llamaron a cuentas a los oficiales y los castigaron cruelmente, porque no obligaron a la gente a realizar su cantidad habitual de trabajo. Estos oficiales pensaron que su opresión provenía de sus capataces, y no del rey mismo. Por lo tanto, fueron con su caso al rey y le contaron sus agravios y el trato cruel de sus capataces. El corazón de Faraón se endureció ante su angustia, y se burló de ellos, y se burló de todas sus quejas. Estaba lleno de odio contra ellos.

“Entonces los oficiales de los hijos de Israel vinieron y dieron voces a Faraón, diciendo: ¿Por qué haces así con tus siervos? [200] No se da paja a tus siervos, y nos dicen: Haced ladrillo; y he aquí, tus siervos están azotados; pero la culpa es de tu propio pueblo. Pero él dijo: Estáis ociosos, estáis ociosos; por eso decís: Vayamos y hagamos sacrificio al Señor. Id, pues, ahora, y trabajad, porque no se os dará paja, pero daréis cuenta de ladrillos. Y los oficiales de los hijos de Israel vieron que estaban en mal caso, después de que se dijo: No quitaréis nada de vuestros ladrillos de vuestra obra diaria. Y se encontraron con Moisés y Aarón, que estaban en el camino, cuando salían de Faraón. Y ellos les dijeron: Mire el Señor sobre vosotros y juzgue, porque habéis hecho que nuestro olor sea abominable a los ojos de Faraón ya los ojos de sus siervos, poniendo una espada en su mano para matarnos. Y Moisés volvió al Señor y dijo: Señor, ¿por qué has maltratado a este pueblo? ¿Por qué me has enviado? Porque desde que vine a Faraón para hablar en tu nombre, ha hecho mal a este pueblo. Ni tú has librado a tu pueblo en absoluto.”

Cuando los hijos de Israel le cargaron todo su sufrimiento a Moisés, él se angustió mucho y casi sintió ganas de murmurar porque el Señor se demoró en liberar a su pueblo. Todavía no estaban preparados para ser entregados. Tenían poca fe y no estaban dispuestos a sufrir pacientemente y soportar con perseverancia sus aflicciones, hasta que Dios obrara en ellos una liberación gloriosa.

“Entonces Jehová dijo a Moisés: Ahora verás lo que yo haré a Faraón, porque con mano fuerte los dejaré ir, y con mano fuerte los echaré de su tierra. Y habló Dios a Moisés, y le dijo: Yo soy el Señor; y me aparecí a Abraham, a Isaac ya Jacob, en el nombre de Dios Todopoderoso; mas por mi nombre Jehová no fui conocido de ellos. Y también he establecido mi pacto con ellos, para darles la tierra de Canaán, la tierra de su peregrinaje, en la cual fueron peregrinos. Y también he oído el gemido de los hijos de Israel, a quienes los egipcios tienen en servidumbre, y me he acordado de mi pacto.

Muchos años habían estado los hijos de Israel en la servidumbre de los egipcios. Sólo unas pocas familias descendieron a Egipto, pero se habían convertido en una gran multitud. Y estando rodeados de idolatría, muchos de ellos habían perdido el conocimiento del verdadero Dios, y se habían olvidado de su ley. Y se unieron con los egipcios en su adoración del sol, la luna y las estrellas, también de bestias e imágenes, obra de manos de hombres. Todo lo que rodeaba a los hijos de Israel estaba calculado para hacerles olvidar al Dios vivo. Sin embargo, hubo entre los hebreos quienes conservaron el conocimiento del Dios verdadero, el Hacedor de los cielos y de la tierra. Se entristecieron al ver a sus [202] hijos presenciar diariamente, e incluso participar en, las abominaciones del pueblo idólatra que los rodeaba, e inclinarse ante las deidades egipcias, hechas de madera y piedra, y ofrecer sacrificios a estos objetos sin sentido. Los fieles se entristecieron, y en su angustia clamaron al Señor que los librara del yugo egipcio; que los sacaría de Egipto, donde podrían librarse de la idolatría y de las influencias corruptoras que los rodeaban.

Pero muchos de los hebreos estaban contentos de permanecer en cautiverio en lugar de ir a un nuevo país y encontrarse con las dificultades que acompañan a tal viaje. Por tanto, el Señor no los libró con la primera manifestación de sus señales y prodigios ante Faraón. Gobernó los acontecimientos para desarrollar más plenamente el espíritu tiránico de Faraón, y para que pudiera manifestar su gran poder a los egipcios, y también ante su pueblo para hacerlos ansiosos por salir de Egipto y elegir el servicio de Dios. La tarea de Moisés habría sido mucho más fácil si muchos de los hebreos no se hubieran corrompido y no hubieran querido salir de Egipto.

[203]

Capítulo 17—Las plagas en Egipto

El Señor dijo a Moisés: “Por tanto, di a los hijos de Israel: Yo soy el Señor, y os sacaré de debajo de las cargas de los egipcios, os libraré de su servidumbre y os redimiré. con brazo extendido, y con grandes juicios.

Y os tomaré a mí por mi pueblo, y seré vuestro Dios, y sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios, que os sacó de debajo de las cargas de Egipto. Y os traeré a la tierra, por la cual juré darla a Abraham, a Isaac y a Jacob, y os la daré en heredad.

yo soy el señor Y así habló Moisés a los hijos de Israel; pero no escucharon a Moisés por la angustia de espíritu y por la cruel servidumbre. Y habló Jehová a Moisés, diciendo: Entra, y di a Faraón, rey de Egipto, que deje salir de su tierra a los hijos de Israel.”

Moisés estaba algo desanimado. En su abatimiento, preguntó al Señor: Si los hijos de Israel, tu pueblo circunciso, no me escuchan, ¿cómo, pues, me escuchará Faraón, que es incircunciso e idólatra? “Y el Señor dijo a Moisés: Mira, te he puesto por Dios para Faraón, y Aarón tu [204] hermano será tu profeta. Tú dirás todo lo que yo te mande, y Aarón tu hermano hablará a Faraón, para que expulse a los hijos de Israel de su tierra. Y yo endureceré el corazón de Faraón , y multiplicaré mis señales y mis prodigios en la tierra de Egipto.

Mas Faraón no os oirá, para que yo ponga mi mano sobre Egipto, y saque mis ejércitos y mi pueblo, los hijos de Israel, de la tierra de Egipto con grandes juicios. Y sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando extienda mi mano sobre Egipto, y saque a los hijos de Israel de en medio de ellos. Y Moisés y Aarón hicieron como el Señor les mandó, así lo hicieron.”

El Señor le dijo a Moisés que las señales y prodigios que mostraría delante de Faraón endurecerían su corazón, porque no

recibirlos, y Dios multiplicaría sus señales. Cada castigo que el rey rechazaba traería el próximo castigo más cercano y severo, hasta que el orgulloso corazón del rey se humillara, y él debería reconocer al Hacedor de los cielos y la tierra como el Dios viviente y todopoderoso.

El Señor sacó a su pueblo de su larga servidumbre de una manera señalada, dando a los egipcios la oportunidad de exhibir la débil sabiduría de sus valientes y de desplegar el poder de sus dioses en oposición al Dios del cielo. El Señor les mostró por medio de su siervo Moisés que el Hacedor de los cielos y de la tierra es el Dios viviente y todopoderoso, sobre todos los dioses. Que su fuerza era [205] más poderosa que el más fuerte, que la Omnipotencia podía sacar a su pueblo con mano alta y brazo extendido. Las señales y milagros realizados en la presencia de Faraón no se dieron solo para su beneficio, sino para el beneficio del pueblo de Dios, para darles una visión más clara y exaltada de Dios, y que todo Israel le tema, y esté dispuesto y ansioso. salir de Egipto y elegir el servicio del Dios verdadero y misericordioso. Si no hubiera sido por estas maravillosas manifestaciones, muchos se habrían sentido satisfechos de permanecer en Egipto en lugar de viajar por el desierto.

“Y Moisés y Aarón fueron a Faraón, e hicieron tal como el Señor les había mandado; y Aarón arrojó su vara delante de Faraón y delante de sus siervos, y se convirtió en serpiente. Entonces Faraón también llamó a los sabios y hechiceros. Ahora bien, los magos de Egipto también hicieron lo mismo con sus encantamientos; porque arrojaron cada uno su vara, y se convirtieron en serpientes; pero la vara de Aarón se tragó las varas de ellos. Y endureció el corazón de Faraón , para que no los escuchara, como el Señor había dicho”.

Los magos parecían realizar varias cosas con sus encantamientos similares a las que Dios hizo por mano de Moisés y Aarón. Realmente no hicieron que sus varas se convirtieran en serpientes, sino que por arte de magia, con la ayuda del gran engañador, las hicieron parecer [206] como serpientes, para falsificar la obra de Dios. Satanás ayudó a sus siervos a resistir la obra del Altísimo, para engañar al pueblo y alentarlos en su rebelión. Faraón se aferraría a la menor evidencia que pudiera obtener para justificar su resistencia a la obra de Dios, realizada por Moisés y Aarón. Les dijo a estos siervos de Dios que sus magos podían hacer todas estas maravillas.

La diferencia entre la obra de Dios y la de los magos era que una era de Dios, la otra de Satanás. Una era verdadera, la otra falsa.

Faraón declaró que Moisés y Aarón eran impostores y no podían lograr más que sus magos. Moisés y Aarón dijeron a Faraón: Que Jehová, a quien pretendes no conocer, te convencerá de que es más poderoso que todos los dioses. Le informaron que Dios aún realizaría mayores maravillas, que lo dejarían sin excusa, y que serían monumentos perpetuos de su providencia y poder a favor de Israel.

“Y el Señor dijo a Moisés: El corazón de Faraón está endurecido. Se niega a dejar ir al pueblo. Ve a Faraón por la mañana; he aquí, sale al agua; y tú estarás a la orilla del río frente a él venir; y la vara que se convirtió en serpiente tomarás en tu mano. Y le dirás: El Señor [207] Dios de los hebreos me ha enviado a ti, diciendo: Deja ir a mi pueblo, para que me sirva en el desierto; y he aquí, hasta aquí no quisiste oír. Así dice el Señor: En esto conoceréis que yo soy el Señor. He aquí, yo heriré con la vara que tengo en mi mano sobre las aguas que están en el río, y se convertirán en sangre. Y el pez que está en el río morirá, y el río hederá; y los egipcios tendrán aborrecimiento de beber del agua del río.”

Faraón no escuchó a Moisés y Aarón, sino que menospreció sus palabras; sin embargo, no tenía poder para dañarlos. “Y Moisés y Aarón hicieron así, como Jehová lo había mandado; y alzó la vara, y golpeó las aguas que estaban en el río, a la vista de Faraón, ya la vista de sus siervos; y todas las aguas que estaban en el río se convirtieron en sangre.” Durante siete días continuó la plaga sobre las aguas. Sin embargo, el rey no se humilló a sí mismo, sino que endureció su corazón. Moisés y Aarón recibieron la orden, primero, antes de traer las plagas, de relatar fielmente a Faraón la naturaleza de cada plaga que estaba por venir, y el efecto de la plaga, para que pudiera tener el privilegio de salvarse de ella si así lo deseaba. dejando que los hijos de Israel vayan a ofrecer sacrificios a Dios. Pero si el rey se negara a obedecer el mandato de Dios, entonces aún lo visitaría con juicios.

“Y Jehová dijo a Moisés: Ve a Faraón, y dile: Así ha dicho Jehová: Deja ir a mi pueblo para que me sirva. [208] Y si rehúsas dejarlos ir, he aquí, heriré con ranas todos tus términos”.

“Y extendió Aarón su mano sobre las aguas de Egipto, y subieron las ranas, y cubrieron la tierra de Egipto. Y así lo hicieron los magos con sus encantamientos, y sacaron ranas sobre la tierra de Egipto. Entonces Faraón llamó a Moisés y a Aarón, y dijo: Rogad al Señor que quite las ranas de mí y de mi pueblo, y dejaré ir al pueblo para que ofrezca sacrificios al Señor. Y Moisés dijo a Faraón: Gloria sobre mí. ¿Cuándo rogaré por ti, por tus siervos y por tu pueblo, que extirpe las ranas de ti y de tus casas, para que queden solamente en el río? Y él dijo: Mañana. Y él dijo: Hágase conforme a tu palabra, para que sepas que no hay nadie como el Señor nuestro Dios”.

Aunque los magos parecían producir ranas como Moisés y Aarón, no pudieron quitarlas. Cuando Faraón vio que los magos no podían detener la plaga ni quitar las ranas, se humilló un poco, e hizo que Moisés y Aarón rogaran al Señor por él, para quitar la plaga de las ranas. Estaba empezando a saber algo acerca de ese Dios de quien profesaba ser totalmente ignorante. Moisés y Aarón le habían dicho a Faraón que ellos no producían las ranas por arte de magia, ni por ningún poder que poseyeran; que [209] Dios, el Dios viviente, los había hecho venir con su poder, y solo él podía quitarlos. Antes de esto, Faraón se había regocijado por Moisés y Aarón, porque los magos podían hacer que aparecieran las mismas cosas con sus encantamientos. Y cuando le pidió a Moisés que rogara al Señor por él, le recordó su altiva jactancia y gloria anterior a causa de las obras realizadas por sus magos; y preguntó a Faraón dónde estaba ahora su gloriarse sobre él, y dónde estaba el poder de aquellos magos para quitar la plaga.

El Señor escuchó los ruegos de Moisés, y detuvo la plaga de las ranas. Cuando el rey fue liberado de su angustia inmediata, nuevamente se negó obstinadamente a dejar ir a Israel. Moisés y Aarón, por mandato del Señor, hicieron que el polvo de la tierra se convirtiera en piojos por toda la tierra de Egipto. faraón

Llamó a los magos para que se pusieran delante de él para hacer lo mismo con sus encantamientos, pero no pudieron. Moisés y Aarón, los siervos de Dios, por mandato suyo, produjeron la plaga de los piojos. Los magos, los siervos de Satanás, a sus órdenes intentaron producir lo mismo con sus encantamientos, pero no pudieron. La obra de Dios se mostró superior al poder de Satanás; pues los magos con sus encantamientos sólo podían realizar unas pocas cosas. Cuando los magos vieron que no podían producir los piojos, dijeron a Faraón: [210] “Este es el dedo de Dios. Y el corazón de Faraón se endureció, y no los escuchó, como el Señor había dicho.”

El Señor volvió a ordenar a Moisés ya Aarón que dijeran a Faraón: “Deja ir a mi pueblo para que me sirva; de otra manera, si no dejas ir a mi pueblo, he aquí, yo enviaré enjambres de moscas sobre ti, y sobre tus siervos, y sobre tu pueblo, y en las casas, y las casas de los egipcios se llenarán de enjambres de moscas, y también el suelo sobre el que están. Y apartaré en aquel día la tierra de Gosén, en la cual habita mi pueblo, para que no haya allí enjambres de moscas, para que sepáis que yo soy el Señor en medio de la tierra. Y pondré división entre mi pueblo y el tuyo. Mañana será esta señal. Y el Señor así lo hizo.

Y vino un pesado enjambre de moscas sobre la casa de Faraón, y sobre las casas de sus siervos, y sobre toda la tierra de Egipto. La tierra se corrompió a causa de los enjambres de moscas. Y llamó Faraón a Moisés ya Aarón, y dijo: Id, ofreced sacrificios a vuestro Dios en la tierra. Y Moisés dijo: No conviene hacer así; porque sacrificaremos la abominación de los egipcios al Señor nuestro Dios.

He aquí, ¿sacrificaremos la abominación de los egipcios delante de sus ojos, y no nos apedrearán? Iremos camino de tres días por el desierto, y ofreceremos sacrificios al Señor nuestro Dios como él nos mande”.

[211] Los egipcios adoraban a ciertas bestias, y consideraban una ofensa imperdonable que mataran a una de estas bestias. Y si uno de sus objetos de adoración fuera asesinado, incluso accidentalmente, la vida de la persona sola podría responder por la ofensa. Moisés le muestra a Faraón la imposibilidad de ofrecer sacrificios a Dios en la tierra de Egipto, a la vista de los egipcios, porque podrían elegir para su ofrenda alguna de las bestias que consideraban sagradas.

Moisés nuevamente propuso emprender un viaje de tres días al desierto . El rey consintió mientras estaba bajo la mano castigadora de Dios. “Y dijo Faraón: Os dejaré ir, para que sacrificuéis a Jehová vuestro Dios en el desierto; sólo que no os iréis muy lejos. Ruega por mí. Y dijo Moisés: He aquí, yo salgo de ti, y rogaré a Jehová que los enjambres de moscas se aparten de Faraón, de sus siervos, y de su pueblo mañana; pero no haga más Faraón con engaño, no dejando ir al pueblo a ofrecer sacrificios al Señor. Y Moisés salió de Faraón y oró al Señor. E hizo el Señor conforme a la palabra de Moisés; y quitó los enjambres de moscas de Faraón, de sus siervos y de su pueblo. No quedó ni uno. Y Faraón endureció su corazón también en este tiempo, y no dejaba ir al pueblo.”

Y el Señor mandó a Moisés y a Aarón que fueran de nuevo ante Faraón y le dijieran: “Así dice el Señor, Dios de los hebreos: Deja [212] a mi pueblo ir para que me sirvan”. Y si se negare a dejarlos ir, y los detuviera, la plaga caería sobre su ganado. “Y Jehová hará separación entre el ganado de Israel y el ganado de Egipto, y nada morirá de todo lo que es de los hijos de Israel.” Y murió todo el ganado que fue visitado por la peste, pero no murió uno del ganado de los hebreos. Y Faraón envió mensajeros para averiguar si había muerto alguno del ganado de los israelitas . El mensajero volvió al rey con la noticia de que ninguno de ellos había muerto, ni estaban afligidos en absoluto por la peste.

Sin embargo, su corazón se endureció y se negó a dejar ir a Israel.

Entonces Moisés y Aarón, de acuerdo con el mandato de Dios, “tomaron las cenizas del horno y se pararon delante de Faraón; y Moisés la esparció hacia el cielo, y se convirtió en una úlcera que brotaba con llagas en los hombres y en las bestias. Y los magos no pudieron estar delante de Moisés a causa del sarpullido, porque el sarpullido estaba sobre los magos y sobre todos los egipcios. Y Jehová endureció el corazón de Faraón, y no los escuchó, como Jehová había dicho a Moisés”.

Los magos con toda su magia, y supuesto poder, no pudieron, por ninguno de sus encantamientos, protegerse de la dolorosa plaga de los furúnculos. Ya no podían estar de pie ante Moisés y Aarón, a causa de esta grave aflicción. A los egipcios [213] se les permitió así ver cuán inútil sería para ellos poner

su confianza en el alardeado poder de los magos, cuando no podían salvar ni siquiera sus propios cuerpos de las plagas.

“Y Jehová dijo a Moisés: Levántate de mañana, y ponte delante de Faraón, y dile: Así ha dicho Jehová Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo para que me sirva. Porque yo enviaré en este tiempo todas mis plagas sobre tu corazón, y sobre tus siervos, y sobre tu pueblo, para que sepas que no hay otro como yo en toda la tierra. Porque ahora extenderé mi mano para herirte a ti y a tu pueblo con pestilencia, y serás cortado de la tierra. Y en verdad por esta causa te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para que mi nombre sea anunciado por toda la tierra. ¿Todavía te ensalzas contra mi pueblo, para no dejarlos ir? He aquí que mañana a estas horas yo haré llover granizo muy pesado, cual no ha habido en Egipto desde su fundación hasta ahora.

Envía, pues, ahora, y recoge tu ganado, y todo lo que tienes en el campo, porque sobre todo hombre y animal que se halle en el campo, y no sea llevado a casa, caerá granizo sobre ellos, y se morir. El que temió la palabra del Señor entre los siervos de Faraón, hizo huir a sus siervos y a su ganado a

[214] las casas. Y el que no tuvo en cuenta la palabra del Señor, dejó a sus siervos y su ganado en el campo. Y el Señor dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que caiga granizo en toda la tierra de Egipto, sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre toda la hierba del campo, en toda la tierra de Egipto. Y Moisés extendió su vara hacia el cielo, y el Señor envió truenos y granizo, y el fuego se extendió por la tierra; y Jehová hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto.”

Los que atendían la palabra del Señor recogían su ganado en establos y casas, mientras que aquellos cuyo corazón estaba endurecido, como el de Faraón, dejaban su ganado en el campo. Esta era una oportunidad para probar el orgullo exaltado de los egipcios y para mostrar el número cuyos corazones estaban realmente afectados por los maravillosos tratos de Dios con su pueblo, a quien habían despreciado y tratado con crueldad. “Y hubo granizo, y fuego mezclado con el granizo, muy pesado, como no hubo ninguno igual en toda la tierra de Egipto desde que se convirtió en nación. Y el granizo hirió por toda la tierra de Egipto todo lo que estaba en el campo, así hombres como animales. Y el granizo hirió t

del campo, y quebrantan todo árbol del campo. Solamente en la tierra de Gosén, donde estaban los hijos de Israel, no hubo granizo. Y envió Faraón, y llamó a Moisés ya Aarón, y les dijo: He pecado esta vez. El Señor es justo, y yo y mi pueblo somos malvados. Rogad al Señor (porque es suficiente) que no haya más [215] truenos fuertes y granizo, y os dejaré ir, y no os detendréis más. Y Moisés le dijo: Tan pronto como yo haya salido de la ciudad, extenderé mis manos hacia el Señor, y cesarán los truenos, y no habrá más granizo, para que sepas cómo está la tierra. los señores. Pero en cuanto a ti y tus siervos, sé que aún no temeréis al Señor Dios. Y el lino y la cebada fueron heridos, porque la cebada estaba en la espiga, y el lino fue desgranado. Pero el trigo y el centeno no fueron heridos, porque no habían crecido.”

Después de que se detuvo la plaga, el rey se negó a dejar ir a Israel. La rebelión produce rebelión. El rey se había endurecido tanto con su continua oposición a la voluntad de Dios, que todo su ser se rebeló contra las terribles exhibiciones de su poder divino.

A Moisés y Aarón se les ordenó que fueran de nuevo a Faraón y le pidieran que dejara ir a Israel. El Señor les dice que ha permitido que el rey los resista, y ha soportado su rebelión continua, para que pueda mostrar sus grandes señales y prodigios delante de él, y delante de los hijos de Israel, “para que puedas hablar en los oídos de tu hijo, y del hijo de tu hijo, qué cosas he hecho en Egipto, y mis señales que he hecho entre ellos, para que sepáis que yo soy el Señor.

Aquí el Señor estaba manifestando su poder para confirmar la fe de su pueblo Israel en él como el único Dios vivo y verdadero. Él [216] les daría pruebas inequívocas de la diferencia que ponía entre los egipcios y su pueblo. Sus obras maravillosas en la liberación de ellos deben hacer que todas las naciones sepan que aunque habían sido atadas por trabajos duros y habían sido despreciadas, sin embargo, él los había escogido como su pueblo peculiar, y que trabajaría para su liberación de una manera maravillosa. .

Moisés y Aarón obedecieron el mandato de Dios y relataron al rey la naturaleza de la terrible plaga que Dios estaba a punto de enviar sobre él; que si no dejaba ir a Israel, traería langostas a las costas de Egipto, las cuales cubrirían la faz del

la tierra, y comería el residuo de lo que se escapó del granizo. Al rey se le permitió elegir: humillarse ante Dios y dejar ir a Israel, o rechazar y sufrir los efectos de la plaga.

“Y los siervos de Faraón le dijeron: ¿Hasta cuándo será este hombre una trampa para nosotros? Deja ir a los hombres para que sirvan al Señor su Dios. ¿Aún no sabes que Egipto está destruido? Los gobernantes o consejeros del rey eran llamados sus siervos, porque estaban bajo Faraón. Suplicaron al rey que dejara ir a Israel. Le relataron que habían sufrido grandes pérdidas por la muerte de su ganado, y que Egipto casi fue arruinado por un rayo. Y el granizo [217] mezclado con fuego, había derribado sus bosques, y había destruido su fruto, y casi todo su grano; que todo estaba en ruina, y que estaban perdiendo todo lo que habían ganado con el trabajo de los hebreos. El rey mandó llamar a Moisés y a Aarón, y les dijo. “Id, servid al Señor vuestro Dios; pero ¿quiénes son los que han de ir? Y dijo Moisés: Iremos con nuestros jóvenes y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas, con nuestras ovejas y con nuestras vacas iremos; porque debemos celebrar una fiesta para el Señor. Y les dijo. Así sea el Señor con vosotros, como os dejaré ir a vosotros y a vuestros pequeños. Míralo, porque el mal está delante de ti. No tan. Id ahora vosotros que sois hombres, y servid al Señor, porque eso es lo que deseasteis. Y fueron echados de la presencia de Faraón.”

El rey muestra su desprecio por el mandato de Dios por su respuesta a Moisés y Aarón. Que vuestro Dios os pida esto, si quiere, que toméis a vuestros pequeños, no os dejaré ir. Tus hijitos no son necesarios en tu viaje. ¿Piensa vuestro Dios que haré esto y os dejaré ir con vuestras mujeres y vuestros hijitos al desierto en una expedición tan peligrosa para ellos? Yo no haré esto, sino que sólo vosotros, que sois hombres, iréis a servir al Señor. Este rey opresivo y de corazón duro ahora pretendería ante los hebreos que tenía un interés especial en su bienestar y un tierno cuidado por sus pequeños. Había tratado de destruir a los israelitas con trabajos forzados; [218] pero ahora, para servir a sus propios propósitos, profesa tener un cuidado muy especial por ellos, y declara claramente a Moisés y Aarón que Dios, que les pediría tal cosa como que fueran con sus familias al desierto, no debe ser obedecido; porque él sólo los sacaría para destruirlos, y sus cuerpos ciertamente yacerían en el desierto.

“Y el Señor dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre la tierra de Egipto para que las langostas suban sobre la tierra de Egipto y coman toda la hierba de la tierra, aun todo lo que ha dejado el granizo. Y Moisés extendió su vara sobre la tierra de Egipto, y Jehová trajo viento solano sobre la tierra todo aquel día y toda aquella noche; y cuando llegó la mañana, el viento solano trajo langostas. Y las langostas subieron sobre toda la tierra de Egipto, y se posaron en todos los términos de Egipto; muy graves eran ellos. Antes de ellos no hubo langostas como ellas, ni después de ellas las habrá. Porque cubrieron la faz de toda la tierra, de modo que la tierra se oscureció. Y comieron toda la hierba de la tierra, y todo el fruto de los árboles que había dejado el granizo; y no quedó cosa verde en los árboles, ni en la hierba del campo, en toda la tierra de Egipto. Entonces Faraón llamó a toda prisa a Moisés y Aarón. Y él dijo: He pecado contra Jehová tu Dios, y contra ti. Ahora, por lo tanto, te ruego que perdones mi pecado solo por esta vez, y ruega al Señor tu Dios que me quite esta muerte solamente”. Los egipcios temían que después de que las langostas se lo hubieran comido todo en el campo, [219] incluso atacarían a los egipcios y los devorarían.

“Y salió de la presencia de Faraón y oró al Señor. Y el Señor envió un fuerte viento occidental que se llevó las langostas y las arrojó al Mar Rojo. No quedó ni una langosta en todo el territorio de Egipto. Pero el Señor endureció el corazón de Faraón, para que no dejara ir a los hijos de Israel”. A pesar de su humildad, mientras lo amenazaba la muerte, y su promesa de dejar ir a Israel, después de que fue librado de la plaga, endureció su corazón y se negó a dejarlos ir.

“Y el Señor dijo a Moisés: Extiende tu mano hacia el cielo, para que haya tinieblas sobre la tierra de Egipto, tinieblas que se palpan. Y Moisés extendió su mano hacia el cielo, y hubo una densa oscuridad en toda la tierra de Egipto por tres días. No se vieron, ni nadie se levantó de su lugar durante tres días. Pero todos los hijos de Israel tenían luz en sus habitaciones. Y llamó Faraón a Moisés, y dijo: Id, servid al Señor, solamente dejad vuestras ovejas y vuestras vacas. Deja que tus pequeños también vayan contigo. Y Moisés dijo: Tienes que darnos también sacrificios y holocaustos, para que podamos sacrificar al Señor nuestro Dios. Nuestro ganado también irá con nosotros. No habrá un

pezuña se deje atrás; porque de ellos debemos tomar para servir al Señor nuestro [220] Dios; y no sabemos con qué debemos servir al Señor hasta que lleguemos allá. Pero el Señor endureció el corazón de Faraón, y no los dejó ir. Y Faraón le dijo: Apártate de mí, ten cuidado, no veas más mi rostro; porque en ese día verás mi rostro, morirás. Y Moisés dijo: Bien has hablado; No volveré a ver tu rostro nunca más.

Faraón endureció su corazón contra el Señor y, a pesar de todas las señales y prodigios que había presenciado, se atrevió a amenazar que si Moisés y Aarón volvían a aparecer ante él, morirían. Si el rey no se hubiera endurecido en su rebelión contra Dios, se habría humillado al sentir el poder del Dios viviente que podía salvar o destruir. Habría sabido que el que pudiera hacer tales milagros, y multiplicar sus señales y prodigios, preservaría la vida de sus siervos escogidos, incluso si tuviera que matar al rey de Egipto.

Cuando Moisés había sido testigo de las maravillosas obras de Dios, su fe se había fortalecido y su confianza se había vuelto inquebrantable, mientras que Dios lo había estado equipando y calificando mediante manifestaciones de su poder para estar a la cabeza de los ejércitos de Israel, y como pastor de su pueblo, sácalo de Egipto. Fue elevado por encima del miedo por su firme confianza en Dios, lo que lo llevó a decirle al rey: "Nuestro ganado [221] irá con nosotros. No quedará ni una pezuña." Este coraje firme en presencia del rey irritó su orgullo altivo, y pronunció la amenaza de matar a los siervos de Dios. No se dio cuenta en su ceguera de que no estaba conteniendo solo contra Moisés y Aarón, sino contra el poderoso Jehová, el Hacedor de los cielos y de la tierra. Moisés había obtenido el favor del pueblo. Se le consideraba un hombre maravilloso y el rey no se atrevía a hacerle daño.

"Y el Señor dijo a Moisés: Aún traeré una plaga más sobre Faraón y sobre Egipto; después te dejará ir de aquí. Cuando os deje ir, ciertamente os echará de aquí por completo. Habla ahora a oídos del pueblo, y que cada hombre tome prestado de su prójimo, y cada mujer de su prójimo, alhajas de plata y alhajas de oro".

No obstante, a Moisés se le había prohibido volver a la presencia de Faraón, porque en el día en que debería ver su rostro, él

moriría, pero tenía un mensaje más de Dios para el rey rebelde, y caminó con firmeza hasta su presencia, y se paró sin temor delante de él para declararle la palabra del Señor.

“Y Moisés dijo: Así ha dicho Jehová: A eso de la medianoche saldré por en medio de Egipto. Y morirá todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que se sienta en su trono, hasta el primogénito de la sierva que está detrás del molino , y todo el primogénito de las bestias. Y habrá gran clamor por toda la tierra de Egipto, como no lo hubo, ni lo habrá más. Pero contra ninguno de los hijos de Israel ni un perro moverá su lengua, ni contra hombre ni contra bestia, para que sepáis cómo el Señor hace diferencia entre los egipcios e Israel. Y descenderán a mí todos estos tus siervos , y se postrarán ante mí, diciendo: Sal tú, y todo el pueblo que te sigue; y después de eso saldré. Y salió de la presencia de Faraón con gran ira.”

Cuando Moisés le dijo al rey de la plaga que les sobrevendría , más terrible que cualquiera de las que habían visitado Egipto hasta ahora, que haría que todos sus grandes consejeros se inclinaran ante él, y suplicaran a los israelitas que salieran de Egipto, el rey se enojó mucho. . Se enfureció porque no pudo intimidar a Moisés y hacerlo temblar ante su autoridad real. Pero Moisés se apoyó para apoyarse en un brazo más poderoso que el de cualquier monarca terrenal.

* * * * *

Capítulo 18—La Pascua

Entonces el Señor le dio a Moisés instrucciones especiales, para que las diera a los hijos de Israel, con respecto a lo que debían hacer para preservarse a sí mismos [223] y a sus familias de la terrible plaga que estaba a punto de enviar sobre Egipto. Moisés también debía darles instrucciones con respecto a su salida de Egipto. Les relató el mandato de Dios de sacrificar un cordero sin defecto, y tomar la sangre del cordero y herirla en los postes de las puertas, y también en los postes superiores de las puertas de sus casas. Y mientras esta señal fuera por señal, y estuvieran comiendo el cordero, asado entero, con hierbas amargas, dentro, el ángel de Dios estaría pasando por la tierra de Egipto haciendo su terrible obra, matando a los primogénitos. del hombre y el primogénito de la bestia. “Y así lo comeréis, ceñidos vuestros lomos, vuestros zapatos en vuestros pies, y vuestro cayado en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente. Es la pascua del Señor. Porque esta noche pasaré por la tierra de Egipto, y heriré a todo primogénito en la tierra de Egipto, tanto de hombres como de animales; y contra todos los dioses de Egipto yo soy el señor Y la sangre os será por señal en las casas donde estéis. Y cuando vea la sangre, pasaré de vosotros, y no caerá sobre vosotros la plaga para destruirlos, cuando hiera la tierra de Egipto. Y este día os será en memoria; y la celebraréis como fiesta solemne a Jehová por vuestras generaciones. La celebraréis como fiesta solemne por ordenanza perpetua”.

Aquí se requería una obra de los hijos de Israel, que ellos debían realizar de su parte, para probarlos y mostrar su fe por [224] sus obras en la gran liberación que Dios estaba obrando para ellos. Para escapar del gran juicio de Dios que iba a traer sobre los egipcios, la señal de sangre debía verse sobre sus casas. Y se les pidió que se separaran a sí mismos y a sus hijos de los egipcios, y los reunieran en sus propias casas, porque si alguno de los israelitas se encontraba en las casas de los egipcios, caería por la mano del ángel destructor. También se les ordenó guardar la fiesta de la pascua durante un

ordenanza, que cuando sus hijos preguntaran qué significaba tal servicio, les relataran su maravillosa preservación en Egipto. Que cuando el ángel destructor salió de noche para matar al primogénito del hombre, y al primogénito de la bestia, pasó por alto sus casas, y ninguno de los hebreos fue muerto que tenía la señal de sangre en su puerta -postes. Y el pueblo inclinó sus cabezas y adoró, agradecido por este extraordinario memorial dado para preservar a sus hijos el recuerdo del cuidado de Dios por su pueblo. Hubo un buen número de egipcios que fueron llevados a reconocer, por las manifestaciones de las señales y maravillas mostradas en Egipto, que el Dios de los hebreos era el único Dios verdadero. Suplicaron que se les permitiera ir a las casas de los israelitas con sus familias, en esa noche terrible cuando el ángel de Dios mataría a los primogénitos de los egipcios. Estaban convencidos de que sus dioses a quienes habían adorado carecían de conocimiento y no tenían poder para salvar o destruir. Y se comprometieron a elegir en adelante al Dios de Israel como su Dios. Decidieron salir de Egipto e ir con los hijos de Israel a adorar a Dios. Los israelitas recibieron a los creyentes egipcios en sus casas.

La pascua apuntaba hacia atrás a la liberación de los hijos de Israel, y también era típica, apuntando hacia Cristo, el Cordero de Dios, inmolado para la redención del hombre caído. La sangre rociada sobre los postes de las puertas prefiguró la sangre expiatoria de Cristo, y también la continua dependencia del hombre pecador de los méritos de esa sangre para su seguridad del poder de Satanás y para la redención final. Cristo comió la cena pascual con sus discípulos justo antes de su crucifixión, y esa misma noche instituyó la ordenanza de la cena del Señor, para ser observada en conmemoración de su muerte. La pascua había sido observada para conmemorar la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Había sido a la vez conmemorativo y típico. El tipo había alcanzado el antitipo cuando Cristo, el Cordero de Dios sin mancha, murió en la cruz. Dejó una ordenanza para conmemorar los hechos de su crucifixión.

Cristo comió la cena pascual con sus discípulos, luego se levantó de la mesa y les dijo: "Con mucho deseo he deseado comer esta pascua con ustedes antes de sufrir". Luego realizó el [226] oficio humillante de lavar los pies de sus discípulos. Cristo dio a sus discípulos la ordenanza de lavar los pies para que la practicasen,

que les enseñaría lecciones de humildad. Conectó esta ordenanza con la cena. Diseñó que esta debería ser una temporada de autoexamen, para que sus seguidores pudieran tener la oportunidad de familiarizarse con los verdaderos sentimientos de sus propios corazones hacia Dios y hacia los demás. Si el orgullo existiera en sus corazones, cuán pronto se descubriría a los honestos y descarriados, ya que deberían ocuparse en este humilde deber. Si existiera egoísmo u odio entre sí, se descubre más fácilmente cuando se dedican a esta humilde obra. Esta ordenanza fue diseñada para dar lugar a confesiones mutuas y aumentar los sentimientos de tolerancia, perdón de los errores de los demás y amor verdadero, como preparación para participar en la solemne ordenanza de conmemorar los sufrimientos y la muerte de Cristo. Amaba a sus discípulos lo suficiente como para morir por ellos. Los exhortó a amarse unos a otros, como él los había amado. El ejemplo de lavar los pies de sus discípulos fue dado para beneficio de todos los que creyeran en él. Les pidió que siguieran su ejemplo. Esta humilde ordenanza no solo fue diseñada para probar su humildad y fidelidad, sino para mantener fresco en su memoria que la redención de su pueblo fue adquirida en condiciones de humildad [227] y continua obediencia de su parte. “Entonces, después de haberles lavado los pies, y tomado sus vestidos, y vuelto a sentarse, les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien; porque así soy. Pues si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, hagáis. De cierto, de cierto os digo, que el siervo no es mayor que su señor; ni el que es enviado es mayor que el que lo envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis.” Entonces Jesús volvió a ocupar su lugar en la mesa, sobre la cual se pusieron pan y vino sin fermentar, los cuales se habían preparado según las instrucciones de Cristo. Parecía muy triste. “Y tomó pan, y dio gracias, y lo partió, y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es entregado. Haz esto en memoria de mí. Asimismo, también, la copa después de la cena, diciendo: Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre, que por vosotros se derrama. De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.”

Aquí nuestro Salvador instituyó la cena del Señor, que se celebraría con frecuencia, para mantener fresca en la memoria de sus seguidores las escenas solemnes de su traición y crucifixión por los pecados del mundo. Él quiere que sus seguidores se den cuenta de su continua dependencia de su sangre para la salvación. El pan partido era símbolo del cuerpo partido de Cristo [228], entregado para la salvación del mundo. El vino era un símbolo de su sangre, derramada para la limpieza de los pecados de todos aquellos que acudieran a él en busca de perdón y lo recibieran como su Salvador.

La salvación de los hombres depende de una aplicación continua a sus corazones de la sangre limpiadora de Cristo. Por lo tanto, la cena del Señor no debía celebrarse sólo de vez en cuando o anualmente, sino más frecuentemente que la pascua anual. Esta ordenanza solemne conmemora un evento mucho mayor que la liberación de los hijos de Israel de Egipto. Esa liberación fue típica de la gran expiación que Cristo hizo mediante el sacrificio de su propia vida para la liberación final de su pueblo.

Capítulo 19—Israel sale de Egipto

Los hijos de Israel habían seguido las instrucciones que Dios les había dado, y mientras el ángel de la muerte pasaba de casa en casa entre los egipcios, estaban todos listos para su viaje, y esperando que el rey rebelde y sus grandes hombres les ordenaran Vamos. “Y aconteció que a la medianoche Jehová hirió a todo primogénito en la tierra de Egipto, desde el primogénito de Faraón que [229] se sentaba en su trono, hasta el primogénito de la cautiva que estaba en el calabozo, y todo primogénito de las bestias. Y Faraón se levantó en la noche, él y todos sus siervos, y todos los egipcios; y hubo un gran clamor en Egipto; porque no había casa donde no hubiera un muerto. E hizo llamar a Moisés y a Aarón de noche, y les dijo: Levantaos, y salid de en medio de mi pueblo, vosotros y los hijos de Israel, e id, servid a Jehová, como habéis dicho. Tomad también vuestras ovejas y vuestras vacas, como habéis dicho, y marchaos; y bendíceme a mí también. Y los egipcios apremiaban al pueblo para echarlos de la tierra a toda prisa, porque decían: Todos somos muertos. Y el pueblo tomó su masa antes que leudara, y sus artesas estaban envueltas en sus ropas sobre sus hombros. E hicieron los hijos de Israel conforme a la palabra de Moisés; y tomaron prestados de los egipcios alhajas de plata y alhajas de oro, y vestidos. Y el Señor dio al pueblo gracia a los ojos de los egipcios, de modo que les prestaron todo lo que requerían; y saqu

El Señor le reveló esto a Abraham unos cuatrocientos años antes de que se cumpliera. “Y dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia será forastera en tierra que no es de ellos, y les servirá; y los afligirán cuatrocientos años. Y también [230] aquella nación, a la cual servirán, yo juzgaré, y después salen con gran sustancia”.

“Y subió también con ellos una multitud mezclada, y ovejas y vacas, y mucho ganado.” Los hijos de Israel salieron de Egipto con sus posesiones, que no eran de Faraón, porque

nunca se los habían vendido. Jacob y sus hijos llevaron consigo sus rebaños y ganado a Egipto. Los hijos de Israel se habían vuelto muy numerosos, y sus ovejas y vacas habían aumentado mucho. Dios había juzgado a los egipcios enviándoles las plagas , e hizo que apresuraran a su pueblo fuera de Egipto, con todo lo que poseían.

“Y aconteció que cuando Faraón hubo dejado ir al pueblo, Dios no los guió por el camino de la tierra de los filisteos, aunque estaba cerca; porque dijo Dios: No sea que, por ventura, el pueblo se arrepienta cuando vea la guerra, y se vuelva a Egipto. Pero Dios guió al pueblo por el camino del desierto del Mar Rojo. Y los hijos de Israel subieron enjaezados de la tierra de Egipto. Y Moisés tomó los huesos de José con él; porque fielmente había jurado a los hijos de Israel, diciendo: Ciertamente Dios os visitará, y llevaréis mis huesos de aquí con vosotros. Y partiendo de Sucot, asentaron en Etam, al cabo del desierto. Y el Señor iba delante de ellos de día en una columna de nube, para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego, para alumbrarles , para andar de día y de noche. No quitó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni la columna de fuego de noche ”.

El Señor sabía que los filisteos se opondrían a que pasaran por su tierra. Dirían de ellos: Robaron a sus amos en Egipto, y les habrían hecho la guerra.

Así Dios, llevándolos por el camino del mar, se reveló a sí mismo como un Dios compasivo, así como un Dios de juicio. El Señor le informó a Moisés que Faraón los perseguiría y le indicó dónde acampar frente al mar. Le dijo a Moisés que sería honrado ante Faraón y todo su ejército. Después de que los hebreos se habían ido de Egipto algunos días, los egipcios le dijeron a Faraón que habían huido y que nunca más regresarían para servirle. Y se entristecieron porque les habían permitido salir de Egipto. Fue una pérdida muy grande para ellos verse privados de sus servicios, y lamentaron haber consentido en dejarlos ir. A pesar de todo lo que habían sufrido con los juicios de Dios, estaban tan endurecidos por su continua rebelión que decidieron perseguir a los hijos de Israel y traerlos por la fuerza a Egipto. El rey tomó un

ejército muy grande, y seiscientos carros, y los persiguió y los alcanzó mientras estaban acampados junto al mar.

“Y cuando Faraón se acercó, los hijos de Israel alzaron [232] sus ojos, y he aquí, los egipcios marchaban tras ellos; y tuvieron mucho miedo; y los hijos de Israel clamaron al Señor.

Y dijeron a Moisés: Porque no había sepulcros en Egipto, ¿nos has llevado para que muramos en el desierto? ¿Por qué has hecho así con nosotros, para sacarnos de Egipto? ¿No es esta la palabra que te dijimos en Egipto, diciendo: Déjanos, para que sirvamos a los egipcios? Porque mejor nos hubiera sido servir a los egipcios, que morir en el desierto. Y Moisés dijo al pueblo: No temáis, estad quietos, y ved la salvación del Señor, la cual os mostrará hoy; porque a los egipcios que habéis visto hoy, no los volveréis a ver nunca más. El Señor peleará por vosotros, y vosotros callaréis”.

¡Qué pronto los israelitas desconfiaron de Dios! Habían sido testigos de todos sus juicios sobre Egipto para obligar al rey a dejar ir a Israel, y cuando su confianza en Dios fue probada, murmuraron, a pesar de que habían visto tales evidencias de su poder en su maravillosa liberación. En lugar de confiar en Dios en su necesidad, murmuraron al fiel Moisés, recordándole las palabras de incredulidad que pronunciaron en Egipto. Lo acusaron de ser la causa de toda su angustia. Los animó a confiar en Dios, y refrenar sus expresiones de incredulidad, y deberían ver lo que [233] el Señor haría por ellos. Moisés clamó fervientemente al Señor para que librar a su pueblo escogido.

“Y el Señor dijo a Moisés: ¿Por qué me llamas?

Di a los hijos de Israel que vayan adelante. Pero tú alza tu vara, y extiende tu mano sobre el mar, y divídelo, y los hijos de Israel pasarán en seco por en medio del mar.” Dios quería que Moisés entendiera que trabajaría por su pueblo, que su necesidad sería su oportunidad. Cuando deben ir tan lejos como puedan, debe ordenarles que sigan adelante; que debía usar la vara que Dios le había dado para dividir las aguas.

“Y yo, he aquí, yo endureceré el corazón de los egipcios, y los seguirán; y tendré mi gloria en Faraón y en todo su ejército, en sus carros y en su caballería. Y sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me hubiere

honra a Faraón, a sus carros y a su caballería. Y el ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó y fue detrás de ellos, y la columna de nube se apartó de delante de ellos y se puso detrás de ellos. Y vino entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel, y fue una nube y oscuridad para ellos, pero alumbró de noche para estos. de modo que el uno no se acercó al otro en toda la noche.

Los egipcios no podían ver a los hebreos, porque una nube de densa oscuridad estaba delante de ellos, la cual nube era toda luz para los israelitas. [234] Así Dios mostró su poder para probar a su pueblo, si confiarían en él después de darles tales muestras de su cuidado y amor por ellos, y para reprender su incredulidad y murmuración. “Y Moisés extendió su mano sobre el mar, y el Señor hizo que el mar retrocediera con un fuerte viento del este toda la noche, y convirtió el mar en tierra seca, y las aguas se dividieron. Y los hijos de Israel entraron en medio del mar sobre la tierra seca; y las aguas les eran por muro a su derecha y a su izquierda.” Las aguas subieron y se detuvieron, como muros congelados a ambos lados, mientras Israel caminaba en medio del mar sobre tierra seca.

La hueste egipcia estaba triunfando a través de esa noche que los hijos de Israel estaban nuevamente en su poder. Pensaron que no había posibilidad de escapar, porque ante ellos se extendía el Mar Rojo, y sus grandes ejércitos los seguían de cerca. Por la mañana, cuando subieron al mar, he aquí, había un camino seco, las aguas estaban divididas y se erguían como un muro a ambos lados, y los hijos de Israel estaban atravesando la mitad del mar, caminando sobre tierra firme. . Esperaron un rato para decidir qué curso sería mejor seguir. Estaban desilusionados y enfurecidos, porque, estando los hebreos casi en su poder, y estaban seguros de ellos, se les abrió un camino inesperado en el mar. Decidieron seguirlos. “Y los egipcios los persiguieron, y entraron tras ellos hasta en medio del mar, [235] toda la caballería de Faraón, sus carros y su gente de a caballo. Y aconteció que en la vigilia de la mañana Jehová miró al ejército de los egipcios a través de la columna de fuego y de nube, y turbó al ejército de los egipcios, y quitó las ruedas de sus carros, para que los condujeran. pesadamente, de modo que los egipcios dijeron: Huyamos de delante de Israel; porque el Señor pelea por ellos contra los egipcios.”

Los egipcios se atrevieron a aventurarse en el camino que Dios había preparado para su pueblo, y los ángeles de Dios atravesaron su hueste y quitaron las ruedas de sus carros. Estaban plagados. Su progreso fue muy lento, y comenzaron a tener problemas. Se acordaron de los juicios que el Dios de los hebreos les había hecho venir en Egipto, para obligarlos a dejar ir a Israel, y pensaron que Dios los entregaría a todos en manos de los israelitas. Decidieron que Dios peleaba por los israelitas, y tenían mucho miedo, y se estaban dando la vuelta para huir de ellos, cuando “Jehová dijo a Moisés: Extiende tu mano sobre el mar, para que las aguas vuelvan sobre los egipcios. , sobre sus carros y sobre Y Moisés extendió su mano sobre el mar, y el mar volvió a su fuerza cuando apareció la mañana, y los egipcios huyeron contra él; y el Señor derribó a los egipcios en medio del [236] mar. Y las aguas volvieron, y cubrieron los carros y la caballería, y todo el ejército de Faraón que había entrado en el mar tras ellos. No quedó ni uno solo de ellos. Mas los hijos de Israel anduvieron en seco en medio del mar; y las aguas les eran por muro a su derecha ya su izquierda. Así salvó Jehová aquel día a Israel de mano de los egipcios, e Israel vio a los egipcios muertos a la orilla del mar. E Israel vio la gran obra que el Señor hizo sobre los egipcios, y el pueblo temió al Señor y creyó al Señor y a su siervo Moisés”.

Mientras los hebreos eran testigos de la maravillosa obra de Dios en la destrucción de los egipcios, se unieron en un cántico inspirado de elevada elocuencia y alabanza agradecida. Miriam, la hermana de Moisés, una profetisa, dirigió a las mujeres en la música.

“Entonces Moisés y los hijos de Israel cantaron este cántico al Señor, y hablaron, diciendo: Cantaré al Señor, porque ha triunfado gloriosamente. Echó al caballo y a su jinete al mar. El Señor es mi fuerza y mi canción, y él se ha convertido en mi salvación; él es mi Dios, y le prepararé una habitación; el Dios de mi padre, y yo lo exaltaré.

“El Señor es un hombre de guerra. El Señor es su nombre. Echó en el mar los carros de Faraón y su hueste; sus capitanes escogidos también se ahogan en el Mar Rojo. Los abismos los han cubierto.

[237] Se hundieron en el fondo como una piedra. Tu diestra, oh Señor, se ha vuelto gloriosa en poder. Tu diestra, oh Señor, se ha precipitado en

pedazos al enemigo. Y en la grandeza de tu excelencia has derribado a los que se levantaron contra ti. Enviaste tu furor, que los consumió como a hojarasca. Y con el soplo de tus narices se juntaron las aguas, las corrientes se pararon como un montón, y los abismos se coagularon en el corazón del mar.

El enemigo dijo: Perseguiré, alcanzaré, repartiré el botín. Mi lujuria será satisfecha en ellos. Sacaré mi espada, mi mano los destruirá. Soplaste con tu viento, el mar los cubrió. Se hundieron como plomo en las aguas impetuosas.

“¿Quién como tú, oh Señor, entre los dioses? ¿Quién como tú, glorioso en santidad, temible en alabanzas, hacedor de prodigios? Extendiste tu mano derecha, la tierra se los tragó. Tú en tu misericordia has sacado al pueblo que has redimido. Los guiaste con tu fortaleza a tu santa morada. El pueblo oirá y temerá. El dolor se apoderará de los habitantes de Palestina. Entonces los duques de Edom se asombrarán; los valientes de Moab, el temblor se apoderará de ellos. Todos los habitantes de Canaán se desvanecerán. Temor y espanto caerán sobre ellos. Por la grandeza de tu brazo enmudecerán como una piedra, hasta que pase tu pueblo, oh Señor, hasta que pase este pueblo que tú compraste. Los traerás y los plantarás en el monte de tu heredad, en el lugar, oh Señor, que tú hiciste para morar, en el santuario, oh Señor, que tus manos establecieron.

“El Señor reinará por los siglos de los siglos. Porque el caballo de Faraón entró con sus carros y su gente de a caballo en el mar, y el Señor hizo volver las aguas del mar sobre ellos; pero los hijos de Israel pasaron en seco por en medio del mar.”

Faraón, que no reconocía a Dios ni se inclinaba ante su autoridad, se deleitaba en mostrar su poder como gobernante sobre aquellos a quienes podía controlar. Moisés le declaró a Faraón, después de que le pidiera al pueblo que hiciera ladrillos sin paja, que Dios, a quien pretendía no conocer, lo obligaría a ceder a sus demandas y reconocer su autoridad como gobernante supremo.

Había llegado el momento en que Dios contestaría las oraciones de su pueblo oprimido y los sacaría de Egipto con tan poderosas demostraciones de su poder que los egipcios se verían obligados a reconocer que el Dios de los hebreos, a quien habían de-

despreciado, estaba por encima de todos los dioses. Ahora los castigaría por su idolatría y por su orgullosa jactancia de las misericordias que sus dioses insensatos les concedían. Dios glorificaría su propio nombre, para que otras naciones oyeran de su poder y temblaran ante sus proezas, [239] y que su pueblo, al ser testigo de sus obras milagrosas, se volviera completamente de su idolatría para rendirle adoración pura.

Dios le ordenó a Moisés que le dijera a Faraón: “Por esta causa te he levantado para mostrar en ti mi poder”. Esto no significa que Dios le haya dado una existencia para ese propósito. Pero su providencia había anulado los acontecimientos de que un tirano tan rebelde como Faraón estuviera sobre el trono de Egipto en el momento en que Dios liberaría a los hebreos. Para este propósito su vida había sido preservada, aunque justamente había perdido la misericordia de Dios por sus crímenes. Sin embargo, Dios consideró oportuno perdonarle la vida para manifestar a través de su terquedad sus maravillas en la tierra de Egipto. Haría que la rebelión de Faraón contra él fuera la ocasión de multiplicar las evidencias de su poder para el bien de su pueblo, y para que su nombre fuera magnificado ante los egipcios, y llevado al conocimiento de los que después vivirían sobre la tierra. La disposición de los acontecimientos es de su providencia. Pudo haber colocado a un rey más misericordioso en el trono de Egipto, que no se hubiera atrevido a persistir en su rebelión con la demostración del gran poder de Dios manifestado ante él como lo fue ante Faraón. Pero entonces los propósitos de Dios no se habrían cumplido. Su pueblo habría sido engañado en cuanto a la pecaminosidad de la idolatría de los egipcios, y no habría experimentado en sí mismo la crueldad despiadada que los egipcios idólatras podían practicar. Dios manifestará [240] ante ellos que odia la idolatría, y que castigará la crueldad y la opresión dondequiera que exista.

Aunque muchos de los israelitas se habían corrompido por la idolatría, los fieles se mantuvieron firmes. No habían ocultado su fe, sino que reconocieron abiertamente ante los egipcios que servían al único Dios vivo y verdadero. Ellos ensayaron las evidencias de la existencia y el poder de Dios desde la creación hacia abajo. Los egipcios tuvieron la oportunidad de familiarizarse con la fe de los hebreos y su Dios. Habían tratado de subvertir a los fieles adoradores del verdadero Dios, y estaban molestos porque no lo habían logrado, ni con amenazas, ni con la promesa de recompensas, ni con tratos crueles.

Los dos últimos reyes que habían ocupado el trono de Egipto habían sido tiránicos y habían tratado con crueldad a los hebreos. Los ancianos de Israel se habían esforzado por alentar la fe en decadencia de los israelitas, refiriéndose a la promesa hecha a Abraham y las palabras proféticas de José justo antes de morir, prediciendo su liberación de Egipto. Algunos escucharían y creerían. Otros miraban su propia condición triste y no tenían esperanza. Los egipcios habían aprendido las expectativas de los hijos de Israel, y se burlaron de sus esperanzas de liberación, y hablaron con desdén del poder de su Dios. Les señalaron su propia situación como pueblo, como mera nación de esclavos, y les dijeron burlescamente: Si vuestro Dios es tan justo y [241] misericordioso, y posee un poder superior a los dioses egipcios, ¿por qué no os hace? un pueblo libre? ¿Por qué no manifestar su grandeza y poder, y exaltarte? Luego, los egipcios llamaron la atención de los israelitas sobre su propio pueblo, que adoraba dioses de su propia elección, a los que los israelitas denominaron dioses falsos. Dijeron con júbilo que sus dioses los habían prosperado y les habían dado alimento y vestido y grandes riquezas, y que sus dioses también habían entregado a los israelitas en sus manos para que los sirvieran, y que tenían poder para oprimirlos y destruir su vidas, para que no sean personas.

Se burlaron de la idea de que los hebreos alguna vez serían liberados de la esclavitud.

Faraón se jactó de que le gustaría ver a su Dios librarlos de sus manos. Estas palabras destruyeron las esperanzas de muchos de los hijos de Israel. Les pareció muy parecido a lo que habían dicho el rey y sus consejeros. Sabían que eran tratados como esclavos, y que debían soportar el grado de opresión que sus amos y gobernantes pudieran imponerles. Sus hijos varones habían sido cazados y asesinados. Sus propias vidas eran una carga, y creían y adoraban al Dios del cielo. Luego contrastaron su condición con la de los egipcios. No creían en absoluto en un Dios vivo, que tuviera poder para salvar o destruir.

Algunos de ellos adoraban ídolos, imágenes hechas de madera y piedra, mientras que otros optaron por adorar al sol, la luna y las estrellas, pero [242] fueron prósperos y ricos. Y algunos de los hebreos pensaron que si Dios estaba por encima de todos los dioses, no los dejaría como esclavos de una nación idólatra.

Los siervos fieles de Dios entendieron que fue por causa de su infidelidad a Dios como pueblo, y su disposición a casarse con otras naciones, y así ser llevados a la idolatría, que el Señor permitió que fueran a Egipto. Y declararon firmemente a sus hermanos que Dios pronto los sacaría de Egipto y rompería su yugo opresivo.

En la liberación de Israel de Egipto, Dios mostró claramente su distinguida misericordia a su pueblo, delante de todos los egipcios. Dios consideró adecuado ejecutar sus juicios sobre Faraón para que pudiera saber por triste experiencia, ya que de otro modo no estaría convencido, que su poder era superior a todos los demás. Para que su nombre sea proclamado por toda la tierra, dará prueba ejemplar y demostrativa a todas las naciones de su poder y justicia divinos. Fue el designio de Dios que estas exhibiciones de su poder fortalecieran la fe de su pueblo, y que su posteridad adorara con firmeza al único que había obrado tan misericordiosos prodigios a favor de ellos.

El milagro de la vara convirtiéndose en serpiente, y el río convirtiéndose en sangre, no conmovió el duro corazón de Faraón, sino que aumentó su odio hacia los israelitas. El trabajo de los magos le llevó a creer que estos milagros se hacían por arte de magia. Pero tenía abundante evidencia de que este no era el caso cuando se eliminó la plaga de ranas. Dios podría haberlos hecho desaparecer y volver al polvo en un momento; pero no hizo esto, no fuera que después de ser quitados, el rey y los egipcios dijeran que era el resultado de la magia, como el trabajo de los magos. Murieron, y luego los juntaron en montones. Sus cuerpos podían verse ante ellos, y corrompieron la atmósfera. Aquí el rey, y todo Egipto, tenían evidencias de las que su vana filosofía no podía disponer, que esta obra no era magia, sino un juicio del Dios del Cielo.

Los magos no pudieron producir los piojos. El Señor no permitiría que hicieran parecer ni siquiera a sus propios ojos, ni a los de los egipcios, que podían producir la plaga de los piojos. Quitaría toda excusa de incredulidad de Faraón. Obligó incluso a los mismos magos a decir: "Este es el dedo de Dios".

Luego vino la plaga de los enjambres de moscas. No eran esas moscas que nos molestan inofensivamente en algunas estaciones del año; pero las moscas traídas sobre Egipto eran grandes y venenosas. Su picadura fue

muy doloroso para el hombre y la bestia. Dios separó a su pueblo del [244] egipcios, y no permitieron que aparecieran moscas en sus costas.

Entonces el Señor envió la plaga de la mortandad sobre su ganado, y al mismo tiempo preservó el ganado de los hebreos, para que ninguno de ellos muriera. Luego vino la plaga del furúnculo sobre hombres y bestias, y los magos no pudieron protegerse de ella. Entonces el Señor envió sobre Egipto la plaga del granizo mezclado con fuego, con relámpagos y truenos. El tiempo de cada plaga se dio antes de que llegara para que no se pudiera decir que sucedió por casualidad. El Señor demostró a los egipcios que toda la tierra estaba bajo el mando del Dios de los hebreos, que los truenos, el granizo y la tempestad obedecen a su voz. Faraón, el rey orgulloso, que una vez preguntó: ¿Quién es el Señor para que deba obedecer su voz? se humilló y dijo: He pecado. El Señor es justo, y yo y mi pueblo somos malvados. Le rogó a Moisés que fuera su intercesor ante Dios para que cesaran los terribles truenos y relámpagos.

A continuación, el Señor envió la terrible plaga de las langostas. El rey eligió recibir las plagas en lugar de someterse a Dios. Sin remordimiento ve todo su reino bajo el milagro de estos terribles juicios. Entonces el Señor envió tinieblas sobre Egipto. La gente no solo estaba privada de luz, sino que la atmósfera era muy opresiva, de modo que la respiración era difícil, sin embargo, los hebreos tenían una atmósfera pura y luz en sus viviendas. Una plaga más terrible [245] que Dios trajo sobre Egipto, más severa que cualquier otra anterior. Fueron el rey y sus sacerdotes idólatras quienes se opusieron hasta lo último a la petición de Moisés. El pueblo deseaba que se permitiera a los hebreos salir de Egipto. Moisés relató a Faraón, y al pueblo de Egipto, también a los israelitas, la naturaleza y efecto de la última plaga. En esa noche, tan terrible para los egipcios, y tan gloriosa para el pueblo de Dios, fue instituida la solemne ordenanza de la pascua.

Fue muy duro para el rey egipcio y un pueblo orgulloso e idólatra, ceder a los requerimientos del Dios del Cielo. Muy lento fue el rey de Egipto en ceder. Mientras estaba bajo la más grave aflicción, cedería un poco, pero cuando la aflicción pasara, recuperaría todo lo que había concedido. Así, plaga tras plaga fue traída sobre Egipto, y no dio más de lo que se vio obligado a hacer por las terribles visitas de la ira de Dios. El rey incluso

persistió en su rebelión después de la ruina de Egipto. Moisés y Aarón relataron al faraón la naturaleza y el efecto de cada plaga que seguiría a su negativa a dejar ir a Israel. Cada vez que vio venir estas plagas exactamente como se le dijo que vendrían. Sin embargo, no cedió. Primero solo les daría permiso para sacrificar a Dios en la tierra de Egipto. Luego, después de que Egipto hubo sufrido por la ira de Dios, concedió que los hombres fueran solos. Después que Egipto estuvo a punto de ser destruido por la plaga de langostas, entonces él concedió que sus hijos y sus mujeres pudieran ir también; pero no dejaba ir su ganado. Entonces Moisés le dijo al rey que el ángel de Dios mataría a su primogénito.

Cada plaga se había acercado un poco más y se había hecho más severa, y ésta iba a ser más espantosa que ninguna anterior. Pero el rey orgulloso se enojó mucho y no se humilló. Y cuando los egipcios vieron los grandes preparativos que se estaban haciendo entre los israelitas para esa terrible noche, se burlaron de la señal de sangre en los postes de sus puertas. Pero cuando los egipcios, desde el rey en su trono hasta el siervo más humilde, fueron afligidos, y sus primogénitos fueron asesinados, entonces hubo llanto en todo Egipto. Entonces Faraón recordó su orgullosa jactancia: “¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel? No conozco al Señor, ni dejaré ir a Israel”. Se humilló y fue con sus consejeros y sus gobernantes a toda prisa a Gosén, y se inclinó ante Moisés y Aarón, y les ordenó que fueran y sirvieran a su Dios. Sus rebaños y vacas también deberían ir como ellos habían pedido. Les imploraron que se fueran, temiendo que si continuaban más, serían todos como hombres muertos. Faraón también le rogó a Moisés que lo bendijera, pensando en ese momento que una bendición del siervo de Dios lo protegería de los efectos posteriores de la terrible plaga.

[247]

Los israelitas salieron de Egipto a toda prisa, pero en orden. Estaban divididos en varios cuerpos, y cada división tenía su líder. La obstinación de Faraón fue tal que después que enterraron a sus muertos, y vieron que los terribles juicios de Dios habían cesado, se arrepintió de haberle dado permiso a Moisés para partir. Los egipcios lamentaron haber sido tan necios al pensar que la muerte de su primogénito fue el resultado del poder de Dios. Se preguntaban con amargura unos a otros: ¿Por qué hemos hecho esto y dejamos que Israel nos sirva? Faraón preparó un ejército bien equipado, compuesto por los sacerdotes

de sus dioses ídolos, y de los gobernantes, y de todos los grandes de su reino. Pensaron que si sus sacerdotes los acompañaban, estarían más seguros del éxito. Los más poderosos de Egipto fueron seleccionados para que pudieran intimidar a los israelitas con la gran demostración de su poder y grandeza. Pensaron que cuando la noticia llegara a otras naciones, que se verían obligados a rendirse al poder del Dios de Israel a quien habían despreciado, serían mirados con escarnio. Pero si fueran con gran pompa y trajeran a Israel de regreso con fuerza, redimirían su gloria y también tendrían nuevamente los servicios de los hijos de Israel. Alcanzaron a los hebreos en el Mar Rojo. Este lugar fue señalado para la última demostración del poder de Dios ante los encaprichados egipcios. Por la mañana llegaron al Mar Rojo y vieron a la hueste hebrea caminando por un sendero seco preparado para ellos en el mar, mientras [248] altos muros de agua se erguían a ambos lados, congelados por el poder de Dios. Esta exhibición del poder de Dios solo aumentó sus sentimientos de rebelión, y habían resistido por tanto tiempo tales manifestaciones, que se endurecieron, y en su ceguera se precipitaron en el camino que Dios había preparado milagrosamente para su pueblo. Entonces se cumplieron las palabras que el Señor dijo a Moisés: "Y ejecutaré juicio contra todos los dioses de Egipto. Yo soy el Señor." El juicio de Dios se manifestó en la destrucción total del ejército egipcio.

* * * * *

Capítulo 20—Sus viajes

Durante tres días los hijos de Israel viajaron por el desierto y no pudieron encontrar agua buena para beber. Sufrían de sed, y el pueblo murmuraba contra Moisés, diciendo: ¿Qué beberemos? Y clamó al Señor; y le mostró el Señor un árbol, el cual echándolo en las aguas, las aguas se endulzaron. Allí les dio un estatuto y una ordenanza, y allí los probó, y dijo: Si oyeres atentamente la voz de Jehová tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos, y guardas todos sus [249] estatutos, ninguna enfermedad de las que envié a los egipcios enviaré sobre ti; porque yo soy el Señor que te sana.”

Los hijos de Israel parecían poseer un corazón malvado de incredulidad. No estaban dispuestos a soportar las penalidades en el desierto. Cuando encontraban dificultades en el camino, las consideraban imposibles. Su confianza en Dios fallaría y no verían nada delante de ellos sino la muerte. “Y toda la congregación de los hijos de Israel murmuró contra Moisés y Aarón en el desierto. Y los hijos de Israel les dijeron: ¡Ojalá hubiéramos muerto por mano de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de carne, y cuando comíamos pan hasta saciarnos! Porque nos habéis sacado a este desierto para matar de hambre a toda esta congregación.

Realmente no habían sufrido las punzadas del hambre. Tenían comida para el presente, pero temían por el futuro. No podían ver cómo iba a subsistir el ejército de Israel, en sus largos viajes a través del desierto, con la comida sencilla que entonces tenían, y en su incredulidad vieron a sus hijos hambrientos. El Señor quiso que les faltara el alimento, y que se encontraran con dificultades, que sus corazones se volvieran a Aquel que hasta entonces los había ayudado, para que pudieran creer en él. Estaba listo para ser para ellos una ayuda presente. Si en su necesidad lo invocaran [250] , les manifestaría muestras de su amor, y continuo

cuidado. Pero parecían no estar dispuestos a confiar en el Señor más allá de lo que podían presenciar ante sus ojos las continuas evidencias de su poder. Si hubieran poseído verdadera fe y una firme confianza en Dios, los inconvenientes y obstáculos, o incluso el verdadero sufrimiento, habrían sido soportados con alegría, después de que el Señor había obrado de una manera tan maravillosa para su liberación de la servidumbre. Además, el Señor les prometió que si obedecían sus mandamientos, ninguna enfermedad se posaría sobre ellos; porque dice: "Yo soy el Señor que te sana".

Después de esta segura promesa de Dios, fue una incredulidad criminal en ellos anticipar que ellos mismos y sus hijos podrían morir de hambre. Habían sufrido mucho en Egipto por estar sobrecargados de trabajo. Sus hijos habían sido condenados a muerte, y en respuesta a sus oraciones de angustia, Dios los había librado misericordiosamente. Él prometió ser su Dios, y tomarlos como pueblo para sí, y conducirlos a una tierra grande y buena. Pero estaban dispuestos a desmayarse ante cualquier sufrimiento que tuvieran que soportar en el camino a esa tierra. Habían aguantado mucho al servicio de los egipcios; pero ahora no podía soportar el sufrimiento en el servicio de Dios. Estaban listos para rendirse ante las dudas sombrías y hundirse en el desánimo, cuando fueron probados. Murmuraron contra el devoto siervo de Dios, Moisés, y le acusaron de todas sus pruebas, y expresaron un malvado deseo de haberse quedado en Egipto, donde podrían sentarse junto a las ollas de carne [251] y comer pan hasta saciarse.

La incredulidad y las murmuraciones de los hijos de Israel ilustran al pueblo de Dios ahora sobre la tierra. Muchos miran hacia atrás y se maravillan de su incredulidad y continuas murmuraciones, después de que el Señor había hecho tanto por ellos, al darles repetidas evidencias de su amor y cuidado por ellos. Piensan que no deberían haberse mostrado tan desagradecidos. Pero algunos que así piensan, murmuran y se quejan de cosas de menor importancia. No se conocen a sí mismos. Dios los prueba con frecuencia y prueba su fe en cosas pequeñas, y no soportan la prueba mejor que el antiguo Israel.

Muchos tienen suplidas sus necesidades presentes, pero no confiarán en el Señor para el futuro. Manifiestan incredulidad y se hunden en el desánimo y la tristeza ante la necesidad anticipada. Algunos están en continuos problemas por temor a que lleguen a la miseria, y sus hijos sufran. Cuando surgen dificultades, o cuando son llevadas a lugares estrechos, cuando

su fe y amor a Dios son probados, retroceden ante la prueba y murmuran del proceso por el cual Dios ha elegido purificarlos. Su amor no resulta puro y perfecto, para soportar todas las cosas. La fe del pueblo del Dios del cielo debe ser fuerte, activa y duradera, la certeza de lo que se espera. Entonces el lenguaje de los tales será: Bendice al Señor, oh alma mía, y todo lo que está dentro de mí, [252] bendice su santo nombre; porque me ha hecho bien. Algunos consideran que la abnegación es sufrimiento real. Se complacen los apetitos depravados. Y una restricción sobre el apetito malsano llevaría incluso a muchos cristianos profesos a retroceder ahora, como si el hambre real fuera la consecuencia de una dieta sencilla. Y, como los hijos de Israel, preferirían la esclavitud, los cuerpos enfermos e incluso la muerte, antes que verse privados de las ollas de carne. Pan y agua es todo lo que se promete al remanente en el tiempo de angustia.

“Y cuando subió el rocío que había puesto, he aquí, sobre la faz del desierto había una cosa pequeña y redonda, tan pequeña como la escarcha, sobre el suelo. Y viéndolo los hijos de Israel, se decían unos a otros: Maná es; porque no sabían lo que era. Y Moisés les dijo: Este es el pan que el Señor os da para comer. Esto es lo que ha mandado el Señor: Recoged de él cada uno según su comida, un gomer para cada hombre, según el número de vuestras personas; tomad cada uno para los que están en sus tiendas.

“Y así lo hicieron los hijos de Israel, y juntaron unos más, otros menos. Y cuando lo midieron con un omer, al que recogió mucho no le sobraba, y al que recogía poco no le faltaba. Recogieron a cada uno según su comida. Y dijo Moisés: Ninguno deje de ello para la mañana. Sin embargo, no escucharon [253] a Moisés; pero algunos de ellos dejaron de ella hasta la mañana, y se criaron gusanos y apestaba. Y Moisés se enojó con ellos. Y la recogían cada mañana, cada uno según su comida, y cuando el sol calentaba, se derretía.

“Y aconteció que al sexto día recogieron el doble de pan, dos gomers para un hombre. Y vinieron todos los príncipes de la congregación y se lo dijeron a Moisés. Y él les dijo: Esto es lo que ha dicho el Señor: Mañana es el reposo del sábado santo para el Señor. Cocine lo que cocerá hoy, y cocine lo que cocerá; y lo que sobrare, guardad

para ti, para ser guardado hasta la mañana. Y lo guardaron hasta la mañana, como Moisés mandó, y no apestó, ni hubo en él gusano alguno. Y Moisés dijo: Come eso hoy; porque hoy es sábado para el Señor. Hoy no lo hallaréis en el campo. Seis días la recogeréis; mas el séptimo día, que es el día de reposo, no habrá en él.”

El Señor no es menos particular ahora con respecto a su sábado que cuando dio las instrucciones especiales anteriores a los hijos de Israel. Les pidió que cocieran lo que coceran y cocieran (es decir, hervir) lo que coceran en el sexto día, como preparación para el resto del sábado. Aquellos que no se preparan para el sábado en el sexto día, y que cocinan comida en el sábado, violan el cuarto mandamiento y son transgresores de la ley de Dios. Todos los que están realmente ansiosos por observar el Sábado [254] de acuerdo con el mandamiento, no cocinarán ningún alimento en el Sábado. Ellos, en el temor de ese Dios que dio su ley desde el Sinaí, se negarán a sí mismos y comerán alimentos preparados en el sexto día, incluso si no son tan sabrosos. Dios prohibió a los hijos de Israel hornear y hervir en sábado. Esa prohibición debe ser considerada por todo observador del sábado como un mandato solemne de Jehová para ellos. El Señor protegerá a su pueblo de la glotonería en el día de reposo, que ha apartado para la meditación y la adoración sagradas.

El día de reposo del Señor es un día de descanso del trabajo, y la dieta en ese día debería ser más sencilla y participar en menos cantidades que en los seis días laborables, porque no tienen ese ejercicio en el día de reposo que necesitan. tener sobre los otros días de la semana. Muchos han errado al no practicar la abnegación en sábado. Al participar de comidas completas, como en los seis días de trabajo, sus mentes se nublan. Son estúpidos y, a menudo, somnolientos. Algunos sufren de dolor de cabeza. Los tales no tienen verdaderos sentimientos de devoción en el día de reposo, y la bendición que descansa sobre el día de reposo no resulta ser una bendición para ellos. Los enfermos y los que sufren requieren cuidado y atención el sábado, así como los otros seis días de la semana. Y puede ser necesario para su comodidad preparar alimentos y bebidas calientes en sábado. En tales casos, no es [255] una violación del cuarto mandamiento hacerlos

como sea posible. El gran Legislador es un Dios de compasión así como de justicia.

Dios manifestó su gran cuidado y amor por su pueblo al enviarles pan del Cielo. “El hombre comió pan de ángeles.” Es decir, alimento provisto para ellos por los ángeles. En el triple milagro del maná, una cantidad doble en el sexto día, y nada en el séptimo, y su mantenimiento fresco durante el sábado, mientras que en otros días se volvería inservible para su uso, estaba diseñado para impresionarlos con el santidad del sábado. Después de haber sido provistos abundantemente de alimentos, se avergonzaron de su incredulidad y sus murmuraciones, y prometieron confiar en el Señor para el futuro. Pero pronto olvidaron su promesa y fracasaron en la primera prueba de su fe. Partieron del desierto de Sin y acamparon en Rephidim, y no había agua para que el pueblo bebiera. “Por tanto, el pueblo reprendió a Moisés, y dijo: Dan. Y Moisés les dijo: ¿Por qué me reprendéis? ¿Por qué tentáis al Señor? Y el pueblo tuvo allí sed de agua; y el pueblo murmuró contra Moisés, y dijo: ¿Por qué nos has hecho subir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestro ganado? Y Moisés clamó al Señor, diciendo: ¿Qué haré con este pueblo? Estarán casi a punto de apedrearme. Y [256] el Señor dijo a Moisés: Pasa delante del pueblo, y toma contigo de los ancianos de Israel, y tu vara con que golpeaste el río, tómala en tu mano, y vete. He aquí, yo estaré delante de ti allí sobre la peña en Horeb, y tú herirás la peña, y saldrán aguas de ella, para que beba el pueblo. Y Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Y llamó el nombre de aquel lugar Masah y Meriba, a causa de las reprensiones de los hijos de Israel, y porque tentaron al Señor, diciendo: ¿Está el Señor entre nosotros, o no?

Dios mandó a los hijos de Israel a acampar en ese lugar, donde no había agua, para probarlos, para ver si en su angustia lo miraban, o murmuraban, como lo habían hecho anteriormente. En vista de lo que Dios había hecho por ellos en su maravillosa liberación, deberían haber creído en él en su angustia. Debieron haber sabido que no permitiría que perecieran de sed los que había prometido tomar para sí como su pueblo. Pero en lugar de suplicar al Señor con humildad que provea para su necesidad,

murmuraron contra Moisés y le pidieron agua. Dios había estado continuamente manifestando su poder de manera maravillosa ante ellos para hacerles entender que todos los beneficios que debían recibir, venían de él; que podía darlos, o quitarlos, según su propia voluntad. A veces tenían un sentido completo de esto, y se humillaron mucho ante el Señor. Pero [257] cuando tenían sed o hambre, se lo cargaban todo a Moisés, como si hubieran salido de Egipto para complacerlo. Moisés se entristeció con sus crueles murmuraciones. Preguntó al Señor qué debía hacer, porque el pueblo estaba a punto de apedrearlo. El Señor le ordenó que fuera y golpeara la roca con la vara de Dios. La nube de su gloria reposaba directamente ante la roca. “Cortó la peña en el desierto, y les dio a beber como de grandes abismos. Sacó también arroyos de la peña, e hizo correr aguas como ríos.” Moisés golpeó la roca, pero fue Cristo quien estuvo a su lado e hizo que el agua fluyera de la roca de pedernal. El pueblo tentó al Señor en su sed, y dijo: Si Dios nos ha sacado acá, ¿por qué no nos da agua además de pan? Eso mostró una incredulidad criminal e hizo que Moisés temiera que Dios los castigaría por sus malvadas murmuraciones. El Señor probó la fe de su pueblo, pero no soportaron la prueba. Murmuraron por comida y por agua, y se quejaron de Moisés. A causa de su incredulidad, Dios permitió que sus enemigos les hicieran la guerra, para poder manifestar a su pueblo de dónde procedía su fuerza.

“Entonces vino Amalek, y peleó con Israel en Rephidim. Y Moisés dijo a Josué: Escógenos varones, y sal, pelea con Amalek. Mañana estaré sobre la cima del monte con la vara de Dios en mi mano. Entonces Josué hizo como Moisés le había dicho, [258] y peleó con Amalek. Y Moisés, Aarón y Hur subieron a la cumbre del monte. Y aconteció que cuando Moisés levantó su mano, Israel prevaleció; y cuando él bajó su mano, Amalek prevaleció. Pero las manos de Moisés estaban pesadas; y tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y él se sentó sobre ella; y Aarón y Hur levantaron sus manos, uno de un lado, y el otro del otro lado; y sus manos estuvieron firmes hasta la puesta del sol.”

Moisés levantó sus manos hacia el Cielo, con la vara de Dios en su mano derecha, suplicando la ayuda de Dios. Entonces prevaleció Israel, e hizo retroceder a sus enemigos. Cuando Moisés bajó sus manos fue

visto que Israel pronto perdió todo lo que había ganado, y estaba siendo vencido por sus enemigos. Moisés nuevamente levantó sus manos hacia el Cielo, e Israel prevaleció, y el enemigo fue rechazado.

Este acto de Moisés, alzando sus manos hacia Dios, fue para enseñar a Israel que mientras hicieran de Dios su confianza, y se aferraran a su fuerza, y exaltaran su trono, él pelearía por ellos y sometería a sus enemigos. Pero cuando dejaran de aferrarse a su fuerza y confiaran en su propio poder, serían aún más débiles que sus enemigos, que no tenían el conocimiento de Dios, y sus enemigos prevalecerían sobre ellos. Entonces Josué “inquietó [259] a Amalec ya su pueblo a filo de espada. Y el Señor dijo a Moisés: Escribe esto para memoria en un libro, y exprésalo en los oídos de Josué; porque destruiré del todo la memoria de Amalec de debajo del cielo. Y edificó Moisés un altar, y llamó su nombre Jehová-nisi, porque dijo: Por cuanto Jehová ha jurado que Jehová hará guerra contra Amalec de generación en generación.” Si los hijos de Israel no hubieran murmurado contra el Señor, él no habría permitido que sus enemigos les hicieran la guerra.

Antes de que Moisés saliera de Egipto, envió a su esposa e hijos a su suegro. Y después que Jetro se enteró de la maravillosa liberación de los israelitas de Egipto, visitó a Moisés en el desierto y le trajo a su esposa e hijos. “Y salió Moisés a recibir a su suegro, e hizo reverencia, y lo besó; y se preguntaron unos a otros cómo estaban, y entraron en la tienda. Y contó Moisés a su suegro todo lo que Jehová había hecho a Faraón ya los egipcios por causa de Israel, y todo el trabajo que les había sobrevenido en el camino, y cómo los había librado Jehová. Y Jetro se regocijó por todo el bien que el Señor había hecho a Israel, a quien había librado de mano de los egipcios. Y Jetro dijo: Bendito sea el Señor, que os ha librado de la mano de los egipcios, y de la mano de Faraón, que ha librado al pueblo de la mano de los egipcios. Ahora sé que [260] el Señor es más grande que todos los dioses; porque en lo que se ensoberbecieron, él estaba por encima de ellos. Y Jetro, el suegro de Moisés, tomó holocaustos y sacrificios para Dios. Y vino Aarón y todos los ancianos de Israel a comer pan con el suegro de Moisés.

El ojo perspicaz de Jetro pronto vio que las cargas sobre Moisés eran muy grandes, ya que el pueblo le presentaba todos los asuntos difíciles, y él los instruía con respecto a los estatutos y la ley de Dios. Él le dijo a Moisés: “Escucha ahora mi voz. Te aconsejaré, y Dios estará contigo. Sé tú del pueblo hacia Dios, para que lleves las causas a Dios. Y les enseñarás ordenanzas y leyes, y les mostrarás el camino por donde han de andar, y la obra que han de hacer. Además, tomarás de entre todo el pueblo hombres capaces, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; decenas Y que juzguen al pueblo en todo tiempo. Y acontecerá que todo gran asunto te traerán; pero cada asunto pequeño lo juzgarán. Así te será más fácil, y ellos llevarán la carga contigo. Si haces esto, y Dios te lo manda, entonces podrás resistir, y también todo este pueblo irá en paz a su lugar. Entonces Moisés escuchó la voz de su suegro e hizo todo lo que él le había dicho. y [261]

Moisés escogió hombres capaces de entre todo Israel y los hizo jefes sobre el pueblo, príncipes de mil, príncipes de centenas, príncipes de cincuenta y príncipes de decenas. Y juzgaban al pueblo en todo tiempo. Las causas difíciles las trajeron a Moisés, pero cada asunto pequeño lo juzgaron ellos mismos. Y Moisés dejó partir a su suegro; y se fue a su propia tierra.”

Moisés no estaba por encima de ser instruido por su suegro. Dios lo había exaltado grandemente y obrado maravillas por su mano. Sin embargo, Moisés no razonó que Dios lo había elegido para instruir a otros, y que había logrado cosas maravillosas por su mano, y por lo tanto no necesitaba ser instruido. Con mucho gusto escuchó las sugerencias de su suegro y adoptó su plan como un arreglo sabio.

* * * * *

Capítulo 21—La ley de Dios

Después de que los hijos de Israel partieron de Refidim, llegaron al “desierto de Sinaí, y acamparon en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte. Y Moisés subió a Dios, y el Señor lo llamó desde la montaña, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob, y dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto lo que hice con los egipcios, y cómo os sostuve sobre alas de águila, y os traje a mí. Ahora, por lo tanto, si en verdad escucháis mi voz, y guardáis mi pacto, entonces me seréis un tesoro especial entre todos los pueblos; porque toda la tierra es mía. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes y una nación santa. Estas son las palabras que hablarás a los hijos de Israel. Y Moisés vino y llamó a los ancianos del pueblo, y puso delante de sus rostros todas estas palabras que el Señor le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés volvió las palabras del pueblo al Señor.”

El pueblo de aquí entró en un pacto solemne con Dios, y lo aceptó como su gobernante, por el cual se convirtieron en los súbditos peculiares de su autoridad divina. “Y el Señor dijo a Moisés: He aquí, vengo a ti en una espesa nube, para que el pueblo oiga cuando hablo contigo, y te crea para siempre”. Cuando los hebreos encontraron dificultades en el camino, se dispusieron a murmurar contra Moisés y Aarón, y acusarlos de sacar al ejército de Israel de Egipto para destruirlos. Dios honraría a Moisés delante de ellos, para que fueran inducidos a confiar en sus instrucciones y supieran que había puesto su Espíritu sobre él.

Entonces el Señor le dio a Moisés instrucciones expresas con respecto a preparar al pueblo para que él se acercara a ellos a fin de que pudieran escuchar [263] su ley pronunciada, no por ángeles, sino por él mismo. “Y el Señor dijo a Moisés: Ve al pueblo, y santifícalos hoy y mañana, y que laven sus vestidos, y estén listos para el tercer día; porque al tercer día el Señor descenderá a la vista de todos los

pueblo sobre el monte Sinaí.” Se requería que la gente se abstuviera del trabajo y el cuidado mundanos, y que poseyera pensamientos devocionales. Dios les exigió también que lavaran su ropa. No es menos particular ahora que entonces. Él es un Dios de orden, y requiere que su pueblo ahora sobre la tierra observe hábitos de estricta limpieza. Y los que adoran a Dios con ropas y personas inmundas no se presentan ante él de manera aceptable. No está complacido con su falta de reverencia hacia él, y no aceptará el servicio de adoradores inmundos, porque insultan a su Hacedor. El Creador de los cielos y de la tierra consideró de tanta importancia la limpieza que dijo: “Y que laven sus vestidos”.

“Y pondrás límites al pueblo en derredor, diciendo: Mirad por vosotros mismos, que no subáis al monte, ni toquéis sus límites. Cualquiera que toque el monte, ciertamente morirá . Ni una mano lo tocará, sino que será apedreado o traspasado, sea animal o sea hombre, no vivirá.

Cuando la trompeta suene largamente, subirán al monte”.

Este mandamiento estaba destinado a imprimir en la mente de este pueblo rebelde una profunda veneración a Dios, autor y autoridad [264] de sus leyes.

“Y sucedió que al tercer día por la mañana, hubo truenos y relámpagos, y una espesa nube sobre el monte, y el sonido de la trompeta muy fuerte, de modo que todo el pueblo que estaba en el campamento se estremeció. ” La hueste angélica que asistía a la divina Majestad convocó al pueblo con un sonido semejante al de una trompeta, que fue sonando más y más fuerte hasta que toda la tierra tembló.

“Y Moisés sacó al pueblo del campamento para encontrarse con Dios; y se detuvieron en la parte inferior del monte. Y todo el monte Sinaí humeaba, porque el Señor descendió sobre él en fuego, y el humo de él subía como el humo de un horno, y todo el monte tembló en gran manera”. La divina Majestad descendió en una nube con un séquito glorioso de ángeles, que aparecieron como llamas de fuego.

“Y cuando la voz de la trompeta sonó largamente, y se hizo más y más fuerte, Moisés habló, y Dios le respondió con una voz. Y el Señor descendió sobre el monte Sinaí, sobre la cima del monte, y el Señor llamó a Moisés a la cima del monte, y Moisés

subió Y el Señor dijo a Moisés: Desciende, manda al pueblo, no sea que se abran paso hacia el Señor para mirar, y perezcan muchos de ellos. Y que también los sacerdotes que se acercan al [265] Señor, se santifiquen, para que el Señor no haga estallar sobre ellos". Así el Señor, con gran grandeza, pronuncia su ley desde el Sinaí, para que el pueblo crea. Luego acompaña la entrega de su ley con exhibiciones sublimes de su autoridad, para que sepan que él es el único Dios vivo y verdadero. A Moisés no se le permitió entrar dentro de la nube de gloria, sino solo acercarse y entrar en la densa oscuridad que la rodeaba. Y se interpuso entre el pueblo y el Señor.

Después de que el Señor les hubo dado tales evidencias de su poder, les dice quién es. "Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de servidumbre". El mismo Dios que exaltó su poder entre los egipcios ahora habla su ley.

"No tendrás dioses ajenos delante de mí.

"No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las servirás; porque yo, el Señor tu Dios, soy Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares de los que me aman y guardan mis mandamientos.

"No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; por el Señor no dará por inocente al que tomare su nombre en vano.

[266] "Acuérdate del día de reposo, para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no harás en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu ganado, ni tu extranjero. que está dentro de tus puertas, porque en seis días hizo el Señor los cielos y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay, y descansó el séptimo día; por tanto, el Señor bendijo el día de reposo y lo santificó.

"Honra a tu padre ya tu madre, para que tus días se alarguen sobre la tierra que Jehová tu Dios te da.

"No matarás.

"No deberás cometer adulterio.

"No has de robar.

"No darás falso testimonio contra tu prójimo.

"No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo".

El primer y segundo mandamiento pronunciados por Jehová son preceptos contra la idolatría, la cual, si se practica, llevaría a los hombres a grandes extremos en el pecado y la rebelión, y daría como resultado la ofrenda de sacrificios humanos. Dios protegería contra el menor acercamiento a tales abominaciones. Los primeros cuatro mandamientos fueron dados para mostrar a los hombres su deber hacia Dios. El cuarto es el vínculo de conexión entre el gran Dios y el hombre. El sábado, especialmente, fue dado para el [267] beneficio del hombre y para el honor de Dios. Estos últimos seis preceptos muestran el deber del hombre para con su prójimo.

El sábado debía ser una señal entre Dios y su pueblo para siempre. De esta manera iba a ser una señal: todos los que debían observar el sábado significaban por tal observancia que eran adoradores del Dios viviente, el Creador de los cielos y la tierra. El sábado debía ser una señal entre Dios y su pueblo mientras tuviera un pueblo sobre la tierra para servirle.

"Y vio el pueblo los truenos y los relámpagos, y el sonido de la trompeta, y el monte que humeaba; y cuando el pueblo lo vio, se apartó y se puso de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos. Y Moisés dijo al pueblo: No temáis, porque Dios ha venido para probaros, y para que su temor esté delante de vuestros rostros, para que no pequéis. Y el pueblo se paró a lo lejos, y Moisés se acercó a las densas tinieblas donde estaba Dios. Y el Señor dijo a Moisés: Así dirás a los hijos de Israel: Vosotros habéis visto que os he hablado desde el Cielo". La majestuosa presencia de Dios en el Sinaí, y las conmociones en la tierra ocasionadas por su presencia, los temibles truenos y relámpagos que acompañaron esta visita de Dios, impresionaron tanto las mentes de la gente con temor y reverencia a su sagrada majestad, que instintivamente se apartaron [268] de la terrible presencia de Dios, para no ser capaces de soportar su terrible gloria.

De nuevo Dios protegería a los hijos de Israel de la idolatría. Él les dijo: No haréis conmigo dioses de plata, ni

os haréis dioses de oro.” Estaban en peligro de imitar el ejemplo de los egipcios y de hacerse imágenes para representar a Dios.

El Señor le dijo a Moisés: “He aquí, yo envío un ángel delante de ti, para que te guarde en el camino, y te lleve al lugar que he preparado. Guárdense de él y obedezcan su voz, no lo provoquen; porque él no perdonará vuestras transgresiones; porque mi nombre está en él. Pero si en verdad oyes su voz, e hicieres todo lo que yo hable, entonces seré enemigo de tus enemigos, y adversario de tus adversarios. Porque mi ángel irá delante de ti, y te llevará a los amorreos, heteos, ferezeos, cananeos, heveos y jebuseos; y los cortaré.”

El ángel que iba delante de Israel era el Señor Jesucristo. “No te inclinarás a sus dioses, ni los servirás, ni harás según sus obras; pero tú los destruirás por completo, y quebrarás por completo sus imágenes. Y a Jehová vuestro Dios serviréis, y él bendecirá vuestro pan y vuestras aguas; y quitaré toda enfermedad de en medio de ti.”

[269] Dios quiere que su pueblo comprenda que sólo él debe ser el objeto de su adoración; y cuando venzan a las naciones idólatras que los rodean, no deben preservar ninguna de las imágenes de su adoración, sino destruirlas por completo. Muchas de estas deidades celestiales eran muy costosas y de hermosa mano de obra, lo que podría tentar a aquellos que habían presenciado la adoración de ídolos, tan comunes en Egipto, incluso a considerar estos objetos sin sentido con cierto grado de reverencia. El Señor quiere que su pueblo sepa que fue a causa de la idolatría de estas naciones, que los había llevado a todo grado de iniquidad, que Él usaría a los israelitas como sus instrumentos para castigarlos y destruir sus dioses.

“Enviaré mi temor delante de ti, y destruiré a todos los pueblos adonde llegarás, y haré que todos tus enemigos te vuelvan la espalda. Y enviaré avispas delante de ti, que echarán de delante de ti al heveo, al cananeo y al heteo . No los echaré de delante de ti en un año, no sea que la tierra quede desolada, y las bestias del campo se multipliquen contra ti. Poco a poco los echaré de delante de ti, hasta que crezcas y heredes la tierra. Y fijaré tus límites desde el mar Rojo hasta el mar de los filisteos, y desde el

desierto hasta el río; porque entregaré en tu mano a los moradores de la tierra, y tú los echarás de delante de ti. No harás pacto con ellos, ni con sus dioses. No habitarán en tu tierra, no sea que te hagan pecar contra mí; porque si sirves a sus dioses, ciertamente será una trampa para ti.”

Estas promesas de Dios a su pueblo estaban a condición de su obediencia. Si sirvieran al Señor plenamente, Él haría grandes cosas por ellos. Después que Moisés hubo recibido los juicios del Señor, y los hubo escrito para el pueblo, también las promesas, con la condición de obediencia, el Señor le dijo: Sube al Señor, tú y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel, y adorad desde lejos. Y solo Moisés se acercará al Señor; pero no se acercarán, ni el pueblo subirá con él. Y vino Moisés y contó al pueblo todas las palabras del Señor, y todos los juicios; y todo el pueblo respondió a una voz, y dijo: Todas las palabras que Jehová ha dicho, haremos .

Moisés había escrito, no los diez mandamientos, sino los juicios que Dios quería que observaran, y las promesas, con la condición de que le obedecieran. Leyó esto al pueblo, y ellos se comprometieron a obedecer todas las palabras que el Señor había dicho. Entonces Moisés escribió su juramento solemne en un libro y ofreció sacrificio a Dios por el pueblo. “Y tomó el libro del pacto, y lo leyó en presencia del pueblo, y dijeron: Todo lo que el Señor ha dicho, haremos, y seremos obedientes. Y Moisés tomó la sangre, y la roció sobre el pueblo, y dijo: He aquí la sangre [271] del pacto que el Señor ha hecho con vosotros acerca de todas estas palabras.” El pueblo repitió su solemne promesa al Señor de obedecer todo lo que él había dicho y ser obediente.

Moisés obedeció el mandato de Dios y tomó consigo a Aarón, Nadab y Abiú, con setenta de los ancianos más influyentes de Israel, que lo habían ayudado en su obra, y los colocó a tal distancia que pudieran contemplar la majestad del divino presencia, mientras el pueblo debe adorar al pie del monte. “Y vieron al Dios de Israel, y había debajo de sus pies como un embaldosado de piedra de zafiro, como el cuerpo del cielo en su claridad. Y sobre los nobles de los hijos de Israel no puso su mano. También vieron a Dios, y comieron y bebieron”.

No contemplaron la persona de Dios, sino sólo la gloria inexpressable que lo rodeaba. Antes de esto, si hubieran contemplado tal gloria sagrada, no podrían haber vivido, porque no estaban preparados para ella. Pero las exhibiciones del poder de Dios los habían llenado de temor, lo cual produjo en ellos el arrepentimiento por sus transgresiones pasadas. Amaban y reverenciaban a Dios, y se habían estado purificando y contemplando su gran gloria, pureza y misericordia, hasta que pudieron acercarse más a aquel que había sido el tema de todas sus meditaciones. Dios había envuelto su gloria con una espesa nube, [272] para que la gente no pudiera verla. El oficio de los ancianos que Moisés tomó con él fue ayudarlo a guiar al ejército de Israel a la tierra prometida. Esta obra fue de tal magnitud que Dios condescendió en poner su Espíritu sobre ellos. Los honró con una visión más cercana de la gloria que rodeaba a su exaltada majestad, para que pudieran desempeñar con sabiduría su parte en la obra que les había sido asignada de guiar a su pueblo con su temor y gloria continuamente delante de ellos.

“Y Jehová dijo a Moisés: Sube a mí al monte, y espera allí, y te daré tablas de piedra, y la ley, y mandamientos que he escrito, para que los enseñes.

Y se levantó Moisés, y su ministro Josué; y Moisés subió al monte de Dios. Y dijo a los ancianos: Quedaos aquí por nosotros hasta que volvamos a vosotros; y he aquí, Aarón y Hur están contigo; si alguno tiene asuntos que hacer, venga a ellos. Y Moisés subió al monte, y una nube cubrió el monte. Y la gloria del Señor reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la vista de la gloria del Señor era como fuego consumidor sobre la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel. Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y Moisés estuvo en el monte cuarenta días y cuarenta noches.”

[273] Incluso Moisés no pudo subir de inmediato al monte, porque no pudo acercarse inmediatamente a Dios y soportar las exhibiciones de su gloria. Seis días estuvo preparándose para encontrarse con Dios. Sus pensamientos y sentimientos comunes deben ser desechados. Durante seis días estuvo dedicando sus pensamientos a Dios y santificándose mediante la meditación y la oración, antes de poder estar preparado para conversar con Dios.

Después de que el Señor le dio instrucciones a Moisés con respecto al santuario, nuevamente le dio instrucciones especiales con respecto a su sábado. Y luego entregó desde la nube con sus propias manos divinas las tablas de piedra a Moisés, en las que había grabado con su propio dedo los diez mandamientos.

Pero mientras Moisés recibía instrucciones especiales de Dios, los hijos de Israel se corrompían al pie del monte. “Y cuando el pueblo vio que Moisés tardaba en bajar del monte, se reunió el pueblo con Aarón y le dijeron: Levántate, haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y Aarón les dijo: Quitad los zarcillos de oro que están en las orejas de vuestras mujeres, de vuestros hijos y de vuestras hijas, y traédmelos. Y todo el pueblo se rompió los zarcillos de oro que tenían en las orejas, y se los trajeron a Aarón. Y él los recibió de mano de ellos, y lo modeló con un cincel, después de haberlo hecho un becerro de fundición. Y dijeron: Estos son tus dioses, oh Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y cuando Aarón lo vio, edificó un altar delante de él, y Aarón pregonó, y dijo: Mañana es fiesta para el Señor. Y al día siguiente madrugaron, y ofrecieron holocaustos, y trajeron ofrendas de paz; y el pueblo se sentó a comer y a beber, y se levantó a jugar.”

Fue la multitud mixta que vino de Egipto con los israelitas los principales impulsores de este terrible alejamiento de Dios. Fueron llamados una multitud mixta, porque los hebreos se habían casado con los egipcios.

Los hijos de Israel habían visto a Moisés subir al monte y entrar en la nube mientras la cima del monte estaba en llamas. Esperaron su regreso todos los días, y como no bajó del monte tan pronto como esperaban, se impacientaron. Especialmente fueron los egipcios creyentes, que salieron de Egipto con la hueste hebrea, impacientes y rebeldes.

Una gran compañía se reunió alrededor de la tienda de Aarón y le dijeron que Moisés nunca regresaría, que la nube que hasta entonces los había guiado ahora descansaba sobre el monte y ya no dirigiría su ruta a través del desierto. Deseaban algo que pudieran mirar para parecerse a Dios. Los dioses de los egipcios

[275] estaban en sus mentes, y Satanás estaba aprovechando esta oportunidad, en ausencia de su líder designado, para tentarlos a imitar a los egipcios en su idolatría. Ellos sugirieron que si Moisés nunca regresaba a ellos, podrían regresar a Egipto y encontrar el favor de los egipcios al llevar esta imagen ante ellos, reconociéndola como su dios.

Aarón protestó contra sus planes, hasta que pensó que la gente estaba decidida a llevar a cabo su propósito, y cesó de razonar con ellos. Los clamores del pueblo hicieron que Aarón temiera por su vida. Y en lugar de levantarse noblemente por el honor de Dios, y confiar su vida en sus manos que habían obrado maravillas para su pueblo, perdió su valor, su confianza en Dios, y cedió cobardemente a los deseos de un pueblo impaciente, y esto, también, en oposición directa a los mandamientos de Dios. Hizo un ídolo y edificó un altar sobre el cual ofrecieron sacrificio a este ídolo. Y Aarón se sometió a escuchar al pueblo proclamar: "Estos son tus dioses, oh Israel, que te hicieron subir de la tierra de Egipto". ¡Qué insulto a Jehová! Habían escuchado recientemente la proclamación de la ley de Dios desde el Sinaí, en medio de las más sublimes demostraciones del poder divino, y cuando su fe fue probada, por la ausencia de Moisés por algunas semanas, se entregaron a la idolatría que había sido tan especificado recientemente, y expresamente prohibido por Jehová. Al hacerlo [276], transgredieron el primero y el segundo mandamiento. la ira de dios

se encendió contra ellos.

"Y el Señor dijo a Moisés: Ve, desciende; porque tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto, se ha corrompido. Rápidamente se han desviado del camino que yo les mandé. Hicieron para ellos un becerro de fundición, y lo adoraron, y le ofrecieron sacrificios, y dijeron: Israel, estos son tus dioses, que te sacaron de la tierra de Egipto. Y el Señor dijo a Moisés: He visto a este pueblo, y he aquí, es un pueblo de dura cerviz. Ahora, pues, déjame, para que se encienda mi furor en ellos, y los consuma. Y haré de ti una gran nación".

Dios vio que los hijos de Israel, especialmente la multitud mixta, estaban continuamente dispuestos a rebelarse y, por sus obras, provocarlo para destruirlos. Él sabía que ellos murmurarían contra Moisés cuando estuviera en dificultad, y lo afligirían por su continua rebelión.

león. Propuso a Moisés consumirlos y hacer de él una gran nación. Aquí el Señor probó a Moisés. Sabía que era una obra laboriosa y de prueba del alma llevar a ese pueblo rebelde a la tierra prometida. Pondría a prueba la perseverancia, la fidelidad y el amor de Moisés, por un pueblo tan descarriado e ingrato. Pero Moisés no consentiría en destruir a Israel. Mostró por sus intercesiones ante Dios que valoraba más la prosperidad [277] del pueblo escogido de Dios que un gran nombre, o ser llamado padre de una nación más grande que Israel.

“Y Moisés oró a Jehová su Dios, y dijo: Señor, ¿por qué se enciende tu ira contra tu pueblo, que tú sacaste de la tierra de Egipto con gran poder y con mano fuerte? ¿Por qué han de hablar y decir los egipcios: Para mal los sacó, para matarlos en los montes, y para raerlos de la faz de la tierra? Vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo. Acuérdate de Abraham, Isaac e Israel, tus siervos, a quienes juraste por ti mismo y les dijiste: Multiplicaré vuestra descendencia como las estrellas del cielo, y toda esta tierra de la que he hablado la daré a vuestra descendencia. , y la heredarán para siempre.”

El pensamiento de que las naciones paganas, y especialmente los egipcios, triunfarían sobre Israel y reprocharían a Dios, era abrumador para Moisés. No podía dejar ir a Israel, a pesar de toda su rebelión y sus repetidas murmuraciones contra él. ¿Cómo podía abandonar a un pueblo por el cual se había hecho tanto, y que de una manera tan maravillosa había sido sacado de Egipto? La noticia de su liberación se había difundido entre todas las naciones, y todas las personas estaban ansiosas por ver lo que Dios haría por ellos. Y Moisés recordó bien las palabras de los egipcios, que los estaba conduciendo al desierto para que perecieran, y él recibió sus [278] posesiones. Y ahora, si Dios destruyera a su pueblo, y lo exaltara a ser una nación más grande que Israel, ¿no triunfarían los paganos, y se burlarían del Dios de los hebreos, y dirían que no podía llevarlos a la tierra que había prometido? ¿a ellos? Mientras Moisés intercedía por Israel ante Dios, su timidez se perdía en su profundo interés y amor por ese pueblo para el cual había sido, en las manos de Dios, el medio para hacer tanto. Presentó ante Dios su promesa hecha a Abraham, Isaac y Jacob. oró a Dios con firme

fe y propósito determinado. El Señor escuchó sus súplicas y consideró su oración desinteresada, y le prometió a Moisés que perdonaría a Israel.

Noblemente Moisés pasó la prueba y mostró que su interés en Israel no era para obtener un gran nombre, ni para exaltarse a sí mismo. La carga del pueblo de Dios estaba sobre él. Dios lo había probado y se complacía con su fidelidad, su sencillez de corazón y su integridad ante él, y le encomendó, como a un fiel pastor, el gran cargo de conducir a su pueblo a la tierra prometida.

“Y Moisés se volvió y descendió del monte, trayendo en su mano las dos tablas del testimonio. Las tablas estaban escritas por ambos lados; de un lado y del otro estaban escritas.

[279] Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios, grabada sobre las tablas. Y cuando Josué oyó el ruido del pueblo mientras gritaba, dijo a Moisés: Hay ruido de guerra en el campamento. Y dijo: No es la voz de los que claman por dominio, ni es la voz de los que claman por ser vencidos; mas el ruido de los que cantan yo oigo. Y aconteció que tan pronto como llegó cerca del campamento, vio el becerro y las danzas. Y se encendió la ira de Moisés, y arrojó las tablas de sus manos, y las quebró debajo del monte. Y tomó el becerro que habían hecho, y lo quemó en el fuego, y lo molió hasta convertirlo en polvo, y lo esparció sobre el agua, y dio a beber de él a los hijos de Israel.”

Cuando Moisés vio a los hijos de Israel gritar y bailar de una manera excitada, a imitación de las fiestas idólatras y los adoradores de ídolos de Egipto, tan diferente de la adoración reverencial de Dios, se sintió abrumado. Acababa de llegar de la presencia de la gloria de Dios, y aunque Dios le había advertido que el pueblo se había corrompido, había hecho un ídolo y le había hecho sacrificios, no obstante, en cierta medida no estaba preparado para la terrible exhibición que presenció de la degradación de Israel. Derribó las tablas de piedra con gran desánimo e ira, a causa del gran pecado de Israel ante Dios.

El acto de Moisés al quemar el becerro, molerlo hasta convertirlo en polvo y darles a beber de él, fue para mostrarles la absoluta inutilidad del Dios que habían estado adorando, que su Dios no tenía ningún poder en absoluto . .

Los hombres podrían quemarlo en el fuego, molerlo hasta convertirlo en polvo

y bébelo sin recibir ningún daño por ello. Él les preguntó cómo entonces podían esperar que un Dios así los salvara, o les hiciera algún bien o algún mal. Luego les refirió las demostraciones que habían presenciado del poder, la gloria y la majestad ilimitados del Dios viviente.

“Y aconteció que cuando oísteis la voz de en medio de las tinieblas (porque el monte ardía con fuego), que os acercasteis a mí, todos los jefes de vuestras tribus y vuestros ancianos. Y dijisteis: He aquí, el Señor nuestro Dios nos ha mostrado su gloria y su grandeza, y hemos oído su voz de en medio del fuego. Hemos visto este día que Dios habla con el hombre, y él vive. Ahora pues, ¿por qué hemos de morir? porque este gran fuego nos consumirá . Si escuchamos más la voz del Señor nuestro Dios, entonces moriremos. Porque ¿quién hay de toda carne que haya oído la voz del Dios viviente hablando de en medio del fuego, como nosotros, y haya vivido? Acércate tú y escucha todo lo que el Señor nuestro Dios diga; y háblanos tú todo lo que el Señor nuestro Dios te diga , y nosotros lo oiremos y lo haremos. Y el Señor oyó la voz de vuestras palabras, cuando me hablasteis. Y me dijo el Señor: He oído la voz de las palabras de este pueblo, que te han hablado. Bien han dicho todo lo que han dicho. ¡Oh, [281] que hubiera tal corazón en ellos que me temieran y guardaran todos mis mandamientos siempre, para que les fuera bien a ellos y a sus hijos para siempre!”

Moisés les presentó entonces su vergonzosa conducta al adorar a un becerro, obra del hombre, en lugar de ofrecer sincera devoción al Dios vivo. Les señaló las tablas rotas de piedra, que representaban para ellos que así habían quebrantado el pacto que habían hecho tan recientemente con Dios. Dios no reprendió a Moisés por romper las tablas de piedra; pero estaba muy enojado con Aarón a causa de su pecado, y lo habría destruido si no hubiera sido por las intercesiones especiales de Moisés en su favor. Moisés preguntó a Aarón: ¿Qué te ha hecho este pueblo que has traído sobre él este gran pecado?

Aarón trató de disculpar su pecado y relató a Moisés los clamores del pueblo, que si él no hubiera cumplido con sus deseos , lo habrían matado. “Y Aarón dijo: No se encienda la ira de mi Señor. Tú conoces al pueblo, que está puesto

en travesuras. Porque me dijeron: Haznos dioses que vayan delante de nosotros; porque a este Moisés, el varón que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué le haya acontecido. Y les dije : El que tenga oro, que lo parta. Así que [282] me lo dieron; luego lo arrojé al fuego, y salió este becerro”.

Quisiera que Moisés pensara que se había realizado un milagro: que el oro se arrojó al fuego y, por algún poder milagroso, se transformó en un becerro. Esto fue para disminuir su culpabilidad a los ojos de Moisés, y hacer que pareciera que tenía una excusa plausible para permitir que el pueblo le sacrificara, y para proclamar: “Estos son tus dioses, oh Israel, que te sacaron de de la tierra de Egipto.”

Moisés reprendió a Aarón y le informó que su conducta era muy censurable; porque había sido bendecido por encima del pueblo, y había sido admitido en una conversación íntima con Dios. Que él cometiera un pecado tan grande, incluso para salvar su vida, fue motivo de asombro para el fiel Moisés. Vio que el pueblo estaba desnudo; es decir, fueron despojados de sus ornamentos; porque Aarón los había dejado desnudos para vergüenza de ellos, en medio de sus enemigos. Los había despojado de sus adornos y les había dado un uso vergonzoso. No sólo habían perdido sus ornamentos, sino que estaban despojados de su defensa contra Satanás, porque habían perdido su piedad y consagración a Dios; y había perdido su protección. En su disgusto, había retirado la mano que los sostenía, y quedaron expuestos al desprecio y al poder de sus enemigos. Sus enemigos estaban bien familiarizados con las obras maravillosas realizadas por la mano de Moisés en Egipto. Y sabían que Moisés los había traído de Egipto, en obediencia al mandato del Dios de los hebreos, para librarlos de la idolatría, [283] y para asegurarse sus afectos indivisos, y su sagrado

Adoración.

Los hijos de Israel habían quebrantado su lealtad a Dios, y si Él lo considerara oportuno, los castigaría como se lo merecían. “Entonces Moisés se paró a la puerta del campamento, y dijo: ¿Quién está del lado del Señor? que venga a mí. Y todos los hijos de Leví se juntaron con él. Y les dijo: Así ha dicho Jehová Dios de Israel: Poned cada uno su espada a su lado, y entrad y salid de puerta en puerta por todo el campamento, y matad cada uno a su hermano, y cada uno a su compañero, y cada uno su prójimo. E hicieron los hijos de Leví conforme a la palabra de

Moisés, y cayeron del pueblo aquel día unos tres mil hombres. Porque Moisés había dicho: Consagraos hoy al Señor, cada uno sobre su hijo y sobre su hermano, para que él os dé una bendición en este día.

Moisés pidió a todos los que habían estado libres de este gran pecado de idolatría que vinieran y se pararan a su diestra; también, aquellos que se habían unido a los rebeldes para adorar este ídolo, pero que se habían arrepentido de su pecado al apartarse tan rápidamente de Dios, para estar a su izquierda. Había una compañía bastante numerosa, en su mayoría de la multitud mixta, que instigó la fabricación del becerro que se rebelaron obstinadamente y no quisieron estar con Moisés, ni a su mano derecha ni a su izquierda. Entonces Moisés ordenó a los que estaban a su derecha que [284] tomaran sus espadas y salieran y mataran a los rebeldes que querían volver a Egipto. Ninguno debía ejecutar el juicio de Dios sobre los transgresores, solo aquellos que no habían tomado parte en la idolatría. Les ordenó que no perdonaran ni al hermano, ni al compañero, ni al prójimo.

Los que se dedicaban a esta obra de matar, por dolorosa que fuera, se darían cuenta ahora de que estaban ejecutando sobre sus hermanos un castigo solemne de Dios. Y por ejecutar esta dolorosa obra, contrariamente a sus propios sentimientos, Dios les otorgaría su bendición. Al realizar este acto, mostraron sus verdaderos sentimientos en relación con el alto crimen de la idolatría, y se consagraron más plenamente al culto sagrado del único Dios verdadero. El terror del Señor estaba sobre el pueblo, y temían que todos fueran destruidos. Cuando Moisés vio su aflicción, prometió, de acuerdo con su solicitud sincera, suplicar al Señor que perdonara su gran pecado.

“Y aconteció al día siguiente que Moisés dijo al pueblo: Habéis cometido un gran pecado, y ahora subiré al Señor, por ventura haré expiación por vuestro pecado. Y Moisés volvió al Señor y dijo: ¡Oh, este pueblo ha cometido un gran pecado, y se han hecho dioses de oro! Sin embargo, ahora, si perdonas su pecado; y si no, bórrame, te ruego, de tu libro que has escrito. Y el Señor dijo a Moisés: Cualquiera [285] que pecare contra mí, a ese raeré de mi libro. Ve, pues, ahora, lleva a este pueblo al lugar del que te he hablado. He aquí, mi Ángel irá delante de ti. Sin embargo, en el día en que yo los visite, visitaré su pecado sobre ellos. Y el Señor hirió al pueblo porque hicieron el becerro que hizo Aarón”.

Moisés manifestó su gran amor por el pueblo en su súplica al Señor para que perdonara su pecado, o borrara su nombre del libro que había escrito. Sus intercesiones aquí ilustran el amor y la mediación de Cristo por la raza pecadora. El Señor se negó a permitir que Moisés sufriera por los pecados de su pueblo rebelde. Le declaró que a los que habían pecado contra él, los borraría de su libro que había escrito; porque el justo no debe sufrir por la culpa del pecador. El libro al que aquí se hace referencia es el libro de los registros en el Cielo, donde se registran todos los nombres, y se escriben fielmente sus actos, sus pecados y su obediencia. Cuando alguien comete pecados que son demasiado graves para que el Señor los perdone, sus nombres son borrados del libro y son consagrados a la destrucción. Aunque Moisés se dio cuenta del terrible destino de aquellos cuyos nombres debían ser borrados del libro de Dios, declaró claramente ante Dios que si los nombres de su Israel descarriado fueran borrados y no fueran más [286] recordados por él para bien, deseaba que su nombre fuera borrado con el de ellos. Porque nunca pudo soportar ver la plenitud de su ira caer sobre el pueblo por el cual había obrado tales maravillas.

“Y Jehová dijo a Moisés: Ve, y sube de aquí, tú y el pueblo que sacaste de la tierra de Egipto, a la tierra de la cual juré a Abraham, a Isaac y a Jacob, diciendo: A tu simiente la daré. Y enviaré un ángel delante de ti, y expulsaré al cananeo, al amorreo, al heteo, al ferezeo, al heveo y al jebuseo. a una tierra que mana leche y miel; porque no subiré en medio de ti; porque tú eres pueblo de dura cerviz, para que no te consuma en el camino. Y cuando el pueblo oyó estas malas noticias, se entristeció. Y nadie se vistió con sus atavíos. Porque el Señor había dicho a Moisés: Di a los hijos de Israel: Vosotros sois pueblo de dura cerviz. Subiré en medio de ti en un momento y te consumiré; Quítate, pues, ahora tus atavíos, para que yo sepa lo que te he de hacer. Y los hijos de Israel se despojaron de sus atavíos junto al monte Horeb. Y Moisés tomó el tabernáculo y lo plantó fuera del campamento, lejos del campamento, y lo llamó tabernáculo de reunión. Y aconteció que todos los que buscaban al Señor, salían al tabernáculo de reunión, que estaba fuera del campamento.”

El tabernáculo aquí mencionado era una tienda temporal arreglada [287] para la adoración de Dios. El tabernáculo, cuyo modelo Dios le dio a Moisés, aún no había sido construido.

Todos los que se arrepintieron sinceramente de sus pecados hicieron súplicas a Dios en el tabernáculo, confesando sus pecados con gran humildad, y luego regresaron de nuevo a sus tiendas. Entonces Moisés entró en el tabernáculo. El pueblo observaba con el más profundo interés para ver si Dios aceptaría sus intercesiones a favor de ellos, y si se dignaba a reunirse con Moisés, entonces podrían esperar que no fueran consumidos por completo. Cuando la columna de nube descendió y se detuvo a la puerta del tabernáculo, entonces todo el pueblo lloró de alegría, y se levantó y adoró, cada uno a la puerta de su tienda. Se inclinaron sobre sus rostros a tierra en humildad. Mientras la columna de nube, una señal de la presencia de Dios, continuaba descansando en la puerta del tabernáculo, sabían que Moisés estaba intercediendo por ellos ante Dios. “Y el Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla cualquiera con su amigo”.

“Y Moisés dijo al Señor: Mira, tú me dices: Saca a este pueblo; y no me has hecho saber a quién has de enviar conmigo. Sin embargo, has dicho: Te conozco por tu nombre, y también has hallado gracia ante mis ojos. Ahora pues, te ruego que si he hallado gracia ante tus ojos, me muestres ahora tu camino, para que te conozca, para que halle gracia ante tus ojos, y considere que esta nación [288] es tu pueblo”. Moisés fue muy urgente para que el Señor le mostrara exactamente el curso que quería que siguiera hacia Israel.

Deseaba que Dios marcara su curso, que sus instrucciones a Israel fueran con tal sabiduría que el pueblo recibiera sus enseñanzas, y su curso fuera aprobado por Dios, y que Él los considerara nuevamente como su pueblo.

El Señor respondió a la ansiosa pregunta de Moisés y dijo: “Mi presencia irá contigo y te daré descanso. Y él le dijo: Si tu presencia no va conmigo, no nos saques de aquí. Porque ¿en qué se conocerá aquí que yo y tu pueblo hemos hallado gracia ante tus ojos? ¿No es en que tú vas con nosotros? Así seremos separados, yo y tu pueblo, de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra.” Rogó a Dios que supiera cómo debía saberse que él y su pueblo habían hallado gracia ante sus ojos, si no dejaba que la señal de su presencia descansara sobre el tabernáculo como

antes. Moisés no estaba dispuesto a cesar sus súplicas a Dios hasta que obtuviera la seguridad de que la señal de su presencia aún descansaría sobre el tabernáculo como lo había hecho, y que continuaría dirigiendo sus jornadas por medio de una columna de nube durante el día, y una columna de fuego de noche. Entonces Moisés podría realizar más fácilmente su laboriosa tarea de guiar al pueblo; porque esta señal les estaría recordando continuamente al Dios viviente, y también sería una [289] seguridad para ellos de su divina presencia. Entonces podría influir más fácilmente en la gente para que hiciera lo correcto, ya que podría señalarles la evidencia de la cercanía de Dios a ellos.

El Señor concedió la ferviente súplica de su siervo. “Y el Señor dijo a Moisés: Yo también haré esto que has dicho; porque has hallado gracia ante mis ojos, y te conozco por tu nombre. Y él dijo: Te ruego, muéstrame tu gloria. Y él dijo: Haré pasar toda mi bondad delante de ti, y proclamaré el nombre del Señor delante de ti, y tendré misericordia de quien tendré misericordia, y tendré misericordia de quien tendré misericordia. Y él dijo: No puedes ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Y el Señor dijo: He aquí, hay un lugar junto a mí, y tú estarás de pie sobre una peña. Y sucederá que mientras pasa mi gloria, te pondré en una hendidura de la peña; y te cubriré con mi mano mientras yo pase. Y quitaré mi mano, y verás mis espaldas; pero mi rostro no será visto.”

Nunca antes el hombre caído fue tan favorecido por Dios. Al encomendar a Moisés la gran obra de conducir a su pueblo a través de la tierra prometida, condescendió en manifestarle su gloria como nunca le había hecho a ningún otro sobre la tierra.

“Y el Señor dijo a Moisés: Lávate dos tablas de piedra como las primeras, y yo escribiré sobre estas tablas las palabras que [290] estaban en las primeras tablas que quebraste. Y prepárate para la mañana, y sube por la mañana al monte Sinaí, y preséntate allí a mí en la cumbre del monte. Y nadie subirá contigo, ni se verá a nadie en todo el monte, ni las ovejas ni las vacas pacerán delante de ese monte”.

El Señor prohibió que se viera a ningún hombre en todo el monte, a causa de su reciente transgresión, para que su gloria no los consumiera. Esto hará que todos entiendan cómo considera Dios la transgresión de sus mandamientos. Si la gente no pudiera mirar a su

gloria, que apareció sobre el Sinaí por segunda vez, mientras escribía de nuevo su ley, ¿cómo los impíos, que han pisoteado la autoridad de Dios, llevarán su ardiente gloria cuando se encuentren con el gran Legislador por su ley quebrantada?

“Y labró dos tablas de piedra, como las primeras; y Moisés se levantó temprano en la mañana, y subió al monte Sinaí, como el Señor le había mandado, y tomó en su mano las dos tablas de piedra. Y el Señor descendió en la nube, y estuvo allí con él, y proclamó el nombre del Señor. Y el Señor pasó delante de él y proclamó: El Señor, el Señor Dios, misericordioso y clemente, lento para la ira y abundante en bondad y verdad, que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad y la transgresión y el pecado, y que de ningún modo absuelve al culpable, castigando la [291] iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación.”

Dios no quiso decir con esta amenaza que los hijos deberían ser obligados a sufrir por los pecados de sus padres, sino que el ejemplo de los padres sería imitado por los hijos. Si los hijos de padres malvados sirvieran a Dios y hicieran justicia, él recompensaría su rectitud. Pero los efectos de una vida pecaminosa a menudo son heredados por los hijos. Siguen los pasos de sus padres. El ejemplo pecaminoso tiene su influencia de padre a hijo hasta la tercera y cuarta generación. Si los padres se entregan a apetitos depravados, en casi todos los casos verán que se actúa de la misma manera en sus hijos. Los niños desarrollarán caracteres similares a los de sus padres; ya menos que sean renovados por la gracia y vencidos, son verdaderamente. Si los padres son continuamente rebeldes e inclinados a desobedecer a Dios, sus hijos generalmente imitarán su ejemplo. Los padres piadosos, que instruyen a sus hijos por medio del precepto y el ejemplo en los caminos de la justicia, generalmente verán a sus hijos siguiendo sus pasos. El ejemplo de los padres temerosos de Dios será imitado por sus hijos, y los hijos de sus hijos imitarán el ejemplo correcto que sus padres les han dado, y así la influencia se verá de generación en generación.

Cuando el Señor imprimió en el corazón de Moisés un claro sentido de su bondad, de su misericordia y de su compasión, se llenó de [292] arrebatos de alegría, que lo llevaron a adorar a Dios con profunda reverencia. Suplicó que el Señor perdonara la iniquidad de

su pueblo, y los tomará por heredad suya. Entonces, en su gracia, Dios le prometió a Moisés que haría un pacto ante todo Israel para hacer grandes cosas por su pueblo, y que demostraría a todas las naciones su especial cuidado y amor por ellas.

Entonces Dios encargó a Moisés que no hiciera ningún pacto con los habitantes de la tierra adonde debían ir, para que no cayeran en la trampa. Pero deben destruir los altares de sus ídolos, romper sus imágenes y talar sus bosques, que estaban dedicados a sus ídolos, y donde la gente se reunía para celebrar sus fiestas idolátricas, dadas en honor de sus dioses ídolos. Entonces les dijo: “No adoraréis a ningún otro dios, porque el Señor, cuyo nombre es Celoso, es un Dios celoso”. Dios reclama, como su merecido, supremo culto. Dio instrucciones especiales con respecto a su sábado. “Seis días trabajarás, pero el séptimo día descansarás. En el tiempo de la cosecha y en la siega descansarás.” El Señor sabe que Satanás está obrando continuamente para inducir a su pueblo a transgredir la ley de Dios, y condescendió en ser muy definido en sus instrucciones a su pueblo descarriado, para que no yerren y transgredan sus mandamientos por falta de conocimiento. Sabía que en la temporada de mayor actividad del año, cuando sus frutos y [293] granos debían asegurarse, se verían tentados a transgredir el sábado y trabajar en el tiempo sagrado. Quiere que entiendan que sus bendiciones aumentarán o disminuirán según la integridad de su alma o la infidelidad en su s

Dios no es menos exigente ahora con respecto a su sábado que cuando hizo este requisito para los hijos de Israel. Sus ojos están sobre todo su pueblo, y sobre todas las obras de sus manos. No pasará desapercibido a aquellos que se aglomeran en su sábado y emplean el tiempo para su propio uso que le pertenece a él. Algunos observadores del sábado profesos se entrometerán en el sábado al hacer las cosas que deberían haberse hecho antes del sábado. Los tales pueden pensar que ganan un poco de tiempo, pero en lugar de ser beneficiados por robarle a Dios el tiempo santo, que se ha reservado para sí mismo, perderán. El Señor los afligirá por su transgresión del cuarto mandamiento, y el tiempo que pensaban ganar invadiendo el día de reposo les resultará una maldición. La mano próspera de Dios retirada causará una disminución en todas sus posesiones, en lugar de un aumento. Dios ciertamente castigará al transgresor. Aunque puede soportarlo por un tiempo, su castigo puede llegar repen

Los tales no siempre se dan cuenta de que los juicios son de Dios. Es un Dios celoso, y requiere servicio de corazón y perfecta obediencia a todos sus mandamientos.

“Y sucedió que cuando Moisés descendió del monte [294] Sinaí con las dos tablas del testimonio en la mano de Moisés, cuando descendió del monte, que Moisés no sabía que la piel de su rostro resplandecía mientras hablaba con él. Y cuando Aarón y todos los hijos de Israel vieron a Moisés, he aquí, la piel de su rostro resplandecía, y tenían miedo de acercarse a él. Y Moisés los llamó, y Aarón y todos los príncipes de la congregación volvieron a él, y Moisés habló con ellos. Y después se acercaron todos los hijos de Israel, y les mandó todo lo que el Señor le había dicho en el monte Sinaí. Y hasta que Moisés terminó de hablar con ellos, puso un velo sobre su rostro. Pero cuando Moisés entró delante del Señor para hablar con él, se quitó el velo hasta que salió. Y saliendo, habló a los hijos de Israel lo que le había sido mandado. Y los hijos de Israel vieron el rostro de Moisés, que la piel del rostro de Moisés resplandecía; y Moisés volvió a poner el velo sobre su rostro, hasta que entró a hablar con él.”

Los que pisotean la autoridad de Dios y desprecian abiertamente la ley dada con tanta grandeza en el Sinaí, prácticamente desprecian al Dador de la ley, el gran Jehová. A los hijos de Israel, que transgredieron el primero y el segundo mandamiento, se les mandó no ser vistos en ninguna parte cerca del monte, donde Dios había de descender en gloria para escribir la ley por segunda vez sobre tablas de piedra, para que no fueran consumidos con la gloria ardiente de su presencia. Y [295] si ni siquiera pudieron mirar el rostro de Moisés por la gloria de su rostro, porque había estado en comunión con Dios, ¿cuánto menos los transgresores de la ley de Dios mirarán al Hijo de Dios cuando aparecerá en las nubes del cielo en la gloria de su Padre, rodeado de toda la hueste angélica, para ejecutar juicio sobre todos los que han desobedecido los mandamientos de Dios, y han pisoteado su sangre!

La ley de Dios existía antes de que el hombre fuera creado. Los ángeles fueron gobernados por ella. Satanás cayó porque transgredió los principios del gobierno de Dios. Después de la creación de Adán y Eva, Dios les dio a conocer su ley. Entonces no estaba escrito, sino que Jehová les repitió.

El sábado del cuarto mandamiento fue instituido en el Edén.

Después que Dios hizo el mundo y creó al hombre sobre la tierra, hizo el sábado para el hombre. Después del pecado y la caída de Adán, nada fue quitado de la ley de Dios. Los principios de los diez mandamientos existían antes de la caída y tenían un carácter adecuado a la condición de una orden sagrada de seres. Después de la caída, los principios de esos preceptos no cambiaron, pero se dieron preceptos adicionales para enfrentar al hombre en su estado caído.

Entonces se estableció un sistema que requería el sacrificio de bestias [296] para mantener ante el hombre caído lo que la serpiente hizo que Eva no creyera, que la pena de la desobediencia es la muerte. La transgresión de la ley de Dios hizo necesario que Cristo muriera como sacrificio, y así hizo posible que el hombre escapara de la pena y, sin embargo, se conservara el honor de la ley de Dios. El sistema de sacrificios debía enseñar al hombre la humildad, en vista de su condición caída, y llevarlo al arrepentimiento, ya confiar sólo en Dios, a través del Redentor prometido, para el perdón por la transgresión pasada de su ley. Si la ley de Dios no hubiera sido transgredida, nunca habría habido muerte, y no habría habido necesidad de preceptos adicionales para adaptarse a la condición caída del hombre.

Adán enseñó a sus descendientes la ley de Dios, ley que fue transmitida a los fieles a través de generaciones sucesivas. La continua transgresión de la ley de Dios exigió un diluvio de aguas sobre la tierra. La ley fue preservada por Noé y su familia, quienes por hacer lo correcto fueron salvos por un milagro de Dios en el arca. Noé enseñó a sus descendientes los diez mandamientos. El Señor preservó para sí un pueblo desde Adán para abajo, en cuyos corazones estaba su ley. Él dice de Abraham: "Oyó mi voz y guardó mis preceptos, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes".

El Señor se apareció a Abraham y le dijo: "Yo soy el Dios Todopoderoso. Anda delante de mí, y sé perfecto, y haré [297] un pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera.

Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti".

Luego exigió a Abraham ya su simiente la circuncisión, que era un círculo tallado en la carne, como señal de que Dios los había cortado y separado de todas las naciones como su tesoro peculiar. por este signo

se comprometieron solemnemente a no casarse con otras naciones; porque al hacerlo perderían su reverencia por Dios y su santa ley, y llegarían a ser como las naciones idólatras que los rodean.

Por el acto de la circuncisión acordaron solemnemente cumplir las condiciones del pacto hecho con Abraham de su parte, de estar separados de todas las naciones y ser perfectos. Si los descendientes de Abraham se hubieran mantenido separados de otras naciones, no habrían sido seducidos a la idolatría. Al mantenerse separados de otras naciones, se les quitaría una gran tentación de involucrarse en sus prácticas pecaminosas y rebelarse contra Dios. Perdieron en gran medida su peculiar carácter santo al mezclarse con las naciones que los rodeaban. Para castigarlos, el Señor trajo hambre sobre su tierra, lo que los obligó a descender a Egipto para preservar sus vidas. Pero Dios no los abandonó mientras estaban en Egipto, a causa de su pacto con Abraham. Él permitió que fueran oprimidos por el [298] egipcios, para que se vuelvan a él en su angustia, y escojan su gobierno justo y misericordioso, y obedezcan sus requisitos.

Hubo solo unas pocas familias que primero bajaron a Egipto. Estos aumentaron a una gran multitud. Algunos tuvieron cuidado de instruir a sus hijos en la ley de Dios. Pero muchos de los israelitas habían presenciado tanta idolatría que tenían ideas confusas de la ley de Dios. Los que temían a Dios le clamaban con angustia de espíritu que rompiera el yugo de su dolorosa servidumbre y los sacara de la tierra de su cautiverio, para que pudieran ser libres para servirle. Dios escuchó sus clamores y levantó a Moisés como su instrumento para lograr la liberación de su pueblo. Después que salieron de Egipto, y las aguas del Mar Rojo se dividieron delante de ellos, el Señor los probó para ver si confiarían en él que los había tomado, una nación de otra nación, con señales, tentaciones y prodigios. Pero no aguantaron la prueba. Murmuraron contra Dios por las dificultades del camino, y quisieron volver de nuevo a Egipto. Para dejarlos sin excusa, el Señor mismo se dignó descender sobre el Sinaí, envuelto en gloria y rodeado de sus ángeles, y de la manera más sublime y terrible dio a conocer su ley de los diez mandamientos. No confiaba en que nadie les enseñara, ni siquiera en sus ángeles, sino que pronunció su ley con voz audible a oídos de todo el pueblo. Ni siquiera entonces les confió al corto [299]

memoria de un pueblo que era propenso a olvidar sus requisitos, pero los escribió con su propio dedo santo sobre tablas de piedra. Quitaría de ellos toda posibilidad de mezclar con sus santos preceptos cualquier tradición, o de confundir sus exigencias con las prácticas de hombres.

Entonces se acercó aún más a su pueblo, y no los dejó , a quienes tan fácilmente se extraviaban, con sólo los diez preceptos del decálogo. Le pidió a Moisés que escribiera como debía ordenarle, juicios y leyes, dando instrucciones detalladas con respecto a lo que les pedía que cumplieran, y así guardó los diez preceptos que había grabado en las tablas de piedra. Estas instrucciones y requisitos específicos fueron dados para atraer al hombre descarriado a la obediencia de la ley moral que es tan propenso a transgredir.

Si el hombre hubiera guardado la ley de Dios, tal como fue dada a Adán después de su caída, conservada en el arca por Noé y observada por Abraham, no habría habido necesidad de la ordenanza de la circuncisión. Y si los descendientes de Abraham hubieran guardado el pacto, del cual la circuncisión era señal o prenda, nunca habrían caído en la idolatría, ni se les habría permitido descender a Egipto, y no habría habido necesidad de que Dios proclamara su ley desde Sinaí, y grabándolo sobre tablas de piedra, y guardándolo con instrucciones definidas en los juicios y estatutos dados a Moisés.

[300] Moisés escribió estos juicios y estatutos de la boca de Dios mientras estaba con él en el monte. Si el pueblo de Dios hubiera obedecido los principios de los diez mandamientos, no habría habido necesidad de las instrucciones específicas dadas a Moisés, las cuales él escribió en un libro, relativas a su deber hacia Dios y hacia los demás. Las instrucciones definidas que el Señor dio a Moisés con respecto al deber de su pueblo entre sí y con el extranjero, son los principios de los diez mandamientos simplificados y dados de una manera definida para que no se equivoquen.

El Señor dijo de los hijos de Israel: "Por cuanto no pusieron por obra mis juicios, sino que menospreciaron mis estatutos, y profanaron mis días de reposo, y sus ojos fueron tras los ídolos de sus padres, por lo cual les di también estatutos que cosas malas, y juicios por los cuales no deben vivir." A causa de la continua desobediencia, el Señor añadió penas a la transgresión de su ley, que

no fueran buenos para el transgresor, o por los cuales no viviera en su rebelión.

Al transgredir la ley que Dios había dado con tanta majestad y en medio de una gloria inalcanzable, el pueblo mostró un abierto desprecio por el gran Legislador, y la pena fue la muerte. “Además, les di mis días de reposo, para que fueran una señal entre mí y ellos, para que supieran que yo soy el Señor que los santifico. Pero la casa de Israel se rebeló contra mí en el desierto; no anduvieron en mis estatutos [estatutos], y despreciaron mis juicios, [301] los cuales si el hombre los hiciere, aun vivirá en ellos. Y mis días de reposo en gran manera contaminaron. Entonces dije: Derramaría mi furor sobre ellos en el desierto, para consumirlos.

Los estatutos y juicios dados por Dios eran buenos para los obedientes. “Deberían vivir en ellos”. Pero no eran buenos para el transgresor, porque en la ley civil dada a Moisés, el castigo debía ser infligido al transgresor, para que otros fueran refrenados por el miedo.

Moisés ordenó a los hijos de Israel que obedecieran a Dios. Él les dijo: “Ahora, pues, escucha, oh Israel, los estatutos y los decretos que yo te enseño, para que los cumplas y vivas, y entres y poseas la tierra que Jehová el Dios de tus padres te da.”

El Señor instruyó a Moisés definitivamente con respecto a los sacrificios ceremoniales, que debían cesar a la muerte de Cristo. El sistema de sacrificios presagiaba la ofrenda de Cristo como Cordero sin mancha.

El Señor primero estableció el sistema de ofrendas de sacrificio con Adán después de su caída, el cual enseñó a sus descendientes. Este sistema fue corrompido antes del diluvio por aquellos que se separaron de los fieles seguidores de Dios y se dedicaron a la construcción de la torre de Babel. Sacrificaron a los dioses de su propia creación en lugar del Dios del Cielo. No ofrecieron sacrificios porque tuvieran [302] fe en el Redentor que había de venir, sino porque pensaron que agradaían a sus dioses ofreciendo muchas bestias sobre altares de ídolos profanados. Su superstición los llevó a grandes extravagancias. Enseñaron al pueblo que cuanto más valioso fuera el sacrificio, mayor placer daría a sus dioses ídolos, y mayor sería la prosperidad y riquezas de su nación. De ahí que los seres humanos fueran

a menudo sacrificado a estos ídolos sin sentido. Esas naciones tenían leyes y reglamentos para controlar las acciones de la gente que eran extremadamente crueles. Sus leyes fueron hechas por aquellos cuyos corazones no fueron ablandados por la gracia, y aunque pasarían por alto los crímenes más degradantes, una pequeña ofensa provocaría el castigo más cruel de parte de quienes están en autoridad.

Moisés tenía esto en mente cuando le dijo a Israel: "He aquí, os he enseñado estatutos y derechos, tal como el Señor mi Dios me ha mandado, para que hagáis así en la tierra a la cual entráis para poseerla . Guardadlas, pues, y hacedlas; porque esta es vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a la vista de las naciones que oirán todos estos estatutos, y dirán: Ciertamente esta gran nación es pueblo sabio y entendido. Porque ¿qué nación hay tan grande que tenga a Dios tan cerca de ellos, como el Señor nuestro Dios está en todas las cosas que le in
¿Y qué nación hay tan grande que tenga estatutos y decretos

[303] tan justo como toda esta ley, que yo pongo hoy delante de vosotros?

Dios fue un legislador sabio y compasivo, juzgando todos los casos con justicia y sin parcialidad. Mientras los israelitas estaban en la esclavitud de Egipto, estaban rodeados de idolatría. Los egipcios habían recibido tradiciones con respecto a los sacrificios. No reconocieron la existencia del Dios del Cielo. Sacrificaron a sus dioses ídolos. Con gran pompa y ceremonia realizaron su adoración de ídolos. Erigieron altares en honor de sus dioses y exigieron que incluso sus propios hijos pasaran por el fuego.

Después de haber erigido sus altares, requerían que sus hijos saltaran sobre los altares a través del fuego. Si podían hacer esto sin ser quemados, los sacerdotes de los ídolos y el pueblo lo recibían como una evidencia de que su Dios aceptaba sus ofrendas y favorecía especialmente a la persona que pasaba por la prueba de fuego. Estaba colmado de beneficios, y desde entonces fue muy estimado por todo el pueblo.

Nunca se le permitió ser castigado, por muy agravantes que fueran sus crímenes. Si otra persona que saltó a través del fuego tuvo la mala suerte de quemarse, entonces su destino estaba fijado; porque pensaron que sus dioses estaban enojados y que se apaciguarían con nada menos que la vida de la víctima infeliz, y lo ofrecieron como sacrificio sobre los altares de sus ídolos.

[304] Incluso algunos de los hijos de Israel se habían degradado hasta el punto de practicar estas abominaciones, y Dios hizo que el fuego se apagara.

encender sobre sus hijos, a quienes hicieron pasar por el fuego. No llegaron a todos los extremos de las naciones paganas; pero Dios los privó de sus hijos al hacer que el fuego los consumiera en el acto de atravesarlo.

Debido a que el pueblo de Dios tenía ideas confusas de las ofrendas ceremoniales de los sacrificios, y había confundido las tradiciones paganas con su adoración ceremonial, Dios condescendió en darles instrucciones definidas, para que pudieran entender el verdadero significado de esos sacrificios que iban a durar sólo hasta el fin del mundo . El Cordero de Dios debía ser inmolado, quien era el gran prototipo de todas sus ofrendas de sacrificio.